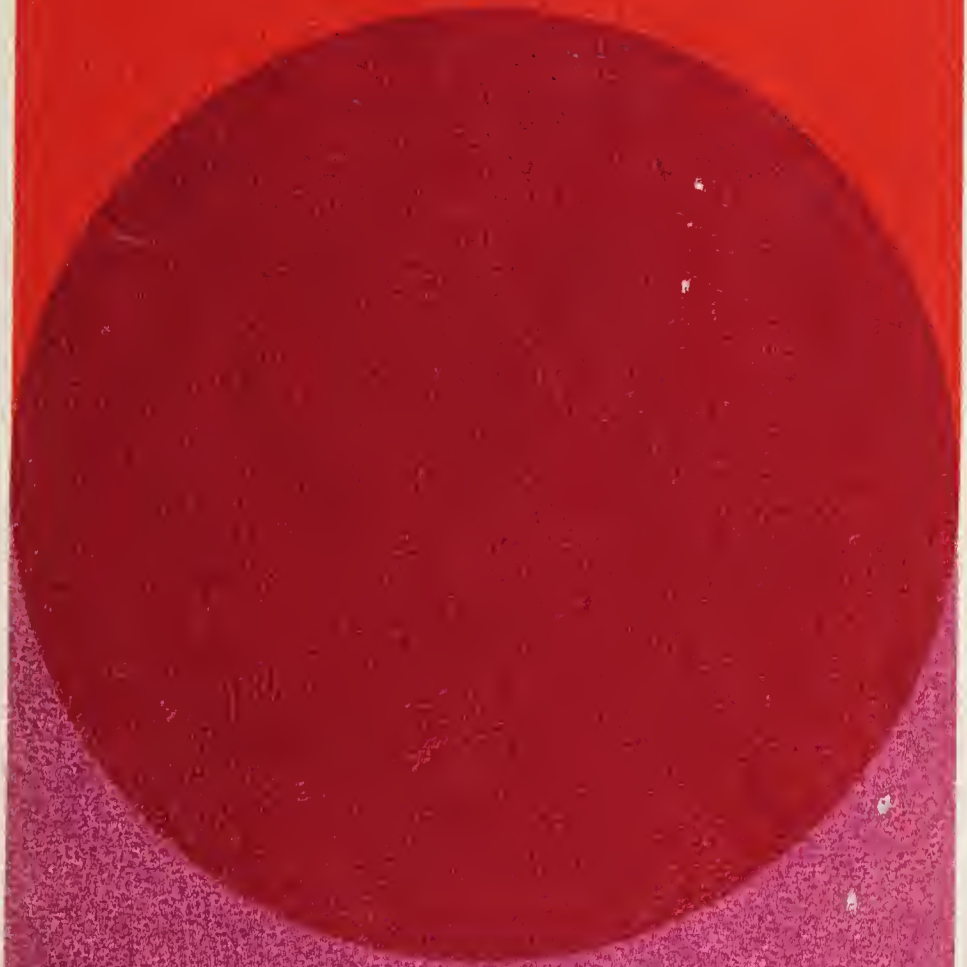
NUESTRA LENGUA EN AMBOS MUNDOS

ANGEL ROSENBLAT



BIBLIOTECA GENERAL SALVAT

NUNC COGNOSCO EX PARTE

THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/nuestralenguaena0000rose

NUESTRA LENGUA EN AMBOS MUNDOS

BIBLIOTECA GENERAL SALVAT

Comité de Patronazgo

DAMASO ALONSO
Presidente de la Real Academia Española

MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Premio Nobel de Literatura

MAURICE GENEVOIX
Secretario Perpetuo de la Academia Francesa

ANGEL ROSENBLAT

NUESTRA LENGUA EN AMBOS MUNDOS

SALVAT EDITORES, S. A.
ALIANZA EDITORIAL, S. A.

8-JUN 14
Copy 1976
PC4095 . R6

© Angel Rosenblat
© Salvat Editores, S. A. - Alianza Editorial, S. A. 1971

Impreso en:
Gráficas Estella, S. A. Carretera de Estella a Tafalla, km. 2 - Estella (Navarra) - 1971

Depósito Legal NA. 676 - 1971

Printed in Spain

Edición especialmente preparada para
BIBLIOTECA GENERAL SALVAT

Angel Rosenblat es en la actualidad, y desde 1947, profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela y director del Instituto de Filología «Andrés Bello», que él mismo fundó.

Pueden considerarse maestros suyos Amado Alonso, Menéndez Pidal y Américo Castro. Con el primero de ellos trabajó en el Instituto de Filología de Buenos Aires, entre los años 1927 y 1930, en la preparación del primer tomo de la «Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana». Con don Ramón Menéndez Pidal y Américo Castro, colaboró en el Centro de Estudios Históricos, en la Sección Hispanoamericana, donde inició trabajos sobre temas lingüísticos entroncados con cuestiones antropológicas, históricas y etnológicas.

Trabajó además, bajo la dirección de Pierre Fouché, en su Instituto de Fonética, así como en el de Etnología, el cual, también en París y por los años 1937-1938, dirigía Paul Rivet.

La labor docente del profesor Rosenblat, realizada en Caracas, en Quito, en Buenos Aires, en México, en Harvard, ha dejado claras muestras de la validez de su magisterio.

Entre sus trabajos más específicamente filológicos, destacan sus dos tomos sobre las peculiaridades del castellano de Venezuela: *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela,* lo mismo que sus estudios, incluidos en la presente selección, sobre *El castellano de España y el castellano de América, Fetichismo de la letra* y *Lengua literaria y lengua popular en América.* También es de una gran importancia su reciente libro sobre la lengua del Quijote.

En un terreno más cercano a la antropología, la etnología o la historia en general, están sus trabajos sobre *Los otomacos y taparitas en los llanos de Venezuela, La primera visión de América* y *La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos.*

Angel Rosenblat, a sus profundos conocimientos en cuestiones de lenguaje, que le acreditan como indiscutible autoridad en esta materia,

une el inapreciable don de saber exponer con meridiana claridad las mil y una peculiaridades de una ciencia que, pese a su evidente utilidad, no deja de presentar dificultades para el lector medio. Su ágil estilo, al tratar, aquí, los problemas lingüísticos, al comparar los diferentes modos de expresarse dentro del ámbito del castellano peninsular y el americano, logra que el lector siga con creciente interés la docta y, no obstante, amena exposición.

INDICE

		Págs.
El castellano de España y el castellano de América (Unidad y diferenciación)		11
1.	Visión del turista. El turista en Méjico	11
2.	El turista en Caracas	14
3.	El turista en Bogotá	15
4.	El turista en Buenos Aires	16
5.	El turista, de regreso en España	17
6.	Visión del purista	20
7.	El purismo lingüístico	22
8.	Unidad y diversidad	24
9.	Las regiones dialectales	25
10.	El fonetismo	26
11.	Diversidad léxica	27
12.	El seseo	29
13.	El voseo y otros rasgos	30
14.	Nivelación hispanoamericana	31
15.	Fueros del habla familiar	32
16.	Unidad hispanoamericana	33
17.	Unidad o fraccionamiento	34
18.	Los amos de la lengua	37
19.	La lengua patrimonio común	38
20.	Lengua y cultura	39

Págs.

FETICHISMO DE LA LETRA 41

1. Los grupos consonánticos cultos: ¿«subscriptor» o «suscritor»? 42
2. ¿«Transmitir» o «trasmitir»? 47
3. «Expiar» y «espiar» 49
4. ¿«México» o «Méjico»? 53
5. La pronunciación labiodental de la «v» . . . 58
6. El fetichismo de la coma 65
7. ¿«Yrigoyen» o «Irigoyen»?. 71
8. Fetichismo editorial 73
9. Una aberración: la transcripción de «ſ» («s larga») como «f» 74
10. Conclusión. 76

LENGUA Y CULTURA DE HISPANOAMÉRICA (Tendencias actuales) 83

LENGUA LITERARIA Y LENGUA POPULAR EN AMÉRICA. . 105

1. El período colonial. 106
2. La independencia 114
3. El modernismo y la renovación poética . . . 131
4. La novela social del siglo XX 137
5. El «boom» de la novela hispanoamericana . . 144
6. Conclusión. 161

SARMIENTO Y UNAMUNO ANTE LOS PROBLEMAS DE LA LENGUA 165

EL FUTURO DE NUESTRA LENGUA 175

1. Arcaísmo e innovación 176
2. Transformación social y transformación lingüística. 183
3. El progreso lingüístico 191
4. ¿Hacia una lengua internacional? 196
5. El español en el mundo 198
6. El futuro del español 201

EL CASTELLANO DE ESPAÑA Y EL CASTELLANO DE AMERICA

UNIDAD Y DIFERENCIACION

Ha dicho Bernard Shaw que Inglaterra y los Estados Unidos están separados por la lengua común. Yo no sé si puede afirmarse lo mismo de España e Hispanoamérica. Pero de todos modos sí es evidente que el uso de la lengua común no está exento de conflictos, equívocos y hasta incomprensión, no sólo entre España e Hispanoamérica, sino entre los mismos países hispanoamericanos.

Los conflictos y equívocos surgen también apenas se plantea el carácter del español hispanoamericano. Porque alternan o se entremezclan a cada paso tres visiones de carácter distinto: la visión del turista, la visión del purista y la visión del filólogo.

1. Visión del turista. El turista en Méjico

Detengámonos en la visión del turista. Un español, que ha pasado muchos años en los Estados Unidos lidiando infructuosamente con el inglés, decide irse a Méjico, porque allá se habla español, que es, como todo el mundo sabe, lo cómodo y lo natural. En seguida se lleva sus sorpresas. En el desayuno le ofrecen *bolillos*. ¿Será una especialidad mejicana? Son humildes panecillos, que no hay que confundir con las *teleras*, y aun debe uno saber que en Guadalajara los llaman *virotes* y en Veracruz *cojinillos*. Al salir a la calle tiene que decidir si toma un *camión* (el *camión* es el ómnibus, la *guagua* de Puerto Rico y Cuba), o si llama a un *ruletero* (es el taxista, que en verdad suele dar más vueltas que una ruleta). A no ser que le ofrezcan amistosamente

un *aventoncito* (un empujoncito), que es una manera cordial de acercarlo al punto de destino (una *colita* en Venezuela, un *pon* en Puerto Rico). Si quiere limpiarse los zapatos debe recurrir a un *bolero,* que se los va a *bolear* en un santiamén. Llama por teléfono, y apenas descuelga el auricular oye: «¡Bueno!», lo cual le parece una aprobación algo prematura. Pasea por la ciudad, y le llaman la atención letreros diversos: «Se renta», por todas partes (le recuerda el inglés *to rent,* y comprende que son locales o casas que se alquilan); «Ventas al mayoreo y menudeo» (lo de *mayoreo* lo entiende, pero le resulta extraño), «Ricas botanas todos los días» (lo que en España llaman *tapas,* en la Argentina *ingredientes* y en Venezuela *pasapalos).* Ve establecimientos llamados *loncherías, tlapalerías* (especie de ferreterías), *misceláneas* (pequeñas tiendas o quincallerías) y atractivas *rosticerías* (conocía las *rotiserías* del francés, pero no las *rosticerías,* del italiano). Y un cartel muy enigmático: «Prohibido a los materialistas estacionar en lo absoluto» (los *materialistas,* a los que se prohíbe de manera tan absoluta estacionar allí, son en este caso los camiones, o sus conductores, que acarrean *materiales* de construcción). Lo invitan a ver el *Zócalo,* y se encuentra inesperadamente con una plaza, que es una de las más imponentes del mundo. Pregunta por un amigo, y le dicen: «Le va muy mal. Se ha llenado de drogas.» Las *drogas* son las deudas y, efectivamente, ayudan a vivir, siempre que no se abuse. Le dice al chofer que lo lleve al hotel, y le sorprende la respuesta:

—Luego, señor.
—¡Cómo luego! Ahora mismo.
—Sí, luego, luego.

Está a punto de estallar, pero le han recomendado prudencia. Después comprenderá que *luego* significa «al instante». Le han ponderado la exquisita cortesía mejicana, y tiene ocasión de comprobarlo:

—¿Le gusta la paella?
—¡Claro que sí! La duda ofende.
—Pos si no tiene inconveniente, comemos una en la casa de usted.

No podía tener inconveniente, pero le sorprendía que los demás se convidaran tan sueltos de cuerpo. Encargó en su hotel una soberbia paella, y se sentó a esperar. Pero en vano, porque los amigos también lo esperaban a él, *en la casa de usted,* que era

de ellos. La gente lo despedía: «Nos estamos viendo», lo cual le parecía una afirmación obvia, pero querían decirle: «Nos volveremos a ver.» Va a visitar a una persona, para la que lleva una carta, y le dicen: «Hoy se levanta hasta las once.» Es decir, no se levanta hasta las once. Aspira a entrar en el Museo a las nueve de la mañana, y el guardián le cierra el paso, inflexible: «Se abre hasta las diez» (de cómo en la vida se puede prescindir del antipático *no*). Oye con sorpresa: «Me gusta el chabacano» (el *chabacano,* aunque no lo parezca, es el albaricoque). Abre un periódico y encuentra títulos a tres y cuatro columnas que lo dejan atónito: «Sedicente actuario que comete un atraco» (el *actuario* es un funcionario público), «Para embargar a una señora actuó como un goriloide» (como un bruto), «Devolverán a la niña Patricia. Parecen estar de acuerdo los padres y los plagiarios» (los *plagiarios* son los secuestradores), «Boquetearon un comercio y se llevaron 10.000 pesillos» (*boquetear* es abrir un boquete), «Después de balaceados los llevaron presos» (la *balacea* es el tiroteo), «Se ha establecido que entre los occisos existía amasiato» (es decir, concubinato). Pero el colmo, y además una afrenta a su sentimiento nacional, le pareció el siguiente: «Diez mil litros de pulque decomisados a unos toreros.» El *toreo* es la destilería clandestina o la venta clandestina, y *torero,* como es natural, el que vive del *toreo.*

Nuestro turista se veía en unos apuros tremendos para pronunciar los nombres mejicanos: Netzahualcóyotl, Popocatépetl, Iztaccíhuatl, Tlalnepantla y muchos más, que le parecían trabalenguas. Y sobre todo tuvo conflictos mortales con la *x*. Se burlaron de él cuando pronunció Méksico, respetando la escritura, y aprendió la lección:

—El domingo pienso ir a Jochimilco.
—No, señor, a Sochimilco.

Se desconcertó de nuevo, y como quería ver la tan ponderada representación del *Edipo Rey,* le dijo el *ruletero:*

—Al Teatro Sola.
—¿Qué no será Shola?

¡Al diablo con la *x*! Tiene que ir a Necaxa, donde hay una presa de agua y, ya desconfiado, dice:

—A Necaja, Necasa o Necasha, como quiera que ustedes digan.
—¿Qué no será Necaxa, señor?

¡Oh sí, la *x* también se pronuncia *x*! No pudo soportar más y decidió marcharse. Los amigos le dieron una comida de despedida, y sentaron a su lado, como homenaje, a la más agraciada de las jóvenes. Quiso hacerse simpático y le dijo, con sana intención:

—Señorita, usted tiene cara de vasca.

¡Mejor se hubiera callado! Ella se puso de pie y se marchó ofendida. La *basca* es el vómito (claro que a él a veces *le daban bascas*), y *tener cara de basca* es lo peor que le puede suceder a una mujer, y hasta a un hombre.

Nuestro español ya no se atrevía a abrir la boca, y eso que no le pasó lo que según cuentan sucede a todo turista que llega a tierra mejicana. Que le advierten en seguida: «Abusado, joven, no deje los velices en la banqueta, porque se los vuelan» (*abusado,* sin duda un cruce entre *avisado* y *aguzado,* equivale a ¡ojo!, ¡cuidado!; los *velices* son las maletas; la *banqueta* es la acera, y *se los vuelan,* bien se adivina). Nuestro español lió los petates y buscó refugio en mi tierra venezolana.

2. El turista en Caracas

Aquí comienza el segundo acto de su drama. Ya en el aeropuerto de Maiquetía, le dice un chofer:

—Musiú, por seis cachetes le piso la chancleta y lo pongo en Caracas (*musiú* es todo extranjero, aunque no precisamente el de lengua española, y su femenino es *musiúa;* los *cachetes,* que también se llaman *carones, lajas, tostones, ojos de buey* o *duraznos,* son los *fuertes* o monadas de plata de cinco bolívares; la *chancleta,* o *chola,* es el acelerador).

El chofer que lo conduce exclama de pronto: «Se me reventó una tripa.» El automóvil empieza a trastabillar, y por fin se detiene. Pero no es tan grave: la *tripa* reventada es la goma o el neumático del *carro,* y tiene fácil arreglo. El chofer, complacido y campechano, lo tutea en seguida y le invita a *pegarse unos palos,* que es tomarse unos tragos, para lo cual *se come una flecha,* es decir, entra en una calle contra la dirección prescrita.

Nuestro turista llega finalmente a Caracas, y comienzan sus nuevas desazones, con los nombres de las frutas (*cambures, patillas, lechosas, riñones),* de las comidas (*caraotas, arepas, ñame,*

auyama, mapuey), de las monedas *(puyas* o *centavos, lochas* o *cuartillos, mediecitos, reales)*. Oye que una señora le dice a su criada:

—Cójame ese flux, póngalo en ese coroto y guíndelo en el escaparate (el *flux* es el traje; un *coroto* es cualquier objeto, en este caso una percha; *guindar* es colgar y el *escaparate* es el guardarropa o ropero).

A nuestro amigo español lo invitan a comer y se presenta a la una de la tarde, con gran sorpresa de los anfitriones, que lo esperan a las ocho de la noche (en Venezuela la *comida* es la cena). Le dice a una muchacha: «Es usted muy mona», y se lo toma a mal. *Mona* es la presumida, afectada, melindrosa. Escucha, y a cada rato se sorprende: «Está cayendo un palo de agua», «Fulano de tal pronunció un palo de discurso», «Mengano escribió un palo de libro», «Zutano es un palo de hombre». Y el colmo, como elogio supremo: «¡Qué palo de hombre es esa mujer!» Pero lo que le sacó de quicio fue que alguien, que ni siquiera era muy amigo suyo, se le acercara y le dijera con voz suave e insinuante:

— Le exijo que me preste cien bolívares.
—Si me lo exige usted —exclamó colérico—, no le presto ni una perra chica. Si me lo ruega, lo pensaré.

No hay que ponerse *bravo*. El *exigir* venezolano equivale a rogar encarecidamente (el *pedir* se considera propio de mendigos, y la *exigencia* es un ruego cortés). Además, le exasperaron las *galletas*, más propiamente las *galletas del tráfico* (los *tapones* de Puerto Rico), las prolongadas y odiosas congestiones de vehículos (el *engalletamiento* caraqueño puede alcanzar proporciones pavorosas). Y como le dijeron que en Colombia se hablaba el mejor castellano de América, y hasta del mundo, allá se dirigió de cabeza.

3. El turista en Bogotá

Por las calles de Bogotá le sorprenden en seguida los *gamines* o *chinos*, los pobres niños desharrapados. Y la profusión de *parqueaderos*, donde *parquean* los *carros*, es decir, estacionan los automóviles, y las *salsamentarias*, mezclas de salchicherías y resposterías, indudablemente de origen italiano. Le ofrecen unos *bocadillos*, y se encuentra con unos dulces secos de guayaba. Llaman *monas* a las mujeres rubias, aunque sean más feas que tropezón en noche

oscura. Pide un *tinto* y le dan, no el esperado vaso de vino, sino un café negro: «¿Le provoca un tinto?» O bien le ofrecen un *perico,* que es un pequeño café con leche (el *marroncito* de Venezuela, el *cortado* de Madrid). Quiere entrar en una oficina y golpea discretamente con los nudillos. Le contestan enérgicamente:

—¡Siga!

Se marcha muy amoscado, pero salen diligentemente a su encuentro. *Siga* significa «pase adelante». Un alto personaje se excusa de no atenderlo debidamente: «Estoy muy embolatado con el trabajo» (enredado, hecho un lío). Para limpiarse los zapatos tiene que recurrir, no a un *bolero* como en Méjico, sino a un *embolador,* que se los *embola* por cincuenta centavos. La gente dice a cada paso con la más absoluta inocencia: «Fulano, o Fulana, no me pone bolas» (es decir, no me presta atención). Y oye un continuo revolotear de *alas:* «¡Ala!, ¿cómo estás?», «¡Ala, pero vos sos bobo!», «¡Ala, esa chica es bestial!» (*bestial* quiere decir atractiva o magnífica), «¡Ala, pero qué vieja tan chusca!» (la *vieja* tan *chusca* es una niña de unos quince años, bien graciosa), «¡Ala, pero qué chisga!» (la *chisga* es la ganga), «¡Alita, pero fijáte y verés!» (son las formas del voseo bogotano). Una persona envía a otra *saludes.* Y dos amigas se despiden: «¡Que me pienses!», «¡Piénsame!» Habla de un niño y explica: «Era así de alto» (pone la mano horizontal a la altura del pecho). Pero no les gusta, porque de ese modo se habla generalmente de un animal. Para especificar la altura de una persona lo corriente en Bogotá es extender la palma de la mano en posición vertical, pero de canto. En Méjico se llega en este terreno aún a mayor sutileza.

4. El turista en Buenos Aires

No tiene suerte en Bogotá, a pesar de que la gente es servicial, y perdido por perdido decide irse a Buenos Aires, donde es fama universal que se habla el peor castellano del mundo. Efectivamente, le asombró tanto *che,* tanto *chau,* tanto *vos,* tanto *tarado,* tanto *avivato,* tanto *atorrante,* tanta *macana.* Pero después de su dura experiencia no le pareció peor ni mejor castellano que el de otras partes. El habla de Buenos Aires suele provocar la estupefacción de los turistas. Un periódico recogía hace años el siguiente relato, que está enteramente dentro de esa visión:

Ayer, justamente, hablando con un señor extranjero recién llegado al país, nos decía que, a pesar de poseer correctamente el castellano, le resultaba casi imposible andar por nuestras calles sin utilizar los servicios de un intérprete. Ya al bajar del vapor se le había presentado el primer inconveniente idiomático. Al preguntar cómo podía trasladarse a la casa de un amigo, al cual venía recomendado, un muchacho le respondió:

—Cache el bondi... [es decir, coja el tranvía, del italiano *cacciare* y el brasileño *bondi*], y le dijo un número.

Poco después sorprendió esta conversación entre algunos jóvenes, al parecer estudiantes, por los libros de texto que llevaban bajo el brazo:

—Che, ¿sabés que me bochó en franchute el cusifai? [=me suspendió en francés el tipo ese].

—¿Y no le tiraste la bronca?

—Pa'qué... Me hice el otario... En cambio me pelé un diez macanudo...

—¿En que?

—En casteyano...

Las aventuras de su español le enseñaron a nuestro turista la discreta virtud del silencio. En Buenos Aires aprendió a *agarrar* el tranvía, como en Venezuela a *botar* la colilla y en Méjico a pedir *blanquillos* En Buenos Aires un amigo le dio una extensa lista de palabras que no se pueden pronunciar en buena sociedad o en presencia de damas, y fue contraproducente, pues las expresiones más anodinas se le contaminaban de mala intención (en ese terreno es preferible la más absoluta ignorancia, o inocencia). Ya en Venezuela le habían aconsejado no preguntar a nadie por *su madre* (hay que preguntar por *su mamá,* hasta a un anciano) y contado que en los colegios ni siquiera se puede mencionar la isla de Sumatra, porque los alumnos contestan automáticamente: «¡La sutra!»

5. El turista, de regreso en España

Conviene advertir que nuestro turista no ha hecho turismo por España. Porque si hubiera recorrido las distintas regiones de la Península hubiera encontrado parecidos motivos de asombro. Contaba Unamuno que una persona había visto, en una población de Andalucía, el siguiente letrero: «K PAN K LA». No podía entenderlo, pero era muy sencillo: *capancalá,* cal para encalar. Me cuentan otros dos episodios. Una señora de Málaga, muy fina, da a sus amigas de Madrid la receta de una tarta: «Tanto

de leche, tanto de huevos, tanto de azúcar... y harina, la carmita». Al día siguiente la llaman por teléfono: «Harina la Carmita no se encuentra en los ultramarinos». ¡Qué se iba a encontrar! La *carmita* es «la que admita». Y durante la última guerra, en Antequera, entraban los parroquianos en una tienda de comestibles y preguntaban esperanzados: «¿Hay café?» El dependiente contestaba, con su acento andaluz: «No; sebá tostá». Si se iba a tostar, valía la pena quedarse, y así se formó una larga cola. Al llegar al mostrador reclamaba cada uno: «¡Pero esto no es café!» Y él, sin apearse de su acento, contestaba imperturbable: «Ya se lo dije a usté: sebá tostá». Les daba efectivamente *cebá tostá,* es decir, cebada tostada.

El turista español que recorre Hispanoamérica no sabe por lo común que la chulería madrileña tiene tradicionalmente su habla especial, bien pintoresca, que a veces ha servido de deleite al público de los teatros. En el último tiempo las hablas especiales de ese tipo han rebasado sus viejas fronteras. La nueva juventud, frecuentemente rebelde, con o sin causa, aspira también a tener su propia habla, acuñada en los colegios, cafés y tabernas. ¿No llama *el fósil* al padre? Un cronista de nuevas escenas matritenses — estamos siempre dentro de la visión turística — recoge, en la terraza de un café elegante, diálogos como los siguientes:

—¿Quemasteis mucho caucho?
—Coronamos Perdices a ciento veinte.
—¡Huy, qué piratas!

Hablaban de sus hazañas automovilísticas. Se acerca el camarero, y le piden:

—Sorpréndame con un vidrio.
—Castígueme la Pepsi con yin.
—Insístame en oro líquido con burbujas.

Lo cual debe ser un whisky con gaseosa o soda. La niña pide un cigarrillo; y en seguida, que se lo enciendan:

—Ponme fumando.
—Incinérame el cilindrín.

Luego un intercambio de piropos:

—Estás canuto con ese traje marengo.
—Estás maizal, Chami.

Después de lo cual se marchan a *tumbar la aguja* (del velocímetro, naturalmente). ¿Puede uno asombrarse entonces de que los *cocacolos* y las *colcanitas* de Bogotá o los *pavitos* de Caracas tengan su jerga especial, o que haya un argot del tango y de los sainetes criollos? Y en cuanto a tabú verbal, los franceses, tan aristocráticos en el manejo de su lengua, aunque también más desenfadados que nosotros en cierto sentido, ¿no han «convertido en fango» palabras tan limpias como *fille* o *baiser?* No creo que la pudibundez hispanoamericana haya llegado nunca a tal extremo.

Además, si el turista, después de los años de dura prueba pasados en América, regresa esperanzado a España, se encuentra también con una serie de desencantos. Ni siquiera su lengua española es igual a la que él dejó. La gente come, sin reparos, *hamburguesas* y *perritos calientes* (¡qué horror!), y *aparca* sus coches. Los muchachos tienen su *romance* o su *ligue* («Inesita tiene un ligue»), y se perecen por los *posters* y las películas de *suspense.* La radio, la televisión, el periódico, lo exasperan a cada rato. Las señoras sueltan unas expresiones que antes ruborizaban a los cocheros. ¿No está la lengua en grave peligro? A cada paso se encuentra con expresiones que no conocía, o que antes tenían un ámbito más bajo o más limitado. «Esto no pita», se dice de lo que no marcha bien o no sirve. «Se armó un folklore», quiere decir que hubo un alboroto o un cisco. «¡Es de miedo!» o «¡Es de pánico!» se dice de una mujer que impresiona por su belleza (o de cualquier cosa admirable), o bien «¡Está como un tren!». El *rollo* ha sustituido en gran parte a la *lata:* «Soltó un rollo espantoso», «¡Menudo rollo me colocó!» (el *rollista* está ocupando el lugar del *pelmazo).* O bien: «¡Vaya reóforo!» «Fulano me cae gordo», se dice del antipático. «¡Vaya paquete!» o «¡Menudo paquete!», se exclama ante un encargo fastidioso. «Ahora nos traen la dolorosa, ¡y a retratarse!», dice alguien en la mesa del restaurante (la *dolorosa* es la cuenta, y *retratarse* es pagar). «Fulano les da sopas con onda», quiere decir que supera con mucho a los demás (en unas oposiciones o en cualquier competencia). La presunción ha adquirido rica terminología: «Fulanita farda un quilo», «Eres un fardón», «¡Qué fardón estás!», «¡Menudo farde!» Y ha surgido un *okey* vernáculo, que se repite hasta la saciedad: *¡Vale!* Y el *chalequear,* el *incordiar* y el *chequear.* Y la profusión de *estraperlos, gamberros, guateques, haigas, hinchas* o *forofos,*

niñas Popoff, topolinos (una topolino), machos o *machotes* y *maromos*. Obsérvese que al menos los *guateques,* los *hinchas,* las *niñas Popoff* y los *machos* representan una rica contribución hispanoamericana.

Desconfiemos, pues, de la visión del turista. El turista anda por el mundo con la boca abierta y sólo ve u oye lo diferencial, lo extraño, lo insólito. En su propia tierra vive por lo común sin ver nada, impermeable a lo que pasa a su alrededor, y a su alrededor también pasan siempre cosas extraordinarias. Pero apenas sale por el mundo lleva su provisión de radar, unas largas antenas y un precioso aparato fotográfico o cinematográfico que lo registran todo. Y a veces percibe lo que nadie más que él ha podido notar. Un turista que estuvo en Caracas vio efectivamente en un escaparate: «Un jamón: 300 bolívares.» Se marchó horrorizado de los precios, en lo cual no le faltaba razón. Pero *un jamón* significa una ganga, y lo que ofrecían por ese precio era una máquina de escribir.

6. Visión del purista

Si la visión del turista es inocente, pintoresca y hasta divertida, la del purista es más bien terrorífica. No ve por todas partes más que barbarismos, solecismos, idiotismos, galicismos, anglicismos y otros ismos malignos. El purista vive constantemente agazapado, con vocación de cazador, sigue el habla del prójimo con espíritu regañón y sale de pronto armado de una enorme palmeta o, peor aún, de cierto espíritu burlón con presunciones de humorismo. Veamos su *modus operandi.*

En España (salvo en partes de Andalucía, Extremadura y Murcia) dicen *patata,* y en América *papa;* es preciso que los americanos nos amoldemos al uso español. Pero *papa* es voz indígena, del Imperio incaico, y los españoles al adoptarla, después de tenaz resistencia, la confundieron con la *batata,* también americana, que había penetrado antes, e hicieron *patata* (como los ingleses *potato).* ¿Debemos acompañarles en la confusión? Más justo sería que ellos corrigieran sus *patatas.* Pero Dios nos libre de tamaña pretensión. No parece mal que los españoles tengan sus *patatas,* con tal que a nosotros no nos falten nuestras *papas.* ¿Puede una divergencia de este tipo poner en peligro la vida de una lengua? ¿No es signo de riqueza que en España alternen *habichuelas, judías* y *alubias?*

Parecido es el caso de los *cacahuates* mejicanos (de *cacáhuatl*). En España, por influencia de la terminación *-huete* de otras palabras (de *alcahuete,* por ejemplo), los convirtieron en *cacahuetes* (y aun en *cacahués, cacahueses, alcahués* o *alcahuetes*). ¿Quién tiene el derecho de corregir a quién? Pero no nos metamos a correctores, oficio antipático y peligroso, y dejemos que cada uno satisfaga libremente su gusto, al menos en materia de *cacahuates, cacahuetes* o *maníes.*

Las palabras más expuestas a toda clase de deformaciones son los extranjerismos. Del francés *chauffeur,* Madrid hizo *chófer* (es también la forma de Puerto Rico, sin duda por una influencia adicional del inglés). En América preferimos en general el *chofer,* más fieles a la acentuación francesa. ¿No han querido enmendarnos la plana? La Academia, comprensiva al fin, ha acabado por autorizar las dos acentuaciones.

Cosa análoga ha pasado con *futbol* o *fútbol,* que de ambos modos puede y suele decirse (Mariano de Cavia, con intención casticista, acuñó hacia 1920 balompié — un calco del inglés con aire afrancesado —, admitido hace poco por la Academia en su 19.ª edición). La Academia también terminó por aceptar la alternancia *pijama-piyama,* aunque con preferencia por la forma peninsular: en España, por la seducción de la grafía, son partidarios imperturbables del *pijama;* Hispanoamérica, más fiel a la pronunciación original (la voz ha llegado a través del francés o del inglés), prefiere decididamente el (o *la) piyama.* En cambio el academicismo está imponiendo, frente al respetuoso *restorán,* el falsificado *restaurante.* Sin duda vencerá, pero no convencerá.

La comunicación y las nuevas formas de vida traen inevitablemente palabras nuevas. En Italia ha nacido el *appartamento,* de donde el francés *appartement* y el inglés *apartment.* ¿Cómo hay que llamarlo en español? Lo natural es *apartamento,* así como al *département* francés lo llamamos, desde fines del XVIII, *departamento.* Pero aquí vienen los puristas. Corren al Diccionario de la Academia y no encuentran *apartamento.* Entonces sentencian: «No existe.» Y como en seguida descubren *apartamiento,* exclaman: «¡Eureka! ¡Hay que decir *apartamiento!*». No ven, en su ceguera descubridora, que el *apartamiento* académico es otra cosa: la acción de apartarse, el lugar apartado, y, por extensión, también a veces una habitación recogida en una residencia o en el Palacio Real. En la Argentina y Méjico han optado por el *departamento,* en España por el *piso* o el *cuarto,* denominaciones evidentemente ambiguas, pero el purismo, en Venezuela, Méjico,

Puerto Rico y otras partes, libró una heroica batalla a favor del *apartamiento.* Y ahora la Academia, de nuevo comprensiva, acaba de aceptar el *apartamento.* ¡Ya existe!

Tienen carácter muy parecido dos aberraciones del purismo argentino: el *contralor* (con su *contralorear)* y el *refirmar.* En el siglo pasado penetró en el español, y creo que en todas las lenguas de Europa, el *control* francés y su correspondiente *controlar.* Los puristas argentinos corrieron al Diccionario de la Academia y dijeron: «No existe.» Y encontraron *contralor.* Entonces sentenciaron: «Hay que decir *contralor* y no *control.*» Pero no vieron que el *contralor* académico era otra cosa, era el *controlador* (de *contrôleur),* un viejo funcionario de la Corte de Carlos V, encargado de la revisión de gastos y cuentas, especie de veedor, comisario o interventor. Hubo, efectivamente, *contralores,* en la Casa Real, en el ejército, en los hospitales. Y aunque en España han desaparecido casi por completo, de ahí viene que tengamos en varios países de América *contralores* generales de la Nación y *contralorías.* Pero los puristas argentinos se satisficieron con la forma y, menospreciando las pequeñeces del sentido, dijeron: «Encárguese usted del contralor de estas cuentas.» Y de este extraño *contralor* sacaron un más extraño *contralorear:* «*¡Contralorear* sí, *controlar* no!» Ahora la Academia acaba de aceptar todos los *controles,* no sólo el francés, sino además el *auto-control,* de auténtica factura inglesa. Pero, ¿quién apea a la prensa purista de Buenos Aires de su *contralor?*

En 1925 la Academia no consignaba todavía el verbo *reafirmar,* volver a afirmar, reiterar una opinión o una actitud, tan legítimo, tan bien formado, tan expresivo. Y sí tenía *refirmar,* que parece más bien «volver a firmar.» El purismo argentino (hay que recordar que «La Nación», por ejemplo, tenía especialistas encargados de «limpiar» la prosa) sigue fiel al *refirmar,* y hasta es frecuente que las imprentas y periódicos de la Argentina le enmienden a uno la plana (conozco varios casos concretos) si se atreve a *reafirmar.*

7. El purismo lingüístico

Yo he revisado muchos textos de barbarismos y solecismos. En la mitad de los casos son ellos los disparatados. Los remedios que prescriben suelen ser peores que la enfermedad. Sus autores tienen de la lengua general un conocimiento limitado y provin-

ciano, y la identifican con el diccionario. Dan la impresión de que el castellano está a cada paso a punto de expirar, pero que por fortuna ahí están ellos para salvarlo. Nunca les pasó por la imaginación que la Academia se fundó en 1713 — es decir, anteayer —, y que la grandeza del castellano es anterior a ella. Casi todas las palabras que desataron sus iras, o su afán redentor, han ganado al fin la consagración de la Academia, mucho más tolerante que los academicistas: *control, tráfico* (equivalente de *tránsito), familiares* (para los puristas eran sólo los criados del Obispo), *apoteósico* (sólo admitían *apoteótico), meticuloso* (sólo era equivalente de *medroso), gira* (aun a Rufino José Cuervo le parecía «una empecatada idea» usarlo como equivalente de *tournée), lupa, autobús, arribista, planificar, detective, tener lugar* («La boda tendrá lugar el 20 del corriente») y hasta *explotar* por *estallar.* Los puristas quedan en ridículo ante cada nueva edición del Diccionario académico, que procura seguir la marcha constante de la lengua. Pero ellos no se arredran. Son recalcitrantes. Siguen fieles a la vieja edición, con la que adquirieron su sólida formación purista. En general saben poco de la vida de la lengua y de su rica y compleja historia. Y como saben poco, lo compensan con un inmenso dogmatismo.

Por lo común el purista convierte en norma universal el uso de Madrid. ¿Por qué va a ser mejor, por ejemplo, *la manita* de *España* que *la manito* de casi toda Hispanoamérica? Es verdad que otros derivados de *mano (manija, manecilla, manaza)* han adoptado analógicamente la terminación *a.* Pero *la manito* conserva con toda fidelidad la *o* de *la mano,* como *el día* mantiene la *a* de *el día.* La anomalía salva a veces a la lengua del rígido y rutinario juego analógico.

La visión del purismo es estrecha y falsa. No la tuvo la España de Cervantes, y sí la del siglo XVIII, más débil, más vulnerable a la influencia extranjera. ¡Si hasta el surgimiento de la Academia y aun el del purismo, que inicia entonces su amplia trayectoría, representa una influencia francesa, empezando por la palabra *purista* (del francés *puriste),* que fue al principio sólo una designación burlona! El ideal del purismo se parece al de Procusto: acomodar la lengua a la medida del Diccionario. Si los puristas pudieran, mutilarían de la expresión todo lo que rebasa su edición académica. Son a su modo indios jíbaros, aficionados a reducir las lenguas de sus vecinos. Ya en el siglo XVIII el P. Feijoo exclamaba: «*¡Pureza!* ¡Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad!»

No todo es terrorífico, sin embargo, en la visión del purismo. A principios de siglo recomendaba un manual venezolano: «No digan: *Fulano es un sinvergüenza.* Digan: *Fulano es un inverecundo.*» *Sinvergüenza* no figuraba todavía en el Diccionario de la Academia («no existía»). Hoy no se explica uno cómo se podía hablar en español sin esa palabra.

Por lo demás ¿qué quiere decir *pureza* castellana? El castellano es un latín evolucionado que adoptó elementos ibéricos, visigóticos, árabes, griegos, franceses, italianos, ingleses y hasta indígenas de América. ¿Cómo se puede hablar de pureza castellana, o en qué momento podemos fijar el castellano y pretender que toda nueva aportación constituye una impureza nociva? La llamada *pureza* es en última instancia una especie de proteccionismo aduanero, de chauvinismo lingüístico, limitado, mezquino y empobrecedor, como todo chauvinismo.

8. Unidad y diversidad

Nos hemos burlado de la concepción turística y consideramos falsa y dañina la visión del purismo. ¿No es hora ya de ensayar una visión filológica? Tenemos que plantearnos dos cuestiones fundamentales. Primera, si hay una unidad lingüística a la que pueda llamarse «español de América», o hay más bien una serie diferenciada de hablas nacionales o regionales. Segunda, si ese supuesto «español de América» es una modalidad armónica y coherente dentro del español general, o si presenta, por el contrario, una diferenciación estructural y unas tendencias centrífugas que le auguran una futura independencia.

Para abordar estas cuestiones voy a partir de dos perspectivas opuestas. La vieja Gramática general, del siglo XVII, sostenía que cuanto más lenguas conoce uno, más llega a la convicción de que no hay sino una sola lengua: la lengua del hombre. La Gramática general postulaba una unidad fundamental entre las distintas lenguas del mundo, una comunidad de recursos expresivos esenciales, o de moldes esenciales, del lenguaje humano. Frente a ella la lingüística moderna ha sido más bien atomizadora, desintegradora. Esa unidad que se llama la lengua general, el español, el francés, el inglés, es una abstracción, una realidad inexistente. No se habla igual en Madrid, en Salamanca, en Santander, en Zaragoza, en Sevilla. Y dentro de la ciudad de Madrid no se habla igual en el barrio de Salamanca que en Chamberí o en Lavapiés.

En una misma colectividad no hablan igual los campesinos, los obreros, los estudiantes, los médicos, los abogados, los profesores, los escritores. Y aun dentro de la clase trabajadora, no hablan igual los obreros textiles que los de la construcción. Las diferencias geográficas se entrecruzan con profundas diferencias sociales. No hablan igual dos familias distintas, y en una misma familia se diferencian el padre, la madre, los abuelos, los nietos y aun los hermanos. Cada persona tiene su propio dialecto o, con un término técnico, su «idiolecto.» Digámoslo de modo más universal: «Cada pájaro tiene su canto.»

9. Las regiones dialectales

Entre esos dos extremos, la abstracta unidad universal del lenguaje, o la abstracta unidad de la lengua española, y la concreta realidad del habla individual, tratemos de situar nuestro español de América. El gran maestro Don Pedro Henríquez Ureña señalaba cinco regiones principales: 1. La antillana o del Caribe (Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, costa de Venezuela, costa atlántica de Colombia); 2. La mejicana (Méjico, América Central, Suroeste de los Estados Unidos); 3. La andina (Andes de Venezuela, meseta de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Noroeste de la Argentina); 4. La chilena (Norte, Centro y Sur de Chile); 5. La rioplatense (Argentina, Uruguay, Paraguay). Se basaba en la proximidad geográfica, los lazos políticos y culturales y el substrato indígena.

Esa construcción tiene sólo valor provisional y aproximativo, y de las cinco regiones la única que parece configurada lingüísticamente es la antillana (le agrego la costa del golfo de Méjico y de América Central), que coincide con lo que los antropólogos llaman hoy el área circuncaribe. El mismo Henríquez Ureña subdividía además sus cinco regiones: seis en Méjico y siete en América Central, etc. Por ese camino vamos al infinito fraccionamiento, y tendríamos que distinguir, por ejemplo, la lengua de los *manitos* (así llaman a los nuevo-mejicanos, por el tratamiento de *manito* «hermanito» en el Norte de Méjico), la de los *ticos* (los costarricenses, por su afición a los diminutivos en *-tico,* como *hermanitico),* la de los *ches, cheses* o *cheyes* (así se llama a los argentinos, no sólo en Chile), etc. Y aun dentro de un mismo país habría que diferenciar, como por ejemplo en Venezuela, la lengua de los *paisas,* los *alas* o los *alitas* (los tachirenses), la de los *primos* (los del Zulia, por el tratamiento amistoso de *primo)* y hasta la de los

hijos der diablo (los margariteños, por su afición al exclamativo eufemístico *¡hijo'er diablo!)* Pero ¿no sucede algo parecido entre las distintas regiones españolas, y aun entre las de Castilla? ¿Y no sucede algo parecido en cualquier comunidad lingüística? Nadie, sin embargo, ha puesto en duda seriamente hasta ahora la unidad del francés, del inglés, del italiano o del alemán.

10. El fonetismo

Más fructífera me parece la diferenciación, que también esbozó Don Pedro Henríquez Ureña, entre tierras altas y tierras bajas. Yo las distingo, de manera caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes. En Méjico se oye frecuentemente, aunque no de manera sistemática: *cafsito, pas'sté, exprimento, frasteros, fosfro,* etc.; en Quito, *sí p's, no p's;* en La Paz, *Pot'sí* (Potosí); en Bogotá, *muchismas gracias.* En cambio, en las Antillas, costas y llanos de Venezuela y Colombia, litoral argentino, Uruguay, Paraguay y Chile, es general la relajación del consonantismo, en grado variable, según las regiones o los sectores sociales: aspiración y pérdida de *s (lojombre, lo fóforo, laj ocho, pejcao);* pérdida de la *d* intervocálica, en mayor o menor medida *(no ha venío, una planchá, el deo);* articulación relajada de la *j,* convertida en gran parte de esta área en débil aspirada laríngea *(horhe* «Jorge», *hefe* «jefe»); pérdida de la *r* final *(voy a comé; sí, señó);* en zonas extremas, confusión de *r* y *l* implosivas *(pueltorriqueño, izquielda; borsa, durse;* etc.). Los del Centro de Méjico saludan a los de Veracruz, en broma: «¡Arró con pecao!» (arroz con pescado). Un andino de Venezuela riñe con un caraqueño y lo remeda: «¿Me vaj a matá?» Los andinos dicen que los caraqueños se comen las *eses.* Sólo que lo piensan con *h* inicial y con *c.*

Es indudable que ese contraste tan radical entre tierras altas y tierras bajas no se debe a razones climatológicas. Las tierras bajas han sido colonizadas predominantemente por gentes de las tierras bajas de España, sobre todo de Andalucía, y tienen más bien impronta andaluza. Las tierras altas tienen más bien sello castellano, y su consonantismo tenso, a veces enfático, manifiesta la influencia de las lenguas indígenas: las grandes culturas americanas fueron culturas de las mesetas, y sus lenguas se caracterizaban precisamente por la riqueza del consonantismo implosivo.

Las diferencias llegan a su carácter extremo en ciertas regiones

y en ciertas capas sociales. Se borran o se suavizan en los sectores cultos, que mantienen en general la integridad del vocalismo y aun del consonantismo. Si esas diferencias dan su carácter al habla regional, no afectan a la unidad del castellano general de América. El hablante de cualquier región hispánica que se desplaza por las otras regiones se siente en un primer momento desconcertado ante una serie de rasgos fonéticos diferenciales del habla popular, entre ellos la entonación y el *tempo,* y hasta dice: «No entiendo nada.» Unos días de reacomodación le demuestran que lo entiende todo.

11. Diversidad léxica

Más afectan a la unidad las diferencias de léxico, a veces espectaculares. El léxico es realmente fraccionador. Cada región tiene su vocabulario indígena propio, que le imprime su nota característica, y el prestigio y condición expansiva de las capitales puede dar a las voces un ámbito nacional y hasta internacional. El *zopilote* de Méjico se ha extendido por América Central, pero en el propio Méjico tiene también otros nombres: *zope* o *shope,* sin duda por reducción; *chombo,* en la región maya; *nopo* al Este de Veracruz, etc. Y aún más al cambiar de país: *zoncho* o *noneca* en Costa Rica, *zamuro* en Venezuela, *aura tiñosa* o *aura* en Cuba, *chulo, galembo, chicora* o *gallinazo* en Colombia (no estoy seguro de que designen siempre la misma especie), *jote* en Chile, *urubú* o *irubú* en el Paraguay y parte del litoral rioplatense (a veces la nomenclatura indígena alterna con la hispanización, también diferenciadora). La misma fruta se llama *banana* en la Argentina (quizá de origen africano, a través del Brasil), *cambur* en Venezuela, *guineo* en unas partes, *plátano* en otras (en cambio el *plátano* de Puerto Rico y Venezuela es una subespecie que adquiere sus virtudes supremas cuando se ofrece asada, frita o sancochada). En el Sur llaman *placar* (del francés) a lo que en el norte se llama *clóset* (del inglés) y, efectivamente, hay regiones de Hispanoamérica que siguen fieles a la vieja influencia francesa, mientras otras parecen cada vez más permeables a la invasora terminología norteamericana. En unas partes se mantienen como viejas reliquias ciertas voces españolas *(pollera* en la Argentina); otras conservan denominaciones distintas (la *cota,* el *fustanzón,* el *fondo* en Venezuela). O bien cada región ha hecho evolucionar una serie de palabras en sentido divergente o ha relegado al olvido segmentos

distintos del léxico tradicional. Y en cambio el proceso formativo de la lengua (el rico sistema de prefijos y sufijos) ha actuado, a veces desenfrenadamente, de modo heterogéneo y diferenciador: piénsese, por ejemplo, en la multiplicidad de verbos en *-ear,* algunos muy expresivos, como el *alacranear* (despellejar al prójimo) o el *balconear* (seguir las cosas como desde un balcón) de la Argentina, el *negrear* (dejar de invitar a alguien o descartarlo) de Venezuela o el *ningunear* (menospreciar o anular a alguien) de Méjico.

Mayor trascendencia tiene la organización distinta que cada región da a su fondo patrimonial, de acuerdo con sus preferencias mentales, con lo que Guillermo de Humboldt llamó la forma interior del lenguaje. Amado Alonso ha estudiado desde ese punto de vista las denominaciones de la vegetación en el habla gauchesca *(pasto, paja, cardo, yuyo),* y la investigación se puede extender a aspectos lexicográficos de todas partes: la rica terminología del alboroto o de la *limpieza* monetaria en Venezuela, la del machismo o de la muerte en Méjico. El léxico de cada región constituye un sistema coherente o cohesivo de afinidades y oposiciones, distinto del de otras regiones.

Aún más, la terminología varía a veces de pueblo en pueblo. El cuchillo romo se llama *infiel* en la provincia argentina de Córdoba, *moto* en la de Tucumán, *avudo* en la de Santiago del Estero, *desafilado* en la de San Luis (es el término más general en la Argentina), y en el noroeste de esta misma provincia es *vil.* Los cordones de los zapatos se llaman en las distintas regiones de Méjico *agujetas, cintas, cabetes* y también *cordones;* en Venezuela, *trenzas* (también en algunas partes de la Argentina); en el Perú, *pasadores.* El campo de las valoraciones, por ejemplo, es complejo. Una palabra tan española como *lindo* tiene un ámbito expresivo muy vasto en la Argentina, y lo mismo puede decirse de *sabroso* o *bello* en Venezuela, de *chusco* en Bogotá, de *chulo* en Méjico.

¿No hay la misma variedad, o mayor, en España? Del albaricoque, por ejemplo, se han recogido, de Norte a Sur, treinta y un nombres distintos (entre ellos *albérchigo, albarillo, damasco, mayuelo, pesco* o *piesco,* y aun *tonto).* Del molesto cadillo, por lo menos doscientos veintiocho (desde *abrojos, cardos, erizos, matasuegras,* hasta *novios, enamorados, amores).* De la vaina de las legumbres, unas ciento cuarenta *(vaina, jaruga, bagueta, cascabillo, casulla, gárgola, hollejo, calzón, frejones,* etc.). Del sapo, dieciocho *(escuerzo, rano, ponzoño, gusarapo, bufo,* etc.) y de la cucaracha, quince *(cajarra, coriana, chopa, panarola,* etc.). De la simpática

mariquita, doscientos cuarenta *(bichito de luz* o *mariposita de luz, abuelita, cochinilla, coca* o *coquita, maestrilla, pastorcita,* etc.). De la azada, ciento treinta y tres *(zuela* o *arzuela, legón* o *león, zacho, cavona, escardilla, garabato,* etc.). De la colcha, veintiocho *(cobertor* o *cobertera, cubrecama* o *sobrecama, tapadera, tendido, jarapa, recel,* etc.). Para designar al bizco, sesenta y tres *(birolo, bisojo* o *biscojo, guiñao, mirola, malmira, miracielos,* etc.). Aun un verbo relativamente neutral como *empujar* da más de cincuenta variantes regionales *(arrempujar, ambutar, antuviar, emboticar, achuchar, empellar,* etc.).

Después de eso, ¿podemos asombrarnos de que la modernísima *cremallera* la llamemos también, en diversas partes de América, *éclair, zipper, cierre* o *cierre relámpago?* La variedad — han venido a confirmarlo los modernos Atlas lingüísticos — es rasgo fundamental de la difusión del léxico en España, en Francia, en Italia, en toda lengua moderna.

12. El seseo

Siempre nos encontramos con el mismo hecho fundamental: todo lo que se da como elemento fraccionador del castellano en América lo es también del español de la Península. No hay un solo rasgo importante del español de América que no tenga su origen en España, que no sea prolongación de tendencias reales o virtuales del español peninsular. El estudio de las hablas peninsulares revela a cada paso que muchos de los argentinismos o mejicanismos que parecen más típicos, son viejas palabras o provincialismos españoles. El castellano general de América es una prolongación del que se hablaba en España en el siglo XVI — fundamentalmente el de Castilla y Andalucía, no tan diferenciadas entonces como hoy — y que tuvo su primera etapa de aclimatación, o de nivelación, en las Antillas, desde donde partió en gran parte la conquista y colonización del continente. Ya desde el siglo XVI conserva hasta hoy un rasgo unificador: el seseo (con la misma *s* se pronuncia *sí, ciencia, corazón*), en que han venido a unificarse (la nivelación es en general empobrecedora) cuatro fonemas del español de 1500 *(mesa, passar, dezir, braço).* Es muy significativo que toda Hispanoamérica, aun las regiones colonizadas desde otros centros, como el Río de la Plata, aun las colonizadas tardíamente, presenten este rasgo unificador del seseo. Y me parece evidente que los islotes de ceceo *(zí, zeñó)* que se han ido descubriendo

en el último tiempo son desarrollo moderno, por un descenso en el punto de articulación de la *s*, o un alargamiento de la estrechez entre lengua y dientes.

13. El voseo y otros rasgos

Hay unidad de origen y unidad de desarrollo. Me parece aún más significativo otro hecho: la pérdida de la segunda persona del plural en todo el sistema verbal, y de las formas pronominales *vosotros, os, vuestro.* La lengua hablada no conoce el *vosotros tenéis,* ni el *os digo,* ni *vuestra escuela,* y en el habla escrita, en que ese uso es imitación peninsular — se da sobre todo en discursos o proclamas — se considera afectado. No es éste, como el seseo, un desarrollo temprano, del siglo XVI, sino más tardío, del XVII o del XVIII. Y eso quiere decir que un cambio producido cuando ya estaban constituidas las sociedades hispanoamericanas, ha podido extenderse por toda Hispanoamérica. Es decir, que en el siglo XVII y XVIII se produjo un activo proceso de nivelación hispanoamericana.

Yo creo que ese proceso nivelador, que se manifiesta desde la primera hora en La Española, no se ha interrumpido hasta hoy. Lo confirma otro hecho, igualmente revelador. De España vino el uso de *vos cantáis* o *vos cantás, vos tenéis* o *vos tenés* o *vos tenís, vos sois o vos sos,* al dirigirse a una sola persona. De España vino también la reacción contra él. Muchas regiones de América lo han conservado, sin embargo, pero en la lucha entre el *vos* y el *tú* se ha producido una unificación impresionante de los dos pronombres: *vos* ha triunfado sobre *tú* o *ti,* las formas tónicas del sujeto y caso terminal *(vos eras, a vos, para vos, con vos); te* ha triunfado sobre *os* en todos los otros casos (*te quiere a vos, te da a vos, te quedás* o *te quedáis, calláte, sentáte,* etc.). Se han eliminado las formas *tú, ti, os.* ¿No es extraordinario que esta unificación, con formas de los dos pronombres, sea absolutamente igual en todas las regiones de voseo, desde Tabasco, Guerrero y Chiapas hasta el Río de la Plata y Chile, cuando el proceso es evidentemente posterior a 1600 y no se ha producido por intermedio de España (no se encuentra en ninguna región española), sino a través de las distintas regiones hispanoamericanas?

En cambio, en el caso del yeísmo (*cabayo, caye,* etc.), la nivelación, en América como en España, está todavía en proceso. Se ha consumado en todo Méjico, las Antillas, América Central y Vene-

zuela, pero se conserva la *ll* lateral en una zona más o menos coherente de América del Sur: Bogotá y parte de la meseta colombiana (Cundinamarca, casi todo Boyacá, parte de los Santanderes, de Nariño, del Cauca, del Huila, del Tolima); en las provincias meridionales de la Sierra ecuatoriana (Cañar, Azuay, Loja); en la Sierra del Perú y en las provincias de Camaná, Islay, Tacna, Moquegua, de la costa meridional; en casi toda Bolivia (excepto por lo menos la provincia de Tarija); en el extremo sur de Chile (Chillán, por ejemplo) y al parecer también en el extremo norte; en todo el Paraguay y en las provincias periféricas de la Argentina (Corrientes, Misiones, este del Chaco; norte de San Juan, norte y oeste de la Rioja, oeste de Catamarca; norte de Jujuy). Como en España, el yeísmo es un fenómeno invasor, que comienza en las grandes ciudades y no ha completado su ciclo, aunque ha triunfado en la mayor parte de Hispanoamérica.

14. Nivelación hispanoamericana

Ese proceso nivelador se percibe también en el léxico. Fuera de una serie de voces que se remontan al siglo XVI (*papa, cuadra, etc.*), hay otras más tardías, que se han extendido por toda Hispanoamérica, o por casi toda ella: *manejar* (el automóvil) frente al *conducir* de España; *apurarse* frente a *darse prisa; pararse* frente a *ponerse de pie; irse* frente a *marcharse; centavos* frente a *céntimos* (hoy en Venezuela un *centavo* equivale a cinco *céntimos;* el Uruguay tiene *centésimos); fósforos* frente a *cerillas* (Méjico tiene *cerillos); crema,* del francés, frente a *nata,* la voz tradicional (a veces alternan las dos con diferenciación, y se reserva *nata* para la de la leche hervida); *liviano* frente a *ligero; medias* (también las del hombre) frente a *calcetines* (en Méjico se mantiene la distinción). Aunque es más difícil hablar en este terreno de una nivelación completa — el léxico es menos estable — no deja de ser impresionante la existencia de un conjunto de voces que diferencian el uso hispanoamericano general del español.

Puede afirmarse, pues, que junto a la diferenciación regional y hasta local, hay cierta tendencia a la unidad hispanoamericana. Esta unidad no es incompatible con la diversidad, que es el sino de la lengua. Si no hablan igual dos aldeas españolas situadas en las riberas opuestas de un río o en las dos vertientes de la misma montaña, ¿cómo podrían hablar igual veinte países separados por la inmensidad de sus cordilleras, ríos, selvas y desiertos? La diver-

sidad regional es inevitable y no afecta a la unidad si se mantiene, como hasta ahora, la mutua comprensión. En cuatro siglos y medio de vida, el español hispanoamericano tiene, desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego, una portentosa unidad, mayor que la que hay desde el norte al sur de la Península Ibérica. Esta unidad está dada, mucho más que por los rasgos peculiares del español hispanoamericano (seseo, pérdida de la persona *vosotros,* loísmo, etcétera), por lo que el habla de Hispanoamérica tiene de común con el castellano general: la unidad (unidad, no identidad) del sistema fonemático, morfológico y sintáctico. Es decir, el vocalismo y el consonantismo, el funcionamiento del género y del número, las desinencias personales, temporales y modales del verbo, el sistema pronominal y adverbial, los moldes oracionales, el sistema preposicional, etc. Y aun el fondo constitutivo del léxico: las designaciones de parentesco, los nombres de las partes del cuerpo o de los animales y objetos más comunes, las fórmulas de la vida social, los numerales, etc. Al pan lo seguimos llamando pan, y al vino, vino. Por encima de ese fondo común las divergencias son sólo pequeñas ondas en la superficie de un océano inmenso.

15. Fueros del habla familiar

Y aquí llegamos a la segunda cuestión fundamental. Hay una unidad de español americano porque ese español americano reposa en una comunidad de lengua española. Claro que esa comunidad es sobre todo la de la lengua culta, la de la conferencia o la clase universitaria, la del ensayo o el libro científico, la de la literatura, la de la poesía, y aun la de la prensa, si descartamos cierto tipo de periodismo, que está cundiendo en todas partes, empeñado en halagar, o explotar, los sentimientos más vulgares, y con ellos, claro está, la vulgaridad expresiva. Por debajo de esa lengua culta común se desenvuelve la diversidad del habla campesina y popular, y también el habla familiar de los distintos sectores sociales.

El habla campesina y el habla popular de las distintas regiones de España y América tienen su dignidad en sí mismas, su propia razón de ser. También la tiene el habla familiar. Yo defiendo los fueros del habla familiar. Otros enarbolan la bandera de los derechos del hombre, o de la mujer. Yo levanto mi pequeña banderita en favor del habla familiar, víctima inocente del purismo. Los novios, los amigos, los hermanos, los esposos, tienen que ha-

blar con espontaneidad y dar a las cosas sus nombres familiares. A mí no me parece mal que los argentinos se traten de *vos* en la relación cordial (en cambio me parece muy mal que eso se considere «mancha del lenguaje argentino», «sucio mal», «ignominiosa fealdad», «negra cosa», «viruela del idioma», o se califique de ruin, calamitoso, horrendo). Tampoco me escandaliza que llamen *pollera* a la falda, como los personajes de Lope de Vega y Tirso, o que al venezolano ciertas cosas le den *pena* (lo que me parecería mal sería la desvergüenza), y ni siquiera que llame *ponchera* a la palangana o aljofaina. Si la llamara *aljofaina* es posible que le entendieran los puristas, pero no la criada o su mujer, cosa que sin duda le importaría más.

El habla familiar tiene sus propios fueros. No puede ser incolora, inodora e insípida. Tiene que ser rica, emotiva, evocativa, *familiar*. Le cambian el sabor al sancocho si nos obligan a llamarlo *salcocho*. Lo cual no quiere decir que el habla familiar ande a la buena de Dios. Sus dos peligros son la vulgaridad y la afectación, y está regulada también, hasta cierto punto, por la obra educadora de la escuela y de la cultura general. Pero los que han visto el peligro de fraccionamiento del español de América, o su divorcio frente al de la Península, es porque sólo se han detenido en los umbrales del habla popular o familiar, y a veces en los del habla suburbana o rústica.

16. Unidad hispanoamericana

Frente a la diversidad inevitable del habla popular y familiar, el habla culta de Hispanoamérica presenta una asombrosa unidad con la de España, una unidad sin duda mayor que la del inglés de los Estados Unidos o el portugués del Brasil con respecto a la antigua metrópoli: unidad de estructura gramatical, unidad de medios expresivos. Y en la medida en que la lengua es — según la fórmula de Guillermo de Humboldt — el órgano generador del pensamiento, hay que admitir también una unidad de mundo interior, una profunda comunidad espiritual. Si el hombre está formado o conformado por la lengua, si la lengua es la sangre del espíritu, si el espíritu está amueblado con los nombres infinitos del mundo, y esos nombres están organizados en sistema — es decir, implican una concepción general, una filosofía —, hay que admitir no sólo una unidad de lengua hispánica, sino una unidad sustancial de modos de ser. ¿No es esto lo que Ortega y Gasset

llamaba repertorio común de *lo consabido*? La unidad social — decía —, por encima de las fronteras políticas, la da el conjunto de cosas consabidas, el tesoro común de formas de vida pasadas que forman la inexorable estructura del hombre hispánico.

Yo me inclino a creer que esa unidad es mayor hoy que en 1810, cuando grandes porciones del continente vivían apartadas hasta de sus propias capitales. Pienso ahora en tres escritores representativos: Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Jorge Luis Borges. Claro que los personajes de *Doña Bárbara* o de *Don Segundo Sombra* o de *Pedro Páramo* usan expresiones incomprensibles para el lector general. Pero también las usan los personajes de Cervantes o de Quevedo, sin mencionar los del rico costumbrismo español. Es verdad que la prosa de Alfonso Reyes tiene algunos mejicanismos. Pero a la de Ortega no le faltaban madrileñismos. Las dos proclaman la unidad de una lengua culta que es — digámoslo con términos de Andrés Bello — medio providencial de comunicación y vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.

17. Unidad o fraccionamiento

Hay, claro está, posibilidades de reforzar ese vínculo de fraternidad. Pienso en un aspecto del habla culta que hoy debe preocuparnos a todos, por su excepcional importancia: el vocabulario técnico. ¿Puede quedar a merced de los traductores improvisados en cada país, cada uno con su propio criterio? Ya Julio Casares se detuvo en la *self acting machine* del inglés, convertida en la *selfatina*. ¿No conviene una regulación internacional? Creo que algo están haciendo ya en ese sentido los organismos técnicos competentes. La unidad de la lengua culta, no una unidad mecánica, rígida, inmóvil, sino una unidad flexible y dinámica, en que tenga amplia cabida la libertad creadora del hombre, una unidad regida más que por una ética racional y severa, por una estética móvil, siempre inquieta, debe ser obra común de la cultura.

Ahora bien, si el habla popular de Hispanoamérica tiende a diferenciarse cada vez más y el habla culta se mantiene en el nivel hispánico general, ¿no llegará el momento en que se produzca el tan temido divorcio, como el que se produjo entre el latín culto y el romance hablado? Hay voces agoreras que lo pronostican de vez en cuando, y la visión apocalíptica, del español, de

Europa, de toda nuestra cultura, de todo nuestro mundo espiritual y material, está siempre presente, como telón de fondo de todo el acontecer humano. ¿Quién puede augurar la grandeza eterna de una lengua o de una cultura? La desintegración no parece, sin embargo, fenómeno inevitable en determinado período histórico. Los indoeuropeístas — Meillet, Kretschmer — han estudiado la evolución de los antiguos dialectos griegos y observado en ellos más bien una tendencia convergente. La *koiné* griega representó una nivelación creada por la cultura, y duró mucho más que las unidades políticas que la sustentaban. La lengua es compañera del Imperio — es la fórmula feliz de Nebrija —, pero también hay un Imperio de la cultura, que quisiéramos ver cada vez más poderoso.

En el Congreso de Academias de 1956 volvió a plantearse el problema de la unidad o del fraccionamiento. Don Ramón Menéndez Pidal, el maestro insigne de todos nosotros, sostenía que la corrección del seseo, del yeísmo y de otros rasgos americanos es fácil si se acomete desde la infancia. Y ante el progreso de los nuevos medios de comunicación (radio, cine, televisión, magnetofonía, etc.), predecía:

> La pronunciación de un idioma se formará mañana con acento universal. La palabra radiodifundida pesará sobre el habla local de cada región: las variedades dialectales se extinguirán por completo.

¿No hay ahí un aliento utópico? Yo no puedo creer en un «acento universal» o en la extinción de las variedades dialectales. Ni me parece necesario, ni deseable. Las variedades dialectales son inherentes a la existencia misma de la lengua común, y no la ponen en peligro mientras ella tenga cohesión, vida cultural, poder irradiador. En el mismo Congreso la voz de Dámaso Alonso fue, en cambio, más bien pesimista:

> La lengua está en peligro; nuestro idioma común está en un peligro pavorosamente próximo... La misión académica es evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros, impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos.

Si efectivamente el peligro es tan pavorosamente próximo, el salvarla parece tarea algo desmesurada para la Academia Española. Dámaso Alonso, el gran intérprete de las voces poéticas más altas de nuestra lengua, aún continuaba:

La fonética del mundo hispánico está cuarteada... Un siglo de profundas agitaciones pueden convertir las quiebras en abismos insalvables.

El problema que plantea es grave: «Que no se nos hunda la casa.» Pero él mismo estudiaba, en 1950, con Alonso Zamora Vicente y María Josefa Canellada, el habla de la zona granadina, sobre todo de la capital, en hablantes cultos, algunos de ellos licenciados en Filosofía y Letras. Y decía, en términos muy parecidos:

La fonética castellana aparece totalmente cambiada, gravemente amenazada en muchos casos: labiodentales profusas (algunas con notorio rehilamiento), palatales no africadas, extraordinaria nasalización, aspiración de variados matices, seseo, ceceo, etc.

Y en el vocalismo encontraba ocho fonemas claramente diferenciados (dos tipos de *e*, de *o*, de *a*); es decir, estaba socavada la estabilidad del pentágono vocálico del español, que se ha considerado siempre factor fundamental de la estabilidad de nuestra lengua. ¿Tendremos que concluir que están naciendo nuevas lenguas, entre ellas el granadino, con vastas perspectivas dentro del mundo lingüístico?

Otra región de Andalucía, también estudiada por Dámaso Alonso *(En la Andalucía de la e)*, y luego por Manuel Alvar, la de Puente Genil, Lucena, Estepa, Casariche, La Roda, Alameda, Palencia, en los confines de las provincias de Sevilla, Málaga y Córdoba presenta una serie espectacular de cambios, entre ellos la *-a* final en *-e* en ciertas circunstancias fonéticas. Una señora dice: «Mi marío ha ío a trabajé ar cané» (a trabajar al canal). Y pueden oírse diálogos como el siguiente (téngase en cuenta que la *h* se pronuncia aspirada):

—¿Qué té ehtá uhté? (qué tal está usted).
—Igüé, iho, o mé mé (igual, hijo, o más mal).

Es evidente que un estudio a fondo de las hablas regionales de España e Hispanoamérica desentrañaría hechos análogos en otras partes. ¿No los ha desentrañado también en las diversas regiones el francés, el inglés, el alemán, el ruso? Estaríamos, pues, ante un peligro universal de desintegración lingüística.

No parece ése, sin embargo, el signo de nuestro tiempo. El signo de nuestro tiempo parece más bien el universalismo. El destino de la lengua responde —salvo contingencias catastróficas—

al ideal de sus hablantes. Y el ideal de los hablantes oscila entre dos fuerzas antagónicas: el espíritu de campanario y el espíritu de universalidad. El espíritu de campanario —los campanarios son a veces diminutos, otras algo más grandes— lleva a convertir lo propio, lo que se cree peculiarmente propio, en norma superior. Su proyección al terreno lingüístico sería, no una lengua argentina, sino dos o tres lenguas argentinas (el habla gauchesca está más cerca de Cuba que del norte argentino). Y en Venezuela, no una lengua venezolana, sino dos por lo menos. Es decir, que tendríamos, no veinte lenguas neoespañolas, sino cuarenta o cincuenta. No parece ése el ideal de ningún hispanohablante, que tiene el privilegio de formar parte de una comunidad lingüística de ciento ochenta millones de hablantes, que es, desde el punto de vista numérico, la cuarta del mundo, después del chino, el inglés y el ruso (con criterio estrictamente lingüístico, contando sólo los hablantes de lengua materna, sería la tercera). Y que quizá será una de las primeras, por el desarrollo vertiginoso de las repúblicas hispanoamericanas (se ha calculado para Hispanoamérica una población potencial de 1.200 millones de habitantes dentro de un mundo de 8.000 millones). Me parece que el ideal general es la universalidad hispánica. Y esa universalidad —vuelvo a insistir— no puede basarse en el habla popular y familiar, diferenciada por naturaleza, sino en la lengua culta, que se eleva por encima de todas las variedades locales, regionales o sociales y es el denominador común de todos los hablantes de origen español.

18. Los amos de la lengua

¿Y no existe el peligro de que se rompa esa unidad de nuestra lengua culta? ¿No necesita el castellano de los dos continentes una especie de gobierno superior que lo armonice y unifique? Y, en caso afirmativo, ¿a quién correspondería ese gobierno superior?

Clarín lanzó un principio, que levantó violentas resistencias: «Los españoles somos los amos de la lengua.» Ya Puigblanch lo había enunciado hace más de un siglo del modo siguiente:

> Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad del lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centros de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre.

Rufino José Cuervo adoptó este principio como lema de sus *Apuntaciones críticas,* aunque luego formuló una restricción: «El sacrificio debe ser común. Cuando los españoles se aparten del buen uso, los llamaremos al orden.» La fórmula de Clarín andaba rondando todavía cuando se planteó, hace unos cuarenta años, como norma de la cultura hispanoamericana, «el meridiano de Madrid.» Don Ramón Menéndez Pidal rechaza los términos de Clarín y exclama:

¡Qué vamos a ser los amos! Seremos los servidores más adictos de ese idioma que a nosotros y a los otros señorea por igual, y espera, de cada uno por igual, acrecimiento de señorío.

Los servidores más adictos, en lugar de los amos, ¿no implica de todos modos una preeminencia? Todavía la admitía Gabriela Mistral, según cuenta Victoria Ocampo:

Protesto ante ella, todavía y siempre, de lo espinoso que resulta para nosotros, hispanoamericanos, el manejo del español. Le digo que cuando hablamos con españoles, éstos parecen considerar que abusamos de su idioma y de su paciencia en cuanto abrimos la boca, que somos una raza intolerable de intrusos, de malhechores gramaticales ¿qué se yo? Ella me contesta: «Un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada». Pero ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastadas con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehaz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de *pe a pa* lo que vino en las carabelas lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal.

19. La lengua patrimonio común

Esa idea de que el español nos cedió el idioma, pero sigue reteniendo el cabo con la mano más experta, ¿será admisible? El español que nos cedió el idioma no es, desde luego, el actual. De los españoles del siglo XVI — el argumento lo recojo de Amado Alonso —, una parte se quedó en España, la otra pasó a América. Es indudable que los españoles que nos cedieron el idioma son los que pasaron a América. ¿Acaso los conquistadores y sus hijos y des-

cendientes tienen menos derecho que los del solar nativo a considerar propia su lengua? Evidentemente los hispanoamericanos somos tan amos de la lengua como los españoles. Me cuentan que una vez le preguntaron a Don Federico de Onís cuál era el mejor escritor hispanoamericano, y contestó sin vacilar: «Miguel de Cervantes.» Efectivamente, toda la literatura española es patrimonio nuestro, patrimonio común de nuestra lengua común, y ojalá pudiéramos darle a esta lengua común obras parangonables a las de Miguel de Cervantes.

A Victoria Ocampo le sublevaba el «coloniaje verbal», y éste es sin duda un punto sensible de todo nuestro mundo hispanoamericano. Hoy no se pueden plantear los problemas culturales o lingüísticos sobre bases de hegemonía o de subordinación. Hispanoamérica es muy celosa de su independencia espiritual. Ciento cincuenta millones de hispanoamericanos no admitirán jamás que puedan depender de treinta millones de españoles, y menos aún de un grupo de académicos, por más esclarecidos que sean. Amado Alonso, que veía el surgimiento de grandes empresas editoriales en Méjico y Buenos Aires —el libro es agente vivo de la lengua—, creía que nuestras dos grandes capitales empezaban a intervenir en los destinos generales del español. Y veía en ello el comienzo de una etapa nueva.

20. Lengua y cultura

La lengua escrita es, efectivamente, una norma del habla general. Pero hoy el problema parece más complejo. Estamos presenciando, en toda Hispanoamérica, el ascenso vertiginoso de las capas inferiores de la población, que irrumpen animadas legítimamente por apetencias nuevas. Y aún más, amplios sectores, tradicionalmente sedentarios, abandonan las tierras y se asientan en la periferia de las grandes ciudades. ¿No hay ahí un peligro inminente de ruptura de nuestras viejas normas, de relajamiento del ideal expresivo? El peligro es real, pero eso quiere decir que la cultura tiene hoy imperativos más perentorios, más dramáticos. La unidad de la lengua española sólo puede ser obra de la cultura común. Y entiendo por cultura común, más que la adoración del tesoro acumulado por los siglos, la acción viva, permanentemente creadora, de la ciencia, el pensamiento, las letras. La República del castellano está gobernada, no por los más, sino por los mejores

escritores y pensadores de la lengua. Y en esta empresa de gobierno superior cabe una emulación siempre fecunda. Pueden participar y competir en ella, sin restricciones ni favoritismos, todos los países de lengua española.

FETICHISMO DE LA LETRA

¿Hay que escribir como se pronuncia o pronunciar como se escribe? Originalmente la grafía quiso reproducir con fidelidad la pronunciación. Pero la pronunciación cambia y la letra queda. Y como la letra tiene prestigio culto y es permanente y visible, tiende a superponerse a la pronunciación, tornadiza y fugaz. Surge así, como en materia religiosa o jurídica — ¿no es el sino de toda materia? — la oposición entre espíritu y letra. Ya observaba Ferdinand de Saussure que a pesar de ser la lengua, en su esencia, modulación oral, la forma escrita usurpa a veces el primer papel:

> La escritura vela y empaña la vida de la lengua: no es un vestido, es un disfraz.

Ese disfraz se está transformando en modelo o arquetipo al que se trata de acomodar la lengua oral. La visión de la lengua está, desde hace siglos, tan perturbada, que no se habla de sonidos o fonemas que se representan de uno u otro modo, sino de «letras» que hay que pronunciar (en su definición de *letras* la Academia incluye, además de los signos o figuras, los sonidos o articulaciones). Constituye una verdadera hazaña poderse emancipar de la imagen escrita para percibir la mágica vibración de los sonidos. La letra prevalece sobre la pronunciación, influye sobre ella y hasta la deforma. De la multiplicidad de casos que lo ejemplifican, pasaremos revista a los más próximos, los más nuestros.

1. Los grupos consonánticos cultos: ¿«subscriptor o suscritor»?

La tendencia general del castellano fue reducir los grupos consonánticos del latín (de *septem, scriptum, ruptum, sanctum, subtilem, gypsum, octo,* tenemos *siete, escrito, roto, santo, sutil, yeso, ocho*). Pero esos grupos volvieron a entrar en la lengua, con las voces de la erudición y la cultura, por la vía regia de los libros. Tenemos así *siete* frente a *septiembre* (el séptimo mes del antiguo año romano); *ocho* frente a *octubre; fruto* frente a *fructuoso, fructífero* o *fructificar; delito* frente a *delictivo; luto* frente a *luctuoso,* etc. Y aun en muchos casos se conserva, de la misma voz latina, un derivado popular y otro culto, con diferenciación semántica: *catar* y *captar, retratar* y *retractar, respeto* y *respecto, afición* y *afección, ochavo* y *octavo, estrecho* y *estricto, gitano* y *egiptano* (o *egipcio*), *sino* y *signo,* etc. Pero también las voces de origen culto llegan al pueblo y entran en el torrente de la lengua común. Y hasta es frecuente que autores eruditos, compenetrados con el sentido popular, las sometan a una acomodación hispanizadora. Así, en el tratamiento de ellas la lengua ha vacilado siempre entre dos extremos: el mantenimiento latinizante de los grupos o la hispanización.

Además, el tratamiento ortográfico, como lo ha documentado pródigamente Don Rufino José Cuervo, no ha coincidido siempre con el tratamiento fonético. Un hombre del mester de clerecía como Berceo escribía *sanctos* (aparece así al menos en uno de sus manuscritos) pero lo rimaba con *quántos,* es decir, no pronunciaba la *c* del grupo consonántico. En 1433 el Marqués de Villena, en su *Gaya sciencia o Arte de trobar,* hablaba de «letras que se ponen e no se pronuncian, según es común uso», y lo ejemplificaba con *magnífico, sancto, doctrina, signo.* El primer gramático de la lengua española, Nebrija, nos informa:

> Escrevimos *signo, magnífico, magnánimo, benigno,* con *g,* y pronunciamos *sino, manífico, manánimo, benino,* sin *g.*

Y en su Diccionario registraba *ditado, dotor, letor, calunia, coluna,* etc. El Marqués de Santillana rimaba *divino* con *indino;* Garcilaso, *respeto* con *aspeto,* y en su famosa Canción V («A la Flor de Gnido»), *perfectas* con *saetas* y *poetas;* Fray Luis, *perfeto* con *sujeto, perfeta* con *discreta* y *sujeta, divino* con *dino;* Cervan-

tes, *perfeto* con *secreto, repuna* con *luna,* y aun Góngora *efeto* con *secreto, conceto* con *prometo, dino* con *divino* y *lino* (o con *camino,* o con *ladino* y *peregrino*), *dina* con *Medina, peregrina* y *determina* (o con *fulmina*), etc. Lo mismo hacían Lope y Quevedo. Herrera, el Divino Herrera, escribía sistemáticamente *ogeto, ostinación, acidente, afeto, efeto, conceto, esamen,* etc. Juan de Valdés, hacia 1535, en su famoso *Diálogo de la lengua,* decía:

> Cuando escribo para castellanos y entre castellanos siempre quito la *g* y digo *sinificar* y no *significar, manífico* y no *magnífico, dino* y no *digno,* y digo que la quito, porque no la pronuncio, porque la lengua castellana no conoce de ninguna manera aquella pronunciación de la *g* con la *n*...

Aun admite, un poco a regañadientes, que se escriba en castellano *affetto, dotto, perfetto, respetto,* con las consonantes dobles del italiano y no con la *ct* del latín. Si hasta gramáticos hubo en los siglos XVI y XVII que condenaban enérgicamente las grafías *magnífico, magnánimo, docto, doctor, doctrina, séptimo, perfección,* etc., porque había que escribir y hablar castellano, y no latín. Mateo Alemán, que además de novelista era gramático, en su *Ortografía* de 1609 adoptaba una actitud francamente hispanizadora y se burlaba de los que hacían «pepitorias de letras».

El impulso hacia lo hispánico popular se apoyaba sin duda, sobre todo entre los poetas del siglo XVI, en el ejemplo seductor del italiano, que había asimilado sin contemplaciones todos los grupos cultos. Pero la norma latina contaba con el prestigio eclesiástico y el ejemplo del francés, y los autores más eruditos no sólo escribían *sancto, fructo, auctor,* sino también *peccado, occasión, abbreviar, abbad, apparejar, officio, illustre, collegio, aggregar, attraher, annales, commentarios, thesoro, triumpho, tropheos, christiano, máchina, monarchia, patriarcha, fiction, equinoctio,* etc., además de las infinitas grafías ultracultas. Entre las dos tendencias se libraron enconadas batallas. Lo más común era la vacilación entre las dos, y en un mismo autor alternaban a cada paso, a veces en la misma línea, *dino* y *digno, prática* (hasta se confundió con *plática*) y *práctica, vitoria y victoria* (de ahí todavía hay los *vítores* y los *víctores,* el *vitorear* y el *victorear*), *coluna* y *columna, efeto* y *efecto, fruto* y *fructo, delito* y *delicto, suceso* y *succeso,* etc. Para fijar la ortografía y la pronunciación surgió en 1713 la Academia de la Lengua.

¿Cuál fue la actitud de la Academia? En el Proemio ortográfico de la primera edición de su Diccionario, el magnífico «Dic-

cionario de Autoridades», nos dice (Tomo I, Madrid, 1726, págs. LXVII-LXVIII):

Aun entre los más preciados de verdaderos y legítimos castellanos tampoco hay igualdad en el modo de pronunciar, porque lo que unos profieren con toda expressión, diciendo *acepto, lección, lector, doctrina, propiedad, satisfacción, doctor,* otros pronuncian con blandura, y dicen *aceto, leción, letor, dotrina, propiedad, satisfación, dotor;* unos especifican con toda claridad la letra *x* en los vocablos que la tienen por su origen y dicen *expressión, cxceso, explicación, exacto, excelencia, extravagancia, extremo,* y otros en unas palabras la mudan en *c* y en otras en *s,* diciendo *eccesso, ccelencia, espressión, esplicación, essacto, estravagancia, estremo;* unos expressan las consonantes duplicadas en varias voces, diciendo *accento, accidente, annata, innocencia, commoción, commutación,* y por el contrario otros no las usan, y dicen *accnto, acidente, anata, inocencia, comoción, comutación,* de suerte que es innegable la variación y diversidad en la pronunciación.

La Academia (el *Diccionario* se publicó de 1726 a 1739; la primera edición de la *Ortografía,* en 1742) defendió el criterio etimologista, latinizante: no sólo *acceso, accidente, occidente,* sino *accelerar, accento,* etc. También *obstáculo, substituir, abstraher,* etc., y desde luego *doctor* y *doctrina,* «aunque en los dos vocablos... parezca que la *c* está de más» (pág. LXXIX). Pero «para no caer en notable afectación» autorizó *santo, punto, distinto, conjunto,* etc.

En sus dos siglos de vida, la Academia no ha logrado fijar su propio criterio. A través de las diez y ocho ediciones de su *Diccionario* y de las repetidas ediciones de su *Ortografía* (incorporada luego a la *Gramática*), ha ido acomodándose a las oscilaciones de la lengua culta. Y hoy alternan, en el *Diccionario, setiembre* y *septiembre; oscuro* y *obscuro; sustancia* y *substancia; suscritor* y *subscritor* y hasta *subscriptor; trascrito* o *transcrito* y *transcripto;* etc. Las *Nuevas Normas,* incorporadas ya al Diccionario de 1956, han ampliado la libertad hasta límites que a muchos han parecido escandalosos: *psicología-sicología, psicólogo-sicólogo, psiquiatra-siquiatra, psicosis-sicosis, gnomo-nomo, mnemotecnia-nemotecnia,* etc.

De cualquiera de estas maneras puede hoy escribirse. ¿Y pronunciarse? En esos casos la gente culta de España se ha decidido por la simplificación hispanizadora. Nadie, salvo en caso de afectación, pronuncia la *p* de psicología (¿no ha naufragado totalmente la de *psalmos* o la de *pseudónimo?*), o la *g* de *gnomo* o la *b* y la *p* de *subscriptor.* Unamuno rechazaba, no sólo la pronunciación,

sino aun las grafías *septiembre, subscriptor, transmitir, inconsciente, incognoscible,* etc., y decía, en un artículo de 1912:

A mí nadie me hace escribir sonidos que no pronuncio, ni soy tan pedante para decir *septiembre,* ya que no digo *siepte,* o *subscriptor,* ya que no digo *escriptor;* pues la misma razón hay para esto que para aquello.

Consideraba que esas letras parásitas eran «colgajos» de los que no sabían más que tres maravedís de lenguas clásicas, y se indignada contra los que llenaban la lengua de «barreduras». Ha sido el moderno campeón de la llaneza en la pronunciación y en la escritura. Se cuenta de él la siguiente anécdota. En uno de sus artículos había escrito *oscuro.* El regente de la imprenta, al enviarle las galeradas, le puso al margen — como era tradición en las buenas imprentas españolas — una llamada: «Ojo: *obscuro.*» Unamuno contestó: «Oído: *oscuro.*»

La gente culta pronuncia correctamente *setiembre, oscuro, sustancia, suscritor,* etc., sin colgajos consonánticos. Pero la introducción de cultismos, directamente o por intermedio del francés o el inglés, no está interrumpida, y continuamente surgen nuevos problemas. ¿Será incorrecto *flácido,* y habrá que escribir y pronunciar *fláccido,* como prescribe la Academia? El latín *flaccidus,* derivado de *flaccus,* se hizo en castellano, como voz patrimonial, *lacio.* Pero en el siglo XIX la terminología médica introdujo de nuevo la palabra y se usó *flácido, flacidez,* que pasaron a los diccionarios de Domínguez, Barcia, Pagés, Ochoa, y al Enciclopédico Hispanoamericano. Fue general en la terminología médica, pero la Academia (1914 *fláccido,* 1956 *flaccidez*) adoptó la doble *c.* ¿Se atreverá alguien a pronunciarlo así? ¿No le corresponderá a la grafía el destino que le tocó a *acceptar, succeder,* y luego a *accelerar* y *accento,* que eran formas académicas en 1726?

En una serie de palabras ha triunfado plenamente la tendencia popularista (no queda más que el recuerdo de grafías como *prompto, exempto, sumptuoso, pneumonía, subjecto, redemptor,* etc.); en otras se ha impuesto la cultista sólo en la escritura; en otras, finalmente, también en la pronunciación. Hoy es signo de incultura o de vulgaridad «comerse» las consonantes en voces como *doctor, octubre, acto, apto, signo,* etc. (en la Argentina, por ejemplo, esta tendencia se ve favorecida por la influencia del italiano, que ha asimilado enteramente esos grupos). Aun en este caso, ya en 1631 el licenciado Robles, que las defendía con criterio latinizante, decía que había que pronunciarlas sin afectación: no como

hacen «los pedantes, que ponen tanta fuerza en ellas como si disparasen una bala, diciendo *excepto* y *concepto*», sino «blanda y suavemente, con un quiebro de la voz». Efectivamente, en la más correcta e irreprochable pronunciación castellana, esas consonantes se atenúan, se suavizan (se vuelven fricativas), y las sordas hasta se sonorizan. La Academia lo dice expresamente en el caso de *anécdota, técnica, acción, facsímil,* etc. Y Navarro Tomás lo extiende a *aptitud, concepto, atmósfera, ritmo,* etc. Claro que a pesar de la grafía, se eclipsa totalmente la *t* de *istmo.*

De todos modos, la seducción de la imagen gráfica actúa también sobre los semicultos, y aun sobre el pueblo, que hoy tiene una dosis mayor o menor de letras. Frente a las dos tendencias generales, la popular, de suprimir radicalmente las consonantes implosivas, y la culta, de pronunciarlas, hay una serie de posibilidades, que constituyen un testimonio de que los grupos cultos no están del todo arraigados. En primer lugar, es frecuente sustituir la oclusiva por una fricativa, lo cual significa una incorporación al sistema general de la lengua. Quizá los más insistentes sean casos como *alvertir, almirar,* etc. En Venezuela se oye en ciertos sectores formas como *orjeto* (lo usa por ejemplo el negro Juan Parao en *Canaima* de Rómulo Gallegos), *orsequio* (lo dice un personaje de *La casa de los Abila* de Pocaterra), *le arvierto* (en el *Cancionero* de Machado), *calurnia* y *calurniar* (en *Tierra nuestra* de Samuel Darío Maldonado), *orjeción, ersigente,* etc. En una comedia de Arniches, *La chica del gato,* que reproduce el habla popular de Madrid, encontramos: *Neztuno* (Neptuno), *prazticao, aztualidad, faztura, esazta* (exacta), *víztima,* etc. Hemos oído también a españoles decir *Isaz* por *Isaac,* y hasta una persona trataba de justificarlo en el hecho de que termina en *c* (=*z*). Esa pronunciación no es exclusiva de los incultos. A mis alumnos de la Universidad de Caracas les llamaba la atención que un profesor español, por lo demás eminente y muy escrupuloso, pronunciara *concezto* (concepto). Y otro profesor, de Castilla la Vieja, se indignaba un día de que su mecanógrafa puertorriqueña, que no era por cierto muy lince, le hubiera escrito: «pasto de no agresión». ¡Claro, él había pronunciado *pazto*!

Y aun hay, dentro de esta corriente hispanizadora de incorporar las palabras a los módulos fonéticos habituales de la lengua, otra posibilidad, que se da, en mayor o menor grado, en casi todas partes: la vocalización. En Venezuela hemos oído *cáusula* y *ausoluto.* En otras partes son frecuentes *doitor* o *doutor, caráuter* o *caráiter, perfeuto* o *perfeito, mainate* (magnate), etc. Aunque son

usos vulgarísimos, están emparentados con los *autos sacramentales* (de *actos sacramentales*), o con *deleitar* (del *latín delectare*), o con *bautizar* (del latín *baptizare*), o con *cautivo* (antiguo *cativo,* del latín *captivus*), que empezaron siendo semicultos.

Muy frecuente también es la sustitución de una oclusiva por otra. El caso más arraigado, aun entre la gente culta, es *eccétera* por *etcétera* (la *t* ante *c* es excepcional en castellano y se resuelve en *cc,* bastante frecuente). También se oyen *acsoluto, acsurdo, sectiembre, solegne, insepto, ocjeto, excección, interrucción* (hay cierta preferencia por el molde *cs,* que corresponde a la *x*). Los héroes de la emancipación hispanoamericana (no queremos dar nombres para que no parezca que les queremos rebajar el heroísmo) escribían a veces *acectar* (aceptar), *execto* (excepto), *actos* (aptos), *adsede* (accede), *subsectible* (susceptible), etc. Casos análogos se encuentran en España por lo menos desde el siglo XIII. En la *Historia Troyana* escrita hacia 1270, se encuentra *Hebtor* o *Ebtor* (junto a *Hector* o *Hetor*), grafías frecuentes también en las *Sumas de Historia Troyana* atribuidas a Leomarte, que son del siglo XIV. Todavía en las *Ordenanzas de Bilbao* de 1760 leemos *se ocservará.* Hoy encuentro repetidas veces *ecléptico, dictongo, solegne, eccena,* etc., en alumnos y graduados de la Universidad. Hasta es frecuente, con error de puntería, *ojebto* u *ojecto.* Aun así, testimonian un esfuerzo constante por incorporar esas consonantes al uso general de la lengua.

De este modo, nuestro castellano de hoy tiene una serie de consonantes implosivas (finales de sílabas, sin explosión) generalizadas por influencia ortográfica, y si bien muchas personas semicultas y aun cultas las usan frecuentemente con el desacierto con que se adopta lo exótico, constituyen un ejemplo vivo de cómo la letra puede imponerse a las tendencias generales de la lengua hablada. El molde latino está triunfando gracias al prestigio de la letra.

2. ¿«Transmitir» o «trasmitir»?

La vacilación entre *transmitir* y *trasmitir* es hasta cierto punto semejante a la de *septiembre* y *setiembre.* Las dos grafías son legítimas. ¿Lo serán también las dos pronunciaciones? Los locutores de radio y televisión son muy aficionados a *transmitir* con *ns.* ¿No son víctimas del fetichismo de la letra?

El grupo latino *ns* se convirtió en *s* en las voces patrimoniales,

las que entraron con el caudal del latín hablado: *mensa, sponsa, sensu, ansa, insula,* se hicieron *mesa, esposa, seso, asa, isla.* Pero se mantuvo en una serie muy grande de voces cultas: de ahí la alternancia entre *pesar* y *pensar* (no tan diferenciadas como parece), entre *mesura* y *mensura,* entre *tesón* y *tensión,* entre *mesón* y *mansión,* entre *costar* y *constar,* entre *dehesa* (era la hacienda acotada) y *defensa,* o entre los derivados populares (sobre todo una inmensidad de gentilicios) *leonés, cordobés, barcelonés, burgués* (derivado de *burgo*), frente a los cultos *londinenses, parisiense, tachirense, costarricense, forense, castrense* (de *castrum,* campamento militar). Estas formas con *ns* se han visto enriquecidas con una cantidad enorme de cultismos y nuevas formaciones.

En primer lugar, las formaciones con el prefijo *trans-* que, prolongando el viejo desarrollo, se transforma frecuentemente en *tras-.* Dice la Academia: «El uso autoriza que en casi todos los vocablos se diga indistintamente *tras* o *trans.*» El único problema está en los alcances de ese *casi.* No hay uniformidad ni ortográfica ni prosódica. En la escritura está impuesto *tras-* en *trascordarse, trascorral, trasluz, trasmano, traspié, traspasar, trasquilar, trastienda, trastorno,* etc., y aun en *trasladar, trasmutar, trasponer, trasplantar* y *trascender* (con sus derivados), en que la Academia registra también las variantes con *ns.* En cambio, la Academia prefiere *trans-* en los siguientes casos (prescindimos de palabras como *tránsito, transacción,* etc., en que la pronunciación *ns,* ante vocal, no ofrece problema ninguno):

transmitir-trasmitir, transatlántico-trasatlántico, transbordar-trasbordar, transcurrir-trascurrir, transfiguración-trasfiguración, transformar-trasformar, tránsfuga-trásfuga, transgredir-trasgredir, translúcido-traslúcido, transmigración-trasmigración, transpirar-traspirar, transponer-trasponer, transportar-trasportar, transversal-trasversal, etc.

La Academia no impone sus preferencias. A mí me gusta más *trasatlántico, trasbordar, trasponer, traslúcido* (como *trasluz*). Pero el problema ortográfico es de un orden — puede regularse cómodamente — y la pronunciación de otro. Aunque se escriba *transmitir, transportar, transatlántico,* etc., la buena pronunciación castellana — es la norma de Navarro Tomás — sólo admite en esos casos una *n* muy débil, breve y relajada, apenas perceptible. Una *n* plena «tiene carácter afectadamente culto».

Lo mismo puede decirse de las numerosas voces en *cons-* o *ins-* (en realidad son formaciones con los prefijos *con-, in-*). En ciertas circunstancias la conciencia del prefijo mantiene íntegra la *n* (*in-*

saciable, consabido, etc.). Pero en otras se pierde enteramente el sentimiento de la formación: *instante, inspección, instituto, instrumento, conspirar, constitución, construcción* y muchas más. La lengua antigua, que en general reproducía la pronunciación real mejor que la de hoy, escribía *costelación, costreñir, costruir,* etc. Actualmente está impuesta la grafía *-ns-,* ¡pero Dios nos libre del énfasis de la *n*!

¿Cuál es entonces el criterio de corrección? No puede darse una regla general aplicable a todos los casos. Es posible que una misma persona pronuncie *trasandino* o *trasatlántico,* pero *transfusión* o *transpiración,* quizá porque las primeras pertenezcan a su habla cotidiana y las otras a su lengua escrita. El que escribe puede uniformar sus grafías y tomar fanáticamente partido por *trans-, ins-* o *cons-*. Pero el que habla es menos sistemático y alterna siempre usos distintos y hasta contradictorios, porque procede según un juego sutil, y siempre variable, de las fuerzas contrapuestas de su lengua. Sin olvidar que nunca habla uno igual cuando conversa con un amigo que cuando se dirige al público de una conferencia o de la radiocomunicación.

Entre la afectación fetichista y la vulgaridad, va labrando la buena lengua su propio cauce, siempre sinuoso, siempre nuevo. La historia nos muestra que la lengua no es del todo el triunfo de la corriente popular ni de la influencia culta, sino la integración, siempre inestable, de ambas fuerzas. A ello se debe, en parte, que la lengua no sea nunca un sistema rígido y cerrado. Y que la gramática resulte siempre más divertida de lo que parece, con su afán infructuoso de conciliar las reglas con las excepciones.

3. «Expiar» y «espiar»

Detengámonos un momento en la pronunciación de voces como *extranjero, extraño, explicar, exponer, extensión,* etc., en que la *x* se encuentra ante consonante. En el léxico patrimonial — el que penetró en España con la conquista latina — esa *x,* que en realidad era un grupo consonántico (=*cs* o *ks*), perdió su elemento implosivo (la *c* o *k*) y se redujo a *s:* de *sexta* (*hora sexta,* la del mediodía) tenemos *siesta;* de *mixta* tenemos *mesta* (fue antiguamente el conjunto de reses de varios dueños, o sin dueño conocido); el prefijo *ex-* dio *es-* en *escapar, esclarecer, escoger, estirar,* etc. También la *x* que penetró más tardíamente con los cultismos se reducía habitualmente a *s* cuando estaba ante consonante, y aun

en otras circunstancias: en la lengua antigua y clásica era frecuente la grafía *esamen* (Garcilaso escribía *inesorable*) y nos queda todavía la alternativa entre *tóxico* y *tósigo* o entre *intoxicar* y *atosigar.*

En 1433 Enrique de Villena, en su *Arte de trobar,* criticaba *misto, testo,* y quería que se escribiera *mixsto, texsto.* Nebrija, en cambio, escribía *estraño, esperimentar,* etc. (aun *esamen*), aunque en la impresión de su *Gramática,* de 1492, alternan *sexto* y *sesto, expressión* y *espressamente,* y *experiencia, excepción, excelencia, exponer* con *estender, estraño, estrangero, essecución, ezcelencia,* etc. Juan de Valdés, en su *Diálogo de la lengua,* hacia 1535, habla de la superstición de la *x:* en *excelencia, experiencia,* etc., siempre la quita — dice — porque no la pronuncia, y pone en su lugar la *s,* «que es muy anexa a la lengua castellana». Y lo explica:

> Esto hago con perdón de la lengua latina, porque cuando me pongo a escribir en castellano no es mi intento conformarme con el latín, sino esplicar el conceto de mi ánimo de tal manera, que, si fuere posible, cualquier persona que entiende el castellano alcance bien lo que quiero decir.

Y al preguntarle Pacheco, su interlocutor, con qué autoridad quería quitar la *x* y poner en su lugar la *s,* le contesta: «¿Qué más autoridad queréis que el uso de la pronunciación?» El divino Herrera llegaba a escribir *esamen, eceder, esalación, ecelente,* para suavizar la pronunciación.

La *s* era lo más general en la época clásica aun entre los gramáticos (Juan Sánchez, Mateo Alemán, Damián de la Redonda). En 1726, el Proemio ortográfico del Diccionario de Autoridades señalaba que no había uniformidad en la pronunciación, ni aun entre los más preciados de verdaderos y legítimos castellanos: unos decían *expressión, excesso, explicación, exacto, excelencia, extravagancia, extremo,* y otros *espressión, ecesso, esplicación, essacto, ecelencia, estravagancia, estremo.* Y prescribía, dentro de su concepción etimologista, la *x* (excepto en *cosquillas* y *cosquilloso,* que también se escribían con *x*). Pero observaba que *excusar* y sus derivados se hallaban la mayoría de las veces escritos con *s,* y que en *experiencia, exposición, expediente, explanar, explicación, explorar, expresión, exprimir,* «algunos pronuncian la *x* con blandura».

Pronto la misma Academia echó máquina atrás. Al reimprimir el primer volumen de su Diccionario de Autoridades, en 1770, admitió *estraño, Estremadura, escusado, estrangero,* etc., pero tam-

bién *explicación, expresión, expresivas,* etc. Su *Ortografía* de 1815 autorizó expresamente la *s,* «ya para hacer más dulce y suave la pronunciación, ya para evitar cierta afectación con que se pronuncia en esos casos la *x*». Las dos grafías (*x* y *s*) alternaron en los textos académicos hasta que el *Prontuario ortográfico* de 1844, y luego la *Gramática* de 1864, que incluye por primera vez la Ortografía, reaccionó contra la *s:*

> Ya con mejor acuerdo ha creído [la Academia] que debe mantenerse el uso de la *x* en los casos dichos, por tres razones: primera, por no apartarse, sin utilidad notable, de su etimología; segunda, por juzgar que so color de suavizar la pronunciación castellana de aquellas sílabas se desvirtúa y afemina; tercera, porque con dicha sustitución se confunden palabras de distintos significados, como los verbos *expiar* y *espiar,* que significan cosa muy diversa.

Y en su edición de 1883 condena el uso de la *s* en términos que viene repitiendo hasta hoy:

> La Academia condena este abuso, con el cual, sin necesidad ni utilidad, se infringe la ley etimológica, se priva a la lengua de armonioso y grato sonido, desvirtuándola y afeminándola, y se da ocasión a que se confundan palabras distintas, como los verbos *expiar* y *espiar,* que significan cosas muy diversas.

La necesidad de diferenciar *espiar* de *expiar,* o *espirar* de *expirar* (hasta se ha alegado la utópica posibilidad de confundir los sustantivos *texto* o *contexto* con las formas verbales *testo, contesto*), es argumento bien endeble. La homonimia jamás ha perturbado la vida de ninguna lengua, y el francés hablado, que la tiene en grado sumo, ha extraído de ella uno de sus grandes recursos humorísticos: el *calembour.*

La *s* por *x* tuvo su época. Durante mucho tiempo fue uno de los rasgos distintivos de la llamada «ortografía chilena». Bello la había prohibido en Londres, en 1823 (*estractos, estensión, esclusivamente, espresión, espresivo, escusar,* y aun *ecepto, esento, escedido*), coincidiendo con el criterio académico de aquel momento. Pero reaccionó contra ella en Chile, ya en 1835, en sus *Principios de Ortología y Métrica,* influido por las *Lecciones elementales de Ortología y Prosodia* de Mariano José Sicilia: defiende *expectoración, expectativa, expedir,* etc., aunque, cuando sigue consonante, con la *s* «no se ofende tanto el oído»; todavía le parecen bien *sesto, pretesto, estraño, estranjero, estremo, estremidad, estremoso,*

«vocablos en que creo no se podría pronunciar ya la *x* de su origen sin recalcamiento». Pero en sus ediciones sucesivas fue suprimiendo esas salvedades, y en 1859 se pronunció decididamente por la grafía y pronunciación de la *x* aun en esos casos, práctica que «tiene a su favor — dice — el uso de las personas instruidas que no se han dejado contagiar de la manía de las innovaciones». Ya se ve que la *s* de *estraño,* etc., que mantuvo la ortografía chilena hasta 1927, no respondía a sus ideas.

La *x* ante consonante ha tenido sus vicisitudes. Como ilustración de las vacilaciones académicas se cuenta la siguiente anécdota (es adaptación de una vieja historieta gramatical del francés). Hacia 1840, un pobre maestro, que se había pasado la vida lidiando con las reglas ortográficas, que había tenido que cambiar varias veces el criterio de la acentuación, que había tenido que enseñar, con la palmeta del dómine, que se escribe *extraño,* que se escribe *estraño,* y por último que se puede escribir indiferentemente *extraño* o *estraño,* llegó al trance amargo de la muerte. Y ante su numerosa familia, reunida alrededor del lecho, comenzó su triste despedida: «Por fin voy a *expirar* o *espirar,* que de ambos modos puedo *expresarme* o *espresarme*...»

Juan Ramón Jiménez siguió fiel a la *s* de *estraño, esterior, estraordinario,* etc., hasta sus últimos días, y a su pertinaz insistencia tuvieron que someterse, mientras vivió, editores e imprentas (lo mismo la *j* por *g* de la llamada «ortografía de Bello» u «ortografía chilena»). Véase por ejemplo su *Antolojía* o sus *Pájinas escojidas.*

La condena violenta de la Academia terminó por imponer la *x* en todos esos casos [1]. Pero sólo en la grafía. La gente culta de Castilla, salvo en dicción deliberadamente esmerada, pronuncia *estranjero, estraño,* etc., lo cual parece aceptable, «en la conversación corriente», a un fonetista tan exacto y ortólogo tan ponderado como Navarro Tomás (considera correctas aun las pronunciaciones *esacto, ausilio* y *ausiliar*). En América nos parece que tiene más prestigio

1. Todavía hoy el *Diccionario* admite las alternancias *excusalí-escusalí* (del italiano septentrional *scossal,* según Corominas), *mixto-misto, mixtifori-mistifori, mixtilíneo-mistilíneo, sexmo-sesmo, sexma-sesma,* con preferencia por la *x,* y *escusa-excusa, excusabaraja-escusabaraja, a escusadas-a excusadas* (se remontan a *absconsus,* de *abscondere,* pero ha habido confusión con *excusar,* de *excusare;* esa confusión ha impuesto *el excusado,* con *x* ultracorrecta), *espectable-expectable* (de *spectabilis*), *mistela-mixtela,* con preferencia por la *s.* En el caso del reciente galicismo *mistificar* (del francés *mystifier*) se ve frecuentemente la grafía con *x,* por una falsa asociación con *mixto.*

la pronunciación con *x*, y la escuela trata de imponerla, no en la forma moderada de *gs*, sino en la enfática de *ks*. En las tierras altas de Méjico, Ecuador o Perú esa pronunciación, como en general la de todos los grupos consonánticos, se ve favorecida por el consonantismo de sus lenguas indígenas. En la Atgentina, en cambio, actúa contra ella la influencia italiana, neutralizada parcialmente, en este caso, en las esferas cultas, por el modelo francés.

La *c* de *doctor* o la *p* de *concepto* o la *g* de *digno* parecían insoportable pedantería a los poetas de los siglos XV y XVI, y aun a ortólogos y gramáticos del XVI y XVII. Se ha impuesto también entre la gente culta la *x* de *examen, éxito,* etc. ¿No llegará a triunfar igualmente la de *extraño* o *extranjero?* Trabaja constantemente a su favor el prestigio fetichista de la letra.

4. ¿«México» o «Méjico»?

Un caso aleccionador de fetichismo de la letra es la grafía *México* (y de ahí *mexicano*), adoptada oficialmente por la gran república hermana y extendida — a petición de su gobierno — por toda América. Muchas personas, engañadas por la grafía, llegan a pronunciar *Méksico,* cosa que a los mejicanos les choca muchísimo. ¿Por qué esa contradicción entre la grafía y la pronunciación? ¿De dónde viene esa *x* que hay que pronunciar como *j*? Como es tema enturbiado por personas nada versadas en fonética histórica, y la polémica se renueva constantemente, trataremos de exponer los hechos con la mayor claridad.

La *x* intervocálica latina de las voces patrimoniales dio en español antiguo un sonido parecido al de la *sh* inglesa, la *sch* alemana, la *ch* francesa o la *sce* italiana: *exemplum* dio *exemplo; exercitum* dio *exército; maxella* dio *mexiella* y luego *mexilla; dixi* dio *dixe,* etc. Se pronunciaban — dice un gramático de la época — como el francés *chevalier,* como el italiano *scelerato.* Esa pronunciación subsistía en la primera época de la conquista y colonización de América. De ahí que los españoles escribieran con *x* el nombre de México, que los indios pronunciaban con *sh*. También se escribía con *x,* porque llegó a tener esa misma pronunciación, la *s* de una serie de voces de origen latino o árabe: *caxa, dexar, xabón, xugo, xeme, xarabe,* etc. Y de aquí nació la idea de que la *sh* española, escrita *x,* era de origen árabe. Y luego la idea, más falsa aún, repetida continuamente en los manuales, de que la *j* española es de origen árabe.

Al mismo tiempo, por influencia culta, fueron entrando en el idioma una serie de latinismos con *x*, pronunciada a la manera latina: *examen, eximio, exótico, éxito, máxima, existir, exhibir,* etc. Había así, en la escritura española, dos *x:* la de las voces patrimoniales, pronunciada como *sh* (en fonética española usamos el signo š del alfabeto checo; la Asociación Fonética Internacional ha adoptado el signo *ʃ*), y otra, de los cultismos latinos, pronunciada como *ks* o *gs*. Nebrija, partidario de un signo para cada sonido, quería que el sonido español nuevo se representara con *x̄* (*dix̄e, bax̄o, embax̄adores,* etc.), para diferenciarlo de la *x* latina, que él pronunciaba a la española, con *s* (*esamen, estraño,* etc.). Pero a fines del siglo XVI esa *x=sh* se confundió en la pronunciación con la *j* de *hijo, mujer,* etc. (que hasta entonces era como la *j* francesa), y pronto aquella *x* y esta *j* se empezaron a pronunciar con el sonido velar o aspirado de la *j* actual.

La pronunciación cambia y la letra queda. A pesar del cambio de pronunciación, se siguió manteniendo la vieja grafía, con frecuentes confusiones. Hacia 1630 el maestro Correas, de la Universidad de Salamanca, que quería simplificar la ortografía (un signo para cada sonido), propuso la supresión de la *j* y su sustitución por la *x: xusticia, xaspe, konsexo, Xerusalén, Xeremías, viexo,* etc. El licenciado Robles, en 1631, se indignaba de que se quisiese desterrar la *j,* y consideraba vil la *x,* a la que se atribuía un infamante origen morisco. La ortografía española vaciló entre *x* y *j* hasta que apareció la Academia.

El Diccionario de Autoridades (1726-1739) impuso la *x* con criterio etimológico (de *x* latina o de *s* latina y árabe) en las voces *vexación, relaxación, execución, exemplo, exido, vexiga, perplexo, enxundia* (también *caxa, xabón, xarabe,* etc.), porque «no hay motivo para desfigurarlas escribiéndolas con *j*». Y como también restableció con criterio etimológico la *x* de los latinismos *(examen, extraño,* etc.), había en el sistema académico una *x* pronunciada como *j,* y otra como *ks* o *gs* (*prolixos exámenes,* por ejemplo). Para evitar confusiones, la Academia misma decidió, en 1741, poner en los cultismos con *x* una capucha o acento circunflejo, no en la *x* misma, sino, por comodidad tipográfica, en la vocal siguiente: *exâmen, exêquias, exîgir, exônerar, exûberante,* etc. Y así figuran estas voces en la segunda edición del *Diccionario,* de 1780.

A pesar de las continuas confusiones ortográficas entre esa *x* etimológica y la *j,* el criterio etimologista de la Academia se prolongó hasta comienzos del siglo XIX. Finalmente, considerando «que cada sonido debe tener un solo signo que le represente, y que no

debe haber signo que no corresponda a un sonido o articulación particular», adoptó el criterio actual: reservó la *x* para los latinismos en que se debe pronunciar *gs* o *ks* y prescribió la *j* para todos los casos en que se pronunciaba *j*. Este criterio lo adopta desde la 8.ª edición de la *Ortografía* (1815) y la 5.ª del *Diccionario* (1817). La 4.ª edición del *Diccionario* académico (1803) escribía *mexicano, exôrdio,* etc., y distinguía — una distinción fonética que la historia ha llenado de tan profundo contenido humano — entre *próximo* «cercano» y *próximo.* La 5.ª edición, de 1817, escribe *mejicano, prójimo,* etc., frente a *próximo, exordio,* etc. Es el criterio ortográfico actual del español. Todavía la «Gaceta de Caracas» de 1822 escribía *exército, baxo, exercía, Executivo, exemplo,* y claro que también *México* y *mexicano.*

De las vacilaciones entre las dos *x,* la latina y la castellana, queda la alternancia *anejo-anexo.* Al imponerse poco a poco la *j,* pasaron a tenerla, por confusión ortográfica o por acomodación, algunos cultismos que hasta entonces se habían pronunciado con *x* latina. El Diccionario de Autoridades, en 1734, trae la palabra *luxo,* y recalca, sin duda porque se incurría en error: «se pronuncia la *x* como *cs*» (así debían ser también sus derivados *luxuria* y *luxurioso*). Todavía Don Tomás de Iriarte, en 1780, se burlaba de la pronunciación *lujo,* con *j,* que sin embargo llegó a ser académica en 1824. Lo mismo pasó con *complexo* — también pronunciado con *cs* según el Diccionario de Autoridades, y todavía con *x* en el de 1824 —, hoy *complejo.* Unamuno, siempre hispanizador, defendió la pronunciación *ortodojo, heterodojo,* que hemos oído a escritores del Perú y de Chile y que ya Cuervo señalaba en Bogotá junto a *convejo* por *convexo.* Profesores y estudiantes de Bogotá dicen también *plejo* (*plejo solar*), que criticaba Cuervo en sus tiempos junto a *Prajedis* por *Praxedis* o *Praxedes,* nombre de una santa que en España se esdrujulizó y masculinizó — cosa aún más extraña — en el nombre de Práxedes Sagasta.

La misma corriente ortográfica triunfó en el territorio mejicano independiente. A nadie se le ocurriría hoy escribir a la manera antigua el pretérito de *decir: dixe, dixiste, dixo, diximos, dixisteis, dixieron.* O *baxo, lexos, xarabe, xugo,* etc. Pero los nombres propios son más conservadores que las voces corrientes. Y más que los nombres mismos, la letra de los nombres. El antiguo apellido *Mexía* (de *Mesías*) todavía lo usan algunas familias con *x. Xerez* se usó bastante en el siglo pasado. En Venezuela persiste el apellido *Texera,* que la gente pronuncia *Teksera.* Todavía queda algún *Xavier* (Xavier Zubiri, por ejemplo) y alguna *Ximena,* so-

bre todo en las Provincias Vascongadas. Pero *Ximénez,* que antes se pronunciaba con *sh,* es hoy *Jiménez* o *Giménez. Suárez* se hizo frecuentemente *Xuárez* (pronunciado con *sh*), de donde hoy *Juárez,* nombre, por ejemplo, de un gran estadista mejicano. *Don Quixote* (de ahí el italiano *Don Chisciotte,* título de la edición de 1622, o el francés *Don Quichotte*) es hoy *Don Quijote.* ¿Y no ha habido etimologistas fanáticos que sentían desgarrárseles el corazón cada vez que veían escrito *España,* de *Hispania,* sin *h?* No creemos, sin embargo, que hubiera hoy alguien que se atreviera a restablecer las antiguas grafías *Hespanna, hespannol.*

Ya la *Ortografía* de Mateo Alemán, publicada en México en 1609 (la forma con *x* aparece en la portada), escribe *Méjico* en la salutación. La *j* se hizo cada vez más frecuente. Tampoco era rara la *g: Historia antigua de Mégico* se titula la famosa obra de Clavigero en la edición hecha en Londres en 1826 por José Joaquín de Mora (también la *g* del nombre del autor, que aparece ya en la edición de Cesena, 1780, es antietimológica, sin duda por italianización). *Diccionario de mejicanismos* tituló su obra, en 1898, Ramos y Duarte (exactamente lo mismo hace Francisco J. Santamaría en 1959). Pero la antigua grafía *México* se transformó en un rasgo de personalidad nacional. Aún más, hay quienes ven en ella un signo indígena diferenciador, la fidelidad a la vieja tradición náhuatl. De manera análoga hay vascos que escriben *Biskaia* y tienen cierta inocente afición por la *k,* como si esa *k* de origen griego estuviera más cerca del vasco que la *c* castellana.

Parece que en Méjico se ha hecho de la *x* la bandera de izquierdismo y que en cambio la *j* es signo de espíritu conservador o hispanizante. El hecho se presta para una filosofía de los símbolos. Porque es curioso que el espíritu renovador, del que se podía esperar una atrevida modernización ortográfica, se aferre a una grafía arcaica. Y que sean los conservadores o tradicionalistas los partidarios de la *j* moderna. He ahí una de las tantas paradojas de la vida cultural, por lo demás nada asombrosa. En Francia, en el siglo XVI, Robert Estienne se atrevía heroicamente a reformar las ideas, y hasta las ideas religiosas, pero ¡que no le tocaran la ortografía tradicional! Y en el siglo XVIII, Voltaire, que socavó todos los cimientos de la tradición nacional y religiosa, se volvía intolerante ante cualquier innovación en su lengua.

Que mis amigos izquierdistas de Méjico, cuya fe en el progreso social y en la rehabilitación de lo indígena tiene toda mi simpatía, me perdonen esta intromisión en un problema que les llega tan al alma. Pero la conservación de su *x* es un caso evi-

dente de fetichismo de la letra. Es una fidelidad a medias a una forma tradicional: fidelidad a la letra (el acento ortográfico, sin embargo, es moderno), pero no a la pronunciación. Es un arcaísmo ortográfico. Y una singularidad. Cuentan de Valle Inclán que hizo su viaje a México porque era el único país que se escribía con *x*. En lo cual quizá jugaba en el fondo con la *x* de las ecuaciones y problemas — la incógnita —, del *xai* árabe (pronunciado *shai*), que significa «la cosa».

Cada uno es dueño de su nombre, y tiene el derecho de escribirlo a su gusto. Y aunque el nombre de un país no es propiedad exclusiva de sus habitantes (*Deutschland* dicen los alemanes, *Germany* los ingleses, *Alemania* los españoles), podemos, por deferencia especial, escribir *México* como quieren los mexicanos. Pero también podemos, sin faltarle el respeto a nadie, escribir tranquilamente *Méjico, mejicano,* para evitar la pronunciación falsa de *ks* que está cundiendo, aun entre mucha gente culta, y que ha triunfado en las lenguas extranjeras: *le Mexique,* en francés, *México* en inglés, *Mexiko* en alemán.

La *x* de México sacaba de quicio a Unamuno. Escribió contra ella en 1892 («La equis intrusa»), en 1898 («Méjico y no México»), en 1900, en 1910 y aún más adelante. Calificaba su uso de «pedantesca manía», «desahogo infantil», «capricho pueril», «americanada y disparate ortográfico a la vez», «ridículo emperramiento» y otras cosas más. Lo explicaba como afán de darle al nombre aire exótico, «para expresar así cierto prurito de distinción e independencia», o como «afán receloso de diferenciación». Se burlaba también de la *x* del Conde de Xiquena: «es una pedantería ociosa que debe dejarse a los que se las echan de nobles, porque las equis sabido es que ennoblecen mucho, como toda incógnita». Unamuno no era partidario de acompañar a los mexicanos en esa singularidad: la misma razón habría para escribir *Guadalaxara, Náxera, Andúxar, Xerez, dixo, xefe,* etc.; no veía qué privilegio podía corresponder a México frente al fonetismo de la ortografía castellana, y exclamaba: «¿Ha de ser México más que Guadalaxara en esto? Sobre todo, igualdad ante la ley.»

La verdad es que una singularidad ortográfica no afecta mayormente a la lengua, aunque la ortografía española es una de las más sistemáticas de Europa. ¿Pero no tienen el mismo derecho restaurador los habitantes de Xalapa, Xalisco, Texas, Tlaxcala, etc.? Y aun habría derecho a restaurar la de *xícara,* también de origen mexicano. ¿Y por qué no la de Truxillo del Perú o de Venezuela, la de Xamaica, o aún más la de Xauxa, que es de origen

quechua? ¿Y por qué no restablecer también Rímac, en lugar de Lima? Una restauración de este tipo puede halagar afanes de singularidad y banderías de tradicionalismo. No responde al sentido progresivo y renovador de la lengua, pero testimonia hasta qué punto el alma queda prisionera en el misterio de la letra.

5. La pronunciación labiodental de la «v»

Se oye a veces, en el teatro, en la lectura cuidada y aun en la conversación, una *v* labiodental como la del francés, italiano o inglés. Es también frecuente encontrar personas, sobre todo maestros, que dicen que hay que pronunciar labiodental la *v,* para distinguirla de la *b.* Y hasta hay quienes se precian de hacer esa distinción frente a un presunto descuido general. Nos encontramos ante un caso de fetichismo de la letra que conviene dilucidar.

Antes de entrar en la cuestión es preciso aclarar un hecho que puede inducir a error. Fácilmente logra un oído profano percibir una diferencia entre la *b* de *bien* o *también* y la *v* de *la vida, la vaca.* Pero la misma diferencia observará entre la *b* de *bien, también,* y la *b* de *cantaba, lobo, árbol,* etc. O entre las dos *v* de *vivir.* Es decir la *b* y la *v,* iguales entre sí, se pronuncian de manera distinta según su posición y los sonidos vecinos. Hay así en español dos clases de *b,* ambas bilabiales:

1) Una *b* cerrada. Los labios se juntan e interrumpen por completo la salida del aire (por eso se llama «oclusiva»). Al separarse los labios para dejar salir el aire sonoro, se oye la explosión de la *b.* Se pronuncia así la *b* inicial absoluta o la *b* después de nasal (porque la nasal es también cerrada): *bien, también, ven, vaya,* etc.

2) Una *b* abierta. Los labios se juntan, pero sin cerrarse por completo, sin interrumpir enteramente la salida del aire sonoro, que pasa entre los dos labios produciendo un leve frotamiento o fricción (por eso se llama «fricativa»). Se pronuncia en todos los otros casos: *el burro, trabajo, la vaca, yo vivo, había visto, estorbo advertir,* etc.

Esas dos clases de *b* se diferencian fácilmente al oído, y se pueden comprobar y analizar con los recursos de la fonética experimental. Claro que en actitudes especialmente enfáticas se puede pronunciar oclusiva la *b* intervocálica (también la *v*), y en instantes de relajación o descuido también fricativa la *b* inicial, y se necesita cierta sensibilidad para notarlo. Los extranjeros tropiezan

continuamente con esas diferencias, que es una de las piedras de toque de la buena pronunciación española.

No hay, pues, *v* labiodental en español. Pero es frecuente que el hábito de pronunciar las dos *b* distintas busque asidero en muchos casos —en personas con conciencia fonética despierta— precisamente en la diferencia ortográfica. De ahí que los maestros pronuncien frecuentemente *enviar, envidia, invierno, sinvergüenza,* etc., con *b* abierta, cuando no con *v* labiodental, mientras que el pueblo, que en esto acierta, pronuncia *embiar, embidia, imbierno,* etc., como escribieron frecuentemente los clásicos, que atendían más a la pronunciación que a la etimología.

La *v* labiodental tampoco existía en el latín clásico. La *v* latina de *venio, vivere,* era una *u* y se pronunciaba originalmente *w,* a la manera inglesa *(uenio, uiuere),* y si hoy hay profesores de latín que pronuncian labiodental esa *v* es porque se atienen a la pronunciación vaticana, que no es fiel a la de los clásicos latinos, sino a la tradición eclesiástica de Italia. En el primer siglo del Imperio esa *u* o *v* se convirtió en bilabial fricativa y se empezó a confundir con la *b,* sobre todo en posición intervocálica (*Nerba* por *Nerva* se encuentra en monedas de la época de Trajano). Sólo hacia el siglo V la *v* latina, y también la *b* intervocálica, se hizo labiodental (francés *vivre, avoir, cheval;* italiano *vivere, avere, cavallo*), pero el proceso no se cumplió en Castilla (sí en otras partes de España, y hasta hoy se mantiene en valenciano y mallorquín), sin duda por una resistencia de la población primitiva de la Península a los sonidos labiodentales, de que aún hoy carece el vasco (por esa resistencia se explica la pérdida de la *f* inicial latina de *farina, faba,* etc.). Como en castellano no triunfó la nueva *v* labiodental, la *b* y la *v* se fundieron en dos sonidos bilabiales.

El carácter recalcitrante del castellano a la pronunciación labiodental de la *v* se ilustra con una anécdota que se atribuye gratuitamente al Concilio de Trento. Polemizaban, con encono, teólogos alemanes y españoles. Los alemanes enrostraban a los españoles la confusión de *b* y *v* en la pronunciación del latín: «Beati Hispanici quibus *vivere bibere* est». Felices los españoles, para los cuales *vivir* es *beber.* Y los españoles, aludiendo a que los alemanes pronunciaban la *v* como *f,* replicaron: «Beati Germani quibus *Deus verus, Deus ferus est*». Felices los alemanes, para los cuales el Dios verdadero es un Dios feroz. Pequeña psicología de los pueblos con motivo de menudencias fonéticas. *Se non è vero è ben trovato.*

Los viejos gramáticos discutían sobre la *b* y la *v.* Cristóbal de Villalón, en 1558, declaraba: «ningún puro castellano sabe hacer

diferencia» (sus castellanos puros eran los de Castilla la Vieja, pues en Castilla la Nueva parece — según Amado Alonso — que todavía había una *v* labiodental sui géneris, de articulación floja y sin el rehilamiento de la francesa o la valenciana). En 1651 el P. Juan Villar, de la Compañía de Jesús, admite que se escriba *breve* o *vrebe,* «ya que *b* y *v* se pronuncian igual».

Pero si se distinguen en la escritura, ¿no debía haber una diferencia en la pronunciación? Esta idea la recogió la Academia, tímidamente al principio, firmemente después, hasta que terminó por abandonarla. El Diccionario de Autoridades, al hablar de la *b* y la *v,* dice algo que no llegó a superar jamás: «los españoles no hacemos distinción en la pronunciación de estas dos letras» (página LXXII). Pero en aquel magnífico diccionario colaboraron muchas manos, y a veces no sabía la izquierda lo que había hecho la derecha. Así nos dice también, al tratar de la *b* en el tomo I, página 525 (año 1726): «Tiene esta letra en nuestra lengua tan grande hermandad con la *v,* consonante en el modo de su pronunciación, que apenas las distingue el oído». Y en el tomo VI (año 1739), al hablar de la *v* dice: «Su pronunciación es casi como la de la *b,* aunque más blanda, para distinguirla de ella».

Es más clara la *Orthographia* académica de 1741. Discute que la pronunciación pueda ser la base del criterio ortográfico, «porque nuestra pronunciación natural confunde muchas veces las letras», y ateniéndonos sólo a ella habría que desterrar la *v,* «que confundimos siempre con la *b*» (pág. 97). Sólo por respeto etimológico — dice — escribimos *vivir, voz, ver,* con *v* y no con *b.*

Pero pronto llegó a tomar cuerpo la idea de la distinción. Ya en 1754 la *Ortografía* describe la *v* como labiodental. Y la edición de 1815 (8.ª ed.), bastante modernizadora, como hemos visto, después de describir la articulación labiodental de la *v* frente a la bilabial de la *b,* dice:

> El confundir el sonido de la *b* y de la *v,* como sucede comúnmente, es más negligencia o ignorancia de los maestros y preceptores, y culpa de la mala costumbre adquirida con los vicios y resabios de la educación doméstica y de las primeras escuelas, que naturaleza de sus voces; las cuales conocen y distinguen perfectamente los extranjeros que las pronuncian bien, y entre nosotros valencianos, catalanes y mallorquines, y algunos castellanos cultos que procuran hablar con propiedad su lengua nativa, corrigiendo los vicios vulgares o de la mala educación.

Es curioso que la Academia dé como norma para la buena pronunciación, en primer lugar, el uso de los extranjeros; luego,

el de los valencianos, catalanes y mallorquines (que aplican al castellano los hábitos de su lengua regional), y en último término el uso de «algunos castellanos cultos». En la edición de la Gramática de 1883 dice: «Siendo, en la mayor parte de España, igual, aunque no debiera, la pronunciación de la *b* y de la *v*...» (pág. 353). Ese «*aunque no debiera*» se mantiene hasta la edición de 1911, que fija el criterio actual: «Siendo en la mayor parte de España igual la pronunciación de la *b* y de la *v*...» La Academia se da por vencida, aunque un poco a regañadientes. Queda ese «en la mayor parte de España» (debiera decir «en español» o «en castellano»), resabio de la vieja doctrina.

Los escritores antiguos y clásicos, más fieles a la propia pronunciación, distinguían entre la *b* de labios apretados (la oclusiva) y la otra, también bilabial, de labios entreabiertos (la fricativa), que representaban con *v* o *u*. Tomemos, por ejemplo, la primera edición del *Quijote,* de 1605. A cada paso encontramos grafías como las siguientes: *auia* (había), *lleuaua* (llevaba), *estaua* (estaba), *daua* (daba), *cauallero* (caballero), *aura* (habrá), *deue* (debe), *boluer* (volver), *escriuano* (escribano), *alcaualas* (alcabalas), etc. El Inca Garcilaso, en sus *Comentarios Reales,* de 1609, escribe *deuer* (deber), *huuo* (hubo), *estauan* (estaban), etc. La Academia rehace la ortografía española en el siglo XVIII acomodándola al latín. ¿No sería totalmente absurdo tener que rehacer también la pronunciación para acomodarla a esa ortografía restablecida artificialmente?

Las rimas confirman además la vieja equivalencia entre *b* y *v*. Juan de Mena, en su *Laberinto,* rima *debo-nuevo, brava-recelaba, nueva-aprueba, lleva-deba* (sus rimas son consonánticas perfectas). Un poeta tan sensible como Garcilaso rimaba *lleva-prueba-mueva, pruebe-remueve-nueve, nuevo-renuevo-pruebo, muevo-pruebo-nuevo-apruebo, prueba-nueva.* Y Quevedo, *superlativa* con *escriba-pensativa-arriba,* etc. Góngora, nada menos que en sus sonetos, rimaba continuamente *grave-ave-suave-cabe, suaves-graves-sabes-llaves, bebe-leve, beben-remueven, debe-nueve, bebe-breve-nieve, grave-jarabe,* etc.) (se escribían entonces con *u*=*v*). ¿Vamos a rehacer la pronunciación y convertir en rimas imperfectas las que eran perfectas rimas consonánticas sólo porque se ha rehecho con criterio latinizante la ortografía?

Además, la ortografía académica no ha sido siempre consecuente con su propio criterio. A veces desconocía el origen latino o se plegaba humildemente al uso. En rigor, debieran escribirse con *v*, como en latín, *abogado, abuelo, balumba, barbecho, barniz, bas-*

quiña (contrasta con *vasco,* de donde deriva), *basura, barrer, barrena, beldar, bermejo* o *bermellón, berza, berraco* o *berrear* o *berrinche, besana, betónica, bodas, bodigo, bochorno, boga* o *bogar* (frente al francés *voguer,* el italiano *vogare,* el portugués y catalán *vogar*), *bojar, bóveda, buitre, bulto* y muchas más. Y con *b, vaho, venda, invierno, maravilla, olvidar, móvil* y aun formas como *tuve, anduve, estuve,* que se deben a analogía con *hube.* Los nombres propios, menos sensibles a la regulación académica, conservan frecuentemente su forma antigua: *Tovar* (de *toba,* una piedra caliza), *Rivas* o *Rivera* (de *riba, ribera*), *Escovar* (de *escoba,* una mata), *Cova* (de *coba*). ¿Y por qué *Alvar, Alvaro* y *Alvarez* si se remontan a *alba*? ¿Y por qué *Avila* si en el latín de la Península era *Abula,* de donde *abulense*? Y no nos detenemos en vacilaciones como *Ceballos-Cevallos, Zabala-Zavala, Córdoba-Córdova* y muchas más.

Convertir la etimología, muchas veces discutible y fluctuante, en criterio de la buena pronunciación, ¿no es levantar el idioma sobre un tremedal? El criterio etimológico puede admitirse, con muchas reservas, para regular la ortografía, pero sería monstruoso utilizarlo para modificar la pronunciación. Más bien la pronunciación es la base legítima para la reforma ortográfica, y de ahí las repetidas tentativas —la de José Hipólito Valiente, profesor de Salamanca, en 1731; la de Sarmiento, en 1843— por suprimir la *v* del alfabeto castellano. Pero ése es otro problema, y no vamos a detenernos en él. Es mucho más fácil destronar reyes de derecho divino que modificar la ortografía tradicional.

La constante confusión ortográfica y las infinitas reglas para distinguir los dos signos ¿no estaban probando que no había ninguna diferencia? Cervantes firmaba indiferentemente con *b* o con *v,* y en una serie de documentos notariales, de él y de los suyos, su apellido aparece en la forma de Çerbantes o Zerbantes (Miguel de Zerbantes en la partida de matrimonio, del 12 de diciembre de 1584). El Duque de Rivas, en *El moro expósito,* escribía *viva* de los cuatro modos posibles: *viva-biba-viba-biva.* Pero la Academia se empeñó durante casi dos siglos en estimular una falsa pronunciación. Y aún después de haberla abandonado, la mala doctrina persiste. Y como es falsa, asciende con frecuencia al tablado de los teatros. Dice Unamuno, fiscal implacable contra toda pedantería: «Yo no puedo soportar a los actores que dicen *vive,* pronunciándolo con las *uvés* francesas.»

Ese nombre de *uvé* o *uve* que dan los españoles a la *v* (por-

que hasta el siglo XVIII se escribía indiferentemente *u-v)*[2] es otro indicio de que no se hacía la distinción. Nuestra enseñanza escolar distingue de otros modos: *v* de *vaca* y *b* de *burro, b* larga y *v* corta, *b* grande y *v* pequeña (o chiquita). Cualquiera de estas denominaciones es mejor que la que está empezando a cundir: «Escriba con *v* labiodental.»

En la Argentina la idea de la pronunciación labiodental de la *v* ha tenido más arraigo que en Castilla o en otros países de América. Ese mayor arraigo se debe, sobre todo, a la influencia italiana. La población de origen italiano aplica su sistema al español y considera que la confusión es uno de tantos descuidos del nativo. Además, gran parte de la población argentina es de origen extranjero y ha aprendido la lengua en la escuela, más por los ojos que por el oído. Pero si uno se detiene a observar a cualquiera de los devotos de la pronunciación labiodental, notará fácilmente que al hablar están pendientes de la ortografía, y que incurren al pronunciar en frecuentes «errores ortográficos». Sin embargo, se aferran con heroísmo a una *v* que les ha costado sudor y lágrimas.

A falta de otros argumentos, se procura frecuentemente justificar la distinción por la necesidad de diferenciar *barón* y *varón, balido* y *valido, bello* y *vello, acerbo* y *acervo, botar* y *votar, boto* y *voto, abocar* y *avocar, bacía* y *vacía, basto* y *vasto* [3], como si el

2. La grafía era frecuentemente inversa de la actual. Se distinguían como *v* consonante o *u* consonante y *v* vocal o *u* vocal. O bien, por la forma, «*v* de corazón» o «*v* cerrada» y «*u* abierta» o «*u* cuadrada». Obsérvense los siguiente versos de Lope:

—Venganza comienza en *v*.
—Harto bien te vengas *tú*.

La *v* hay que pronunciarla *u*, en rima con *tú*. El Inca Garcilaso, en 1609, escribía *vsar, vuas* (uvas), *tuuiesse* (tuviese), etc. Mateo Alemán, ese mismo año, decía de la *u-v* (y de la *i-j*): «ellas mismas no se conocen de trocadas y descarriadas que andan».

3. El Diccionario de Autoridades, que impuso la diferencia etimológica entre *b* y *v*, presenta la siguiente errata (tomo I, fol. IX) al historiar la fundación de la Academia y el esfuerzo de sus primeros miembros: «a todos los conformó únicamente el deseo de hacer lo mejor y la gloria de tener parte en empresa tan basta». Errata análoga se encuentra en la edición príncipe (1634) de las *Cartas filológicas* de Cascales. Después de señalar que la *b* y la *v* se pronuncian de manera distinta y de rechazar la consonancia *suave-cabe*, «yerros pueriles... dignos de gran pena en poetas célebres y doctos», dice: «Hablo en esta parte a los poetas españoles con oído tan voto y obtuso, que apenas sienten las dichas referencias.»

contexto no bastara, en todos los casos, para resolver los conflictos de homonimia, y como si las necesidades ortográficas tuvieran que regir la lengua. La ortografía se gobierna por la vista; la pronunciación, por el oído. A cada uno lo suyo.

El castellano correcto, el popular y el culto, no hace ninguna distinción entre *b* y *v*. La llamada en nuestra enseñanza escolar «*v* labiodental» no existe en castellano, es un sonido extraño traído de lenguas extranjeras y generalizado por la creencia — muy errónea — de que si se escribe se debe pronunciar. Contra esa creencia ha reaccionado toda la Filología española, desde nuestro gran Don Ramón Menéndez Pidal. La misma Academia Española, que la prohijó alguna vez, ha renunciado a ella. El gran maestro de la Fonética castellana, Don Tomás Navarro Tomás, acaba de publicar, a solicitud de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua, una *Guía de la pronunciación española.* En ella dice categóricamente:

> La pronunciación de la *v* en español es idéntica a la de la *b*. Se articula con contacto completo de los labios en posición inicial o precedida de *n: Virgen Santa, verdad es, envidia, convidar,* y con los labios entreabiertos en cualquier otra posición: *nieve, uva, desvío, salvar, servir.* No hay evidencia de que la *v* labiodental, formada con estrechamiento del labio inferior contra el filo de los incisivos superiores, a la manera de la *v* francesa y valenciana, haya sido nunca un sonido propiamente español. Por mera preocupación ortográfica muchas personas se esfuerzan en emplear tal sonido, contra la auténtica tradición del idioma. El hecho de distinguir entre *b* y *v* en la escritura es tan ajeno a la pronunciación como la distinción entre la *g* de *gente* y la *j* de *viaje,* o entre la *c* de *cinco* y la *z* de *pereza.* Al contrario de lo corriente, la confusión en este caso no ocurre en los medios iletrados, que desconocen la *v,* sino entre las personas instruidas que se esfuerzan en pronunciarla.

Más claro es imposible. El pueblo, que pronuncia *biba, imbierno, simbergüenza, combeniencia,* etc., es más fiel a su lengua que los cultos o semicultos empeñados en morderse el labio inferior para pronunciar la *v.* «Vox populi, vox Dei», al menos en materia de *b* y *v.*

Resumiendo, la distinción entre *b* y *v* tuvo un sentido en latín (*bibere* frente a *vivere*), tiene otro distinto, también fonético, en francés y en italiano *(boire-vivre, bere-vivere),* tuvo otro en español antiguo (*auer, hauas,* con bilabial fricativa, de *-b-* latina, frente a *saber, lobo,* etc., con bilabial oclusiva, de *-p-* latina), pero tiene hoy valor simplemente ortográfico en español. La pronunciación

labiodental no es inherente a la *v*, que en su origen es una variante de forma de la *u*. La tiene la *v* francesa o italiana, pero no la tuvo el latín ni la tiene el español. Sólo al fetichismo de la letra y al prestigio de lo francés y lo italiano se ha debido la intrusión más o menos esporádica de una *v* labiodental en español.

6. El fetichismo de la coma

En la lectura, en la oratoria, en la cátedra, en la recitación, en el diálogo teatral y aun en la conversación hay quienes «pronuncian» hasta las comas. Y porque parece paradoja, vamos a verlo detenidamente.

La gramática impone hoy una puntuación con criterio lógico, según la función sintáctica de los elementos de la frase. Claro que el punto, el punto y coma y los dos puntos implican una pausa, más o menos larga, sobre todo en prosa. Pero la coma no. Además, puede muy bien hacerse pausa donde no hay coma. La frase tiene un movimiento rítmico, con ascensos y descensos, y la pobre coma, insuficiente e imperfecta aun como signo lógico-gramatical, es muchas veces engañosa. Veamos una frase de Juan Valera:

Don Andrés le dijo que él respetaba como nadie la libertad de conciencia y de enseñanza, pero QUE, si quería gozar de la tertulia de los señores de Roldán, debía ser como los catedráticos pagados por el gobierno, QUE, si son prudentes y juiciosos, se guardan sus impiedades para mejor ocasión.

Es frecuentísimo que el lector pronuncie las dos comas de la partícula *que,* es decir, que haga pausa antes y después de ella. Pero al detenerse después de *que,* le da fuerte acento prosódico (es palabra átona) y altera y falsea el ritmo de la frase. Tomemos ahora una frase de Azorín, analizada por Navarro Tomás:

Estos tomitos / van adornados de estampas finas. // Y en estas estampas, / vemos esos panoramas, de ciudades / EN QUE, por una ancha calle, / en una vasta plaza, / sólo se pasean o están parados / dos o tres habitantes. // Muchas veces, siendo niños, / y después en la edad madura, / hemos contemplado / en diversos libros del siglo XVIII / y de principios del XIX / estas vistas de calles y plazas. // En ellas, / nuestra atención, / nuestro interés, / han ido siempre / hacia esos tres o cuatro habitantes / QUE, ellos solos, / en la populosa ciudad, / gozan del vasto ámbito / de la plaza o de la calle.

La raya transversal indica pausa. Y aunque distintos lectores podrían variar hasta cierto punto sus pausas, según su propia interpretación, hay dos que suele hacer hoy el lector y que son absolutamente falsas: después del relativo *que* («en que», «que, ellos solos»). Antes de él sí, aunque no haya coma escrita, pero después de él nunca, aunque el autor o la imprenta la pongan.

Se acostumbra igualmente hacer una pausa incorrecta en la coma que sigue a la conjunción *y*, dándole así un acento prosódico extraño a la lengua. Veámoslo en la siguiente frase de *Flor de Santidad* de Valle Inclán:

El mendicante se detuvo, Y, apoyado a dos manos en el bordón, contempló la aldea agrupada en la falda de un monte, entre focos y sonoros pinares.

La pausa después de la conjunción *y* (Valle Inclán, que usaba la coma con criterio rítmico, nunca la escribía en esos casos) falsea totalmente el ritmo, tan importante en su prosa. Lo mismo sucede con el siguiente pasaje de Juan Ramón:

Platero, indeciso, yergue las orejas, alza la cabeza Y, como un alacrán cercado por el fuego, intenta, nervioso, huir por doquiera.

O en este otro del Inca Garcilaso:

El Visorrey se levantó, Y, como mejor pudo, recogió su gente, Y, poniéndola en orden, volvió a su camino acostumbrado.

El ritmo de la frase exige en esos casos una pausa antes de la conjunción, nunca después. Por último, un ejemplo de *Juan de Mairena,* que nos muestra la conjunción *o* entre comas (tampoco aquí es admisible la pausa después de ella):

O fue [Jesús], como muchos piensan, el hijo de Dios, venido al mundo para expiar en la cruz los pecados del hombre, o, como pensamos los herejes, coleccionistas de excomuniones, el hijo del hombre que se hizo Dios para expiar en la cruz los pecados de la divinidad.

Esa pausa inadecuada después de las partículas *que, y, o,* se observa con frecuencia creciente en Hispanoamérica, y también en España. Lo cual prueba que una pequeña coma, impuesta por las modernas reglas ortográficas, puede tener tanta fuerza, que llega a suplantar al sentimiento innato de la lengua.

La coma no indica necesariamente una pausa. En las respuestas corrientes: «Sí, señor», «No, señor», «¡Sí, hombre!», etc., no se hace nunca pausa donde se marca la coma. En cambio, hay que hacer por lo menos dos pausas interiores en la siguiente frase del *Quijote,* aunque no haya ni una sola coma: «Y es razón averiguada / que aquello que más cuesta / se estima y debe de estimar en más». La frase se va cortando siempre en grupos fónicos, como un poema en sus versos. Si gramaticalmente no puede ponerse una coma entre el sujeto y el predicado, el ritmo impone casi siempre una pausa: «Una carta / puede traer la dicha / y puede traer el infortunio». Porque sólo quien carezca de sentido del idioma irá marcando con pausas las comas y poniendo a prueba sus pulmones para adaptarse a los signos de puntuación. Independientemente de la escritura, la prosa, aunque no lo sepa Monsieur Jourdain, tiene también sus exigencias rítmicas.

Las comas se ciernen además como una amenaza contra la buena lectura de los versos. Veamos, en un soneto de Garcilaso:

> Si quejas y lamentos pueden tanto,
> que el curso refrenaron de los ríos,
> y en los diversos montes y sombríos
> los árboles movieron con su canto;
> si convirtieron a escuchar su llanto
> los fieros tigres y peñascos fríos;
> si, en fin, con menos casos que los míos
> bajaron a los reinos del espanto...

El lector que, obedeciendo a la tiranía de la coma, hiciera pausa en «si, en fin», daría un acento falso a la conjunción *si* y rompería la sinalefa. Es decir, asesinaría alevosamente el endecasílabo. Y lo mismo en el siguiente pasaje de su Egloga II:

> Si con mi grave daño no probara
> que, en comparación désta, aquella vida
> cualquiera por descanso la juzgara.

O en el de San Juan de la Cruz:

> ¿Adónde te escondiste,
> Amado, y me dejaste con gemido?

Un soneto de Cervantes, incluido en su *Persiles,* muestra de manera evidente que la coma no implica necesariamente pausa:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino, aunque no usado, alegre y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra, única y rara.

Hay ahí seis sinalefas que hay que hacer obligadamente pasando por encima del cadáver de la coma. El sentido hay que darlo con las fluctuaciones de la entonación, pero un endecasílabo no se puede romper con pausas interiores.

Ni siquiera el punto, el punto y coma o los dos puntos pueden romper la unidad del verso. Veamos una estrofa de la Oda a Salinas de Fray Luis:

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

«¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido» es un endecasílabo, y requiere la sinalefa entre las dos exclamaciones. O en el Soneto autumnal de Rubén Darío al Marqués de Bradomín:

Versalles otoñal; una paloma; un lindo
mármol; un vulgo errante, municipal y espeso;
anteriores lecturas de tus sutiles prosas;
la reciente impresión de tus triunfos... prescindo
de más detalles para explicarte por eso
cómo, autumnal, te envío este ramo de rosas.

En el primer verso (es un soneto en alejandrinos) hay una sinalefa imprescindible a pesar del punto y coma. Un último ejemplo, del famoso manólogo de Segismundo:

Yo sueño que estoy aquí
de estas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Entre la pregunta y la respuesta no hay que hacer una pausa, sino un cambio de tono que permita la sinalefa y respete el octosílabo de Calderón. Claro que los actores, los recitadores y recitadoras y los lectores de versos proceden en el último tiempo a su arbitrio, y dicen los versos clásicos como si fuesen prosa moderna. El verso, en la poesía medida, es una unidad rítmica que hay que respetar. El poeta ha vertido un contenido poético, una materia o una esencia, dentro de un molde, dentro de una medida, que le da la forma. ¿Puede el lector o el actor proceder a su arbitrio o debe atenerse más bien, fielmente, a las reglas del juego poético?

Ortega y Gasset publicó en «El Sol» de Madrid, el 17 de noviembre de 1935, un artículo — extraordinariamente violento — contra una representación del *Tenorio* de Zorrilla: «La estrangulación de Don Juan». El primer actor, que era uno de los más renombrados de España, rompía los versos a su modo, escamoteaba los consonantes, la música, el sonsonete del verso, lo convertía en pura prosa. Ortega se indignaba: El hecho «reviste los síntomas de un delito, delito de derecho público»; el actor «es un criminal que nos estafa, que roba al español uno de sus escasísimos haberes», y «debía ser conducido a la cárcel directamente desde el escabel».

También Alfonso Reyes [4] criticaba la representación que habían hecho en Méjico de *La cena del rey Baltasar* de Calderón. Los actores eran buenos —dice —, pero echaron a perder la obra por no haber respetado las pausas métricas, por recitar los versos en prosa. Y se detenía especialmente en la lectura de versos con encabalgamiento (el *enjambement* de los franceses). Tomemos nosotros, para ejemplificarlo, un pasaje de la famosa oda a «La vida retirada». Fray Luis contrasta la paz del que huye del mundanal ruido y cultiva el huerto que ha plantado en la ladera del monte, con las zozobras y peligros del que se lanza al mar en busca de riquezas confiado en falso leño:

> La combatida antena
> cruje, y en ciega noche el claro día
> se torna; al cielo suena
> confusa vocería,
> y la mar enriquecen a porfía.

4. «El Nacional», Caracas, 22 de mayo de 1958. Recogido en *Las burlas veras (Segundo ciento)*, México 1959, págs. 145-147 (n.º 176).

Hay ahí tres encabalgamientos: la unidad sintáctica de la frase cabalga en cada caso entre dos versos. Es frecuente en la recitación — dice Alfonso Reyes — leer los versos de ese tipo conforme a la lógica gramatical (y no a la métrica), como si fuesen prosa, sin hacer la leve pausa al final del verso, que es imprescindible para conservar la musicalidad métrica (la pausa debe ser leve, para que no haya afectación). De ese modo los versos con encabalgamiento resultan a menudo prosa más o menos pedestre. Y en el caso nuestro nos encontraríamos con cualquier cosa, menos con la sucesión móvil de heptasílabos y endecasílabos de la lira clásica:

> La combatida antena cruje,
> y en ciega noche el claro día se torna;
> al cielo suena confusa vocería,
> y la mar enriquecen a porfía.

Esos tres encabalgamientos — lo ha analizado Dámaso Alonso —, con su abrupta ruptura del movimiento estrófico, quieren hacer más sensible el desenlace: la antena cruje, el día se oscurece, se alza la confusa vocería de los navegantes, la nave se hunde. La forma es la portadora del sentido, y el lector o el intérprete deben compenetrarse con ella, extraer de ella toda la oculta materia poética. El lector o el intérprete, o el lector-intérprete, tienen gran libertad, pero no hasta el extremo de modificar la obra.

Volvamos al fetichismo de la coma. El verso tiene una medida rítmica (la poesía es en primer lugar ritmo; es, recordemos a Verlaine, música ante todo), y los signos de puntuación no la pueden o no la deben romper. Se explica que los poetas tengan santo terror a la puntuación, y que la llamada «poesía de vanguardia», que quiso eliminar del verso todo lo lógico y conceptual, intentara resolver el problema con el recurso extremista de la abstinencia absoluta. Es muy frecuente que los poetas no sepan puntuar. Y es también frecuente que no lo sepan tampoco los prosistas. La puntuación española se ha convertido en una ciencia casi alejandrina.

Dicen las leyendas que en la China antigua hubo mandarines condenados a muerte porque olvidaron poner una coma de oro en el texto sagrado. Bien está obedecer las reglas gramaticales en la escritura de prosa y verso, y poner todas las comas que quiera la Academia. Pero no hagamos de las cosas pequeñas cuestión de vida o muerte. Demos a las comas lo que es de las comas, y nada más. No las tomemos con tanta religiosidad, que hagamos

una inclinación reverencial de la voz cada vez que se nos aparezcan. La letra tiene menos dignidad que el espíritu.

7. ¿«Yrigoyen» o «Irigoyen»?

Un caso de arcaísmo ortográfico parecido al de *México,* aunque sin repercusiones sobre la pronunciación, es la grafía *Yrigoyen,* nombre de un discutido presidente argentino. Los que defienden esa grafía alegan el origen vasco del apellido: *Irigoyen* significa efectivamente en vasco «ciudad alta», frente a *Iribarren,* que significa «ciudad baja» (de *iri* «ciudad» y *-goyen* «arriba, sobre»). También fue frecuente la *Y* en Iturbide, el famoso emperador mejicano, en *Ibarra,* el prócer venezolano, y en otros nombres de origen vasco. Pero la *y* (la «*i* griega») es tan vasca como la *i* latina, o algo menos. Esa grafía no tiene, pues, más que una justificación: el mantenimiento de la forma antigua del apellido. ¿Y por qué se escribió con *y?*

En los siglos XVI y XVII se escribía frecuentemente *yr, ysla, baya* (hoy *bahía*), *oydo, yndios, mayz,* etc. Era prolongación de una vieja tendencia: la *y* penetró con los helenismos del latín clásico y se extendió luego a las voces patrimoniales. Se prefería a veces esa *y* porque la *i* se usaba también con el valor consonántico de *j* («*i* baja» o «*i* caída»): *uieio,* hoy *viejo; adiectivo,* hoy *adjetivo.* O con valor consonántico de *y: io, aiuda, maior, Iucatán,* etc. Por eso se generalizó bastante la *y* para el uso vocálico. Cuando Colón desembarcó en Guanahani, el 12 de octubre de 1492, sus capitanes llevaban dos banderas con la Cruz Verde que el Almirante había hecho colocar en sus naves por seña, con una F y una Y. Las dos letras representaban a Fernando e Ysabel.

La Academia reaccionó desde el primer momento contra los excesos de la *y,* y ya el Diccionario de Autoridades consideraba «error notorio» escribir *ayre, reyno, toysón, buytre,* etc. La ortografía moderna restableció el valor vocálico de la *y* y reservó la *j* para la velar aspirada sorda. En cambio, la *y* sigue teniendo valores múltiples: consonante en *mayo,* semivocal en *hoy,* vocal en *Juan y Pedro.*

Los nombres propios son más reacios que las voces corrientes a la acomodación ortográfica (en el siglo XIX todavía se escribía Buenos Ayres o Maracaybo). Y los apellidos aún mucho más. En parte porque ha surgido en los últimos tiempos el orgullo del apellido, y se hace cuestión de honor mantenerlo en su supuesta

pureza ancestral. A lo cual se agrega hoy el rigor de la legislación civil, que trata de fijarlo de manera invariable. De ahí el frecuente apellido *Alfonzo,* con una *z* que nació con las vacilaciones ortográficas de los siglos XVI y XVII. O el también frecuente *Oropeza,* que se remonta a la villa de Oropesa, de Toledo o de Castellón. Hasta hay cierto preciosismo en los apellidos. ¿Cómo se explica el apellido *D'Sola?* Esa *D'* delante de consonante, que parece una forma abreviada, se debe sin duda a analogía con apellidos como *D'Annunzio, D'Amico, D'Onofrio,* etc. Pero ¿no es una irreverencia introducir la inquisidora mirada filológica en el sanctasanctórum de los apellidos familiares?

Sin embargo, también los apellidos se han ido acomodando a las transformaciones ortográficas. Ya hemos visto los casos de Mexía, Xerez, Ximénez, Xuárez, Texera. En el siglo pasado todavía el nombre de Juan José Paso, secretario de la Primera Junta del Río de la Plata, se escribía Passo. Ya es rara la familia que conserva la doble *s* de Lasso, como en el antiguo apellido Garci-Lasso. Aunque Estanislao S. Zeballos escribía su apellido con *z,* fiel a la tradición familiar (en Venezuela alternan los *Zerpa* y los *Cerpa*), lo general es hoy la forma Cevallos. A nadie se le ocurriría actualmente escribir su apellido Gonçalez, o Piçarro, como se escribía antes (la cedilla, de origen español, desapareció de nuestra lengua). Ceruantes o Çerbantes o Zerbantes es hoy Cervantes. La tendencia de la lengua es unificar la forma de los apellidos según las normas ortográficas generales. Claro que es impertinente someter a estas normas los apellidos de origen extranjero, como *Gutenberg* o *Bonpland,* con *n* delante de *b* y *p.*

¿No cabe defender la grafía Yrigoyen? Claro que sí, como la de México. Puede apoyarse en el uso francés, más reverencial de toda grafía antigua: Yves, Ivette, etc. O en algunas supervivencias españolas: Loaysa, Pereyra, Freyre, Rivadeneyra, etc. (en los diptongos la *y* ha tenido más arraigo). O en apellidos como Yglesias o nombres como Ynés que todavía se encuentran por todas partes, como signo sin duda de un prurito de distinción o de originalidad. Sin embargo, parece evidente que hoy se tiende en todos esos casos a la *i,* que se ha impuesto hasta en *reina, reino* y *virreinato,* a pesar de *rey.*

Así, la conservación de la *Y* de Iriyogen es un caso más de arcaísmo ortográfico, una manifestación más del culto fetichista de la letra antigua. ¿No son más fieles a ella los fervorosos partidarios del ex-Presidente que los detractores o los neutrales?

8. Fetichismo editorial

Los editores de libros y documentos antiguos vacilan entre dos tendencias extremas: el mantenimiento intangible del texto y la modernización ortográfica absoluta. Los dos criterios pueden defenderse; todo depende del público al que se dirija la edición, si al erudito o al corriente. Pero cualquiera de los dos criterios que se aplique, la edición de un texto antiguo requiere un editor responsable y experto, que conozca el valor de la letra antigua. Editores hay, de ánimo generoso, para los cuales es lo mismo *coracón* o *Curacao* que *coraçon* o *Curaçao* (en la reproducción, por ejemplo, de cada paso, entre otras bellezas, formas como *macato* o *cabana* por *maçato* o *çabana,* hoy *mazato, sabana*). Editores fetichistas hay, y éstos nos interesan más, que reproducen hasta las erratas de imprenta del texto original. Así ha cundido en la historiografía americana el nombre de Mama Oello, hermana y mujer de Manco Cápac, errata de imprenta de muchos textos por Mama Ocllo [5]. Ese fetichismo alcanza a veces caracteres pintorescos. Un editor, por ejemplo, edita un libro del siglo XVI reproduciendo el texto de una edición del XVIII, que había modernizado a su gusto la ortografía del original. Y lo reproduce religiosamente con sus comas, acentos, mayúsculas y minúsculas. Otro editor, de Buenos Aires, publica una crónica alemana de 1906. Pero el editor alemán le había aplicado una puntuación a la manera alemana (enteramente distinta de la española) y una modernización según sus conocimientos — algo deficientes — del español. Otro editor publica una obra literaria del siglo XIII, y recurre a una reimpresión modernizada del XIX. La edición resulta así un mosaico ortográfico: obra del siglo XIII, publicada en 1944 con la ortografía de 1850. Ediciones hay, y no sólo las de Aguilar, que inspiran compasión por los pobres clásicos. Ya las de Rivadeneira, del siglo pasado, le costaron al pobre Rufino José Cuervo un doloroso via crucis, y le hicieron suspender, desencantado, la publicación de su formidable *Diccionario de construcción y régimen.*

5. Amado Alonso, en su traducción de la *Lingüística* de Ferdinand de Saussure, señala un caso parecido: los niños españoles, al dar la lista de los reyes godos, mencionan a Teudiselo, falsa lectura de Teudisclo. Sin duda el *Atavalipa* o *Atabalipa* o *Atavaliba* de una serie de crónicas del Perú se debe también a una falsa lectura de *Atauallpa,* que era el nombre indígena. En documentos del siglo XVI encontramos también Irrumiñavi o Irrumiñabi (el Inca Garcilaso escribe siempre Rumiñaui). También alternaban entonces grafías con *avn-abn, cavsa-cabsa,* etc.

En la edición de una obra antigua hay una cuestión de apariencia baladí: la cuestión de los acentos. No afecta mayormente al texto el que aparezca la preposición *a* con acento (la Academia Española lo tomó en el siglo XVIII del francés, donde sí tenía sentido la distinción entre *a,* forma verbal, y *à,* preposición, y tardó dos siglos en darse cuenta de su inutilidad en español), aunque no es justificable en la reproducción de documentos del XV, XVI o XVII, en que ese acento no existía. Pero sí parece mal la reproducción de documentos con la acentuación del siglo pasado, porque al lector tiene que confundirle el encontrar sin acento *Perez, sabia, habia, comunicacion, traicion, escuadron, botin, millon, holgazan, segun, dareis, despues, rio,* etc. (en cambio se deja el acento de *mútuamente, órden,* etc.). Y parece mal, porque según el criterio académico el acento brilla hoy por su presencia y por su ausencia. Sólo caben dos posibilidades: no poner ningún acento, o ponerlos todos de acuerdo con la norma actual. Ponerlos hoy con el criterio del siglo XVIII o XIX es rendir culto a ídolos transitorios. No es religiosidad, es fetichismo.

9. Una aberración: la transcripción de «ſ» («s larga») como «f»

Para publicar documentos antiguos o libros de otras épocas hay que conocer el valor de la letra, además de su significación (su espíritu). Es frecuente el despedazamiento de documentos y obras con irreverencia criminal. Pero también es frecuente el otro extremo: el culto fetichista. Hay historiadores que consideran una profanación poner punto y coma donde el texto antiguo ponía dos puntos, aunque en los siglos pasados (hasta en el XIX) se usaban los dos puntos en muchos casos con el valor actual del punto y coma. La reproducción religiosa de textos y documentos antiguos puede defenderse en ediciones eruditas, dirigidas a un público que conoce o debe conocer el valor de la letra antigua, en lo cual puede que haya un exceso de optimismo, porque son muy pocas en América, y aun en España, las personas que conozcan ese valor. Hace poco, un académico de la historia, al leer documentos del siglo XVI, pronunciaba *auía,* con *u,* porque así lo encontraba escrito, sin saber que esa *u* era en aquel tiempo el signo de la consonante *v* (se escribía en cambio *vn,* etc.). En la edición de unos documentos históricos encontramos varios casos de *pa* por *para* (*pa los adultos, pa los baptizados*), como si lo que es hoy pronuncia-

ción vulgar hubiera sido forma literaria en aquel tiempo, sin haber advertido el editor que la *p* de *pa* tiene en la parte inferior un rasgo que indica que es una abreviatura (*pa.* = para). En la edición de obras españolas antiguas (*Libro de buen amor,* etc.), ha sido muy frecuente leer como *s* el signo antiguo de la *z* (*hiso,* etc.), que se parecía bastante a la *s* actual, como si el moderno seseo andaluz e hispanoamericano se remontase a la Edad Media.

El error hoy más generalizado y que más falsea la fisonomía de la lengua es la reproducción de la antigua *s* larga (*ſ*) como *f*. Los textos antiguos usaron hasta fines del siglo XVIII dos signos de *s:* una *s* redonda para final de palabra y una *ſ* para inicial o medial. A veces variaba algo la alternancia de los dos signos, pero representaban una sola y misma pronunciación. Esa *s* larga (*ſ*) se parece bastante en los textos impresos a la *f,* y puede engañar a primera vista. Pero cualquiera que las observe con un poco de atención verá en seguida que son dos signos distintos. Pero observar con atención parece empresa difícil, sobre todo para editores. En la edición del *Amadís* que hizo la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira, figura la siguiente canción:

> Leonoreta sin roseta,
> blanca sobre toda flor;
> sin roseta, no me meta
> en tal cuita vuestro amor.

La canción la había compuesto Amadís y dedicado a Leonoreta, la hija del rey Lisuarte, hermana menor de Oriana. ¿Y por qué iba a carecer ella de roseta? Hay ahí un error de lectura: el texto original dice *fin roseta.* Es decir, Amadís equipara a Leonoreta con una roseta fina.

Después de eso hemos encontrado libros enteros de documentos que transcriben con *f* toda *s* larga, sin que al editor se le haya ocurrido vacilar o dudar ni un instante. Más frecuente es ese disparate en las citas, y así lo vemos a cada paso en obras de historiadores de prestigio, desde la Argentina hasta Méjico, pasando por Venezuela. Hay quien llama a esa *s* larga «la ese-efe». Y hasta hemos oído a uno de esos historiadores, profesor universitario, decir a sus alumnos que antiguamente se pronunciaba así: «Nueftro Feñor Jefucrifto.» Como es disparate no muy viejo, y está cundiendo alarmantemente por todas partes (acabamos de verlo una vez más en el estudio preliminar de una reciente edición del *Quijote* hecha en Madrid), conviene estar alerta.

El respeto religioso de la letra antigua puede tener su dig-

nidad. Pero el desconocimiento del valor de la letra convierte ese respeto en culto fetichista. Y el fetichismo conduce fácilmente a la aberración.

10. Conclusión

Hemos visto manifestaciones diferentes del fetichismo de la letra. El prestigio de la letra antigua mantiene grafías como *México, Mexía, Xavier,* etc., aun contra las normas de la pronunciación actual. Toda ortografía es tradicionalista por esencia. ¿No es también manifestación de fetichismo la conservación de tanta *h* muda? La letra tiende a adquirir siempre carácter reverencial. El siglo XIX escribía con hermosas mayúsculas Libertad, Igualdad, Fraternidad, Derecho, Progreso, Revolución, etc., y hasta las pronunciaba con mayúsculas. Hoy tienden a escribirse con más llaneza, y hasta a pensarse con más relatividad. Todavía conservan ese carácter reverencial las mayúsculas de los títulos de nobleza o de los nombres de los altos cargos de monarquías y repúblicas. Un republicano escribe rey con minúscula, un monárquico con mayúscula. La ortografía actual impone *Dios* con mayúscula, aun al ateo (el siglo XVI, más religioso, podía escribirlo con minúscula). El inglés escribe el pronombre personal de primera persona (*I*) con mayúscula, en actitud al parecer egolátrica. Y el alemán, en cambio, pone la mayúscula al tú (*Du*), en respetuosa actitud hacia el prójimo, que no sabemos hasta dónde llega. ¿No era consecuente aquel curioso maestro del *Fray Gerundio de Campazas,* que quería que se escribiera con una *M* grandísima *monte* y con una *m* muy pequeña *mosquito?*

Nuestros antiguos y clásicos escribían casi como pronunciaban: *aver, combidar, ombre,* etc. Pero ha terminado por imponerse en la lengua, a pesar de todos los esfuerzos de reforma ortográfica, una grafía más bien latinizante. Con todo, España — tan religiosa — ha sido menos conservadora, menos fetichista de la letra antigua, que otros países de Europa. Se cuenta que Bernard Shaw preguntaba cómo debía pronunciarse en inglés *ghoti.* Según él correspondía pronunciarlo *fish:* efectivamente, *gh* suena como *f* (*enough,* etc.); la *o* como *i* (*women,* etc.); *ti* como *sh* (*nation,* etc.). Y ya sabe que dejó en su testamento un legado para la reforma de la ortografía inglesa, lo cual fue al parecer una de sus humoradas póstumas. En Francia ha sido más fácil derribar las viejas instituciones sociales que tocar en un ápice la ortografía, que pa-

rece intangible. El sabio Berthelot, tan progresista, se oponía con todas sus fuerzas a la reforma de la ortografía francesa, y Gastón Deschamps llegó a afirmar que con ello había preservado el francés de la ruina.

Esa afirmación no carece totalmente de sentido. La letra, con su fijeza inmutable, es un lazo de unión a través de las generaciones y por encima de las más espectaculares diferencias de pronunciación. Y aun más que en nuestra escritura alfabética, en la vieja escritura ideográfica o emblemática. Los chinos de las más apartadas regiones, desde Pekín a Cantón, desde Mongolia hasta los confines del Tibet y de Indochina, con hablas diversificadas al extremo, sólo se entienden por medio de la lengua escrita. La lengua oral es fraccionadora; la escrita es un portentoso agente de unificación, que hasta ha servido en épocas pasadas de medio de comunicación cultural con Annam, Corea y Japón, a pesar de la radical diferencia de lenguas. Claro que un buen lector de chino debe conocer unos cincuenta mil signos gráficos.

Volvamos a nuestro castellano. Hemos observado por un lado la fuerte inclinación a conservar la letra antigua. Por el otro, la tendencia a tomar esa letra como módulo infalible de la buena pronunciación. Lo cual no está exento de peligros. Por ejemplo, una pequeña inconsecuencia de nuestra ortografía está imponiendo un cambio en la pronunciación. La Academia, que se ha resignado a admitir *virrey, contrarréplica* (antes *virey, contraréplica*), etc., mantiene sin embargo *abrogar, subrogar, subrayar, subrepticio.* Los eruditos saben que hay ahí una *rr* (de *rogar, rayar, repticio*). Pero la mayor parte de la gente culta no lo sabe, y es frecuente en todas partes la pronunciación *a-bro-gar, su-bra-yar* (como *a-bra-zar, so-brar,* etc.) y sobre todo *su-brep-ticio,* que muy pocos asocian con *reptil* o *reptar.*

Hemos visto que el prestigio de la letra ha impuesto en la pronunciación española culta los grupos consonánticos del latín: *doctor, captar, examen, signo, dogma, columna,* etc. Y aunque el pronunciar las consonantes implosivas era signo de pedantería o de afectación hace varios siglos, hoy lo es de vulgaridad no pronunciarlas. La letra triunfó en ese caso gracias al prestigio de la pronunciación latina.

¿Puede imponerse igualmente la pronunciación labiodental de la *v,* como han querido muchos gramáticos, y la Academia durante varios siglos? Parece que la empresa ha fracasado del todo, y hoy sólo algunos maestros trasnochados mantienen con terquedad la vieja doctrina. La Academia se va renovando con cada edición,

pero los academicistas enseñan siempre por una edición atrasada de la *Gramática* o del *Diccionario*. Es su destino. La empresa, fracasada, de imponer en español una *v* labiodental que ni siquiera existía en latín ha sido una manifestación del fetichismo de la letra.

¿Y qué tiene de extraño que los gramáticos se hayan dejado llevar por el fetichismo de la letra? ¿No son ellos acaso los guardianes de la letra (γράμμα)? ¿No ha sostenido la Academia reiteradamente que la ortografía indica la verdadera pronunciación? ¿No ha creído también la Academia, en el siglo XIX, que se pronunciaban de manera diferente *ce* y *ze*? [6]. Hasta un gramático del siglo XIX — Don Mariano José Sicilia, profesor de Filosofía moral y de derecho — sostuvo tenazmente que se pronunciaban de manera distinta *celoso*, de *celo* («celoso cumplidor de sus deberes») y *zeloso*, de *zelos* («un novio zeloso»). La diferencia entre *c* y *z* no existía desde el siglo XVI, y aun entonces jamás existió entre *celo* y *celos*, que se escribían con *z*. En lo que no era más que inseguridad ortográfica de su tiempo, una vacilación entre la ortografía antigua y la moderna, quiso Sicilia ver una diferencia real de pronunciación, y hasta imponerla, además, como signo fónico de una diferencia de significación.

Andrés Bello era sin duda más perspicaz que Sicilia. Pero en 1833, en sus *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana*, dirigidas a los padres de familia, profesores y maestros de Chile, recomendaba, para «evitar todo resabio de vulgaridad», que se distinguiera en la pronunciación entre *cabo* (sustantivo) y *cavo* (verbo), y entre *el hierro* (metal) y *el yerro* del entendimiento, dos distinciones a que le llevó engañosamente la fe excesiva en la letra. *Hierro* y *yerro*, *hierba* y *yerba* suenan exactamente igual en la correcta pronunciación castellana. El falso Avellaneda del falso *Quijote* se burlaba de Cervantes con un juego entre *hierros* y *yerros*: «Disculpa los yerros de su *Primera Parte* el haberse escrito entre los de una cárcel, y así no pudo dejar de salir tiznado dellos»... Sin embargo, hay hablantes que por escrupuloso respeto a la grafía evitan en *hierro* o *hielo* la plena consonantización de la *i* inicial. Y en la Argentina, donde la *y* se pronuncia rehilada (parecida

6. La *Ortografía* académica de 1815, tan renovadora, describe la articulación de la *z*: se arrima la parte anterior de la lengua a los dientes, «no tan pegada como para la *c*, sino de manera que quede paso para que el aliento o espíritu, adelgazado o con fuerza, salga con una especie de zumbido»... (págs. 58-59). Y agrega: «Como la *c* tiene un sonido semejante a la *z* en las combinaciones *ce*, *ci*...»

a la *j* francesa), ha surgido, a favor de la distinción gráfica, una notable diferencia entre *la yerba* (yerba mate) y *la hierba* (cualquier planta herbácea), que se pronuncian de modo muy distinto. Las diferencias de letra se llenan a veces de diferencias de espíritu.

Además, ¿no han querido muchos maestros de gramática ver una diferencia entre *ge* y *je,* que no ha existido nunca en la lengua española? Toda diferencia de la letra es alucinadora. ¿Por qué la diferencia, si no tiene sentido ninguno? Pudo haberlo tenido en latín, o en español antiguo, pero el gramático, como el moralista, tiene espíritu normativo y no histórico. Si hasta un humanista fino y ponderado como Juan de Valdés, tan lúcido aun en materia religiosa en aquel siglo XVI, lleno de tremendos conflictos, se dejó alucinar una vez por el espejismo de la letra: creía que la *qu* de *quaresma, quatro,* etc., era más hueca, más vehemente, que la *cu* de *cuello* [7].

El soplo etéreo y mágico de la palabra hablada está prisionero, cada vez más, en la cárcel de la letra. Hasta letras de oro se han inventado para hacer más tentadora la cárcel, y arcas sagradas para custodiar y reverenciar la letra sacrosanta. ¿No es impresionante la portentosa fidelidad del pueblo hebreo a su letra tradicional? Ha cambiado cien veces de lengua en las infinitas peregrinaciones de la Diáspora, pero se ha aferrado siempre a la letra de sus textos sagrados, con la que escribe aún hoy su judeo-español o *ladino* y su judeo-alemán o *iddisch. Verba volant, litterae manent.* Las palabras vuelan, las letras quedan. Es precepto notarial, en detrimento de las palabras, pero ello constituye sin embargo su auténtica gloria. Las palabras vuelan. Son eternas palomas mensajeras.

La letra, como toda forma del lenguaje, es también generadora de espíritu. Letra y sonido tienden a fundirse, y aun la minúscula coma puede llenarse de sentido: contar algo *sin faltar una coma* (o *sin faltar punto ni coma* o *sin faltar una jota*) es decirlo con

7. Marcio le pregunta cuándo hay que escribir *cu* y cuándo *qu* (*cuatro* o *quatro,* etc.), y él contesta: «Dígoos que en esto no tengo regla ninguna que daros, salvo que, pareciéndome que conviene así a todos los nombres que significan número, como *quatro, quarenta,* pongo *q,* y también a los pronombres como *qual,* y de verdad son muy pocos los que me parece que se deben escribir con *c.* Y si uno, siendo natural de la lengua, quisiere con diligencia mirar en ello, la mera pronunciación le enseñará cómo ha de escribir el vocablo, porque verá que los que se han de escribir con *q* tienen la pronunciación más hueca que los que se han de escribir con *c,* los cuales la tienen mucho más blanda; sé que más vehemencia pongo yo cuando digo *quaresma* que no cuando *cuello*» (ed. «Clásicos Castellanos», pág. 70).

entera prolijidad o exactitud. Hasta se puede relatar algo *punto por punto* (o *a por a y be por be;* o *ce por be;* o *ce por ce*), es decir, sin omitir absolutamente nada. *No entender ni jota* o *no saber ni jota* es el colmo de la ignorancia («De eso no sé ni jota», «Del chino no entiendo ni jota»), que es lo contrario de saber una cosa *de pe a pa. Poner los puntos sobre las íes* es acabar o perfeccionar una labor, no sólo escrita. Uno se sale con la suya *por ce o por be* (de cualquier modo), o cierra una discusión con un *llámale hache. Erres, eses* y *equis* se han alejado bastante de la esfera gráfica: *hacer erres* (o *tropezar uno con las erres*) o *andar haciendo eses* o *estar uno hecho una equis,* tres letras para un solo estado verdadero. *Erres* y *haches* — la vibrante múltiple y la letra muda — han sido campo de Agramante de infinitas batallas: «Todo se volvía haches y erres.» En un cuento de Selgas, el marido habla de su difunta mujer: «Rara vez pensamos de la misma manera; si yo decía haches, ella decía erres.» Además, *no decir haches ni erres* es callar cuando se debiera hablar, y *entrar con haches y erres* es iniciar con malas cartas una partida de barajas. *Erre que erre* es porfiadamente, tercamente (de ahí sin duda el nombre del querrequerre, un pájaro venezolano), y *ser de ene una cosa* es ser forzosa o ineludible. Y dejando nuestro *abecé* («el abecé de la ciencia» o «el abecé del comportamiento moral»), *alfa* y *omega,* la primera y última letra del alfabeto griego, ¿no simbolizan el principio y fin de las cosas, y hasta a la Divinidad misma, principio y fin del mundo?

Ya se ve que las letras tienden a cobrar vida propia. A veces hasta se superponen a las palabras, las arrinconan, las desplazan. El ficticio Numerio Negidio del viejo formalismo jurídico — presunto culpable de toda acción — ¿no se ha transformado en el recatado N. N.? Los nombres de persona, y hasta parte del apellido, se ocultan muchas veces — es tendencia moderna — bajo la forma anodina, y a veces enigmática, de la letra inicial. Y como tributo a la fama, hasta la integridad del nombre y el apellido: T. S. E., G. B. S., H. G. W., B. B. (es comprensible la resistencia de Winston Churchill a que se hiciese lo mismo con su nombre). ¿No es significativo el auge creciente de las siglas, desde el INRI evangélico («le pusieron el inri») hasta las modernas denominaciones? No todos saben lo que representa la BBC de Londres, la TSF de Francia, el FBI de los Estados Unidos, o la Unesco, la Fao o la Nato. Claro que pueden explicarse por afán de economía verbal — la esencia del lenguaje es sin embargo el derroche —, pero su profusión invasora ¿no evidencia el encanto de la des-

nudez de la letra? Dos letras semi-misteriosas (O. K.) han dado en los Estados Unidos, y por extensión en gran parte del mundo, un nuevo signo de la afirmación (*okey*). Hace unos años un movimiento poético francés — el letrismo — intentó buscar emociones nuevas, o sugestiones nuevas, con combinaciones de letras y sílabas absolutamente desprovistas de sentido. Más trascendencia tiene, sin duda, el letrismo matemático, iniciado en la India en el siglo VII, que se está convirtiendo en la lengua universal de la ciencia, y hasta de la máquina.

La lengua hablada tiende a mirarse en el espejo de la lengua escrita, y hasta la pequeña coma puede tener grandes efectos. Fetichismo de la letra, en muchos casos. Pero los fetiches de ayer — lo hemos visto con el ejemplo aleccionador de los grupos cultos — son capaces de convertirse en dioses venerables. La letra puede matar el espíritu, pero puede también crear espíritu nuevo. ¡Miseria y grandeza de la letra!

LENGUA Y CULTURA DE HISPANOAMERICA

TENDENCIAS ACTUALES

El filólogo alemán Friedrich August Pott se preguntaba en 1877: «¿Es acaso un milagro que las lenguas europeas trasplantadas a América se manifiesten cada vez más infieles a las formas de expresión del suelo materno...? ¿Se va a creer por ventura que las lenguas descendientes del Lacio puedan, en suelo americano, sustraerse totalmente al destino que les deparan las leyes generales de la naturaleza...? Nuevas condiciones engendran nuevas maneras de pensar y de expresarse...»

Más adelante, en 1899, Rufino José Cuervo, el iniciador de la filología hispánica, después de haber consagrado la vida entera a defender la integridad de nuestra lengua, hacía suya, con tristeza, la misma tesis: «Estamos en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano...»

El 9 de diciembre de 1824 se libra, en los llanos de Ayacucho, la última batalla de la independencia americana. La guerra había exacerbado la hostilidad hacia todo lo español. Las barreras sociales se habían resquebrajado, y todo el hervidero social y étnico de la Colonia ascendió a la superficie. Las nuevas repúblicas, en las treguas de una guerra civil casi endémica, intentaron crear, en un organismo complejo y reacio, los moldes de la sociedad democrática moderna. ¿Abominarían también del pasado cultural? ¿Romperían los lazos lingüísticos después de haber roto, tan violentamente, la vinculación política con España?

Tres siglos de hispanización habían transcurrido. Al cabo de ellos las repúblicas independientes heredaron unos tres millones de blancos españoles y criollos, muchos de ellos mestizos, concentrados sobre todo en los centros urbanos, y unos nueve millones

de indios, esparcidos en grandes zonas rurales. Al extinguirse la dominación española ¿no se produciría —como se auguró en el caso de Méjico— una indianización progresiva y general?

Un tercer personaje había aparecido en el inmenso escenario americano. Durante más de trescientos años, carabelas de diversas banderas habían descargado remesas siempre frescas de «ébano vivo». En muchas partes el negro había ido suplantando, en el trabajo rural y urbano, al indio, y llegó a convertirse, ya puro, ya mezclado, en núcleo étnico fundamental, desde el punto de vista numérico. Y en todas incorporó un tono más a la gama de colores de la población hispanoamericana. ¿No implicaba ello una serie de consecuencias de orden cultural y lingüístico?

Al español y su descendiente americano, al indio, al negro, cruzados en proporciones desiguales en todo el continente, vino a agregarse, en el período de organización republicana, un elemento nuevo. «Gobernar es poblar» había proclamado un estadista ante la visión inquietante del desierto. Y al conjuro del llamamiento, acudieron falanges de hombres nuevos a fundirse en el amplio crisol del suelo americano. De 1870 a 1894, el saldo inmigratorio argentino, por ejemplo, fue de 1.254.377 personas; de 1895 a 1913, de casi dos millones. Sólo en el año de 1889 llegaron a la Argentina 260.909 inmigrantes, cuando el país apenas contaba con una población de cuatro millones. Aunque no con esa amplitud, el fenómeno se reprodujo en gran parte de nuestra América. Y es de la mayor importancia lingüística que el aporte étnico fundamental lo representara, en la región del Plata al menos, un pueblo muy emparentado con el hispánico: de 1857 a 1925 llegaron a la Argentina 2.606.031 italianos; más del 20 % de la población argentina actual está constituido por italianos e hijos de italianos.

¿Saldría de todo ello una cultura nueva, una lengua nueva? ¿Qué suerte correría en suelo americano la cultura trasplantada por pequeños puñados de población hispánica ante el choque con una naturaleza nueva, ante el contacto y la fusión con el indio, con el negro, con el inmigrante, al infiltrarse, con su don de universalidad, la influencia avasalladora de Francia, al extenderse, con su poderío económico y político, el coloso del Norte?

Veámoslo en el espejo de la lengua. El idioma no es sólo el molde de la cultura, sino además su producto. ¿Iría a independizarse también de la metrópoli, a fraccionarse en tantas ramas como pabellones nacionales? Pott y Cuervo lo creyeron, dentro de una concepción naturalista del lenguaje. En la Argentina, donde la ten-

dencia popularista y cosmopolita alcanzó mayor profundidad que en el resto de nuestra América, se dio alrededor de esta pregunta una batalla — descrita en *Nuestra lengua* de Arturo Costa Alvarez — que conmovió a todo el ambiente intelectual rioplatense, y cuyos ecos, bastante apagados por cierto, resuenan aún hoy.

Alberdi, el constitucionalista argentino, se lamentaba de que dominara la democracia en las leyes y la aristocracia en las letras, de que fuéramos independientes en política y colonos en literatura. Echeverría, recién regresado de Francia, enarbolaba frente a ese «contrasentido» la bandera romántica, a la vez criollista y galicista. Sarmiento, que tuvo la visión épico-histórica del desarrollo argentino (e hispanoamericano), que soñó con inundar de escuelas el desierto de la «Barbarie», concibió también la ilusión de una lengua, si no argentina, al menos hispanoamericana: «Los idiomas — decía —, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que los modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez [como «paso de la emancipación del espíritu y del idioma»] dejaremos de consultar a los gramáticos españoles para formular la gramática hispanoamericana».

En nombre de principios muy semejantes, un poeta, uno de los artífices de la cultura argentina, Juan María Gutiérrez, rechazó en 1876, como «americano libre», el diploma de miembro correspondiente de la Academia Española. El periodismo de ambas márgenes del Plata, y aun la intelectualidad chilena, participaron en la batalla. Fue tan recio el ataque, que hasta uno de los defensores de la integridad de la lengua creyó que podía perderse la buena causa: «¿Quién nos dice — se preguntó, no sin inquietud, en 1889 — que no estamos en un momento histórico semejante, hasta cierto punto, al que siguió a la caída del Imperio Romano, y que la corrupción del idioma, tan sonada, no sea, como es siempre la corrupción, una de tantas fuerzas de creación en la eterna transformación de los seres?»

La polémica no se detuvo en las lindes del periodismo. Pero correspondió a un extranjero radicado en la Argentina llegar a la verdad, por reducción al absurdo. En 1900 publicó Luciano Abeille, miembro de la Société de Linguistique de París, con cierto aparato de erudición, un libro titulado *Idioma nacional de los argentinos*. Monsieur Abeille pedía que en la enseñanza del idioma se

fomentaran, para ayudar a la evolución, los cambios que experimenta el idioma nacional, que son — decía — «las repercusiones de los cambios psicológicos e ideológicos del alma nacional argentina». Para él un país necesita lengua propia, como necesita bandera propia. Y sin más, haciendo sonar una de las dos trompetas que Voltaire atribuía a la Fama, anunció el nacimiento de un nuevo vástago dentro de la gran familia neolatina: «el idioma argentino, expresión de una nueva raza, la raza argentina».

En ese libro parece haber quedado sepultada, bajo la pesada lápida de cuatrocientas páginas, la tesis del autor. Desde 1900 se ha recorrido buen trecho. Y aunque el alma de Monsieur Abeille reaparece de vez en cuando trasmigrada, la intelectualidad argentina, e hispanoamericana, aspira a rivalizar hoy con la de España en el cultivo de la lengua común. Y hay indudablemente escritores hispanoamericanos (Alfonso Reyes, Mariano Picón-Salas, Jorge Luis Borges) que pueden parangonarse con los mejores de la Península. Sin contar con el movimiento poético, desde Rubén Darío hasta Neruda y Vallejo.

La lucha por la independencia lingüística era continuación, en el campo de la cultura, de la guerra contra el «realista», contra el «godo». Había, por una parte, el desconocimiento de que todo pueblo (el de Londres, el de París, el de Madrid) tiene, junto a la lengua culta, su dialecto popular y su habla familiar. Había, por otra, relajación del sentido de autoridad idiomática, y afición romántica al popularismo. Que desde 1900 se haya sepultado la tesis de Monsieur Abeille no es casualidad. No sólo la conciencia lingüística, sino el habla misma, ha tomado desde entonces derroteros nuevos. En lo que va de siglo se han ido borrando los resentimientos de la guerra lejana. Las clases sociales, convulsionadas por las luchas de la independencia y, sobre todo, por la guerra civil, han dado paso a nuevas capas dirigentes. Aun a través de las vicisitudes y crisis de la autoridad política, la escuela ha ido desarrollando al menos el sentido de autoridad idiomática. La reforma ortográfica, por ejemplo (preconizada por una figura tan augusta como la de Bello), que había logrado en el siglo pasado conquistar hasta la escuela oficial de varios países, está hoy en absoluta bancarrota. Invito a ustedes a que pasemos revista a algunas tendencias del español de América, especialmente aquellas que, por lo profundas y arraigadas, han penetrado en el habla de las gentes cultas.

Uno de los cambios más extendidos es el voseo. El habla familiar de gran parte del continente no usa el pronombre *tú* (tam-

poco la forma *ti*), sino, con valor de singular, el antiguo pronombre de plural *vos* con la forma verbal popular de los siglos XVI y XVII. Se dice *vos amás* o *vos amáis* por *tú amas; vos tenés* o *vos tenís* o *vos tenéis* (según la región o el país) por *tú tienes*, etc. Y *tomá, vení, decíme, salí*, etc. (de *tomad, venid, decidme, salid*). Se usan estas formas del plural aun en combinación con la forma inacentuada *te* del singular, y esto ya es un desarrollo propiamente americano: *si te perdís, chifláme; golpiá, que te van a abrir; conformáte con lo que te dan.* De los sabios consejos que el Viejo Vizcacha da a uno de los hijos de Martín Fierro, quiero entresacar los siguientes:

Hacéte amigo del Juez,
No le des de qué quejarse,
Y cuando quiera enojarse
Vos te debés encoger,
Pues siempre es güeno tener
Palenque ande ir a rascarse...

No *andés* cambiando de cueva,
Hacé las que hace el ratón:
Conserváte en el rincón
En que empezó tu esistencia:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.

Y menudiando los tragos
Aquel viejo como cerro,
No *olvidés*, me decía, Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.

No te *debés* afligir,
Aunque el mundo se desplome:
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.

Dejá que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo
Y se come hasta los hijos...

Si *buscás* vivir tranquilo
Dedicáte a solteriar;
Mas si *te querés* casar,
Con esta alvertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean.

Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo:
Siempre quiere al hombre guapo,
Mas *fijáte* en la elección,
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo...

¿Tiende a fijarse como hecho lingüístico consumado este uso de *vos* por *tú,* concertando con las formas antiguas del verbo? No parece. El *voseo,* que estaba triunfante en España y América en el siglo XVI, que fue desterrado tempranamente de Méjico, el Perú y las Antillas (todavía quedan supervivencias en las zonas periféricas), se encuentra hoy en retroceso en casi todo el resto de América. En algunas regiones (Chile, Ecuador, Colombia) lucha ya de capa caída con el tuteo. En Venezuela sólo se mantiene en los Andes, el Zulia y partes de Lara, Falcón y Yaracuy, pero ha desaparecido enteramente en el Centro y Oriente, y casi absolutamente en los Llanos (a veces subsiste aún en imperativos como *tomá,* etc., en personas ancianas). En otras, donde sigue dominando en el habla popular (la Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica), no ha penetrado en la literatura culta, y comienza a manifestarse, a veces violentamente, la tendencia a desterrarlo del trato familiar. Prueba de ello son las expresiones conciliadoras *vos te callas, tú sos,* que se oyen frecuentemente en todas esas regiones. Quizás el único país donde, a pesar de todos los esfuerzos (la violenta diatriba de Capdevila, la decisión condenatoria del Consejo Nacional de Educación), domina en forma casi absoluta en el diálogo familiar, es en la Argentina, tan orgullosa siempre de lo suyo. Y es curioso que en el resto de América se empieza a sentir el voseo (sobre todo por influencia del cine) como peculiaridad argentina. Sin embargo, una popular revista de Buenos Aires no se llama «Para vos», sino «Para ti».

Junto al voseo, se ha producido en el sistema verbal de toda Hispanoamérica la pérdida de la persona *vosotros.* En el trato familiar no se dice *vosotros tenéis,* sino *ustedes tienen.* Esa forma

ha naufragado quizá en la lucha entre el *tú,* el *vos* y el *usted.* La gente que decía *vos amás* o *vos amáis,* habrá dejado de decir *vosotros amáis* (no se oye ni siquiera en aquellas regiones hispanoamericanas que han conservado el tuteo español), quizá por exagerada reacción semicultista contra el *vos,* especialmente contra su forma verbal concordante. Pero la lengua literaria ha restablecido en América la persona *vosotros* que, con el prestigio de las fórmulas cultas, ha quedado reservada para las ocasiones solemnes, para las ceremonias y documentos oficiales. Un hispanoamericano usaría, para ahuyentar unos perros, la exclamación «¡Salgan!» (equivalente de «¡Salgan ustedes!» o «¡Salgan vuestras mercedes!»), que a un español tiene que hacerle reír. Pero la escuela enseña el uso del pronombre *vosotros,* adoptado, con cierta torpeza, sin puntería muy certera, en las formas ultracultas del diálogo teatral o en los afectados discursos y proclamas. Y en el desconcierto que se nota actualmente en el uso alternado del *ustedes* y el *vosotros* (también de *vuestro* y *os*), desconcierto común también a mucha gente culta de distintas regiones españolas (no sólo Andalucía), puede observarse la tendencia a restablecer la forma perdida, al menos en la lengua escrita.

La pérdida de la persona *tú* y de la persona *vosotros* (la segunda persona del singular y del plural) refleja un trozo de historia hispanoamericana, testimonia una crisis profunda en las relaciones con el prójimo inmediato (la mujer, los hijos, los amigos), dentro de las relaciones familiares y sociales de la conquista y la colonización. Este cataclismo del *tú* (uno y múltiple), cataclismo gramatical y sin duda también cultural y social, se desarrolla durante varios siglos. Y el retorno paulatino y triunfal de las formas más generales no sólo es expresión de una nueva ola hispanizante en la lengua, sino de nuevas relaciones culturales y sociales.

En ningún género de palabras podía manifestarse más claramente que en las fórmulas de tratamiento la conmoción social de la colonia. Algo semejante a lo que en el sistema verbal pasó con el *tú* y el *vosotros* se observa en el destino del tratamiento de *don.* El *don* era disputado privilegio. ¡Las amargas burlas que debió soportar un gran ingenio del siglo XVII, el mejicano Juan Ruiz de Alarcón, por haberse atrevido a anteponer a su nombre un *don* que, según parece, no le correspondía legítimamente! En América ese privilegio debió, muy pronto, ser más accesible que en España. La Real Cédula de «Gracias al sacar» de 1795 concedía el distintivo de *don* por mil reales de vellón, y la de 1801 por 1.400, y consta que aún se compraba en Lima en 1818 por esta alta cantidad. En

Cuba podían adquirirlo los negros, como premio de relevantes servicios. La revolución hispanoamericana debió hacer gratuita la adquisición de tan preciado título, lo que, por otra parte, sucedió también en España. Pero la democratización del *don* fue tan general y rápida en Hispanoamérica, que, en menos de un siglo de evolución lingüístico-cultural, ha venido a ser tratamiento extendido a todas las clases sociales, y *doña* ha llegado a transformarse en sinónimo de «india» en el Ecuador (como en el Brasil). Obsérvese que si el *don* se ha depreciado muchísimo, el *doña* (¡oh eterno femenino!) es en algunas regiones ofensivo y hasta insultante. Y aun así, el tratamiento, democratizado como en España, tiende a imponerse de nuevo en nuestros países (ya lo consignaba Cuervo en su tiempo) por la influencia expansiva de la lengua escrita.

Esa misma influencia de la lengua escrita ha hecho desaparecer casi por completo, de la pronunciación de la juventud urbana de la América hispanohablante, la diptongación antihiática (*máistro, máiz, pión, rial, puerta*), arraigada en las generaciones anteriores. Esa pronunciación se oye aún hoy en momentos de afectividad, pero ha sido desterrada ya del habla de las personas cultas, aunque en algunos casos había penetrado en la poesía y parecía triunfante en casi toda América y gran parte de España.

Veamos los dos hechos más importantes de la pronunciación hispanoamericana: el yeísmo y el seseo. Los dos están desigualmente arraigados. El yeísmo (la pronunciación *cabayo,* con variantes de *y*) no se da en toda América. La *ll* castiza se conserva en el habla popular de grandes regiones: en Bogotá y gran parte de la meseta colombiana; en partes de la meseta ecuatoriana y peruana; en Bolivia y todo el Paraguay; en partes del norte y sur de Chile, y en las regiones periféricas de la Argentina (Misiones y Corrientes, la Rioja y Catamarca, y partes de San Juan y Jujuy). La gente culta del Ecuador (en la Sierra al menos) la pronuncia con facilidad, y aun la gente del pueblo. La escuela trata de enseñarla en muchas partes, al menos en la lectura y el dictado, y a veces se mantiene — luchando con dificultades de articulación y con pronunciaciones falsas o afectadas como *cabal-yo* — en la declamación, en la oratoria, en el teatro. Sin embargo, es posible que la igualación *ll-y* represente una tendencia hispánica general de carácter progresivo. Se ha generalizado paralelamente en gran parte de la Península Ibérica, sobre todo en las grandes ciudades, incluyendo Madrid, Toledo y Salamanca, y quizás la unificación hispánica se produzca a favor del yeísmo. La pronunciación tradi-

cional de la *ll* se toma, en Lima por ejemplo, como signo de habla *serrana.*

Más fuerte es la reacción contra la aspiración y pérdida de la *s* final de sílaba o de palabra (*pehcado, ehpía, lo fóforo,* etc.), que se considera rasgo familiar o vulgar. O contra la pérdida de las consonantes implosivas de los grupos cultos (*otubre, dotor, cásula, ojeto, efeto, ación,* etc.). O contra las confusiones de *r* y *l* (*dotol, sordao,* etc.). O contra la pronunciación asibilada de *rr* o del grupo *tr* (*carro, tres,* etc.). En el terreno de la fonética el habla hispanoamericana se mantiene inconmovible en un solo cambio: el seseo. Aunque se han señalado últimamente algunos islotes hispanoamericanos de ceceo (*zí zeñor*), lo general en el habla urbana y culta de toda Hispanoamérica es el seseo, o igualación de *s* y *z-c* (*sí, ciencia, civilización, azul,* etc.) en una *s,* que es distinta en cada región y que tampoco tiene el matiz de la *s* de Castilla. Esa *s* no sólo diferencia al habla hispanoamericana de la española, sino que presta su modalidad específica al habla de cada región (un andino de Venezuela se diferencia del resto de los venezolanos por su *s*). Es raro el gramático o purista hispanoamericano que se haya atrevido hasta ahora a reivindicar la pronunciación de la *z,* y menos aún la articulación castellana de la *s.* El hispanoamericano que en conferencias solemnes se atreve a pronunciar la *z* de Castilla recoge desdeñosas sonrisas. Y a pesar de ello, en el teatro culto de Méjico, en conferencias académicas de Caracas, en las recitaciones y lecturas de Puerto Rico, se está usando la *z.* ¿Será posible que así como la articula, al menos en sus discursos, el sevillano culto, la llegue a pronunciar en el porvenir el hispanohablante de América, que comienza a tener, con pasión de neófito, el fanatismo, tantas veces exagerado, de la corrección? Más bien parece que hay que considerar el seseo, salvo casos individuales, como un hecho consumado.

Ese fanatismo de la corrección, el prestigio, a veces fetichista, de la letra escrita y la lucha contra el vulgarismo han restablecido en la Argentina, por ejemplo, la pronunciación *-ado* de los participios (*cuidado, cantado,* que el castellano culto pronuncia *cuidao, cantao*) y ha estado a punto de imponer la pronunciación de la *v* labiodental, la clásica «*v* de *vaca*», inexistente en castellano. Así, a niños de muchas partes de América se les oye proclamar, con sus pronunciaciones *cuidado, vivir,* el triunfo de la palmeta gramatóloga del maestro.

El habla hispanoamericana tiende también a la pérdida de las formas *amase, tuviese,* etc., del subjuntivo, reemplazadas, como

en gran parte de España, por las formas *amara, tuviera,* etc., del antiguo pluscuamperfecto de indicativo. Pero la lengua literaria trata de contrarrestar esa tendencia restableciendo, con redoblado prestigio, las formas en *-se,* así como las del futuro de subjuntivo (*amare, quisiere*), desaparecidas casi enteramente del lenguaje popular. También el futuro sintético del indicativo (*cantaré, comeré,* etc.), en decadencia ante las formas analíticas (*voy a cantar, he de cantar,* etc.), se oye de nuevo en el habla culta y familiar, manteniendo su valor esencial en el repertorio expresivo de la lengua.

Con el desgaste general de la forma pasiva, producido en América a un ritmo más rápido que en la Península, se ha llegado a una situación compleja; por un lado se dice, y se escribe, *se vende naranjas* «se venden naranjas», *se alquila casas* «se alquilan casas» (construcciones reflejopasivas), por sentirlas el hispanoamericanismo de algunas regiones (en Venezuela no) como meras frases impersonales, o por traducirlas de lenguas como el francés (alrededor de esta cuestión hubo, también en España, animadas polémicas); por otro lado, la influencia de los esquemas gramaticales mantiene a veces, sobre todo entre la gente que carece del sentido patrimonial del idioma, frases como «*es prohibido fumar*» (*se prohibe* o *está prohibido*), que atentan contra el espíritu actual de la lengua. En ambos casos las formas consagradas por las autoridades literarias penetran, con vivo impulso, en el habla culta. Si hasta se está generalizando la idea de que el loísmo (*lo quiero a Carlos*), que es lo etimológico, lo tradicional y legítimo, general en América, es incorrecto, porque la lengua de Castilla está generalizando el leísmo (*le quiero a Carlos*), una innovación que empezó siendo bárbara y que hoy está impuesta, aunque no con carácter excluyente, en la lengua general.

Pero no sólo eso. El prestigio de la letra escrita, junto a la falta de sentido innato del idioma en gran parte de la población, impone en la lengua familiar expresiones reservadas en España al lenguaje literario. Un español se va a cortar *el pelo,* un argentino se corta con frecuencia *el cabello.* Un castellano nos presenta *su mujer,* un hispanoamericano nos dirá muy ceremonioso: «Le presento a usted mi señora», o bien «mi esposa», cuando no su «señora esposa». Es frecuente que una mujer hispanoamericana del pueblo nos hable del esposo (le parece preferible tener *esposo* que *marido*). Un español enamorado, y aunque no lo esté, podrá decirle a su dama: «¡Te quiero!»; no es raro que en oportunidad análoga diga un hispanoamericano, con la emoción de circunstancias: «¡Te amo!». En la Argentina, por ejemplo, se considera

más fino tener *temperatura* que *fiebre,* y pasa por vulgar el verbo *escupir* (los carteles dicen «se prohibe *salivar* en el suelo», y hay *salivaderas*) o el verbo *sudar* (se usa *transpirar*), o el *sudor,* y hay que ganarse el pan con la *transpiración* de la frente.

América ha recibido el idioma español no como una suma fija de fonemas, morfemas y semantemas, sino como un sistema vivo y coherente. El hispanohablante ha tenido que satisfacer sus necesidades expresivas dentro de ese sistema, a menudo en forma divergente en las distintas regiones. Cada país tiene, por ejemplo, sus propios postverbales: en la Argentina *desbande* por *desbandada,* en Venezuela y otras partes el *desespero* por la *desesperación, el relajo* por *la relajación,* etc. O ha sustantivado formas distintas del participio: *el llamado* por *la llamada* o *el llamamiento.* Cada región ha desarrollado, poniendo en ello distintos matices afectivos, su propio sistema de aumentativos y, sobre todo, de diminutivos: *amigazo, buenazo, querendón* en la Argentina y otros países; *reciencito, mismito, adiosito, apenitas, yaita, ahoritita,* etc., en muchas regiones; *estico, unito, al airito* en la sierra del Ecuador; *momentico, ahoritica,* etc., en Santo Domingo, Cuba, Costa Rica, Venezuela, etc. Este sentimiento del idioma como sistema explica que el hispanoamericano diga *el vuelto* para no confundir «lo sobrante de una cantidad de dinero al hacer un pago» con «la vuelta» de una calle o «la vuelta» al hogar. Pero de los muchos casos existentes quiero referirme a uno, de actualidad periódica. La única rama de la producción industrial que en nuestros períodos de crisis presenta auge es la producción de trabajadores... sin trabajo. El indoeuropeo o el latín, verdad que eran lenguas de épocas mucho más atrasadas, no nos habían dado ninguna expresión para designar al sin trabajo. Había, pues, que crear. En España predominó la idea de «cesar», de «detenerse», y le llamaron *parado.* Pero en casi toda América *parado* es «el que está de pie», aunque trabaje de sol a sol en plantaciones y minas. Hubo que recurrir a otra imagen, y se dijo en unas partes *desocupado,* en otras *desempleado.* Tenemos, pues, *parado, desocupado, desempleado,* lo cual constituye evidentemente un caso de super-producción. ¿Cuál irá a imponerse? Las vinculaciones entre el movimiento obrero tienden a generalizar los tres términos. Quizá triunfe el español, quizá los hispanoamericanos, quizá los tres, enriqueciendo así la capacidad expresiva de la lengua. A no ser que el progreso social haga completamente superflua la palabra, resolviendo así, como Alejandro resolvió el nudo gordiano, este grave problema... lingüístico.

Como era lógico, en el español de América debían decaer o morir (la eterna ley de entropía) muchas expresiones de la lengua general. A veces, por causas fonéticas: se dice *cocinar* el pan o *cocinar* el puchero, y no *cocer* el pan o el puchero, evitando la cómica homonimia con *coser;* no dirá un cazador que se va a *cazar,* sino que va *a cacería* o *de cacería;* igualmente se restringe o se pierde el uso de *cebo, acecinar, sima, abrasar, poso, cegar,* etc. Pero se manifiesta también, a cada paso, la ley de la creación o de la evolución semántica. Donde esta evolución alcanza a veces contornos dramáticos es en ciertos términos de los que no quiero ni puedo acordarme, que el carácter de las relaciones amorosas de la colonia ha teñido (en la Argentina y en gran parte de América) de ciertos valores, o «desvalores», desplazándolos enteramente del lenguaje social. No he de citar ejemplos, para no tener que ruborizarme. Pero quiero, sí, mencionar un caso de creación metafórica popular. Nuestra palabra *músculo* procede, como se sabe, del latín *musculus,* que significaba «ratoncillo». ¿Cómo podían los romanos ver en el músculo, en el bíceps, por ejemplo, el músculo por antonomasia, la imagen de un pequeño ratón? Mas he aquí que el pueblo de Costa Rica, para designar el molledo del brazo, el bíceps, recrea la imagen latina, emplea la misma palabra *ratón,* testimoniando, a través de un par de milenios, la identidad fundamental de la retina humana (la imagen tradicional se conserva también en el *morcillo* español). Con todo, la lengua literaria hispanoamericana no ha perdido voces como *cocer, acecinar, sima, cebo, coger,* ni se ha impuesto *ratón* con la significación de bíceps en el habla culta de Costa Rica.

La tendencia hispanizadora se nota también en el aporte extrahispánico. Si encontramos decenas de indigenismos *(cacao, chocolate, canoa, maíz, tomate, patata, caucho, quina, coca, chicle, huracán, hamaca, tobogán, hule, carey)* en casi todas las lenguas de Europa, ¿sería extraño que el español de América estuviera inundado de indigenismos? Sin embargo no sucede así. Hay países donde el indio aún predomina (Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala), o donde constituye una parte considerable de la población (Méjico); hay regiones donde se han desarrollado verdaderas lenguas de relación hispanoindígenas, de carácter privisional (regiones bilingües, de densa población indígena), y sin embargo, en el habla general de los hispanohablantes la influencia indígena — el sustrato indígena, para decirlo en términos lingüísticos — es relativamente pequeña (se refleja sobre todo en el léxico) y se halla en continuo retroceso. El español, en cambio, penetra cada vez más

en las lenguas indígenas, misionero de la cultura conquistadora, desterrando sus expresiones tradicionales. Es verdad que Lenz, el gran filólogo de Santiago de Chile, pudo, con rigor científico, formar un voluminoso diccionario de más de 1.600 indigenismos del español de Chile (agregando los derivados suman más de 2.500). Pero esa valiosa obra tiene un valor de registro: todos esos indigenismos existen, para usar las expresiones consagradas por Ferdinand de Saussure, en la *langue* (el repertorio de la comunidad social), pero no en la *parole* (el lenguaje como «acto individual de voluntad y de inteligencia»), en la lengua, pero no en el habla. En algunas regiones el léxico indígena tiene verdadera importancia; en otras es insignificante. Grossmann cree que sólo unos ochenta indigenismos se emplean en el español de la Argentina, pero puede afirmarse que los que no son nombres de animales o de plantas americanas se encuentran en paulatina desaparición. Y es sobre todo en este terreno — nombres de plantas, árboles, flores, insectos, pájaros, peces y animales salvajes — donde se manifiesta la originalidad de la naturaleza del Nuevo Mundo y la aportación indígena de valor más permanente.

Pero aún en este terreno ha sido muy frecuente que los objetos nuevos recibieran nombres viejos. Ni el león americano es león ni el tigre es tigre. Ni el roble, el cedro, el arrayán, el castaño son lo mismo que en Europa. Ni la avellana, la ciruela, el manzanillo o el azafrán. Ni aún menos el níspero. El pavo, de origen americano, se llamaba en Méjico *guajolote* (del náhuatl *huaxólotl*), en Guatemala *chumpipe,* en Cuba *guanajo,* en Colombia *pisco,* etc. Cada país tenía además una serie de designaciones regionales: en Méjico *cócono, totole, pípilo, guíjolo, güílo, jolote, chumpipe, conche, cóbore, picho* y muchas más. El conquistador europeo lo llamó *gallopavo* o *gallipavo,* por su parecido con el pavo europeo (de origen asiático), con el *pavo real,* de donde el nombre moderno de *pavo.* La voz española vino a poner unidad en la inmensidad inasible de la nomenclatura indígena. No ha logrado desterrar del todo, sin embargo, los viejos nombres, ni es necesario.

Ejemplo análogo es el del *ananá.* Colón lo conoció en la isla de Guadalupe, en su segundo viaje, y por su analogía con el fruto del pino, lo llamó *piña.* En América tenía un centenar de nombres distintos, según la variedad, o la lengua. Uno de ellos era *naná,* en el guaraní o tupí del Brasil. Los portugueses lo adaptaron en la forma *ananá, ananás* (con aglutinación de la *a* del artículo femenino). Es el nombre que a través del portugués penetró en francés, alemán, holandés, danés, sueco, italiano y llegó

hasta la India. Del Brasil pasó a la Argentina y a Chile. Pero lo paradójico es que en el Paraguay, tan guaranítico, haya triunfado, como en casi toda América, la designación española de *piña.*

Aun lo indígena necesita muchas veces el visto bueno, la legitimación de la lengua general. El conquistador español se encontró en las Antillas con el *maní,* y este nombre lo llevó a otras partes del continente. Cuando llegó a Méjico oyó que los indios lo llamaban *cacáhuatl,* de donde *cacahuate,* como se llama hoy en Méjico. Pero el castellano amoldó la terminación, extraña dentro del sistema de la lengua, a la de otra palabra, el arabismo *alcahuete,* y *cacahuete* se generalizó en España. ¿No hay hoy mejicanos que creen que deben decir *cacahuete* y no *cacahuate?* Ejemplo más elocuente aún es el de *papa.* En España dicen *patata* y hay quienes miran por encima del hombro a los pobres americanos porque estropean nuestra hermosa lengua y dicen *papa.* Pero *papa* es la forma legítima, del quechua, y el *patata* castellano (que ha dado el *inglés potato*) representa un cruce, una confusión entre la *papa* y la *batata,* otro gran producto americano (el *camote* o papa dulce, procedente de las Antillas). Pues bien: comienza a haber escritores hispanoamericanos que escriben *patata* y academizantes que consideran inaceptable la palabra *papa.* ¿Sería difícil que con el tiempo desapareciera del lenguaje hispanoamericano? Sin embargo, últimamente se ha producido en toda América una reacción a favor de lo indígena, cierta rehabilitación de lo autóctono. De todos modos, en la lengua no siempre triunfa lo legítimo. Dios está con los ejércitos más fuertes.

La misma tendencia hispanizadora, con las consiguientes exageraciones, se manifiesta hacia el aporte africano (realmente escaso, aun en las Antillas) y en la profunda lucha contra el galicismo, que llegó a alcanzar los caracteres de una verdadera Guerra Santa. Desde que Montalvo, el gran escritor ecuatoriano, dijo (hacia 1870) que «el castellano de hoy no es sino el francés corrompido» (léanse para ejemplo las novelas de Cambaceres, un discípulo argentino de Zola), hasta hoy, en que voces impuestas en casi todas las lenguas del mundo, como *constatar, control, rol, banal,* etc., tienden a evitarse hasta en el lenguaje periodístico — hay rígidos censores que les han declarado la guerra a muerte —, se ha andado un buen trecho.

Lo mismo pasa, en las regiones de inmigración italiana, con el italianismo. Es verdad que en ciertos arrabales de Buenos Aires se habla aún, ya venida a menos, una jerga gringo-criolla, el «*cocoliche*», del que tenemos muestras pintorescas en el sainete criollo.

Pero esa habla tiene un valor social muy limitado. El hijo de italiano se siente, por la obra asimiladora del medio y de la escuela, divorciado del padre, y con una exaltación nacionalista que delata muchas veces al recién llegado. El «cocoliche», el «tano», el «gré-bano», con sus hablas mixtas, pasaron a enriquecer el teatro cómico y la literatura de arrabal. El italianismo, que había penetrado profundamente en el habla familiar de todas las clases sociales (sobre todo *chau* «adiós, hasta luego», *cachar* «coger, tomar el pelo», *farabute* «pobre diablo», *manyar* «comer», etc.), y hasta, en proporciones mucho menores, en la literatura, se encuentra en retroceso. La lengua tiene poderosas defensas contra toda intromisión extraña. Además, el aporte inmigratorio italiano ha disminuido en los últimos tiempos. El organismo idiomático tiene un compás de espera para restablecer su equilibrio vital.

¿Y el inglés? Hace cincuenta años se preguntaba Rubén Darío: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?» La pregunta parece hoy más justificada que entonces. En los territorios de Nuevo Méjico, Arizona, Colorado, California y Tejas, arrancados a Méjico en 1848, el inglés está en evidente superioridad, y los restos de la antigua población mejicana hablan una lengua mixta, inundada de anglicismos; en esta vieja región hispánica la batalla la ganará indudablemente la lengua inglesa. Es distinta la situación en Puerto Rico, casi estado de la Unión: el inglés, después de setenta años de ocupación norteamericana, inunda no sólo el léxico, sino hasta la sintaxis del habla urbana; pero el espíritu de independencia y el ideal cultural de las clases superiores mantienen la integridad y la belleza de la lengua literaria; en Puerto Rico es quizá donde tiene más bríos la tradición española. La invasión de anglicismos es grande en todas las Antillas, en Méjico, en Centroamérica (sobre todo en Panamá) y en Venezuela. Pero es más que nada un anglicismo del deporte y de la técnica, del cocktail y de los negocios, incluyendo el pegadizo *okey* que tantas personas vulgares consideran signo de refinamiento. Ese anglicismo (mejor sería llamarlo norteamericanismo) está limitado a ciertas esferas inferiores de la lengua. No llega nunca a la literatura, y hay contra él una reacción violenta parangonable a la que hubo hace un par de generaciones contra el galicismo. No creo que haya que alarmarse. La lengua se enriquecerá, y quedará en ella lo que sea necesario. En el resto de América (en la Argentina, por ejemplo) esa influencia no es mayor que en España. Y tiene que haber necesariamente influencia, porque las lenguas reflejan el papel que desempeñan sus pueblos en la vida del mundo.

Cuando la cultura francesa (la Ilustración, la Enciclopedia, la Revolución, el romanticismo, el naturalismo, el simbolismo, etc.) llenaba con el fulgor de sus obras el mundo, había quienes se alarmaban ante los galicismos. Hoy ya nadie se inquieta por ellos. Pero ahora que Inglaterra y los Estados Unidos tienen un papel tan importante en la política internacional, en las finanzas, en la industria y en la cultura, ¿puede nadie inquietarse por la penetración de unos centenares de palabras, casi las mismas en todas partes?

Vemos, pues, que, lejos de tender el español de América a la independencia lingüística, se orienta cada vez más hacia la unidad. Un escritor argentino (el general Lucio V. Mansilla), muy fino, aunque un poco diletante, pudo vanagloriarse humorísticamente, parodiando unos versos de Iriarte: «Si otros hablan la lengua castellana, yo hablo la lengua que me da la gana.» Pero ya Unamuno decía que en Colombia, por ejemplo, «se escribe, en general, un castellano mucho más castizo que en España». Lo cual no sabemos si es enteramente justo.

Al pronosticar Cuervo la independencia del español de América, afirmaba los siguientes hechos: la literatura española era casi desconocida en nuestro continente; la vida espiritual hispanoamericana se alimentaba en fuentes que no eran españolas; la influencia de la que había sido metrópoli iba debilitándose cada día; la tradición literaria y lingüística decaía, incapaz de resistir a las influencias exóticas; eran escasas las comunicaciones entre pueblos tan diversos y tan distantes; dominaba el desdén por la metrópoli; los puristas veían sus esfuerzos condenados a la impotencia; se infiltraba arrolladora la inmigración extranjera y no existía ninguna norma reguladora. ¿Es acaso éste el panorama que se puede presenciar hoy, a unos setenta años de los vaticinios agoreros del filólogo colombiano?

Hemos visto, en el desarrollo lingüístico de los últimos tiempos, la tendencia a una creciente hispanización y el paso de la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII a la realidad hispánica culta del presente. Ello sólo ha sido posible por la obra general de la cultura, que debía expresarse forzosamente en el cultivo de la lengua; por la difusión cada vez mayor de la literatura española, cuyo reflorecimiento magnífico desde la generación del 98 — tras la relativa esterilidad neoclásica y romántica — le prestó alas para atravesar el Océano; por la constante vinculación entre la vida intelectual, universitaria y periodística de España

y América. Compañías teatrales españolas (Guerrero-Mendoza, Catalina Bárcena, Lola Membrives, Margarita Xirgu) han recogido ovaciones triunfales en todos los países de Hispanoamérica. Actores y actrices de la Argentina (Camila Quiroga, Enrique de Rosas, Berta Singerman) han triunfado en Madrid, donde se acoge con entusiasmo la nota de colorido regional y se ha aprendido a cantar el tango con entonación de arrabal porteño. Periodistas hispanoamericanos se destacan en el periodismo peninsular, mientras que la gran prensa de nuestra América se disputa las mejores plumas españolas. La radio y el cine vienen en nuestros días a multiplicar el milagro de la palabra articulada. Aumenta también —y no podía ser de otro modo en nuestro tiempo— el intercambio de personas e ideas entre el movimiento español y el hispanoamericano, que ha recibido de la Península la herencia anarcosindicalista. Las editoriales de Buenos Aires y de Méjico compiten ya con las de Madrid. El escenario cultural español se agranda día a día. Podían los españoles hace treinta años quejarse de que el libro francés era aún preferido, podían los hispanoamericanos afirmar amargados que había más interés por nosotros en París que en Madrid: lo cierto es que el movimiento del último tiempo se produce hacia el acercamiento, hacia la convergencia. El impulso está dado y parece que nada ni nadie lo detendrá.

Se ve, pues, que la realidad histórica ha defraudado a los comparatistas que auguraron al español de América al destino que cupo al latín en las regiones aisladas y barbarizadas de la Romania. «Parece —dice Vossler— que los idiomas europeos se están helando en el curso de los últimos siglos, hecho notable y asombroso, ya que podría desmentir el optimismo de muchos lingüistas, demasiado presurosos al identificar el proceso de los idiomas con el de la civilización y el pensamiento.» Vossler lo explica por el intenso y febril trabajo de conservación: las tendencias destructoras o renovadoras y las restauradoras o conservadoras se contrapesan. «El período idiomático actual —continúa— es de *movilidad estable,* de solidez elástica... Parece que no hay movimiento lingüístico y, al contrario, el movimiento se ha hecho más intenso, más general y más diverso que en la época bárbara en que tuvieron lugar las transformaciones catastróficas, fonéticas, flexivas y morfológicas, que dieron lugar al surgimiento de los idiomas románicos y germánicos. He aquí un verdadero progreso lingüístico que sólo se manifiesta como pura fuerza de inercia.»

Pero entendámonos. Si en el desarrollo lingüístico de la América hispanohablante no podemos menos de reconocer, sobre todo

en el habla de las clases cultas, una creciente tendencia hispanizadora, ello no significa que esta tendencia consista indefectiblemente en adoptar el término peninsular, en desterrar la creación americana. Las lenguas no se estancan, por más esfuerzos que hagan las empresas de momificación. Cuando decimos que el español de Méjico o del Perú tiende a hispanizarse cada vez más, no queremos decir que el habla ha de ser igual en la ciudad de Méjico o de Lima que en Madrid. Nada sería más falso, nada se opondría más a la naturaleza misma de la lengua. Si no son iguales el habla de Madrid, Sevilla y Salamanca, si no es igual el habla de Unamuno a la de Baroja, si cada persona tiene, en rigor, su habla propia, conformada por su propia vida afectiva y consciente, por las condiciones materiales y espirituales en que se desarrolla, por su experiencia vital, ¿cómo podría ser igual a la de España el habla de diez y nueve repúblicas alejadas de la antigua metrópoli, y entre sí, por la inmensidad del Océano y de sus llanuras y montañas? El mejicano, el argentino, el colombiano podrán hablar la lengua culta de Castilla, podrán enseñarla en las escuelas y universidades, podrán articularla en el teatro o en el film, pero al modular en las formas de expresión de su lengua la concepción o la emoción más íntima, le infundirán su propia alma, su propio estilo. En ello consistirá siempre la diferencia fundamental entre el habla peninsular y la de las distintas repúblicas hispanohablantes. El alma del indio, del negro, del inmigrante, la historia de la conquista, de la colonización, de la independencia y de la guerra civil agregan una nueva nota, ponen un nuevo matiz emocional en el habla de las naciones hispanoamericanas, matiz que tienen también, por sus condiciones materiales y por su historia, las distintas regiones de la Península Ibérica.

En materia de lenguaje, el imperialismo es tan agostador como la autarquía. La garantía de unidad lingüística en el inmenso territorio hispánico no la puede proporcionar jamás la obediencia ciega, la tiranía, sino la marcha paralela de la cultura y de la lengua, la evolución concordante de todas las regiones hispánicas. Se españoliza el español de América, pero también el de España se «americaniza». Cien palabras indígenas son de uso cotidiano, son hoy españolísimas. Algunas tan increíbles como *butaca*, un taburete de los indios de Venezuela. O como *enaguas*, una manta de algodón que llevaban las indias antillanas hasta las pantorrillas o los tobillos. O como *campechano*, que designa una virtud que no puede ser más hispánica, de *Campeche*. O para designar una institución social, como *caciquismo*. Los pelotaris y futbolistas han

introducido en España la palabra *cancha.* Unamuno apadrinó, sin mucho éxito, el uso del argentinismo *macana.* Y sin apadrinarlo nadie, cundió modernamente, hasta hacer estragos, el mejicanismo o cubanismo *rajarse,* y el *macho* o el *machote.*

Rubén Darío, un centroamericano, penetra como gran señor en la literatura española. El tango argentino, la canción antillana o mejicana, el teatro, la literatura, hoy también el cinematógrafo, las múltiples formas de la moderna vinculación cultural, política y económica entre los pueblos, y en los últimos treinta años la acción de los grandes núcleos de españoles emigrados, núcleos representativos de toda la grandeza española, tienden a favorecer un desarrollo coherente y paralelo, a mantener la unidad viva de una lengua en cuyos dominios no se pone nunca el sol.

Este problema de la lengua se reproduce en el de la formación cultural. ¿Seguirá la lengua tendencias centrípetas y la cultura tendencias centrífugas? ¿Será la lengua hispanoamericana, y la cultura, en cambio, indoamericana? ¿O irán a constituir nuestras repúblicas una América latina cosmopolita, moldeada por el genio tutelar de Francia?

Extendamos la mirada hacia Hispanoamérica. Veremos en las temporadas teatrales y líricas las mejores compañías, los mejores actores, los mejores músicos, los mejores dirigentes del arte europeo. Veremos florecer sociedades wagnerianas y orquestas filarmónicas. En filosofía, sociedades neokantianas o neohegelianas. La última palabra de Europa (Freud, Spengler, Keyserling, Einstein, Scheler, Dilthey, Husserl, Heidegger, Sartre) despertando ecos vivos. La literatura y la música rusas. El último ismo (expresionismo, cubismo, ultraísmo, dadaísmo, futurismo, simbolismo, superrealismo, abstraccionismo) provocando enconadas batallas en los cenáculos literarios y artísticos. En el vestir, el último, el más elegante figurín de París. En economía y en política super-producción e infra-consumo, fascismo y comunismo. Sin excluir, claro está, las formas más rebuscadas de «la dolce vita».

Pero no nos engañemos. Son las luces de la gran ciudad. Alguien ha dicho que el viajero que se aleje de los grandes centros urbanos para dirigirse hacia el interior del continente hará no sólo un viaje a través del espacio, sino también, con mayor rapidez, a través del tiempo. Avanzará centenares de kilómetros para retroceder simultáneamente centenares de años. El panorama cobrará entonces otros tonos.

Toda la vida política y cultural de Hispanoamérica, todo su

doloroso drama histórico, reposa en ese dualismo entre el interior y la ciudad. Mientras las entrañas profundas de nuestro continente siguen viviendo en el siglo XVI, el cerebro urbano ha adoptado los moldes modernos, y hasta modernistas. Mientras las ciudades cosmopolitas y europeizantes ensayan en poesía, en música, en el lienzo, las formas refinadas, herméticas, del arte de la última media hora, el campo sigue cantando la copla y el romance de la Edad Media española, conservados, con milagrosa fidelidad, desde California hasta la Argentina, y reflorecidos, bajo nuevas circunstancias históricas, frente a una naturaleza y un mundo nuevos, en la poesía gauchesca del Río de la Plata, en las canciones cholas de Bolivia, en las poesías guasas de Chile, en las coplas llaneras y corridos de Venezuela y de Colombia, en las canciones del jíbaro puertorriqueño y los corridos de los charros y las canciones de los léperos mejicanos.

Podrá vanagloriarse a menudo Hispanoamérica de su espíritu progresista en el siglo XIX. Podrá haber adoptado en su política el ideario de los enciclopedistas y el modelo democrático de la Constitución norteamericana. Pero la profunda realidad social no ha sido la república democrática, sino el caudillismo semi-feudal. Con la Constitución o contra ella, ha dominado el caudillo (el castizo caudillo de la eterna historia española), como en España el *cacique*. El cuartelazo es hermano — ¿mayor o menor? — del pronunciamiento. Si España ha contado con la omnipotencia del general, no es ciertamente carestía de generales la causa de los males hispanoamericanos. El latifundista español — he aquí una llaga viva — se ha visto aumentado y corregido por el hacendado mejicano, el estanciero argentino, el gamonal del Perú. Podrá nuestro Código, nuestra ley, ser de origen francés. Pero la trampa, más real que la ley, es profundamente hispánica. La misma reviviscencia del espíritu español, con notables arcaísmos, en el predominio del individualismo (el indígena había creado culturas de tipo colectivista) o del personalismo — el sentimiento de la dignidad de la persona —, y en relación con ello el valor del trato cordial y amistoso y de la relación llana y abierta de hombre a hombre. El mismo menosprecio de la actividad comercial e industrial y el primado de los valores morales y espirituales frente a los económicos. La misma reviviscencia hispánica en la posición social y familiar de la mujer (¡nuestra sacrificada mujer hispanoamericana!) y en la ausencia de una verdadera vida familiar y social. La misma tristeza, el mismo «sentimiento trágico de la vida». La civilización, el progreso, lo exterior, será cosmopolita. La cul-

tura, lo profundo, lo anímico (hablo de la vida histórica de los pueblos, no de los individuos), es profundamente hispánica. Nos habremos vestido el traje europeo, perfeccionando a veces su línea o adornándolo otras con ostensibles plumas indígenas, pero todo lo que bulle detrás de la tela, es, desde Méjico a la Argentina, con matices variados, bullir de sangre española.

¿Y cómo se explica que pequeños puñados de población hispánica, al disolverse en la inmensidad americana, hayan plasmado hasta tal punto el alma histórica de un continente, le hayan impreso en tal grado el sello inconfundible de su personalidad? Es que la conquista y la colonización significaron, junto al triunfo de las armas, la imposición de las instituciones económicas, políticas, religiosas y jurídicas de España. En suma, la imposición de toda su cultura. La historia hispanoamericana, colonial e independiente, se ha movido hasta ahora dentro de los moldes orgánicos de la herencia peninsular. ¿Y el indio? Ya sé que hay seductoras filosofías indianistas. Pero no creo en tanta belleza. Ni siquiera la tristeza que Keyserling encontraba en el argentino, que otros dan como característica del mejicano, ni siquiera esa tristeza es indígena. Quizá haya un matiz suyo en esa tristeza, como en la cultura, como en la entonación del habla hispanoamericana. Pero sólo un matiz de estilo, sólo entonación. A veces ha parecido surgir su voz, pero repetía palabras ajenas, o era tema en manos extrañas. La revolución mejicana pareció abrirle el pórtico de la historia. Pero las puertas se cerraron en seguida. Fuera de su legítima aspiración a poseer la tierra que trabaja, a una mayor justicia social, al pleno reconocimiento de su dignidad humana, es posible que su hora, como protagonista de la historia hispanoamericana, haya pasado ya. Salvo en escala regional, o como aportación folklórica.

Evidentemente, no han de repetir los países hispanoamericanos la lenta evolución de cinco siglos post-renacentistas. Nuestra América ha nacido millonaria, ha dicho alguien. Y todo su proceso político y cultural consiste hoy en llenar en años el abismo de siglos para penetrar, con su propia elaboración, dentro del ámbito de la cultura moderna.

El *Martín Fierro,* el popular poema argentino, continuaba la tradición hispánica popular de los siglos XVI y XVII. Rubén Darío ha sido el poeta cosmopolita de nuestra América. Quiero ver el símbolo de la evolución actual (el símbolo y no la realización) en una obra reciente de la literatura argentina, hispanoamericana o española: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. Se manifiesta en

ella el dualismo entre el resero, entre el gaucho que vive la vida de la pampa y el poeta nuevo que contempla, con emoción refinada en el crisol de Europa, su vida de ayer. Sin duda, en *Don Segundo Sombra* no está lograda aún la síntesis definitiva, pero ¿está lograda acaso en la vida económica, política y cultural de la Argentina, de toda Hispanoamérica?

Señoras, señores:

Se han acumulado alrededor del problema de la lengua y de la cultura de Hispanoamérica pasiones nacionales. La historia ha ido borrando en este terreno las fronteras continentales y oceánicas. Pero se han acumulado también intereses imperiales. Una lengua es norma, es un «contrato social» tácito entre el hablante y un interlocutor único o múltiple. Si el hispanoamericano aspira a que su voz llene todo el ámbito hispánico, ¿a qué norma se atendrá? Lo ha dicho un poeta argentino: la capital de la lengua española estará allí donde florezcan sus mejores poetas. No sólo la capital de la lengua. La capital cultural, la capital del mundo hispánico, «el meridiano intelectual de Hispanoamérica» (para decirlo en términos que encontraron eco rebelde en todos nuestros países) estará allí donde los escritores y pensadores de lengua española sepan levantar los mejores monumentos de emoción y de pensamiento, donde sus políticos y estadistas sepan dar a las sociedades que dirijan senderos más ejemplares, donde más altos flameen los principios universales del hombre.

En la hermosa leyenda de la antigüedad, la creación de cien lenguas distintas era un castigo al orgullo satánico de los hombres. Hoy, con la conciencia de la historia y del destino comunes, al levantar las veinte repúblicas hispanohablantes la Torre de Babel de la propia cultura, no se verá interrumpida la labor de sus ciento sesenta millones de seres por la incomprensión, por la mezcla de lenguas. Porque al echar los cimientos y levantar la cúpula pondrán los obreros la emoción solidaria y fraternizadora de la lengua común.

LENGUA LITERARIA Y LENGUA POPULAR EN AMERICA

Ponencia leída en São Paulo el 3 de enero de 1969, en la sesión inaugural del Congreso de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina.

Al abordar hoy el tema de la lengua popular y la lengua literaria en América, quiero ante todo hacer una salvedad, para mí muy dolorosa. Me voy a limitar a Hispanoamérica, dejando de lado la grande y portentosa América de lengua portuguesa. Confieso que no conozco lo suficiente el desarrollo de la lengua popular y literaria del Brasil como para hablar de ella con provecho. Siempre he creído que una de las causas del poco peso de nuestra cultura en la vida del mundo es, por una parte, el fraccionamiento y el aislamiento de nuestras repúblicas, y por la otra el desconocimiento recíproco entre nuestros hablantes de portugués y de español, desconocimiento mayor y más culpable por parte nuestra. Brasil e Hispanoamérica parecen dos continentes extraños, y cada uno, antes de dirigir su mirada hacia el otro, mira hacia Europa o los Estados Unidos. La literatura brasileña se conoce hoy mejor en Francia, Alemania, Italia o los Estados Unidos que en Buenos Aires o en México. Tengo la convicción de que nuestros problemas culturales y lingüísticos son fundamentalmente comunes, y que a la gran unidad hispanoamericana que se está hoy forjando seguirá sin duda mañana una gran confraternidad iberoamericana.

Y ahora una observación general. A través de toda nuestra tradición hispánica, ha habido una impresionante cercanía entre

lengua literaria y lengua popular. Prescindiendo de ciertas corrientes que se suelen llamar barrocas o preciosistas, y que se dan, intermitentemente, en toda nuestra historia literaria — el escritor tiene el derecho de huir de la expresión manida y forjarse una lengua del arte —, parece que la constante más visible es cierto «realismo» o popularismo lingüístico, que ha dado obras tan representativas como las novelas de caballerías, el romancero, el teatro clásico, el *Quijote,* la novela de Galdós. Escribir como se habla ha sido ideal del español desde Juan de Valdés hasta Unamuno. Y aunque ese ideal es en realidad inalcanzable, vale como ilusoria meta de aproximación.

En Hispanoamérica esa relación entre lengua hablada y escrita tenía que ser naturalmente más compleja. La lengua hablada se ha diferenciado desde la primera hora. Pero el ideal de lengua escrita siguió siendo la lengua escrita de la Península. ¿No era ello inherente a la situación colonial? Al producirse, en el siglo XIX, la emancipación política, ¿no iba a producirse también la emancipación cultural y lingüística? Parece relativamente fácil romper ataduras políticas, en circunstancias históricas favorables, pero no tanto otras ataduras, que tienen sin duda raíces más profundas. Pero aun así, se observa, a través de toda la vida americana, desde la primera hora, un afán cada vez más vivo por encontrar la propia expresión, afán que ha alcanzado en los últimos años caracteres realmente espectaculares. Trataremos de esbozar el desarrollo hasta llegar a nuestros días.

1. El período colonial

Los descubridores y conquistadores reflejan el nuevo cielo y mundo con su vieja lengua española. Los lugares, las gentes, las bestias, los frutos, las cosas, entran en los viejos moldes: *indio* se llama al hombre nuevo; *Indias,* el Nuevo Mundo; la *Española,* o la *Nueva España,* o *Castilla del Oro,* las nuevas tierras; *piña, león, tigre, pavo,* las nuevas especies. Fernández de Oviedo habla de *leones rasos* y *leones pardos,* de *gatos cervales, raposas, zorrillas hediondas, lobos, perros gozques, ciervos, gamos, corzos, puercos monteses, osos hormigueros, pájaros mosquitos, dantas* o *vacas, conejos* y *liebres,* o de *ciruelos, pinos, nogales, manzanillos, higueras, nísperos.* ¿No se llama *magnolia* una flor americana, por el nombre (Magnol) de un botánico francés? ¿Y no llamamos *zarzaparrilla, vainilla, girasoles, frijoles, cactus,* unos productos ameri-

canos totalmente nuevos? Pero también, desde las cartas de Colón, las crónicas de Las Casas o de Fernández de Oviedo, los relatos de Bernal Díaz o de Cieza de León, se abren paso voces nuevas, que vienen a poner nuevos tonos en la vieja prosa: *canoa, cacique, maíz, batata, caribe* o *caníbal, cacao* o *chocolate, hamaca, tomate, jícara, nopal, papa, coca, colibrí, tiburón, huracán.*

En seguida el conquistador se americaniza. El nuevo medio lo moldea de manera casi fulminante, como ha señalado Ortega y Gasset. El viejo hombre metropolitano se convierte en el nuevo hombre colonial, con usos también nuevos: se produce una amplia nivelación lingüística entre gentes representativas de las distintas regiones españolas y de los distintos estratos sociales. Los nuevos colonos hablan en seguida, no el español trasplantado, sino un español diferenciado en la pronunciación (el seseo, por ejemplo, es de la primera hora), con un caudal nuevo de indigenismos y con viejas voces adaptadas a la nueva vida: *estancia, rancho, quebrada,* y hasta *verano* e *invierno,* significan ya otra cosa, y aun *alzarse* no es lo mismo que en España. Contra lo que se cree, no se manifiesta una vulgarización del habla, sino todo lo contrario: el español se volvió más ceremonioso, más extremado en sus cortesías y en sus fórmulas de tratamiento (*don, señor, su merced, señoría,* etc.). La generación de la Conquista, y aún más la de sus hijos criollos, habla un español, no más vulgar, sino distinto del de los *chapetones* o *cachupines* recién llegados.

Si hemos de creer al doctor Juan de Cárdenas, un andaluz graduado de médico en Méjico, donde publicó, en 1591, un libro titulado *Problemas y secretos maravillosos de las Indias,* había cundido cierto preciosismo expresivo que venía sin duda de la lengua escrita. Un hidalgo mejicano, para decirle que no temía a la muerte teniéndolo a él de médico, se expresaba así: «Devanen las parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarlo, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le sabrá bien añudar.» Otro le ofrecía su persona y casa en los siguientes términos: «Sírvase vuestra merced de aquella casa, pues sabe que es la recámara de su regalo de vuestra merced.» El doctor Juan de Cárdenas estaba encantado con este estilo coloquial, pero, por fortuna, no parece que todos hablasen así.

Luis González y González, que ha comparado hace algunos años la prosa de Bernal Díaz con el del criollo Baltasar Dorantes de Carranza, o la de Motolinia con la de Dávila Padilla, o la de Mendieta con la de Torquemada, criado en Méjico, encontraba que los escritores peninsulares se expresaban con descarada fran-

queza, sin ambages retóricos, en forma directa y espontánea, mientras que los criollos tendían siempre a encubrir o disfrazar con galas retóricas sus ideas y sentimientos. Eugenio de Salazar, notable escritor, que estuvo en Méjico de 1581 a 1589, señala la afición de «la puericia nueva» a las galas del buen latín, y agrega: «gusto del buen hablar tras sí la lleva / del lenguaje pulido y bien sonante / y en el buen escribir también se prueba». Sin duda la corte virreinal daba el tono expresivo. Bernardo de Valbuena, que se educó y ordenó en la Nueva España, dice de la Ciudad de Méjico, en su *Grandeza mexicana,* de 1604:

Es ciudad de notable policía
y en donde se habla el español lenguaje
más puro y de mayor cortesanía,
vestido de un bellísimo ropaje
que le da propiedad, gracia, agudeza,
en casto, limpio, liso y grave traje.

Ese casto, limpio, liso y grave traje era enteramente colonial. Una de las obras poéticas más viejas de la América naciente, el *Arauco domado* de Pedro de Oña, publicado en Lima en 1596, lo muestra de manera casi caricaturesca. Pilialongo, un viejo hechicero araucano, hace su conjuro en los siguientes términos:

A vos invoco, báratro profundo,
Escuro centro y cóncavo del mundo;

A vos conjuro, bóveda tiznada,
Humoso Flegetón, estigio lago,
Do bebe para siempre acedo trago
La miserable gente condenada;
A vos, sulfúrea tártara morada,
Do hacen de las ánimas estrago,
A vos, ¡oh Babilonia de tormento!,
Comprado por ilícito contento;

A vos, flamíneo príncipe del centro;
A ti llamamos, Hécate, su esposa,
A ti, mordida Eurídice llorosa,
Y los que estáis la casa más adentro;
A vos, con quien la Juno tuvo encuentro
En forma de ñublado mentirosa;
A vos, avaro Tántalo, a vos, Ticio,
En vuestro justo y áspero suplicio;

Alecto, a vos, Tesífone y Megera,
De ponzoñosas víboras crinadas;
A vos, sangrientas Górgones dañadas,
A ti, cerbero Can, trifauce fiera;
A ti, que en la aqueróntica ribera
Pasando estás las almas a barcadas,
A ti, Demogorgón, a ti conjuro
Con todo el resto pálido y escuro...

La tirada se prolonga dos octavas más. Dice Menéndez Pelayo, en su *Antología de la poesía hispanoamericana:*

Es de notar que en este poema, enteramente americano por su asunto, y escrito, además, por autor que en su vida había salido de América y no podía conocer, por consiguiente, otra naturaleza que la del Nuevo Mundo, esta naturaleza tan nueva y tan grandiosa brilla por su ausencia, y está sustituida por bosquecillos cortados a tijera, por reminiscencias de los jardines de Armida y de Alcina y de las orillas del Tajo descritas por Garcilaso; por una vegetación absurda o convencional, propia, a lo sumo, del Mediodía de Italia o de España, y que nunca pudieron contemplar los ojos de Pedro de Oña en las florestas de su nativo Chile.

En su obra abundan los latinismos (*almo, rábido, superbo, fido, tremer* y cien más, algunos realmente insólitos). Pero se disculpa en el prólogo por el uso de algunos indigenismos:

Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propria dellos la materia, me pareció congruencia que en esto también le correspondiese la forma: déstos los más se explican luego en una pequeña Tabla que está al fin deste libro.

En esa Tabla sólo explica ocho voces indígenas (*chicha, macana, madi, molle, muday, pérper, ulpo,* y el nombre del río *Maule*). Claro que en el texto encontramos muchas más (*chúcaro, huincha, llauto, chaquira, yole, llíqueda, enchiguado, empacarse, Apó, totora, pacayales,* etc.), pero las toma habitualmente de Ercilla y a veces las explica al margen. Y eso que Oña, que había nacido en la combatida frontera, conocía de los araucanos «su frasis, lengua y modo». Hay que reconocer que Ercilla, que era español, procedía con más libertad: la floresta chilena invade muchas veces su verso. Los poetas españoles tenían más afición a la voz indígena que los americanos, y hasta la trataban con cierto deleite.

El mismo Bernardo de Valbuena, que inicia — dice Menéndez

Pelayo — la verdadera poesía americana («el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza»), con facultades descriptivas muy superiores a las de cualquier poeta de España; que despilfarró — agrega — los tesoros de la lengua, «convirtiendo la pluma en pincel con ímpetu y furia desordenada», da la medida de «su asombrosa fertilidad descriptiva» con esta imagen exaltada de la naturaleza de Méjico (*Grandeza mexicana,* cap. V):

> La verde pera, la cermeña enjuta,
> las uvas dulces de color de grana,
> y su licor que es néctar y cicuta.
> El membrillo oloroso, la manzana
> arrebolada, y el durazno tierno,
> la incierta nuez, la frágil avellana;
> la granada, vecina del invierno,
> coronada por reina del verano,
> símbolo del amor y su gobierno...

No es un pasaje ocasional. Es constante la proyección literaria grecolatina: «siembra Amaltea las rosas de su falda», «los collados jacintos y esmeraldas», «aquí las olorosas juncias crecen», «florece aquí el laurel», «el presuroso almendro», «el pino altivo», «la haya y el olmo», «el sauce umbroso», «el funesto ciprés», «el derecho abeto», «el liso box», «el roble bronco, el álamo perfecto», «la ñudosa encina», «el madroño con púrpura y corales», «el cedro alto», «el nogal pardo», «el azahar nevado», «el clavel fresco», «verde albahaca, sándalo y verbena», «el trébol amoroso», «el jazmín tierno, el alhelí morado, / el lirio azul, la cárdena violeta, / alegre toronjil, tomillo agudo, / murta, fresco arrayán, blanca mosqueta», «romero en flor», «cantuesos rojos y mastranzo rudo», «fresca retama», «castas clavellinas», «la blanca azucena», «jacintos y narcisos». Y también los pájaros (cap. VI):

> Aves de hermosísimos colores,
> de vario canto y varia plumería,
> calandrias, papagayos, ruiseñores...

El mismo lo dice: «Es el valle de Tempe, en cuya vega / se cree que sin morir nació el verano». En toda la obra sólo hemos encontrado dos indigenismos, ya viejos, procedentes de las Antillas: *tuna* (cap. II y Epílogo) y *bubío* (cap. IV). Aun el americano girasol, aparece, para evitar ambigüedad, bajo el nombre de clicie,

la personificación mítica del heliotropo («las clicies o mirasoles», cap. VI). Méjico está metamorfoseado en una soñada Arcadia.

Más viva aparece la naturaleza en Juan de Castellanos, que llegó a América muy mozo. En la primera parte de sus *Elegías* describe la isla de Margarita (XIV, canto I):

> Hay muchos higos, uvas y melones,
> dignísimos de ver mesas de reyes,
> pitahayas, guanábanas, anones,
> guayabas y guaraes y mameyes;
> hay chicas, cutuprises y mamones,
> piñas, curibijuris, caracueyes...

A ratos parece la *Historia natural* de Fernández de Oviedo puesta en verso, con gran profusión de voces indígenas. Ante la llegada de las naves de Colón, el cacique Goaga Canari se dirige a los suyos, y les anuncia el recibimieito que hará a los recién llegados, si son de buenos pensamientos (1.ª parte, Elegía I, canto IV):

> Darémosles de nuestros alimentos,
> guamas, auyamas, yucas y batatas,
> darémosles cazabis y maíces,
> con otros panes hechos de raíces.
> Darémosles huitías con ajíes,
> darémosles pescados de los ríos,
> darémosles de gruesos manatíes
> las ollas y los platos no vacíos;
> también guaraquinajes y coríes,
> de que tenemos llenos los buhíos,
> y curaremos bien a los que enferman,
> colgándoles hamacas en que duerman.

Las *Elegías,* muy dentro de la retórica renacentista, reflejan también, con mucha frecuencia, el habla popular de la hueste y de los colonos, con sus voces, sus giros, sus refranes, como ha mostrado ampliamente Isaac J. Pardo.

A fines del siglo XVI abundan los poetas en toda América. A un certamen en la Ciudad de Méjico concurrieron trescientos; en 1587 había allí Casa de comedias y gran actividad teatral. La vida literaria llegaba hasta los más apartados rincones del Nuevo Mundo. De aquel hervor de vida cultural salió a los veintiún años, desde su Cuzco nativo, el Inca Garcilaso, y a los veinte años, desde su nativo Méjico, Juan Ruiz de Alarcón. En el teatro de Alarcón se manifiesta el mundo americano mucho menos que en Lope de Vega

o en Tirso, aunque se ha querido ver en su obra (en su discreción y sobriedad, en la reserva, prudencia y cortesía de sus personajes) cierta sutil influencia del Méjico colonial. En la obra del Inca Garcilaso sí se refleja el espíritu de su mundo incaico, pero en la más límpida prosa clásica, una de las mejores prosas de su época.

Señalaba Rufino José Cuervo, en el *Bulletin Hispanique* de 1901:

> Alarcón, mejicano, y Hojeda, de Sevilla, que dejaron temprano sus patrias, escribieron clásicamente, en la corte el uno, en el Perú el otro. En 1600 redactaba el limeño Fr. Fernando de Valverde su *Vida de Jesucristo* en prosa tan peinada e inaguantable como la del *Deleitar aprovechando* de Tirso de Molina. Mis paisanos Juan Rodríguez Fresle (en la primera mitad del siglo XVII) y el obispo Piedrahita (en la segunda) pusieron sus historias en castellano tan puro y corriente como el de Colmenares u otro de su clase; al paso que Hernando Domínguez Camargo, bogotano también y de la misma época, se las apostó a los gongorinos más desaforados en su poema heroico sobre San Ignacio de Loyola; y predicadores tuvimos que arrebataran el lauro a Fray Gerundio.

Los últimos dos siglos de vida colonial representan la tiranía del barroco español y la del neoclasicismo. Claro que entre la multitud de poetas y prosistas, algunos de ellos notables, hay reflejos del mundo americano y de su lengua, pero sólo de modo ocasional («pululación de aztequismos que esmaltan íntegras estrofas de Ramón de Vargas, Sigüenza, los Villancicos de la Navidad de Puebla en 1693, las Chanzonetas de 1654 o la octava que inserta Fray José Gil»..., según Alfonso Méndez Plancarte, en la Introducción a las *Obras completas* de Sor Juana Inés de la Cruz, I, página XXIV). De toda esa época emerge una figura, la de Sor Juana (1651-1695): «tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso», dice Menéndez Pelayo. Y Méndez Plancarte afirma (pág. XLI):

> Nuestra «Fénix de Méjico» alude harto a menudo a esta «mi tierra» con su celeste «Rosa Mejicana» del Tepeyac, y el «vuelo imperial» de su Aguila, y su fertilidad de pan y de áureas venas que la Europa «desangra»...; con su «Sierra Nevada» de Puebla, sus «láminas de pluma» de Michoacán, sus gastronomías de Toluca, sus indios de Xochimilco y sus Negros de los Obrajes, y hasta su pícaro «Martín Garatuza»...; con su recuerdo de «los Moctezumas», y su interpretación de la ritual antropofagia de los aztecas, en que vislumbra sombras —aunque tan nocturnas— de la Eucaristía...

Ya se ve que son sólo pasajeras *alusiones,* dentro de su copiosa producción poética, en que se armoniza su devoción religiosa con el mundo poético del clasicismo grecolatino y español. En su elogio de la Marquesa de Aveyro, dice (romance n.º 37; I, 102):

> Que yo, Señora, nací
> en la América abundante,
> compatriota del oro,
> paisana de los metales...

O se pregunta:

> ¿Qué mágicas infusiones
> de los indios herbolarios
> de mi patria, entre mis letras
> el hechizo derramaron?...

En sus villancicos, en que se une la tradición culta con la popular, se ha querido oír la voz de su pueblo, que es el que canta. Varios de sus romancillos y villancicos remedan el habla de los negros, según la mejor tradición española, o gongorina. Pero también nos ha dejado una danza o canción azteca *(tocotín)* en español, otra en náhuatl («con notable gracia y fluidez», según el P. Garibay) y una que llama *mestiza,* en mezcla de español y náhuatl: un indio, en su guitarra, «con ecos desentonados / cantó un tocotín mestizo / de español y mexicano».

¿No tuvo esa literatura culta del período colonial su influencia sobre la lengua hablada? Evidentemente sí, y a ello se debe sin duda que el habla familiar de América esté hoy más llena de cultismos y de expresiones puramente literarias que la de España. La palabra viva — decía Pedro Henríquez Ureña — ejerció siempre su encanto en nuestro mundo colonial. La gente gustaba de leer versos en alta voz, de asistir a las representaciones teatrales, de escuchar los sermones y controversias eclesiásticas y aun los exámenes de los colegios. Y recoge la noticia de que en 1785 llegó al puerto del Callao una remesa de 37.612 volúmenes.

Por debajo de esa literatura culta, seguía su hondo cauce otra, que estaba más en contacto con la lengua cotidiana: el romance, que no dejó de componerse y cantarse desde los días de Cortés (sobrevive en algunas regiones con el nombre de *corrido*); la copla y la décima, de constante improvisación, al filo de las circunstancias y los acontecimientos; la canción; ciertas formas teatrales que prolongaban el viejo teatro de los misioneros, con sus

danzas y villancicos, con su mezcolanza de español y lenguas indígenas. Sólo así se explica que hacia 1787 se escribiera en Buenos Aires una comedia que reproduce enteramente el habla popular: *El amor de la estanciera.* O que en 1816 se publicara en Méjico el *Periquillo Sarniento,* de Fernández de Lizardi, la primera novela de un americano, que nos ofrece la amplia entrada, en la literatura de, la lengua de los léperos, los pícaros de Méjico. De aquella época viene la figura legendaria del *payador,* encarnada en el nombre de Santos Vega. Hubo sin duda en toda América una rica literatura popular, que permaneció inédita, por las dificultades de impresión y más que nada por su poco prestigio. ¿Se habrá perdido del todo o resurgirá un día de las profundidades de los viejos archivos? Testimoniaría lo que era nuestra lengua hablada, diferenciada en cada región por el aporte indígena o africano, convertida en lengua de expresión de sectores nuevos de criollos, indios, mestizos, negros, mulatos y zambos. La lengua hablada no tenía aún, en ninguna parte, dignidad suficiente para penetrar en la literatura. Y la literatura del período colonial, a pesar de algunos astros casi solitarios dentro de un cielo inmenso, estaba muy por debajo de la literatura de la metrópoli, de la que recibía toda su savia, toda su vida.

2. La independencia

La independencia política no significó independencia cultural o lingüística. Voces tradicionales como *Patria, Nación, Pueblo, República, Libertad, Igualdad, Fraternidad, Revolución, Gloria,* se llenaron de contenidos nuevos. Una serie de términos se convirtieron en armas de combate: *patriotas, revolucionarios, realistas, insurgentes, facciosos, rebeldes, sublevados, sediciosos, godos, criollos, americanos.* Pero en los himnos y proclamas siguió imperando la vieja retórica. Ya nadie usaba el *vosotros* (ni el *os* y el *vuestro*), pero en las proclamas de Bolívar o de San Martín era el único tratamiento dirigido a los soldados y a los ciudadanos. La literatura de la Revolución se inspiró en los poetas de la metrópoli, y ya se ha señalado que el Himno Nacional argentino es en gran parte una paráfrasis del «Canto de guerra para los lusitanos» de Gaspar Melchor de Jovellanos. Alberdi lo decía así:

> La libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte: la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura.

Una primera llamada sonó en Londres, en 1823. Andrés Bello publicó, en las páginas iniciales de la *Biblioteca Americana,* su «Alocución a la Poesía», que se puede considerar la proclamación de nuestra independencia literaria. Invita a la Poesía a que abandone ya la culta Europa, de dorados alcázares, «de luz y de miseria», y dirija su vuelo a donde le abría «el mundo de Colón su grande escena»; que tienda sus alas a otras gentes, a otro mundo, a otro cielo, «do viste aún su primitivo traje/la tierra, al hombre sometida apenas». En esa Alocución, y luego en 1826, en la «Silva a la agricultura de la zona tórrida», se manifiesta ya el deleite de la naturaleza nueva y de los nuevos nombres: «la luminosa huella» del *cocuy,* «el lejano *tambo*», «el son del *yaraví* amoroso», «el animado carmín» que cría la *tuna,* «la ambrosía» del *ananás,* «los azucarados globos» del *zapotillo,* «la verde *palta*», el *cacao,* que «cuaja en urnas de púrpura su almendra», el *cóndor* de los páramos, el *samán,* «que siglos cuenta,/de las vecinas gentes venerado», «la espumante *jícara*», «el carmín viviente» de los *nopales,* «el blanco pan» de la *yuca,* «las rubias pomas» de la *patata,* «la fresca *parcha*», «la sombra maternal» del *bucare,* «la ancha copa» del *ceibo* anciano, y el *maíz,* «jefe altanero de la espigada tribu». Junto a esa exaltación de la naturaleza, la exaltación de las hazañas de la Emancipación, y una invocación a las jóvenes naciones para que honren el campo y la vida sencilla del labrador.

La naturaleza americana está ganando su batalla, aunque amparada aún bajo la venerable sombra de Virgilio. Fuera de esas voces, «cuidadosamente enmarcadas dentro del más castizo español» — dice Pedro Henríquez Ureña —, el estilo y la versificación seguían siendo tradicionales. Se había producido la Revolución, y sus guerras; se desarrollaba un creciente fervor nacionalista, como necesidad de supervivencia; estaban ascendiendo sectores sociales que se encontraban antes al margen de la vida nacional, y habían perdido su poder y su prestigio los que — alrededor de las cortes de los virreyes, gobernadores y capitanes generales — daban antes la norma, pero el ideal de cultura seguía intacto. Andrés Bello llegó a Chile, y en *El Araucano* de 1833 y 1834 publicó sus «Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de los colegios y maestros de escuelas». Quería combatir «los vicios» que se habían introducido en el lenguaje de los chilenos y de los demás americanos («y aun de las provincias de la Península»), vicios que convenía — son sus palabras — extirpar en la primera edad. Se atenía en primer lugar a la autoridad de la *Gramática* y el *Diccionario* de la Academia

Española. En algunas ocasiones llegaba a la intolerancia: *mirá, andá, levantáte* y sus análogos «no existen y deben evitarse con el mayor cuidado, porque prueban una ignorancia grosera de la lengua»; *yo cueso, tú cueses, él cuese* es un «vicio ridículo»; «la ínfima plebe» usa *vis, comís, juntís,* por *veis, coméis, juntéis; estábamos en lo de Juan* o *donde Juan* deben evitarse «porque, sobre ser desautorizado, es equívoco y malsonante» (sobre todo *lo de*); *venga acá, óigame, entre* (sin el *usted*) es «una vulgaridad intolerable»; etc. Ya antes —en 1830—, en polémica con José Joaquín de Mora, había descendido al antipático papel de cazador de gazapos, y es curioso que fuera el escritor hispanoamericano el que defendía contra el español (Mora era andaluz) la pureza del idioma. Aunque más adelante atemperó bastante sus juicios (admitió la necesidad de «signos nuevos para ideas nuevas», rechazó un «purismo exagerado que condena todo lo nuevo», o «un purismo supersticioso», que sofocaría el natural desenvolvimiento de la lengua, y sostuvo, en el Prólogo de su *Gramática* de 1847, que «Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada»), Bello es en realidad el iniciador del purismo hispanoamericano, de amplia trayectoria, con sus más y sus menos. Correspondió a otro hispanoamericano el extremarlo hasta el absurdo: el venezolano Rafael María Baralt, incorporado a la vida peninsular, publicó en 1855 su *Diccionario de galicismos,* que fue durante mucho tiempo una especie de instrumento de la persecución anti-galicista.

La actitud purista se unió a veces, o se neutralizó en parte, con una actitud criollista, de cariño por la expresión vernácula. Sobre todo en los vocabularios regionales. El iniciador fue Esteban Pichardo, que publicó en 1836 su *Diccionario provincial de voces cubanas* (en la 4.ª ed., ampliada, de 1875, *Diccionario provincial casi razonado de vozes y frases cubanas*). La idea venía de la época de la Ilustración: la enunció en La Habana, en 1795, Fr. José María Peñalver, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País. Pichardo quería regular la ortografía y recoger las voces cubanas dignas de incluirse como provincialismos en el *Diccionario* de la Real Academia. Pero al final de cada letra registraba una serie de voces «que el vulgo ha corrompido» (sobre todo las muy generales, o que llegaban hasta la gente culta). Quería combatir las palabras vulgares y ciertas frases y modismos, aunque encontraba que algunas, como *botar, aguaitar,* etc., no era fácil «sustituirlas con purismo exagerado», y «podrían tolerarse.» El seseo y

el yeísmo eran para él faltas prosódicas. Señalaba la existencia en Cuba de un lenguaje relajado y confuso que se oía diariamente a los negros bozales. Cuba se encontraba todavía bajo la dominación española, pero Pichardo nos testimonia una actitud general en América. Su *Diccionario* proliferó en todos los países, y dio un centenar de obras en que se entremezclan la afición por lo vernáculo con un criterio normativo, no siempre acertado.

Hasta entonces la vida literaria de Hispanoamérica estaba pendiente de la literatura peninsular. Pero el despertar romántico se produjo en el Río de la Plata antes que en España. El hecho parece casual, y quizá no lo sea. Esteban Echeverría, hijo de Buenos Aires, estuvo en París de 1825 a 1830, los años de efervescencia romántica, y a su regreso publicó, en 1832, *Elvira o la novia del Plata,* un librito de 32 páginas, la primera obra poética impresa en el Río de la Plata y la voz naciente del romanticismo americano (*Don Alvaro,* del Duque de Rivas, es de 1833). Por influencia francesa — confiesa él mismo — se sintió inclinado a poetizar, y entonces se dedicó a leer y estudiar los clásicos españoles. En 1834 publicó *Los consuelos,* y en 1837 las *Rimas,* en que está incluida *La cautiva.* «El espíritu del siglo — dice — lleva hoy a todas las naciones a emanciparse, a gozar de la independencia, no sólo política, sino filosófica y literaria.» La inmensidad de la pampa, el desierto («inconmensurable, abierto») y las correrías de los indios dan vida nueva a su poesía. Echeverría se propuso — declara — captar la fisonomía del desierto con locuciones nuevas y nombrando las cosas por sus nombres, «a despecho de los amantes de la perífrasis». Pide «una inspiración que armonice con la virgen y grandiosa naturaleza americana».

La generación romántica quiso extender la Revolución a la cultura y a la lengua: «Nos parece absurdo — dice Echeverría, en polémica con Alcalá Galiano — ser español en literatura y americano en política»; «La Revolución en la lengua que habla nuestro país — dice Alberdi — es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible.» Aquellos jóvenes hubieran cambiado de lengua, si les hubiera sido posible. Alberdi propugnaba el abandono del español — lengua pueril — por el francés, que le parecía lengua viril. Su hostilidad hacia lo español les hacía caer en un nuevo vasallaje. Sin embargo, él mismo, en un diálogo patético, hace que un viejo guerrero de la Independencia enrostre a los jóvenes, que se burlaban de él (*Obras,* I, 383-388):

—Hablan de originalidad, y no son sino trompetas serviles de los nuevos escritores franceses; libres del pasado, esclavos del presente; libertos de Aristóteles, siervos dc Lerminier.

Y luego el anciano trata de definir a la nueva juventud:

Generación de frases, y nada más que de frases; época de frases, reforma de frases, cambio de frases, progreso de frases, porvcnir de frases... Hombres de estilo, en todo el sentido de la palabra: estilo de caminar, estilo de vestir, estilo de escribir, estilo de hablar, estilo de pensar, cstilo en todo, y nada más que estilo. He ahí la vocación, la tendencia de la joven generación —el estilo, la forma: hombres de forma, forma de hombres.

La batalla entre purismo y antipurismo se dio en Santiago de Chile en 1842 y fue una prolongación del movimiento romántico iniciado en Buenos Aires. El 15 de enero de 1841 Sarmiento, refugiado en Chile, publicó en *La Bolsa,* de Santiago, con seudónimo, un trabajo titulado: «Un plan de educación de americanos en París.» Defendía un proyecto de creación, en París, de un establecimiento para la educación de jóvenes hispanoamericanos. En todas partes se deja sentir —observaba— la tendencia a formar de las antiguas colonias españolas una importante federación de naciones, y decía (*Obras,* XII, 184):

Desprendidos en política de España, su abuela común, por su emancipación, no lo están aún en artes, en literatura, en costumbres ni en ideas. Nuestra lengua, nuestra literatura y nuestra ortografía, se apegan rutinariamente a tradicioncs rutinarias y preccptos que hoy nos son casi enteramente extraños y que nunca podrán intcresarnos. Los idiomas, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobicrno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles, para formular la gramática hispanoamericana, y este paso de la emancipación del espíritu y del idioma requiere la concurrencia, asimilación y contacto de todos los interesados en él.

Ese pasaje, perdido en el largo artículo, pasó al parecer inadvertido. Designado redactor de *El Mercurio,* de Valparaíso, comenta con entusiasmo, el 15 de julio de 1841, el «Canto al in-

cendio de la Compañía» de Andrés Bello («notable por la pureza del lenguaje, por la propiedad de los giros y por las más acabada perfección artística»), y le elogia expresamente el haber usado en sus versos la frase vulgar (*vulgar* para él equivalía a popular o coloquial) *no es cosa de este mundo,* «que tan expresiva es en boca de nuestras gentes, probando con su oportuno uso que nada hay más poético que las expresiones de que usan las gentes del pueblo, y cuyo auxilio no debe despreciar el genio poético, porque ellas suscitan ideas determinadas e imágenes expresivas» (*Obras,* I, 88-89). En cambio, no le gustaba *grima me da,* «no obstante su propiedad, por la falta de acepción que el uso vulgar le da» (pág. 89). Echaba además de menos el cultivo de la poesía por los jóvenes chilenos («¿Chile no es tierra de poetas?»), y notaba en ellos cierto encogimiento y pereza de espíritu.

Más adelante, el 27 de abril de 1842, *El Mercurio* publicó una muestra de los «Ejercicios populares de lengua castellana», de Pedro Fernández Garfias: una lista, en forma de diccionario, de los errores de lenguaje en que solía incurrir el pueblo. Sarmiento acompañó la publicación con un comentario editorial en que aplaudía la idea como útil («He aquí un buen pensamiento»...), pero exponía algunas dudas, y en el fondo una tesis adversa (*Obras,* I, 215-216):

> Convendría, por ejemplo, saber si hemos de repudiar, en nuestro lenguaje hablado, o escrito, aquellos giros o modismos que nos ha entregado formados el pueblo de que somos parte, y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven. La soberanía del pueblo tiene todo su valor y su predominio en el idioma; los gramáticos son como el senador conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones. Son, a nuestro juicio, si nos perdonan la mala palabra, el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora; pero, como los de su clase en política, su derecho está reducido a gritar y desternillarse contra la corrupción, contra los abusos, contra las innovaciones. El torrente los empuja, y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante; pero ¿qué se ha de hacer?, todos han dado en usarla, todos la escriben y la hablan, fuerza es agregarla al diccionario, y, quieran que no, enojados y mohinos, la agregan, ¡y que no hay remedio, y el pueblo triunfa y lo corrompe y lo adultera todo!

Luego toma la obra un poco en broma (como labor más bien para las niñas), y asienta (pág. 218):

La gramática no se ha hecho para el pueblo; los preceptos del maestro entran por un oído del niño y salen por otro...; el hábito y el ejemplo dominante podrán siempre más. Mejor es, pues, no andarse con reglas ni con autores...

Andrés Bello, que ejercía el magisterio literario y gramatical en Chile desde 1829, se sintió aludido y replicó, bajo el seudónimo de «Un quídam», en *El Mercurio* del 12 de mayo (*Obras completas,* IX, 435-440). Considera rigorista y algún tanto arbitrario al autor de los «Ejercicios» (defiende con amplio criterio muchas de las voces censuradas), pero disiente de los redactores de *El Mercurio,* que se han mostrado «tan licenciosamente populares» en materia de lenguaje. Es absurdo y arbitrario — dice — atribuir al pueblo toda la soberanía sobre el lenguaje. Las palabras nuevas y modismos populares «que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua» no cree que puedan excluirse. Pero no es el pueblo el que introduce los extranjerismos: «Semejante plaga para la claridad y pureza del español» — dice — la trasmiten los iniciados en idiomas extranjeros que no conocen «los admirables modelos de nuestra rica literatura». Los gramáticos se oponen a ello, no como conservadores de tradiciones y rutinas, «sino como custodios filósofos», encargados de fijar las palabras y establecer su dependencia y coordinación en el discurso, «de modo que revele fielmente la expresión del pensamiento». Si se admiten — dice — las locuciones exóticas, los giros opuestos al genio de nuestra lengua «y las chocarreras vulgaridades e idiotismos del populacho», caeríamos en la oscuridad y el embrollo, «a que seguiría la degradación, como no deja de notarse ya en un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el castellano en un dialecto español-gálico»...

Era una clara condena del periodismo de Buenos Aires. Bello sienta frente a Sarmiento su principio (págs. 438-439):

En las lenguas, como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma. En vano claman por esa libertad romántico-licenciosa del lenguaje los que, por prurito de novedad, o por eximirse del trabajo de estudiar su lengua, quisieran hablar y escribir a su discreción. Consúltese, en su último comprobante del juicio expuesto, cómo hablan y escriben los pueblos cultos que tienen un antiguo idioma; y

se verá que el italiano, el español, el francés de nuestros días es el mismo del Ariosto y del Tasso, de Lope de Vega y de Cervantes, de Voltaire y de Rousseau.

Sarmiento contestó con dos artículos. En el primero, del 19 de mayo, trata de explicar y justificar la invasión galicista. Sostiene que la antigua pureza del castellano se ve empañada porque nuestro idioma ha dejado de ser el intérprete de las ideas de que hoy viven los mismos pueblos españoles (pág. 222):

Cuando queremos adquirir conocimientos sobre la literatura, estudiamos a Blair, el inglés, o a Villemain, el francés o a Schlegel, el alemán; cuando queremos comprender la historia, vamos a consultar a Vico, el italiano, a Herder, el alemán, a Guizot, el galo, a Thiers, el francés; si queremos escuchar los acentos elevados de las musas, los buscamos en la lira de Byron o de Lamartine o de Hugo, o de cualesquiera otro extranjero; si vamos al teatro, allí nos aguarda el mismo Víctor Hugo, y Dumas, y Delavigne, y Scribe, y hasta Ducange; y en política y en legislación y en ciencias y en todo, sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento, tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma. Parecía que en religión, en historia y costumbres nacionales hubiésemos de contentarnos con lo que la católica España nos diese de su propio caudal; pero desgraciadamente no es así. Los españoles de hoy traducen los escritos extranjeros que hablan de su propio país, y nunca tuvieron en religión un Bossuet, ni un Chateaubriand, ni un Lamennais...

No se puede — dice — poner coladeras al torrente. El idioma español ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz. Los gritos de unos cuantos «no bastarán a detener el carro que tiran mil caballos». Los pedagogos, «en lugar de enseñar nuestros admirables modelos», debieran enseñar el arte de importar ideas y los medios de expresarlas. Madre e hijas «van a buscar al extranjero las luces que han de ilustrarlas». Teniendo España que alimentarse y tomar sus formas de otros países, «no se nos podrá exigir cuerdamente que recibamos aquí la mercadería después de haber pagado sus derechos de tránsito por las cabezas de los escritores españoles».

En el segundo (del 22 de mayo), defiende frente a Bello la soberanía del pueblo: «Los pueblos en masa, y no las academias, forman los idiomas»; «El idioma de un pueblo es el más complejo monumento histórico de sus diversas épocas y de las ideas que lo han alimentado, y a cada faz de su civilización, a cada pe-

ríodo de su existencia, reviste nuevas formas, toma nuevos giros y se impregna de diverso espíritu.» Empezaba a sentirse en su tiempo — dice — una influencia más poderosa que nunca, también sobre el castellano en América (I, 227):

Los idiomas vuelven hoy a su cuna, al pueblo, al vulgo, y después de haberse revestido por largo tiempo el traje bordado de las cortes, después de haberse amanerado y pulido para arengar a los reyes y a las corporaciones, se desnuda de estos atavíos para no chocar al vulgo a quien los escritores se dirigen, y ennoblecen sus modismos, sus frases y sus valientes y expresivas figuras.

La literatura de las nuevas sociedades democráticas puede ser — dice, citando un testimonio francés — extravagante, incorrecta, sobrecargada, pero debe ser atrevida y vehemente, y exclama (pág. 229):

¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa! Y cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuya forma no se les revela aún, nosotros aquí apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político y religioso...

Recoge luego la alusión de Bello al dialecto español-gálico de la prensa de Buenos Aires, y agrega que los poetas de allá «han escrito más versos, verdadera manifestación de la literatura, que lágrimas han derramado sobre la triste patria», y en cambio en Chile, «con todas las consolaciones de la paz, con el profundo estudio de los *admirables modelos,* con la posesión de nuestro castizo idioma», no se ha hecho ni un solo verso. Lo atribuye (pág. 230) a «la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos,* el temor de infringir las reglas». Y entonces exhorta a la juventud:

Cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de donde quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las

necesidades actuales, y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie; pero, bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado, más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración. Se lo habríamos mandado a Sicilia, a Salvá y a Hermosilla que, con todos sus estudios, no es más que un retrógrado absolutista, y lo habríamos aplaudido cuando lo viésemos revolcarlo en su propia *cancha;* allá está su puesto, aquí es un anacronismo perjudicial.

Ya se ve que su temperamento lo llevaba mucho más allá de toda razón y medida. La alusión personal a Bello — tan ambigua — la aclaró en un artículo del 5 de junio: «es muy material entender que, al hablar del ostracismo, hemos querido realmente deshacernos de un gran literato, para quien personalmente no tenemos sino motivos de respeto y de gratitud; el ostracismo supone un mérito y virtudes tan encumbradas, que amenazan sofocar la libertad de la república. Es malicioso aplicar a éste lo que decimos de Hermosilla, el retrógrado absolutista que ha escrito un infame libro que debía ser quemado, y no andar de modelo de lenguaje entre las manos de nuestra juventud». Hay que reconocer que ya al año siguiente colaboró con Bello en la recién fundada Universidad de Chile, y que el 21 de octubre de 1844, en *El Progreso,* elogió con entusiasmo sus *Principios del derecho de gentes.* Bello, treinta años mayor que él, se retiró de la batalla, que prolongaron sus discípulos. Sarmiento replicó con una andanada de artículos («¡Viva la polémica!», exclamó). Y tuvo la humorada de componer uno de ellos («La cuestión literaria», del 25 de junio) con trozos de Larra que coincidían extraordinariamente con las opiniones que había sustentado. Por ejemplo, el pasaje siguiente (págs. 250-251), en que entreteje frases de «El álbum», de 1834, y de «La Literatura», de 1836:

Las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijarlas en un punto dado, a fuer de escribir castizo, es intentar

imposibles; imposible es hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, sólo servirá para que el pesado y monótono estilo anticuado no deje arrebatarse de un arranque solo de calor y patriotismo. El que una voz no sea castellana es para nosotros objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena... Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, que concede todo a la *expresión* y nada a la *idea,* sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, pensándolo todo, diciéndolo todo, en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; literatura *nueva,* expresión de la sociedad *nueva* que constituimos; toda de *verdad,* como es de verdad nuestra sociedad; sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza misma; joven, en fin, como el estado que constituimos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Ese mismo año desencadenó (en realidad se vio envuelto en ella) una segunda polémica, más violenta aún: la llamada polémica del romanticismo. Aunque no se consideraba ni clásico ni romántico, y creía que el romanticismo había muerto hacía ya diez años (el golpe mortal se lo había dado «otro campeón, más joven, más ardiente y más terrible», con el que él se sentía identificado: «la escuela progresista»), defendió al romanticismo de los injustos ataques de sus adversarios. En la batalla participó también Vicente Fidel López, el historiador argentino, igualmente emigrado. Un grupo de doce jóvenes chilenos, en el *Semanario,* de Santiago, arremetieron violentamente contra los argentinos, a los que acusaron, entre otras cosas, de usar un lenguaje mestizo o galicista: «No sabemos — decían del castellano de Vicente Fidel López — si es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado, «porque, ¡juro a Dios!, no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces.» A Sarmiento le criticaban hasta el haber usado el indigenismo *cancha* en lugar de *palestra.* La cuestión llegó a dirimirse a puñetazos.

Todavía, en 1843, encendió Sarmiento una tercera polémica, con su *Memoria sobre ortografía americana,* presentada a la naciente Facultad de Filosofía y Humanidades. Quería una ortografía propia de los americanos, «una ortografía vulgar, ignorante,

americana» —decía—, sin *h* ni *u* muda, sin *z*, sin *v*, sin *x*. «Ni ahora, ni en lo sucesivo —agregaba— tendremos en materia de letras nada que ver ni con la Academia de la Lengua ni con la Nación española.» Había que desprenderse de «la única garra que tiene todavía la España sobre nosotros». Y concluía: «es mengua seguir llevando en ortografía la librea española, y hay algo de noble, de hermoso y de nacional en revestir el pensamiento americano con los colores del lenguaje americano».

La Facultad, el 25 de abril de 1844, adoptó una reforma ortográfica moderada, más de acuerdo con las ideas de Bello, nada escisionista. Esa ortografía reformada se adoptó oficialmente en Chile, y se extendió por gran parte de América. Pronto se redujo a tres rasgos: *je, ji,* por *ge, gi, s* por *x, i* por *y* vocal («soi jeneral estranjero»), que subsistieron en Chile hasta que en 1927 se restableció por decreto la ortografía académica.

Las tres batallas chilenas en que nos hemos detenido nos presentan los dos polos de atracción del movimiento literario y lingüístico de Hispanoamérica. Por un lado el espíritu innovador y radical, sin vallas, de Sarmiento (a su modo, fue también un maestro del lenguaje, y su prosa precipitada, a pesar de sus descuidos y galicismos, es una de nuestras mejores prosas americanas). Por el otro, el espíritu moderado, armonizador, de Bello (la libertad en todo —decía en 1843, al inaugurar la Universidad de Chile—, sin renunciar a la norma platónica de la belleza ideal). En general, América siguió más bien una ruta conservadora, más cerca del ideario de Bello. La América independiente ha sido en materia de lenguaje mucho más purista que España, y la autoridad académica pesó sobre ella mucho más que sobre la metrópoli. Quizá la palma la lleve el purismo colombiano, que presenta además la obra más acabada en su género: las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano,* de Rufino José Cuervo. La obra empezó como una crítica del lenguaje, pero desde la edición de 1867-1872 hasta la póstuma, de 1914, se convirtió en una de las obras capitales de la filología hispanoamericana.

Más bajos quilates tenía el purismo de otros países, de segunda o tercera mano, que esgrimía una temible palmeta crítica, muchas veces con pretensiones de humorismo. Su doctrina no podía ser más escuálida: la autoridad del *Diccionario* y la *Gramática* de la Academia, por lo común en ediciones atrasadas. En general, toda divergencia con el español peninsular, del que sólo conocían, y muy deficientemente, los textos académicos, la consideraban horripilante incorrección. La lucha contra el galicismo parecía una em-

presa sagrada. Y al calor de esa pobreza de doctrina y la ignorancia lingüística, pululó la especie dañina de los cazadores de gazapos. La única región donde se mantuvo la rebeldía fue el Río de la Plata. En ninguna otra parte tuvo la insurrección romántica tanta grandeza y originalidad, con nombres como Echeverría, Alberdi, Juan María Gutiérrez, Sarmiento, Mitre, Mármol. En segundo lugar, en ninguna otra región de América tuvo la literatura popular una floración de la grandeza de la literatura gauchesca. Mientras en otras partes apenas pasó del campo folklórico o del costumbrismo (dio, por ejemplo, relatos como *Un llanero en la Capital* de Daniel Mendoza, en 1859), en el Río de la Plata hubo una constante progresión desde los *cielitos* de Bartolomé Hidalgo que cantaban los soldados sitiadores de Montevideo en 1812 hasta obras maestras como el *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra.* Y en tercer lugar, en ninguna otra parte se dio con esa intensidad el clamor por una lengua nacional propia, a no ser en el Brasil y en los Estados Unidos. Un francés, Luciano Abeille, halagó esa aspiración al publicar en 1900 una obra voluminosa: *La lengua nacional de los argentinos.*

Esa triple rebeldía era sin duda coherente, y se manifestaba a la vez en la lengua escrita y en la lengua hablada. En 1835, Florencio Varela, expatriado en Montevideo, decía: «Nada hay en nuestra patria más abandonado que el cultivo de nuestra lengua.» En 1837 observaba Alberdi: «A los que no escribimos a la española se nos dice que no sabemos escribir nuestra lengua.» Y también: «En las calles de Buenos Aires circula un castellano modificado por el pueblo porteño que algunos escritores argentinos, no parecidos en esto a Dante, desdeñan por el castellano de Madrid.» Y ya hemos visto el juicio de Bello y de los jóvenes chilenos del *Semanario* sobre la prosa del periodismo de Buenos Aires y de los escritores argentinos.

En el transcurso del siglo XIX, el Río de la Plata, con su afán de personalidad nacional, con su ímpetu de grandeza, con su inmigración aluvional (los hijos de los inmigrantes se transformaron en campeones de criollismo), convirtió lo suyo, lo típicamente suyo, en ideal nacional. Por lo demás, el mundo hispanoamericano, que había tenido una relativa unidad bajo el régimen colonial, se fraccionó en una serie de repúblicas, y cada una de ellas fue buscando, aisladamente, entre las vicisitudes de las luchas civiles, el caudillismo o la tiranía, su propio camino.

La relación entre lengua literaria y lengua hablada había cambiado radicalmente con la Revolución. La naturaleza americana ha-

bía ganado la preeminencia, y nada parecía más majestuoso que sus cordilleras, sus ríos, sus selvas, sus llanuras, sus desiertos. Entre la literatura culta y el habla popular había surgido un eslabón de enlace: un rico periodismo informativo, político, satírico. La conexión espiritual con España se había debilitado, aunque no roto del todo. Larra, Espronceda, Zorrilla, tuvieron su culto en América, y como prolongación del costumbrismo español había surgido en todas partes una rica literatura costumbrista (sirvió de iniciación a Alberdi, que firmaba con el seudónimo de Figarillo). La lengua hablada de las ciudades y de los campos entraba en ella, sobre todo como nota pintoresca, graciosa, humorística. Pero América tendía su mirada cada vez más hacia Francia, que se desbordaba entonces sobre el mundo. Por influencia de Balzac surge la novela realista, antes que en España: en 1862 el chileno Alberto Blest Gana, que había pasado algunos años en París, publica su *Martín Rivas,* que, aun con sus resabios románticos, se anticipa en algunos años a *La fontana de oro* (1871), con que Galdós inicia la moderna novela española. La literatura popular — la copla, el romance, la canción — había seguido los pasos del movimiento emancipador (los *cielitos* y *diálogos* patrióticos de Bartolomé Hidalgo, las coplas dedicadas a Morelos) y las luchas por la libertad (los *trovos* de Ascasubi contra Rosas; las canciones de *Los cangrejos* y de *Mamá Carlota* en la guerra civil de la Reforma, en México). Y con sus raíces en el habla de los pueblos y de los campos — diferenciada en cada región — estaba surgiendo en toda América una nueva literatura — relatos, poemas, novelas — de inspiración criollista. ¿No se iba a producir la temida escisión lingüística con la Península — anunciada por los románticos argentinos — y el fraccionamiento de la lengua de las distintas regiones?

Rufino José Cuervo lo temió realmente. El argentino Don Francisco Soto y Calvo le había leído, en su residencia de París, su poema *Nastasio,* en que relataba las desventuras de un payador ante las inclemencias de la naturaleza desbordada. El poema se publicó en Chartres, en 1899, con una Carta-Prólogo de Cuervo. Señala que cada día le es «más y más simpática la poesía familiar y casera, cuyos héroes son los pobres y humildes de la tierra». *Nastasio* lo ha transportado al corazón de la pampa, y le ha encantado el lenguaje llano de varios pasajes: «Si hemos de echar a un lado lo convencional — dice — el campesino ha de hablar como campesino, y los objetos que él conoce han de ser llamados como él los llama: la poesía ha de estar en la cosa misma y no en los atavíos.» Y plantea en seguida el problema lingüístico:

Díceme usted que al fin del libro pondrá usted un glosario de términos poco conocidos fuera de su país, como en Colombia han tenido que hacerlo autores o editores; y esto me hace pensar en otra despedida, despedida amarga en medio del festín de la civilización, como la de la novia que a hora desconocida deja la casa paterna entre los regocijos de la boda. Poco ha me dio usted a leer en *La Nación* el parecer de un sabio lingüista francés sobre la suerte de la lengua castellana en América, parecer ya antes expresado por otros no menos competentes, y que a la luz de la historia es de ineludible cumplimiento. Cuando nuestras patrias crecían en el regazo de la madre España, ella les daba masticados e impregnados de su propia sustancia los elementos de la vida moral e intelectual, de donde la conformidad de cultura, con la única diferencia de grado, en el continente hispano-americano; cuando sonó la hora de la emancipación política, todos nos mirábamos como hermanos, y nada nos era indiferente de cuanto tocaba a las nuevas naciones; fueron pasando los años, el interés fue resfriándose, y hoy con frecuencia ni sabemos en un país quién gobierna en los demás, siendo mucho que conozcamos los escritores más insignes que los honran. La influencia de la que fue metrópoli va debilitándose cada día, y fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos, pues, casi por completo, de un regulador que garantice la antigua uniformidad. Cada cual se apropia lo extraño a su manera, sin consultar con nadie; las divergencias debidas al clima, al género de vida, a las vecindades y aún qué sé yo si a las razas autóctonas, se arraigan más y más y se desarrollan; ya en todas partes se nota que varían los términos comunes y favoritos, que ciertos sufijos o formaciones privan más acá que allá, que la tradición literaria y lingüística va descaeciendo y no resiste a las influencias exóticas. Hoy sin dificultad y con deleite leemos las obras de los escritores americanos sobre historia, literatura, filosofía; pero en llegando a lo familiar o local, necesitamos glosarios. Estamos, pues, en vísperas (que en la vida de los pueblos pueden ser bien largas) de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano: hora solemne y de honda melancolía en que se deshace una de las mayores glorias que ha visto el mundo, y que nos obliga a sentir con el poeta: ¿Quién no sigue con amor al sol que se oculta?

Juan Valera, en *El Imparcial,* de Madrid, el 24 de septiembre de 1900 (una parte del artículo la reprodujo en *La Nación,* de Buenos Aires, el 2 de diciembre de ese mismo año), manifestó sorpresa y tribulación, porque consideraba a Cuervo «el más profundo conocedor de la lengua castellana que vive hoy en el mundo». El lenguaje de *Nastasio* le parecía castellano muy puro, y replicaba:

El que haya cierto número de palabras propias de cada país para significar especiales y locales usos, costumbres, producciones naturales, trajes, etc., no basta para explicar que vengan a nacer distintas lenguas. Acaso para entender las narraciones de Pereda, el más español y el más castellano de nuestros novelistas, se requiera más glosario que para entender el *Nastasio* o cualquiera otra narración argentina. Y no por eso teme nadie entre nosotros que en la Montaña, en Santillana o en Santander, en la patria del mismo Pereda, de Amós Escalante y de Menéndez y Pelayo, salgan hablando, el día menos pensado, un idioma distinto.

Cuervo contestó con un estudio serio: «El castellano en América» (en el *Bulletin Hispanique,* de 1901). Analiza ante todo el estado del castellano en América para conjeturar su suerte en lo venidero. No cree que puedan fijarse los idiomas, y observa la transformación del castellano desde el *Fuero Juzgo* y Berceo hasta nuestros días. Las obras escritas en diferentes lugares pueden ofrecer uniformidad, pero esa uniformidad no existe en el habla común, familiar o popular de esos mismos lugares. La lengua literaria es un velo que encubre el habla local. En España la influencia política, social y literaria de ciertos centros mantiene a raya las hablas regionales, pero en América se ha debilitado la influencia de la antigua metrópoli y se ha dividido el dominio del castellano en una serie de naciones con gobierno propio, intereses peculiares y aun elementos de cultura diversos. La Independencia y la inmigración pueden tener consecuencias parecidas a la vieja invasión de los bárbaros. Aunque la mayor parte del habla corriente de América se ha formado con elementos españoles, la combinación de esos elementos es distinta en cada región americana. Hay además una continua diversificación de formas, construcciones y significados, y como también los peninsulares alteran lo suyo, «todo conspira a descabalar la unidad». La lengua literaria tiene que alimentarse de la lengua corriente, «y según el orden natural de las cosas y con gérmenes de división tan notorios» en tan vastos dominios, tiene que producirse la divergencia. Hay desdén por todo lo que llega de España, «inclusa la corrección gramatical». El lenguaje vive en constante movimiento de creación y destrucción, y en cada país se han formado centros de cultura independientes, a cuyos usos se ajustan los provincianos. El periodismo de las capitales tiene que hacer concesiones al uso local. Los libros nacionales son los más leídos, y las doctrinas en boga estimulan el realismo, el color local y el nacionalismo literario. Con el aislamiento crecerán las divergencias, sobre todo si también crece la inmigra-

ción. Se atenuará aún más el influjo de la antigua metrópoli. La falta de comunicación y de norma reguladora multiplicarán y arraigarán las diferencias dialectales, y en cada región predominará el lenguaje popular, mezclado tal vez con el extranjero, o se alterará la sintaxis, o la pronunciación, o la forma de las voces.

En todo este alegato, inspirado en una concepción naturalista y en el pesimismo de sus últimos años, no faltan — claro está — puntos muy discutibles. Valera, que era notable escritor, carecía de versación filológica. Contestó en *La Tribuna,* de México, el 31 de agosto y el 2 de septiembre de 1902. Observa en primer lugar que ninguna ventaja obtendrían los hispanoamericanos con el fraccionamiento lingüístico y el aislamiento. Hoy las lenguas, por la acción de la lengua escrita, tienen más posibilidades de persistencia. Y lo mismo que en España y los países hispanoamericanos pasa en Francia o en Inglaterra, y en el Canadá, los Estados Unidos y Australia, y ni el inglés ni el francés parecen amenazados de escisión.

Cuervo dio fin a la polémica con un nuevo artículo, en el *Bulletín Hispanique* de 1903. Señala nuestra división en territorios extensos, separados por causas naturales, sociales y políticas, sin frecuente comunicación y sin una idea suprema que les dé unidad. Y vuelve a sostener:

> Si la lengua se altera siempre, y de ordinario sin que intervenga la voluntad humana, son ilusorios todos los consejos que se dan a españoles y americanos para que la conserven intacta o para que las alteraciones sean uniformes. Si como aquéllos y éstos lo sienten, hay diferencia en el castellano de uno y otro lado de los mares, y en el nuevo continente entre varias regiones, es obvio que las divergencias que han aparecido en el curso de más de tres siglos pueden aumentarse de la misma manera que se han originado. Aunque hoy no impidan el que nos entendamos, nada importa el grado de un ángulo (según expresión de Whitney) si las dos líneas que lo forman han de prolongarse por largo espacio; ...la lengua corriente de la conversación culta gozará en todas partes de mayor libertad, y como ella es base de la lengua literaria, el día en que las dos se diferencien considerablemente, el dialecto popular invadirá al literario: el romance vencerá al latín.

Así se cerraba el siglo de la Independencia. España acababa de perder, en 1898, los últimos restos de su antes inmenso imperio americano, y la más alta autoridad lingüística del mundo hispánico auguraba — para un mañana que se imaginaba lejano — el fraccionamiento de la lengua española en el Nuevo Mundo, como

otrora se había fraccionado el latín en las vastas regiones de la Romania.

3. El modernismo y la renovación poética

El modernismo inicia una reacción frente al movimiento operado en todo el siglo XIX de acercamiento entre la poesía y la realidad americana: su paisaje, sus seres, su vida, sus palabras. El escritor ya no aspira a gobernar el país (cuanto más, a representarlo en París o en Madrid). Desprecia el presente, adora el pasado. Más que el cóndor, le encanta el cisne y la flor de lis. Más que los héroes de la emancipación, los personajes mitológicos. América desaparece casi totalmente de la poesía (se vuelva a ella, en parte, al final), y el poeta prefiere vivir en Grecia, el lejano Oriente, Escandinavia, Versalles, o en un mundo etéreo, innominado. La voz popular es menospreciada, y se evoca la griega, la latina y hasta la francesa. Sin embargo, aunque la inspiración venía de París, el modernismo representa también una reconciliación literaria con España.

Corresponde señalar, ante todo, que el *Ismaelillo*, de José Martí —los versos de encendido amor a su hijo—, publicado en 1882, que se considera la obra inicial del modernismo, se anticipa en diez y ocho años —como ha observado Pedro Henríquez Ureña— a las primeras manifestaciones del modernismo español. Ya hemos visto que el romanticismo había nacido en Buenos Aires un año antes que en Madrid, y la novela realista en Santiago de Chile unos nueve años de que iniciara su magnífica trayectoria la novela de Galdós. Pero ahora le corresponde por primera vez a un nativo de la minúscula y perdida Nicaragua llevar el nuevo mensaje poético a la Península, en 1899 —precisamente el año de los vaticinios de Cuervo, basados en el aislamiento hispanoamericano—, y encender allí el fuego sagrado en que arderían después Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Ramón del Valle-Inclán, Azorín, Miguel de Unamuno. La lengua literaria española, en verso y prosa, se remozó por obra de Rubén Darío, y aunque más tarde —como es habitual— se reaccionó contra su influencia, y hasta se la negó, España y América vivieron juntas la fascinación de su palabra poética.

Antes de Rubén, la obra de Martí está todavía dentro del impulso libertador del siglo XIX. Martí se rebeló contra España, pero fue siempre fiel a su lengua. Gabriela Mistral, que le dedicó un

ensayo (en la *Revista de Occidente,* de mayo de 1966), dice de él: «Conoció del tuétano de buey de los clásicos y pasó por los setenta rodillos de la colección Rivadeneyra sin volverse papilla y caldo.» Alguna vez hasta le molestó la invasión galicista: en sus crónicas de 1881 y 1882 de *La Opinión Nacional* de Caracas, censuró algunos usos que encontraba en la prensa de Buenos Aires («una escena tocante», «jugar rol» o «representar rol» o «distribuir roles», «empresa de salvataje»). Y concluía: «No andan las bellezas tan de sobra en la vida para que desdeñemos así las de nuestra hermosísima lengua.» Pero su antigalicismo fue actitud excepcional. Siempre pasó, con magnanimidad, por encima de menudencias: «Quien va en busca de montes —decía en 1882 (*Obras completas,* II, 453)— no se detiene en recoger las piedras del camino. Saluda al sol, y acata al monte... ¿Pues quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?» Encontraba galicismos y lunares en Heredia y en otros contemporáneos, pero despreciaba el «ir de garfio y pinza» por la obra ajena. Enunció así, el 15 de julio de 1881, el ideal expresivo de su *Revista Venezolana:*

> usará de lo antiguo cuando sea bueno, y creará lo nuevo cuando sea necesario; no hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.

En unos papeles póstumos que tituló «Literatura», esbozó su ideal del Cervantes hispanoamericano (II, 1.608): el que refleje las condiciones múltiples y confusas de la época con un lenguaje «que del propio materno reciba el molde» y soporte el necesario influjo de otras lenguas, grabando lo que ha de quedar, y desdeñando «lo que no se acomoda a la índole esencial de nuestra lengua madre»...

En un momento de su vida y de sus andanzas se sintió tentado de recoger las voces hispanoamericanas que encontraba en las conversaciones y en sus lecturas (nos dejó, en un cuaderno póstumo, unos ciento sesenta americanismos), pero su objeto no era «hacinar en cuerpo horrendo corruptelas insignificantes de voces españolas», sino «reunir las voces nacidas en América para denotar cosas propias y señalar las acepciones nuevas en que se usen palabras que tienen otra consagrada y conocida». Le guiaba, pues, no un afán de repulsa purista, sino la cutiosidad y el interés por el mundo americano. Veía un solo pueblo desde el Río Bravo hasta la Patagonia, y decía (II, 391): «Lengua áurea, caudalosa y vibrante habla el espíritu de América, cual conviene a su lumi-

nosidad, opulencia y hermosura.» Consideraba que América, con sus indigenismos, estaba en condiciones de enriquecer la lengua general, y en sus artículos destacó siempre las voces hispanoamericanas y exaltó nuestro español (II, 352):

> Quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos; búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama *galán* a un hombre hermoso; o en Caracas, donde a las contribuciones llaman *pechos;* o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, *hacer la lucha*...

Martí hizo fructificar, con amor y libertad, su lengua española. Su inventiva verbal era — dice Gabriela Mistral — hambre de expresividad, y agregaba: «Martí salta a nuestros ojos con el cuerpo entero de un estilo, pero lo mejor de gozarle, para mí, son los imponderables del tono criollo que se deslizan por las hendijas del tronco castizo.»

Los modernistas, en verso y prosa, se reconciliaron con su lengua española. Así, dice Manuel Díaz Rodríguez, el prosista venezolano:

> Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tiene puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos.

Desde entonces parecen inseparables poesía española y poesía hispanoamericana. Poetas nuestros como Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda o César Vallejo aparecen en el mismo plano poético que Pedro Salinas, Federico García Lorca, Luis Cernuda, Rafael Alberti o Jorge Guillén, también nuestros. El imperio poético de nuestra lengua es uno solo y se extiende por los dos continentes.

Claro que se han rastreado o espigado chilenismos en la poesía de Neruda y peruanismos o expresiones coloquiales en la de Vallejo, o usos que no cabrían en poetas españoles, o claras señales de una lucha a veces desesperada con la expresión. Es la contribución de su habla viva, o el testimonio de un íntimo conflicto de lengua. Tampoco faltan en la poesía de Federico García Lorca o de Rafael Alberti formas de su Andalucía nativa, o en Unamuno — deliberadamente —, expresiones vivas de los campos salmantinos, y además, toda su obra revela una lucha

dramática, no siempre victoriosa, con su propia lengua. La lengua poética de los americanos es española general, aunque expresa a su modo, en su más pofunda intimidad, la voz de nuestro mundo. Federico García Lorca, al presentar a Pablo Neruda en Madrid, destacaba «el tono descarado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con las fuentes de nuestros clásicos; pero que no tiene vergüenza de romper moldes y se pone a llorar de pronto en mitad de la calle».

El novelista mejicano José Revueltas, en un artículo de mayo de 1942 (en el *Repertorio Americano,* de Costa Rica), se dolía de los juicios de Juan Ramón Jiménez contra cierta poesía caótica de América, que según él tenía su expresión máxima en Pablo Neruda. Y decía Revueltas:

> América es unos pasos, es una voz, es un viento que quiere expresarse, tocando cosas universales, dolores antiguos que la civilización temible e inhumana ha olvidado y es preciso recordarle al hombre.

Juan Ramón contestó el 14 de agosto de 1943, y tituló su respuesta: «¿América sombría?» (reproducido en su obra *La corriente infinita*). Sostiene que el hombre, cualquiera que sea su raza y condición, debe salir de su propio caos y superarse a sí mismo. Cree que el indigenismo de Neruda es aprendido, como el gitanismo de Federico García Lorca, y dice (pág. 192):

> Yo no acepto como expresión indígena esencial el indigenismo artificial americano que hoy lo invade todo por aquí... Gitanismo, indigenismo que, igual que el negrismo de los blancos, que no es negro, han extraviado tanto a ciertos poetas, artistas y críticos popularistas iberoamericanos y españoles. Indio, negro, gitano, desde fuera, son literatura forzada, no poesía directa. Para que lo fuera, es imprescindible que el poeta sea gitano, negro o indio, no blanco pintado de cualquiera de las tres razas.

Juan Ramón consideraba que el hombre, «mestizo, español, lo que sea, debe salvarse del caos de que viene y en que viene cuando nace, despegarse y tirar al infinito la placenta por la que estuvo pegado a la matriz nebulosa, cuya sustancia ya tiene digerida y asimilada, y obrar libremente, por cuenta propia, no como víctima de la nebulosa. Esta libertad es la gloria del hombre de cualquier raza y país de este planeta». Y todavía agregaba (páginas 197-198):

Un civilizado no puede ser «ya» indígena, pero un indígena puede siempre ser civilizado. ¿Y por qué un indígena no puede salvar y salvarse, libertar y libertarse, no puede ser completo y consciente, salirse del pantano y de la sombra? ¿O es que queremos al indio como un espectáculo, detenido, estancado en su mal momento, el indio sufrido sólo por él y gozado sólo por los otros, por nosotros?

Junto con esa negación del indigenismo y del negrismo poéticos, Juan Ramón («andaluz universal siempre») proclamaba su amor por la América de habla española. Le encantaban las diferencias que encontraba en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico («encantadoras diferencias»), y hasta se sintió seducido, en 1948, por el español de Buenos Aires (pág. 307): «Oír a Buenos Aires me enamoró: un hablar rápido con todas las letras pronunciadas y en su sitio, con un acento fino y agradable, lleno de ondeajes de sorpresa». En Buenos Aires volvía a encontrar su Andalucía y su España: «Ahora soy feliz, madre mía, España, madre Espapa, hablando y escribiendo como cuando estaba en tu regazo y en tu pecho.» Y en otra ocasión confesó (págs. 295-296):

Antes había para mí un español. Ahora, ¡qué extraño!, hay muchos españoles para mí.

Todos los españoles de España se me unían en Madrid en uno. Todos los españoles de España se me separan en América en muchos.

Juan Ramón reaccionaba contra el gitanismo en España y contra el indigenismo y el negrismo en la poesía hispanoamericana. El tema negro había surgido hacia 1925 en Cuba y Puerto Rico, y un grupo de poetas — casi todos blancos —, entre ellos Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, Luis Palés Matos, llevaron a la nueva poesía los dolores, las tradiciones, el habla y las cadencias de los negros. Ya no era un remedo, como nota humorística, a la manera de Góngora o del teatro clásico. Tampoco «el sincopado movimiento de la música negra que el oído de Lope, fino captor de melodías populares, reflejó en algunas de sus canciones» (la frase es de Tomás Navarro). Se trataba de mucho más: una identificación con el negro, una exaltación del negro, con su alma, con su vida. Luis Palés Matos (en su *Tuntún de pasa y grifería. Poemas afroantillanos,* San Juan, 1937) ha acertado a recoger — dice Tomás Navarro — no sólo la impresión del ritmo, sino el efecto que en el habla del negro producen la insistencia en las vocales oscuras, la repercusión interior de las consonantes nasales y el movimiento lento de las inflexiones:

Alguien disuelve perezosamente
un canto monótono en el viento
pululado de úes que se aquietan
en balsas de diptongos soñolientos
y de guturaciones alargadas
que dan un don de lejanía al verso.

Emilio Ballagas publicó en Madrid, en 1934, una Antología de la poesía negra hispanoamericana. Coincidía con el auge de la música afroantillana: la rumba, la conga..., y el triunfo universal del jazz. Luis Palés Matos obtiene, con los nombres y las onomatopeyas, sus toques de impresionismo africano («Danza negra»):

Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La gran Cocoroca dice: to-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.
Es la danza negra de Fernando Poo.
El cerdo, en el fango, gruñe: pru-pru-prú.
El sapo, en la charca, sueña: cro-cro-cró.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.

Rompen los junjunes en furiosa u;
los gongs trepidan con profunda o.
Es la raza negra que ondulando va
En el ritmo gordo del mariyandá.
Llegan los botucos a la fiesta ya.
Danza que te danza, la negra se da.
Calabó y bambú.
Bambú y calabó.
El gran Cocoroco dice: tu-cu-tú.
La gran Cocoroca dice: to-co-tó.

Más íntima parece la poesía de Nicolás Guillén, a veces hermanada con la de García Lorca. Por ejemplo, en su «Balada de los dos abuelos»:

Africa de selvas húmedas
y de gordos gongos sordos...
—¡Me muero!
(dice mi abuelo negro).
Aguaprieta de caimanes,
verdes mañanas de cocos.
.....

¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
¡Qué largo fulgor de cañas!
¡Qué látigo el del negrero!
¿Sangre? Sangre. ¿Llanto? Llanto.
Venas y ojos entreabiertos,
y madrugadas vacías,
y atardeceres de ingenio,
y una gran voz, fuerte voz,
despedazando el silencio.
¡Qué de barcos, qué de barcos!
¡Qué de negros, qué de negros!
Sombras que sólo yo veo,
me escoltan mis dos abuelos.

Esa poesía no le gustaba a Juan Ramón, que quería que el poeta — indio o negro — se liberase de su origen étnico y obrara libremente, como un ser civilizado. Acaso esa poesía sea también un paso hacia esa liberación. Ella es un instante más dentro de la creación de nuestra lengua literaria. Como otros instantes, en los que ya no podemos detenernos: el parnasianismo, el simbolismo, el impresionismo y el expresionismo, el futurismo, el imaginismo, el monologuismo, el ultraísmo, el creacionismo, el superrealismo, el letrismo, el neorromanticismo, el existencialismo y dos docenas más de ismos de la última o penúltima hora («la revolución permanente» en las letras). Son movimientos que se producen, por influencia francesa o europea general, a la par en España y América, y reflejan un ansia común de formas nuevas, de poesía pura, de lengua nueva. El impulso se inicia entre nosotros con el modernismo, que los cubre a todos.

4. La novela social del siglo XX

Más nos acerca a la lengua hablada el amplio movimiento nativista o criollista que se manifestó en el cuento y la novela de toda nuestra América, precisamente después del modernismo, del que arranca en gran parte, aunque prolonga también nuestra vieja novela costumbrista, realista o naturalista. Fue la reacción contra el exotismo, la torre de marfil, el preciosismo verbal, y una vuelta paulatina a la propia tierra, al hombre de América. Pienso en obras representativas como *Los de abajo,* de Mariano Azuela (1916), en México; *El Señor Presidente,* de Miguel Angel Astu-

rias (1946), en Guatemala; *La vorágine,* de José Eustasio Rivera (1924), en Colombia; *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos (1929), en Venezuela; *Huasipungo,* de Jorge Icaza (1934), en el Ecuador; *El mundo es ancho y ajeno,* de Ciro Alegría (1941), en el Perú; *Raza de bronce,* de Alcides Arguedas (1919), en Bolivia, y quizá también en parte los cuentos de Horacio Quiroga, en el Río de la Plata, aunque en ellos el hombre se debate más bien frente a la ferocidad de la naturaleza, o frente a otros hombres, que son también naturaleza. Si tomáramos en cuenta además el Brasil, habría que incluir las novelas de Jorge Amado y de Luis do Rêgo. En realidad ese movimiento ha dado una inmensa cantidad de obras que en conjunto tienen más interés dialectológico que literario, pero unas diez o veinte, y no es poco, tienen verdadera grandeza. En ellas hablan el indio y el negro, el campesino, el arriero, el minero, el trabajador de las ciudades, las mujeres de la casa o de la calle, con su propio lenguaje. ¿Realmente con su propio lenguaje? Al menos, con su lenguaje sometido por el autor a una estilización o trasmutación literaria.

En Venezuela, José Rafael Pocaterra, uno de los grandes de esta corriente, decía en el prólogo de su *Política feminista,* de 1913: «Mis personajes piensan en venezolano, hablan en venezolano.» Para que hablaran en venezolano era preciso — explicaba — «escoger ingeniosamente el fraseo vulgar», sin «criollizar vulgaridades». Al irrumpir Rómulo Gallegos, en 1920, con *El último Solar,* su primera novela, señaló el fracaso de los que hasta entonces habían querido hacer una literatura nacional — les faltaba, decía, «la materia prima: el alma de la raza» —, y consideraba sus obras como «pinturas más o menos adulteradas de la parte externa de la vida popular. De lo interior, de lo hondo, que es lo único verdadero, ni una palabra; ni un vago indicio de penetración en esa alma sepultada». Y las caracterizaba así:

> Unas cuantas plantas tropicales, hábilmente barajadas con la psicología nunca hecha de tipos característicos: cundeamores y bucares suplen la falta del alma nacional.

Descubrir y poner de manifiesto el alma nacional era su gran propósito, y desde la primera hasta su última novela venezolana (*Sobre la misma tierra,* 1943), y también en sus cuentos, viven, hablan y actúan los venezolanos de todo el país. Lo indígena y lo africano ocupan su lugar en la integración y exaltación del criollo, y hasta el extranjero aparece dentro de su amplio paisaje

humano. Una de sus mejores obras, *Canaima* (1935), la novela de la selva guayanesa, representa simbólicamente la lucha entre dos potencias indígenas: Cajuña, la encarnación del bien, y Canaima, sombría divinidad caribe, causa de todos los males, que resulta triunfante. Vemos así el bajo Orinoco:

> Palmeras: temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turupial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso del tronco velludo de musgo, del tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsámicas, cura para las heridas del aborigen y lumbre para su churuata. La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías... El bosque tupido que trenza el bejuco... Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Una sucesión de nombres indígenas: los gigantescos *temiches, caratas, moriches, cabimas, tacamahacas, araguaneyes,* las *churuatas* y los *conucos* — herencia de los antiguos indios — y el *turupial* (o *turpial*), con la flor de su trino. Y después, la algarabía de colores de los *guacamayos, moriches, turpiales, paraulatas, curuñatás, arucos, güiriries, cotúas, corocoras,* en alternancia con *pericos, arrendajos, azulejos, verdines, cardenales, siete colores, gonzalitos* y *garzas*. Y misteriosos nombres (Amanadona, Yavita, Pimichín, el Casiquiare, el Atabapo, el Guainía), que evocan las palpitaciones de la selva fascinante y tremenda.

La sugestión de esos nombres y de esas voces, su «mágica virtud», ¿no es un deleite peligroso? Decía Rufino José Cuervo:

> Muchos de los términos locales encuentran en cada país fervorosos abogados, que los tienen por expresivos en alto grado e irreemplazables; para los extranjeros, en quienes no obran los mismos motivos, son tropiezos que atajan la corriente de los pensamientos, y, menudeados, acaban por amohinar la conversación o la lectura.

Tampoco le gustan mucho al filólogo español Alonso Zamora Vicente (en *Presente y futuro de la lengua española,* Madrid, 1964, II, 46). Después de señalar que escritores de todas las regiones españolas (vascos como Unamuno o Baroja, levantinos como Azorín o Gabriel Miró, andaluces como los Machado; gallegos como Valle-Inclán) «han puesto en el telar del más noble español que se ha escrito en mucho tiempo todo su esfuerzo y su vocación, lo-

grando un brillantísimo resurgir de la literatura nacional», observa que ahora, a la convocatoria de la lengua común, acuden chilenos, argentinos, mejicanos, etc. Y dice:

A todos se les ha de plantear agudamente la necesidad de ir desnudando su habla de localismos para vestirla de universalidad. Solamente así, curado el aldeanismo lingüístico, será leído y obedecido su mensaje en todo el mundo hispánico, en ese territorio cada vez más lleno de hombres y de apetencias. Una voluntad de entendimiento, premisa forzosa e inexcusable en todo quehacer humano, puede lograrlo con relativa facilidad.

Es verdad que muchas de las obras requieren un Glosario explicativo al final, pero ello sólo revela la insuficiencia de nuestros diccionarios generales. No parece que esas expresiones sean un obstáculo para la comprensión ni para el deleite literario. La estilización del habla popular o coloquial puede constituir uno de los encantos de la novela, y contribuir a dar vida real a los personajes y a su ambiente. Toda la literatura moderna, de los Estados Unidos y de Europa, ha descubierto vetas nuevas en el habla popular, y hasta en el *argot* y el *slang.* Algo de eso sabían ya Cervantes y Quevedo. El que haya palabras extrañas no ha sido nunca obstáculo para la grandeza de ninguna obra. Lo que no explican glosas y notas, lo suple, a veces con ventaja, la imaginación del lector, sin la cual no vale la pena leer novelas.

De todos modos, el ideal de literatura nacional ¿no representa un peligro? Literatura nacional significa literatura venezolana, colombiana, argentina, mejicana, etc. Y los personajes hablarán el habla de Venezuela, Colombia, la Argentina o Méjico, y aun la de las diferentes regiones de cada país. ¿No se abre una amplia brecha para un futuro fraccionamiento? Si la unidad de nuestra lengua se entiende como uniformidad más o menos absoluta, claro que sí. Pero esa pretendida uniformidad está en contradicción con la esencia misma de la lengua, que es siempre multiplicidad, movimiento, transformación. Aun así, por encima de la multiplicidad queda siempre un fondo estable que trasciende a todas las diferencias y que permite que entre todos nos entendamos.

La verdad es que los autores no se sienten enteramente identificados con el habla de sus personajes — los personajes tienen su habla y los autores la suya —, y marcan por lo común una clara línea divisoria. Una de las obras más características es *Doña Bárbara,* de Rómulo Gallegos. A pesar de la inclinación del autor

por el habla llanera, la separación es muy clara. Más aún, Santos Luzardo, que representa la cultura urbana, o la luz —su apellido lo sugiere—, se entrega a la tarea de amansar a la encantadora Marisela, hija natural de la sabana, y empieza por el lenguaje: «No digas *cáiàas*» —le reprende él. A ella no le costaba trabajo aprender, pero de pronto —cosas de mujeres— se enfurruñaba con el maestro, y se desarrollaba un diálogo lleno de tensiones (2.ª parte, cap. II):

—Déjeme ir para mi monte otra vez.
—Vete, pues. Pero hasta allá te perseguiré diciéndote: no se dice *jallé,* sino *hallé* o *encontré;* no se dice *aguaite,* sino *mire, vea.*
—Es que se me sale sin darme cuenta. Mire, pues, lo que me encontré *curucuteando... registrando* por ahí...

Había encontrado un florero y quería poner flores en la mesa. El encontraba feo el florero, pero buena la idea, y le elogió la inteligencia, lo cual a ella no le bastaba:

—Parece que no te agradara oírlo. ¿Qué más quieres que te diga?
—¡Guá! ¿Qué voy a querer yo? ¿Acaso estoy pidiendo más, pues?
—¡El guá, otra vez!
—¡Umjú!
—No te impacientes —concluyó él—. Te llevo la cuenta de los *guás,* y todos los días la cifra va disminuyendo.

Ya se ve que la pobre Marisela era una víctima del purismo. Santos Luzardo tenía un ideal muy firme de lengua culta y era poco respetuoso con el habla familiar y cotidiana, que tiene sin duda fueros propios: el *¡guá!* por ejemplo, o el *curucutear,* me parecen irreprochables dentro de su propia esfera.

Rómulo Gallegos estaba mucho más cerca de Andrés Bello que de Sarmiento. Mayor aún es la separación entre las dos hablas en *Don Segundo Sombra,* en que aparece estilizado esplendorosamente el lenguaje metafórico del gaucho. El paralelismo entre los dos planos expresivos está en la esencia misma de la obra, y al final Don Segundo Sombra se aleja en su caballo hasta esfumarse en el horizonte. Aun un autor tan radical como Miguel Angel Asturias, que, en *El Señor Presidente* da, a la manera del *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, una imagen escalofriante de la sociedad descompuesta, y su política, en una república centroamericana, o latinoamericana, hace hablar de modo realista a sus personajes, pero las formas que no responden a su ideal de corrección las

rodea de unas ominosas comillas, especie de cordón sanitario entre los dos niveles del lenguaje.

En líneas generales, la lengua literaria seguía casi servilmente la norma peninsular, o lo que consideraba norma peninsular. El laísmo *(la di, la dije),* que Andrés Bello aceptaba a veces, se encuentra en la novela realista de Blest Gana, en Rubén Darío y los modernistas y aun en autores criollistas. Hasta Alcides Arguedas, en *Raza de bronce,* escribe *patatas,* y si en una ocasión pone *papas,* lo explica entre paréntesis con la forma peninsular.

Con todo, el Río de la Plata seguía siendo el sector más rebelde del mundo hispanoamericano. Ya no es sólo el prestigio del habla gauchesca. Como prolongación de los espectáculos del circo, había surgido, a fines del siglo XIX, un teatro popular. El uruguayo Florencio Sánchez — con obras como *La gringa* (1904) o *Barranca abajo* (1905) — lleva al teatro, de manera realista, el diálogo popular y rústico. Pronto cobra amplia vida el sainete criollo, en el que penetra — como nota humorística — el habla del inmigrante, y sobre todo una jerga italo-criolla que recibió el nombre de *cocoliche.* Y en el sainete triunfa plenamente el tango, y, con él, el habla de los bajos fondos, el lunfardo:

> Percanta que me amurastes
> en lo mejor de mi vida...

El lunfardo tuvo en Buenos Aires un éxito parangonable al que había tenido el habla de los gauchos. Surgió una literatura popular en lunfardo, crónicas en lunfardo (en diarios muy leídos de la capital), y un autor — por lo demás de origen español — se sintió tan identificado con el populachismo, que hasta escribió en lunfardo, con la esperanza de que sería la lengua del porvenir, una biografía de Ameghino. Hubo cierta alarma. Borges, que a veces jugó con el lunfardo (o lo parodió), en los relatos que publicó en colaboración con Bioy Casares, sospecha, en un artículo de *Sur* (incluido en *Otras inquisiciones,* de 1952), que los ejercicios literarios del lunfardo («Con un feca con chele / y una ensaimada / vos te venís pal centro / de gran bacán») tienen cierto carácter caricaturesco. Comparada con las coplas españolas que trae Salillas, le parece límpida la siguiente copla lunfarda:

> El bacán le acaneló
> el escracho a la minushia;
> después espirajushió
> por temor a la canushia.

El lunfardo — dice — «es un módico esbozo carcelario que nadie sueña en parangonar con el exuberante caló de los gitanos».

La verdad es que la gente culta de Buenos Aires mira el lunfardo con cierto buen humor, y a veces esmalta su lenguaje con algún lunfardismo. En mis tiempos de estudiante universitario — hacia 1925 — nos gustaba entrar en un café, y pedir en clara e inteligible voz: «¡Zomo, feca con chele!» Que, como se podrá adivinar, era un modesto café con leche. La alarma no tenía en cuenta que la literatura francesa, por ejemplo, había jugado siempre con el argot, sin perder por eso su constante aristocraticismo expresivo. Además, ésa parecía una vergonzosa peculiaridad argentina, y he aquí que en los últimos años el habla del hampa está ascendiendo de nivel en todas partes, y gracias a los estudiantes y a los adolescentes en general, con su afición a un lenguaje especial — se observa por ejemplo en Caracas o en Bogotá en los últimos años — está penetrando en todos los sectores. Es un signo de la mentalidad de nuestra época, y forma parte sin duda de cierto *hippismo* expresivo, que pasará — ¡quién lo duda! —, aunque algo dejará.

En toda América, en la educación, en el periodismo, en la prosa didáctica, el purismo siguió siendo la nota dominante. Aun en la Argentina. Así, el Consejo Nacional de Educación, en 1939, prohibió el voseo en las escuelas (condenó los usos de *vení, poné, apretá, reíte* «y demás formas bárbaras») y quiso obligar a los niños de primero y segundo grados a que abandonaran su *pollera* o su *saco,* su *vereda* y su *garúa,* y dijeran *falda, chaqueta, acera* y *llovizna,* y hasta que adoptaran el madrileñísimo *chófer* en lugar de *chofer.* Y un escritor — por lo demás muy estimable — como Arturo Capdevila hizo cuestión de honor combatir el «ruin», «calamitoso» y «horrendo» voseo, que consideraba «verdadera mancha del lenguaje argentino», «sucio mal», «ignominiosa fealdad», «negra cosa», «viruela del idioma».

No parece que ese purismo haya sido muy fructífero, y es posible que haya sido más bien dañino. Con él o sin él, el habla popular, el habla rústica, el habla vulgar han llegado honrosamente a la literatura y le han comunicado su savia. Y con todo, el ideal general de lengua culta sigue intacto. Aun en las narraciones realistas — dice Anderson Imbert, en su *Historia de la literatura hispanoamericana,* aludiendo a la obra del venezolano Rómulo Gallegos, del colombiano José Eustasio Rivera, del argentino Ricardo Güiraldes, del mejicano Martín Luis Guzmán, del chileno Eduardo Barrios — «quedó el recuerdo de la gran fiesta

de prosa artística que había desfilado, con luces de bengala, bandas de música y gallardetes de colores, por las calles del 1900, enseñando a todos a escribir con decoro artístico y técnicas impresionistas».

5. El «boom» de la novela hispanoamericana

Hemos llegado afortunadamente a nuestros días. Desde hace algunos años se anuncia, con bombos y platillos, un gran *boom* de la novela latinoamericana — una especie de apogeo repentino y estruendoso, como una explosión —, que nos llega — ya se ve — con un nombre inglés. Dejando de lado lo que pueda haber en ello de «promoción» editorial, de propaganda de grupo o de política literaria, y aun admitiendo su carácter transitorio o circunstancial, es evidente que hay hoy una serie de autores que despiertan un interés general, hasta el punto de que todos estamos pendientes de sus últimas obras. En realidad son bastante heterogéneos, y unos son jóvenes y otros viejos: Juan Rulfo y Carlos Fuentes, de Méjico; Miguel Angel Asturias, el reciente Premio Nobel, de Guatemala; José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Guillermo Cabrera Infante, de Cuba; Gabriel García Márquez, de Colombia; Mario Vargas Llosa, del Perú; Juan Carlos Onetti, del Uruguay; Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Julio Cortázar, de la Argentina (¿y por qué no Eduardo Mallea?). Tendría que agregar, por lo menos, a João Guimarães Rosa, del Brasil.

Sus obras, por primera vez, circulan en seguida por toda América y alcanzan ediciones sucesivas. También por primera vez, se traducen en seguida a las lenguas extranjeras, quizá en parte por el interés que está despertando en todo el mundo nuestra América, con su riqueza, sus problemas, sus revoluciones. Nada comparable, en su conjunto, puede ofrecer hoy la novela de España. La América hispana ha tomado decididamente el timón del movimiento novelístico de nuestra lengua. Es la culminación de un desarrollo que se esbozó con el romanticismo, se afirmó con la novela realista y tuvo su momento espléndido con la poesía y la prosa del modernismo.

Claro que los nuevos autores marchan a banderas desplegadas por unos caminos que habían abierto, a duras penas, con ingentes trabajos, las generaciones anteriores: descubrimiento de la naturaleza americana y del hombre de América. Si hoy quieren superar el nativismo, el criollismo, el pintoresquismo, el folklorismo,

y traspasar la realidad y llegar a la esencia absoluta de las cosas (los epígonos de Lezama Lima, en Cuba, se llaman «trascendentalistas»; Miguel Angel Asturias habla de «realismo mágico») es porque disponen ya de una amplia tierra sobre la cual pueden afianzarse y desde la cual pueden elevar su vuelo. Antes, además, dependían de Madrid o de París, de donde venían hasta los niñitos recién nacidos. Hoy son viajeros del mundo, y de toda su literatura, y les anima un afán universalista, o por lo menos un universalismo latinoamericano. Está surgiendo, por fin, la gran república literaria de Latinoamérica. Los editores, críticos y lectores insisten con toda razón — dice Carlos Fuentes, en julio de 1961 (en una entrevista de *Mundo Nuevo*) —, «en considerar la literatura latinoamericana como un todo, de no parcelarla en pequeños cotos paraguayos, mejicanos, uruguayos y chilenos, sino de verla como un todo orgánico lleno de correspondencias internas y externas. Se está creando un primer cosmopolitismo entre la Patagonia y el Río Bravo del Norte».

Mundo Nuevo, la revista de Emir Rodríguez Monegal que dio el grito de proclamación del nuevo movimiento, decía en noviembre de 1967, al presentar a seis poetas nuevos: «La unidad de América Latina, tanto tiempo impedida en los terrenos político y económico, va emergiendo inconteniblemente en el cultural.» Y destacaba no sólo el surgimiento fuerte y original de la novela en el último decenio, sino también, aunque menos visible, de la poesía lírica, con sus viejas y nuevas voces.

Con más amplitud lo decía García Márquez: «No hablemos más por separado de literatura latinoamericana y de literatura española, sino simplemente de literatura en lengua castellana.» Antes se hacía una división análoga entre los diversos países, «y sin embargo — decía — hay diferencias mucho más notables entre Venezuela y la Argentina, por ejemplo, que entre esos países y España». El se sentía dentro de la gran tradición de los libros de caballerías y del *Quijote,* y declaraba: «no sólo estamos escribiendo el mismo idioma, sino prolongando la misma tradición».

También descansaba el nuevo movimiento en la honda renovación producida en la lengua poética por las generaciones postmodernistas. La forma constituirá su preocupación máxima, sobre todo la forma expresiva, el lenguaje. Emir Rodríguez Monegal, aunque señalaba por lo menos cuatro «promociones» diferenciadas, decía (*Mundo Nuevo,* noviembre de 1967) que el tema subterráneo y decisivo de la novela americana de hoy «es el tema del lenguaje como lugar (espacio y tiempo) en que *realmen-*

te ocurre la novela. El lenguaje como realidad única de la novela».

Yo no entiendo bien lo que eso significa: «El lenguaje como realidad única de la novela.» El trata de explicarlo: «Al hablar del lenguaje de la novela me refiero — dice — al mundo verbal entero creado por el novelista: el ámbito en que se desarrolla y crece la obra y en que se produce el combate (a muerte) entre el creador y su vehículo.»

Yo más bien creo que la lucha con el lenguaje, que es el portador de la creación novelesca o poética, y a la vez su encarnación, es una lucha permanente de todo escritor verdadero, y en unos es leve escaramuza y en otros duelo a muerte. Pero la creación consiste en hacer vivir plenamente la realidad poética y desvanecer toda huella del combate. Digámoslo con términos de Vicente Huidobro: «¿Por qué cantáis la rosa, oh Poetas! / Hacedla florecer en el poema.» Y la rosa florece como un milagro vivo que oculta la alquimia profunda y larga que la ha hecho florecer.

Me parece que también piensa así Julio Cortázar, en *La vuelta al día en ochenta mundos* (Méjico, 1967, pág. 94):

> En todo gran estilo el lenguaje cesa de ser un vehículo para la «expresión de ideas y sentimientos» y accede a ese estado límite en que ya no cuenta como mero lenguaje porque todo él es presencia de lo expresado. Un poco como ocurre con el raro intérprete musical que establece el contacto directo del oyente con la obra y cesa de actuar como intermediario.

La idea de Rodríguez Monegal quizá aparezca con más claridad en la entrevista que hizo a Carlos Fuentes (*Mundo Nuevo,* julio de 1966):

> Para mí — dice Fuentes — hay un hecho esencial: en todas las nuevas novelas en América Latina, evidentemente, hay una búsqueda de lenguaje. Un remontarse a las fuentes del lenguaje. Si no hay una voluntad de lenguaje en una novela en América Latina, para mí esa novela no existe. Yo creo que la hay en Cortázar, en primer lugar, que para mí es casi un Bolívar de la novela latinoamericana. Es un hombre que nos ha liberado, que nos ha dicho que se puede hacer todo. En García Márquez, en Vargas Llosa, en Donoso, en Vicente Leñero, hay evidentemente una voluntad de encontrar un lenguaje, que es al fin y al cabo la respuesta del escritor, tanto a las exigencias de su arte como a las exigencias de su sociedad, y creo que ahí radica la posibilidad de la contemporaneidad.

Es hora entonces de que hablemos de Julio Cortázar, «casi un Bolívar de la novela latinoamericana». En toda su obra hay efectivamente una constante y dramática preocupación por el lenguaje:

Hace años que estoy convencido —decía hace poco, en una carta reproducida en la revista *Señales,* Buenos Aires, N.º 132— de que una de las razones que más se oponen a una gran literatura argentina de ficción es el falso lenguaje literario (sea realista, y aun neorrealista, sea alambicadamente estetizante). Quiero decir que si bien no se trata de escribir como se habla en la Argentina, es necesario encontrar un lenguaje literario que llegue por fin a tener la misma espontaneidad, el mismo derecho, que nuestro hermoso, inteligente, rico y hasta deslumbrante estilo oral. Pocos, creo, se van acercando a ese lenguaje paralelo, pero ya son bastantes como para creer que, fatalmente, desembocaremos un día en esa admirable libertad que tienen los escritores franceses o ingleses de escribir como quien respira, y sin caer por eso en una parodia del lenguaje de lá calle o de la casa.

No sé si se engañaba sobre «la admirable libertad» de los escritores franceses e ingleses, que también están en rebeldía lingüística en los últimos tiempos. Cortázar vuelve sobre sus ideas (*Revista de la Universidad de México,* mayo de 1963):

Es muy fácil advertir que cada vez escribo menos bien, y ésa es precisamente mi manera de buscar un estilo... ¡Es tan fácil escribir bien! ¿No deberíamos los argentinos (y esto no vale solamente para la literatura) retroceder primero, bajar primero, tocar lo más amargo, lo más repugnante, lo más obsceno, todo lo que una historia de espaldas al país nos escamoteó tanto tiempo a cambio de la ilusión de nuestra grandeza y nuestra cultura, y así, después de haber tomado fondo, ganarnos el derecho a remontar hacia nosotros mismos, a ser de verdad lo que tenemos que ser?

Rayuela es sin duda una de nuestras grandes novelas de los últimos tiempos, de todos los tiempos. Hay en ella una teoría de la novela —o de la antinovela—, y del lenguaje novelesco, y un barajar constante de ideas sobre las palabras, o contra las palabras, «las perras palabras, las proxenetas relucientes» (cap. 23), «las perras negras» (cap. 93), con reminiscencias de Wittgenstein. Con todo, ya hemos visto que reacciona contra la idea general de que el habla de Buenos Aires es incorrecta y pobre. Cortázar

quiere alcanzar un lenguaje novelesco que, sin copiar el oral, tenga la misma espontaneidad, sus mismos derechos. En primer lugar, en *Rayuela* hay un amplio despliegue del lenguaje coloquial de Buenos Aires, y hasta cierto deleite por las voces populares y lunfardescas, no sólo en el diálogo, sino también en la narración, sin barreras de ninguna clase. Y así nos encontramos no sólo el *che,* la *macana,* el *macaneo* y el *macanudo,* el *mate* («cebar el mate») y su *bombilla,* la *vidriera,* la *yapa,* la *vereda,* el *recién,* que aparecen habitualmente en cualquier autor argentino, sino además el *tacho de basura* (es insistente, también en otras obras suyas), el *pibe* («rajá, pibe»), el *bacán* («un restaurante bacán»), las *lauchitas,* la *sbornia,* el *metejón,* el *bondi,* la *fiaca,* la *gunfia,* la *merza,* la *menega* o la *guita,* la *mufa,* el *cana,* el *piolín,* el *sebo* («un trabajo de puro sebo»), el *pucho,* el *vesre,* el *piantado* y muchas más. Y frases corrientes de tipo coloquial: «Te falló, pibe, qué le vas a hacer» (pág. 150), «El pobre tipo está sonado» (o «Estamos sonados», 356), «No se ve ni medio», «Todo va como la mona», «La rematás fenómeno», (o «iba a andar fenómeno»), «¡Altro que dar vuelta los bolsillos!», «No hay vasos, che, de manera que nos prendemos a la que te criaste», «aquí basta un título de agrimensor para que cualquiera se la piye en serio» (449), «Vení, rajemos otra vez» (531). Estamos aún dentro de un amplio realismo expresivo, que contribuye sin duda a dar realidad argentina, o porteña, a algunos de los personajes. Oliveira, el inquietante protagonista de la obra, dice de la Maga, su amiga uruguaya de París (37): «Esta mocosa, con un hijo en brazos para colmo, se metía en una tercera de barco y se largaba a estudiar canto a París sin un vintén en el bolsillo» (el *vintén,* de origen brasileño, es en el Uruguay una ínfima moneda de níquel). Y la amiga de Oliveira en Buenos aires, dice: «¿Por qué no va de otra modista?» (301) o «Demelón a mí» (306). Y él mismo cuenta: «Esas dos locas guerreando por porotos a golpes de siete velos» (el siete de oros, del juego de la escoba, que viene de *il sette bello* italiano). Y sobre todo el uso general del *vos* y de sus formas verbales, no sólo cuando habla Horacio, que es porteño, o la Maga, sino también cuando intervienen los otros miembros del cosmopolita Club de la Serpiente, en las noches de Saint-Germain-des-Prés. Etienne, el francés, dice a Oliveira: «Vos, Horacio Curiacio, sos capaz de encontrar metafísica en una lata de tomates.» O Babs, la amiga de Ronald, le dice a la Maga (184): «¿Siempre es así con vos?» O se dirige a Ronald (185): «OK., OK., no tenés por qué pellizcarme.» También Ronald vosea, y le dice a ella: «Hacéme

caso, sentáte aquí.» Claro que en el Club todos hablaban en francés, y Cortázar tiene el derecho, para dar vida al coloquio, de traducir sus palabras al lenguaje coloquial de Buenos Aires. Pero respeta los usos de Perico Romero, el pintor español, que habla a su modo, y a veces se trenza con Oliveira por cuestiones de lenguaje. Mientras andan por la calle, empapados por la llovizna, en dirección a la casa de Ronald, donde tenían el Club, Etienne y Perico discuten una posible explicación del mundo por la pintura y la palabra. El diálogo recae en Mondrian y Klee, y Horacio interviene:

—En el fondo Klee es historia y Mondrian atemporalidad. Y vos te morís por lo absoluto. ¿Te explico?

—No —dijo Etienne—. C'est vache comme il pleut.

—Tu parles, coño —dijo Perico—. Y el Ronald de la puñeta, que vive por el demonio.

—Apretemos el paso —lo remedó Oliveira—, cosa de hurtarle el cuerpo a la cellisca.

—Ya empiezas. Casi prefiero tu yuvia y tu gayina, coño. Cómo yueve en Buenos Aires. El tal Pedro de Mendoza, mira que ir a colonizaros a vosotros.

En otra ocasión, en el Club, están comentando las ideas de Morelli — el Cortázar teórico de la novela — sobre el empobrecimiento del lenguaje, y Ronald explica (cap. 99):

—Lo que Morelli quiere es devolverle al lenguaje sus derechos. Habla de expurgarlo, castigarlo, cambiar *descender* por *bajar,* como medida higiénica; pero lo que él busca en el fondo es devolverle al verbo *descender* todo su brillo, para que pueda ser usado como yo uso los fósforos y no como un fragmento decorativo, un pedazo de lugar común.

Oliveira cree que para Morelli el mero escribir estético es un escamoteo y una mentira, sin comprometerse en el drama, y que en la Argentina «ese tipo de escamoteo nos ha tenido de lo más contentos y tranquilos durante un siglo». E interviene Perico, con su desenfado español:

—Todas esas fantasías de corregir el lenguaje son vocaciones de académico, chico, por no decirte de gramático. *Descender* o *bajar,* la cuestión es que el personaje se largó escalera abajo, y se acabó.

Todavía vuelve en otra ocasión (cap. 112) al conflicto entre *descender* y *bajar.* Morelli había escrito: «Ramón emprendió el descenso.» Pero como quería que su relato fuese lo menos lite-

rario posible, corrigió: «Ramón empezó a bajar.» Y analiza las verdaderas razones de su repulsión por el lenguaje literario:

Emprender el descenso no tiene nada de malo, como no sea su facilidad, pero *empezar a bajar* es exactamente lo mismo, salvo que más crudo, *prosaico* (es decir, mero vehículo de información), mientras que la otra forma parece ya combinar lo útil con lo agradable. En suma, lo que me repele en *emprendió el descenso* es el uso decorativo de un verbo y un sustantivo que no empleamos casi nunca en el habla corriente; en suma, me repele el lenguaje literario (en mi obra, se entiende).

Repulsión de un lenguaje literario, o «repulsión a la retórica». Ya Juan Ramón aconsejaba: «Si puedes decir *pájaro,* no digas *ave.*» Y un precepto de su código penal era: «Todo el que escriba *so el sauz,* sea colgado en el acto bajo el sauce.»

Sin duda, las ideas de Morelli —o de Cortázar— eran más radicales. Oliveira —que es el portavoz— habla de la escondida falacia de las palabras, «que tendían a organizarse eufónica, rítmicamente, con el ronroneo feliz que hipnotiza al lector después de haber hecho su primera víctima en el escritor mismo». Y Etienne explica:

—No se trata de una empresa de liberación verbal... Los surrealistas creyeron que el verdadero lenguaje y la verdadera realidad estaban censurados y relegados por la estructura racionalista y burguesa del Occidente. Tenían razón, como lo sabe cualquier poeta, pero eso no era más que un momento en la complicada peladura de la banana. Resultado, más de uno se la comió con la cáscara. Los surrealistas se colgaron de las palabras en vez de despegarse brutalmente de ellas, como quisiera hacer Morelli desde la palabra misma. Fanáticos del verbo en estado puro, pitonisos frenéticos, aceptaron cualquier cosa mientras no pareciera excesivamente gramatical. No sospecharon bastante que la creación de todo un lenguaje, aunque termine traicionando su sentido, muestra irrefutablemente la estructura humana, sea la de un chino o la de un piel roja. Lenguaje quiere decir residencia en una realidad, vivencia en una realidad. Aunque sea cierto que el lenguaje que usamos nos traiciona (y Morelli no es el único en gritarlo a todos los vientos), no basta con querer liberarlo de sus tabúes. Hay que re-vivirlo, no re-animarlo.

Oliveira vuelve a intervenir:

—Lo único claro en todo lo que ha escrito el viejo es que si seguimos utilizando el lenguaje en su clave corriente, con sus finalidades

corrientes, nos moriremos sin haber sabido el verdadero nombre del día. ¿Para qué sirve un escritor si no para destruir la literatura?...

Morelli — dice Oliveira — procede como un guerrillero: «el escritor — según él — tiene que incendiar el lenguaje, acabar con las formas coaguladas e ir todavía más allá, poner en duda la posibilidad de que este lenguaje esté todavía en contacto con lo que pretende mentar. No ya las palabras en sí, porque eso importa menos, sino la estructura total de una lengua, de un discurso».

Los personajes de *Rayuela,* y entre ellos Morelli, giran constantemente (caps. 19, 21, 28, etc.) alrededor de la palabra, «la violación del hombre por la palabra, la soberbia venganza del verbo contra su padre». Oliveira se pregunta: «¿Qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos, un diccionario de caras y días y perfumes que vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso, adelantándose solapados a la cosa en sí, el presente puro...?»

Constantemente se detiene Cortázar en las palabras, sin duda apuntando a las cosas: «Los habían interpelado en perfecto castellano para *mangarles* la entrega benévola de uno que otro atado de cigarrillos» (346); *psicología,* «palabra con aire de vieja» (415); *sapiens* (de *homo sapiens*), «es otra vieja, vieja palabra, de esas que hay que lavar a fondo antes de pretender usarla con algún sentido» (419); *intimidad,* «qué palabra, ahí no más dan ganas de meterle la hache fatídica» (448), «pero el amor, esa palabra» (483). Y, sin embargo, la tan calumniada palabra tiene en la obra notable fecundidad. Oliveira, al volver de París, no le podía *contar* nada a Tráveler, y lo explica (cap. 52):

> Si empezaba a tirar del ovillo, iba a salir una hebra de lana, metros de lana, lanada, lanagnórisis, lanatúrner, lanapurna, lanatomía, lanata, lanatalidad, lanacionalidad, lanaturalidad, la lana hasta lanáusea, pero nunca el ovillo.

Uno de los juegos habituales de Oliveira y Tráveler era abrir el Diccionario de la Real Academia («la palabra Real había sido encarnizadamente destruida a golpes de gilette»), al que llamaban «el cementerio» (cap. 41), y con ayuda de él inventaban frases como la siguiente (la única palabra que no está en el Diccionario es *cleonasmo,* sin duda errata de imprenta por *cleuasmo,* que sí está y hace sentido):

Hartos del cliente y de sus cleonasmos, le sacaron el clíbano y el clípeo y le hicieron tragar una clica. Luego le aplicaron un clistel clínico en la cloaca, aunque clocaba por tan clivoso ascenso de agua mezclada con clinopodio, revolviendo los clisos como clerizón clorótico.

En *Rayuela* hay hasta crítica del estilo literario. Oliveira lee una de las novelas españolas a que era aficionada la Maga, y reproduce unas páginas, pero interlineando sus observaciones y burlas (cap. 34). Encuentra la expresión: «lo que en verdad era poco lisonjero para un hombre que...» Y observa irónicamente:

Lisonjero, desde quién sabe cuándo no oía esa palabra, cómo se nos empobrece el lenguaje a los criollos, de chico yo tenía presentes muchas más palabras que ahora, leía esas mismas novelas, me adueñaba de un inmenso vocabulario, perfectamente inútil por lo demás, *pulcro y distinguidísimo,* eso sí.

No nos vamos a detener ahora en el remedo de un diálogo típico entre españoles (cap. 41), o del estilo de Hipólito Irigoyen (cap. 49), sus juegos con las haches (Oliveira «usaba las haches como otros la penicilina», y las ponía en las grandes palabras, como *hasunto, hencrucijada, hunidad,* y hasta *Holiveira,* «y así se sentía capaz de pensar sin que las palabras le jugaran sucio», cap. 90), o con una ortografía reformada, de tipo fonético (cap. 69), o sus dudas entre *magnetófono* y *grabador* (cap. 47). Pocas veces juega con la sintaxis. A veces, al dejar la frase en suspenso. Así, evoca Horacio sus encuentros con la Maga (cap. 1): «de repente pasaba por ahí Harold Lloyd, y entonces te sacudías el agua del sueño, y al final te convencías de que todo había estado muy bien, y que Pabst y que Fritz Lang». O bien por afán de condensación expresiva. Así, Horacio y la Maga, en el Barrio Latino, «se paraban delante de una vidriera» para leer los títulos de los libros (cap. 4):

La Maga se ponía a preguntar, guiándose por los colores y las formas. Había que situarle a Flaubert, decirle que Montesquieu, explicarle cómo Raymond Radiguet, informarla sobre cuándo Théophile Gautier. La Maga escuchaba, dibujando con el dedo en la vidriera.

O en el siguiente soliloquio de Horacio (cap. 21):

Rodeado de chicos con tricotas y muchachas deliciosamente mugrientas bajo el vapor de los *cafés crème* de Saint-Germain-des-Prés, que leen a Durrell, a Beauvoir, a Duras, a Douassot, a Queneau, a Sarraute, estoy yo, un argentino afrancesado (horror horror), ya fuera de la moda

adolescente, del *cool,* con en las manos anacrónicamente *Êtes-vous fous* de René Crevel, con en la memoria todo el surrealismo, con en la pelvis el signo de Antonin Artaud, con en las orejas las *Ionisations* de Edgar Varèse, con en los ojos Picasso (pero parece que soy un Mondrian, me lo han dicho).

Y también cuando en pleno Club de la Serpiente Horacio va entrando paulatinamente en el limbo de la borrachera (caps. 16 y 18). Ya se ve que estamos lejos del realismo expresivo. En mitad de sus frases intercala palabras en francés, inglés, alemán o italiano. Y hay palabras que no le gustan y crea otras. La Maga hasta inventa un nuevo lenguaje —el glíglico— en el que ella y Horacio pueden decirse, sin el viejo rubor, las mayores obscenidades (cap. 20). Y no sé si en ese lenguaje, o en algún otro, está escrito todo un capítulo (el 68), que me parece escabrosísimo y termina así:

¡Evohé! ¡Evohé! Volposados en la cresta del murelio, se sentían balparamar, perlinos y márulos. Temblaba el troc, se vencían las marioplumas, y todo se resolviraba en un profundo pínice, en niolamas de argutendidas gasas, en carinias casi crueles que los ordopenaban hasta el límite de las gunfias.

Cortázar se propuso romper todo tabú verbal, liberar la expresión de falsos pudores y rehabilitar las malas palabras y hacerlas entrar por la puerta ancha de la novela, empresa sin duda denodada en cualquier parte de Hispanoamérica, y más que en ninguna en el Río de la Plata, donde se suele dar al recién llegado una amplia lista de palabras españolas que debe evitar en buena sociedad. Rompe así una tradición que, desde los días iniciales de la Colonia, cerraba la entrada, en la lengua literaria, a toda referencia sexual o coprológica, relegadas al campo infraliterario de la pornografía, por lo demás muy vasto, pero clandestino. La literatura del *boom* novelesco ha perdido hoy el antiguo pudor, y hasta siente cierto deleite nuevo por una procacidad a la francesa, a lo Céline. Cortázar es un maestro, pero no el iniciador ni el que ha ido más lejos. Vargas Llosa confiesa las dificultades que tuvo en *La ciudad y los perros:*

Como era imposible —dice— hacer hablar a estos muchachos sin malas palabras, he tratado de dar a estas palabras un valor puramente fonético en determinadas circunstancias que las justificaran. Todo ese lenguaje más o menos escatológico, que pudiera despertar en el lector

una resistencia, me ha dado mucho trabajo para imponérselo, por virtudes de otra índole. Quise que el movimiento de la prosa fuera tal que la palabra «malsonante» siempre tuviera un carácter de necesidad tal, que no pudiera ser rechazada, que fuera casi deseada, esperada con impaciencia por el lector...

Hay que reconocer, además, que las expresiones que antes sólo usaban los hombres entre ellos — o las mujeres solas — están hoy penetrando en el habla coloquial de ciertos círculos sociales, más bien elevados, que proceden con desparpajo señorial. Y que aun la mujer ha conquistado a este respecto, como en muchos otros, mayor libertad.

También en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) vuelve Cortázar sobre la relación entre lengua hablada y escrita, critica nuestro estilo literario («un lenguaje que en su más alto nivel da por ejemplo *El siglo de las luces,* mientras que todo el resto se agruma en una prosa que más tiene que ver con la sémola que con la vida que pretende encarnar», pág. 36) y exalta, como una de las grandes creaciones de la novela hispanoamericana, *Paradiso,* de Lezama Lima. Nos gustaría detenernos en esta obra, pero sólo podemos por ahora destacar el contraste entre la lengua coloquial cubana y la lengua coloquial de la novela. Así, por ejemplo, José Eugenio, el futuro coronel Cemí, todavía adolescente, que parece enamorado de la sonrisa de Rialta, habla con la Abuela Munda y le dice muy de prisa (Méjico, 1968, pág. 115):

—Nosotros, nuestra familia, tiene la carcajada; sólo imagino sonreír a mi madre, a pesar de que apenas puedo ya recordarla, pues yo era demasiado niño, y a esa edad cuesta trabajo precisar una sonrisa, fijarse en el pliegue de los labios, en su plegarse al oír un pájaro o un crepúsculo en su melancolía aforística, o distenderse al caer un aro propicio sobre la oscuridad de un poro. Giraba la luz por las persianas, poliedro que amasa la luz como la harina de los transparentes, como si hubiese caído su sonrisa en el agua de las persianas. Me parecía que nuestra antigua carcajada necesitaba de esa sonrisa, que nos daba la lección del espíritu actuando sobre la carne, perfeccionándola, como la jarra cuando el artesano, aun en la duermevela del alba, va diseñando la boca de la arcilla.

José Eugenio almuerza por primera vez en casa de Rialta. Mela, la abuela, evoca los cantos guerreros de la emancipación de Cuba, quiere que Rialta los cante. Ella dice (pág. 126):

—Abuela, cantar en el hogar los sones guerreros, no tan sólo le hace daño a la paz, sino que le quita gallardía a los verdaderos guerreros; usted, por su temperamento sobreexcitado por el asma, recuerda más la generación de Brunhilda que la de Penélope, evoca a las amazonas que perseguían a los guerreros hasta hacerlos desfallecer. Establecida ya la paz, el humo de la sopa es el preludio del arca de la alianza.

Entonces es la abuela Mela la que canta, y José Eugenio dice (pág. 127):

—Mire, señora Mela, hay algo en esas evocaciones que me trae la pinta de mi madre. Su fineza, la familia toda dedicada a producir el fino espesor de la miel, la querendona hoja del tabaco, las hacía vivir como hechizadas. Sus obsesiones por la estrella, la ternura retadora, el convidante estoicismo, van por esa misma dirección. Me acuerdo cuando el coronel Méndez Miranda, primo de mi madre, visitaba el Resolución, mi padre se alejaba, como quien respeta una fuerza extraña, se le esfumaba la adecuación. Pero aquella fineza necesitaba como pisapapeles el taurobolio invisible, resistente, de mi padre...

Es como proclamar: «¡Abajo el realismo verbal!» Lezama mismo se defiende en una nota de *Paradiso* (pág. 452): «Es más natural el artificio del arte fictivo, como es más artificial lo natural nacido sustituyendo.» (Vargas Llosa decía que los nuevos escritores estaban creando una realidad propia capaz de parangonarse o competir con la realidad misma.) A veces se detiene a explicar el habla de sus personajes (págs. 135-136):

Cuando Rialta se encolerizaba al hablar, era cuando más se parecía al lenguaje culto de la señora Augusta. Esta, naturalmente, como sentada en un trono, dictaba sus sentencias cargadas de variaciones sobre versos y mitologías. Cuando Rialta manejaba ese estilo lo hacía con ironía o encolerizada, necesitaba violentarse para dorar sus dardos y destellar en la tradición grecolatina. En la señora Augusta, ese estilo tenía la pompa de las consagraciones en Reims, oracular, majestuoso. En Rialta, muy criolla, era un encantamiento, una gracia, el refinamiento de unos dones que al ejercitarse mostraban su alegría, no su castigo ni su pesantez.

Veamos entonces un relato («gengiscanesco» lo llama el autor) que hace la criolla Rialta, el personaje de más encanto de la obra (págs. 136-137):

—Parecían unos sepultureros shakesperianos. Para destruir el anón y las fresas se habían emborrachado y sudaban tabaco juramentado. La

sangre se adensó en su roña, tropezó en las piedras de la enjundia cuarentona de los dos presos. El escolta señaló con su índice ríspido las dos matas de anones. Los dos presos, empuñando larguísimos paraguayos entrecruzados de tierra roja, sudor y jugo de plantas, comenzaron a pegar tajos, bien hacia las raíces o hacia la copa, haciendo temblar como una zarza el tronco más tierno que airoso de la mata. El escolta se reía viendo el ascenso de la llamarada verde del arbolito. Risa mala, como con todos los dientes puestos sobre el hielo. Extrajo la bayoneta y la caló sobre el rifle. Risa mala, enseñaba todos los dientes, ahora se precisaba en el espacio hundido por dos muelas extraídas, una extensión necrosada de tejido purulento, como quemada. Se impulsó, hundió la bayoneta en el centro de la mata. Bajo la presión central, el ramaje del árbol pareció abrir los brazos. Entonces, los dos presos, liberados del vaivén esquivo, comenzaron un macheteo incesante, sanguinario, hasta que levantaron las raíces entre sus dedos de pedernal, hosco, juramentado. Las raíces trenzaron la bayoneta como un caduceo pitagórico. Quedaban por los canteros las enredaderas de los fresales. El rocío, divinidad protectora entre lo invisible y lo real, disparaba las flechas de su refracción sobre los malvados ojizarcos. Se impulsaba la pareja de presos, con la cara amoratada; como si cargaran un barril de piedras se descargaban, fortalecidos por los gritos de la rotación combativa, sobre el machete, que levantaba una polvareda chillona, pero las fresas, protegidas por sus divinidades y el nido de su follaje, enseñaban sus encías matinales, liberadas del verdín corrosivo de las silbantes flechas. Pero muy pronto los malvados organizaron sus fuerzas y las distribuyeron. Si antes la bayoneta penetraba en el centro de la mata de anón, ahora buscaban el punto de absorción, de sumergimiento, por donde las fresas se escondían a cada machetazo sanguinolento. Logrado ese punto, se abandonaba a sus furias danzables. El escolta daba unos pasos rastrillados, polvo escupitajo sus baquetas rotando, apuntaba al centro de astucia y hundimiento, y fijaba la fresa como con la muleta de una momentánea sierpe umbilical. Se impulsaba uno de los presos, daban gritos como pescadores japoneses que rechazaran una escuadra de nobles, y las fresas reventadas, con su linfa sagrada penetrando en la Tebas de sus semillas, se desconchaban a través del paredón, donde muy pronto la llegada del rayo solar ordenaba sus transmigraciones misteriosas, ya de pavo en Ceilán, ya de perezoso en un parque londinense.

Mario Vargas Llosa decía en la revista *Amaru,* de Lima, en 1967 (recogido en *La nueva novela latinoamericana,* Buenos Aires, Editorial Paidós, 1969):

Lezama Lima es un escritor avasalladoramente *tropical,* un prosista que ha llevado ese exceso verbal, esa garrulería de que han sido tan acusados los escritores latinoamericanos, a una especie de apoteosis, a

un clímax tan extremo, que, a estas alturas, el defecto ha cambiado de naturaleza y se ha vuelto virtud. No siempre, desde luego. Hay muchas páginas de *Paradiso* en las que el enrevesamiento, la oceánica acumulación de adjetivos y de adverbios, la sucesión de frases parásitas, que a su vez se subdividen en otras frases parásitas, el abuso de símiles, de paréntesis, el recargamiento y el adorno y el avance zigzagueante, las idas y venidas del lenguaje resultan casi irresistibles y desalientan al lector. Pero a pesar de ello, cuando uno termina el libro, estos excesos verbales quedan enterrados por la excitación, el deslumbramiento, la perpleja admiración que deja en el lector esta expedición por ese gigantesco e insólito *Paradiso* concebido por un gran creador y propuesto a sus contemporáneos como territorio de goces infinitos.

Cortázar, su más encendido admirador, dice que los personajes hablan siempre *desde la imagen:* Lezama «los proyecta a partir de un sistema poético que tiene su clave en la potencia de la imagen», y le tiene sin cuidado que hablen o no de acuerdo con su condición, y que en una comida de familia doña Augusta evoque a Hera, o un criado se acuerde de Hermes o de Nerón o del Yi King (*La vuelta al día en ochenta mundos,* pág. 145). De modo análogo se ha señalado que en *La muerte de Artemio Cruz,* de Carlos Fuentes, una soldadera y un revolucionario — en diálogo amoroso — hablan una lengua muy culta, y que ignorantes guerrilleros se expresan como filósofos.

En *Paradiso,* el lenguaje narrativo del autor está aún más alejado del realismo expresivo. De la casa de los Olaya comienzan a salir grandes voces. Cunde la alarma y llega la ambulancia. Cuenta Lezama Lima (pág. 118):

> Llegó un carro, donde era bien visible que la agitación de la finalidad que los acuciaba podía romper sus escuadras disciplinantes. Cuatro soldados sanitarios, con un sargento y un teniente. La serpiente engarabitada espiralando el caduceo, mostraba que era un médico del ejército, acompañado de enfermeros y ayudantes.

La culminación de su estilo narrativo es la descripción de la casa del señor Michelena en Matanzas, y lo que pasaba en ella (págs. 54-55):

> La casa, en el centro de la finca, tenía todas sus piezas con una goterosa iluminación. El exceso de la luz la tornaba en líquida, dándole a los alrededores de la casa la sorpresa de corrientes marinas. En la casa estaba la afiebrada pareja, y la irreconocible Isolda comenzó a levantar la voz hasta las posibilidades hilozoístas del canto. Dentro

estaban el señor Michelena, dándole vuelta a la champanizada vírgula de la copa, y la mujer que lo rozaba, volvía apenas, desperezaba su lomo de algas, y se desenredaba después, sin poder precisar en qué cuadrado del tablero comenzaría a cantar. A veces, la voz desprendida del cuerpo, evaporada lentamente, se reconocía en torno a las lámparas o al ruido del agua en los tejados, mientras el cuerpo se hacía más duro al liberarse de aquellas sutilezas y corrientes lunares. Se entreabrió la puerta, y apareció amoratada, en reverso, chillante, la mujer que despaciosamente abría y alineaba la boca como extraída de la resistencia líquida, con las pequeñas escamas que le regalaba el sudor caricioso. Desde la puerta al inicio de la escalera, situada frente a la granja ondulante por los sombreros de la luz y los carnosos fantasmas asistentes, sólo entreabría su boquilla dentro del sueño golpeada, con nuevos músculos para el pegote de arcilla. Frente a la casa de druídicas sospechas lunares y con sayas dejadas por las estinfálidas, sentado en una mecedora de piedra de raspado madreporario, el chinito de los rápidos buñuelos de oro, envuelto en el lino apotrocaico, se movía óseamente dentro de aquella casona de piedra y el lino agrandado por el brisote del cordonazo.

Y así se prolongan seis páginas más, en una prosa de clara intención gongorina. Ya en *La expresión americana,* de 1957, había escrito: «Sólo lo difícil es estimulante.» Fue efectivamente un adorador de Góngora, al que dedicó un ensayo entusiasta («Sierpe de Don Luis de Góngora»), y exaltó el *trobar clus,* hermético o esotérico (sus tremendistas escenas sexuales, u homosexuales, son en cambio, muy diáfanas, y tienen del *Polifemo* sólo la desmesura). Ese lenguaje le parece natural a Cortázar, «apenas se prescinda — dice — de la pertinaz noción realista de la novela», y lo explica (pág. 144):

> Nada más *natural* que un lenguaje que informa raíces, orígenes, que está siempre a mitad de camino entre el oráculo y el ensalmo, que es sombra de mitos, murmullo del inconsciente colectivo; nada más humano, en su sentido extremo, por un lenguaje poético como éste, desdeñoso de la información prosaica y pragmática, rabdomancia verbal que catea y hace brotar las más profundas aguas.

Y hasta siente a través de él «una presencia humana que refleja lo cubano y lo americano, con un reflejo que es casi siempre una hipóstasis». Con todo, el mismo Cortázar dice: «Leer a Lezama es una de las tareas más arduas y con frecuencia más irritantes que puedan darse» (*La vuelta al día,* pág. 137). El lector tiene que ser un Edipo perpetuo: «No sólo es hermético en sentido literal — dice — por cuanto lo mejor de su obra propone

una aprehensión de esencias por vía de lo mítico y lo esotérico en todas sus formas, históricas, psíquicas y literarias, vertiginosamente combinadas dentro de un sistema poético en el que con frecuencia un sillón Luis XV sirve de asiento al dios Anubis, sino que además es formalmente hermético, tanto por el candor que lo lleva a suponer que la más heteróclita de sus series metafóricas será perfectamente entendida por los demás, como porque su expresión es de un barroquismo original (*de origen,* por oposición a un barroquismo lúcidamente *mise en page,* como el de Alejo Carpentier).»

Lezama Lima y Carpentier son para Cortázar los dos polos de la visión y manifestación de nuestro barroco («dos grandes escritores que defienden lo barroco como cifra y signo vital de Latinoamérica»). Y los asocia con el barroquismo de Vallejo y de Neruda. Alejo Carpentier — en sus *Tientos y diferencias,* de 1967 (págs. 36-37) — sostiene que toda prosa que da vida, consistencia, peso y medida, «es una prosa barroca, forzosamente barroca». Y dice: «Nuestro arte siempre fue barroco: desde la espléndida escultura precolombina y el de los códices, hasta la mejor novelística actual de América... El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco.»

Claro que Alejo Carpentier usa *barroco* en sentido muy especial (ve barroquismo en Durero y hasta en el neoclasicismo tardío). Pero volvamos a *Paradiso.* Cortázar (*La vuelta al día,* 138), define la obra como «una novela que es también un tratado hermético, una poética y la poesía que de ella resulta», y dice que «encontrará difícilmente a sus lectores». Y analizando su propia obra, dice él — o Morelli — que el escribir de antes le parece demasiado fácil, en cambio el suyo nuevo (lo llama *desescribir*) implica una actitud un poco misantrópica: «hay solamente esperanza de un cierto diálogo con un cierto y remoto lector».

¿No es ésa — la de Cortázar, la de Lezama Lima, la de Borges, la de Carlos Fuentes — una literatura para literatos? Aunque en toda ella entran los más variados ingredientes de la lengua hablada (voces y giros populares y hasta vulgares), la lengua de la nueva literatura es literarísima. ¿No lo es también la de Vargas Llosa, con su sintaxis condensada, con su violenta ruptura del viejo molde oracional? En su prosa se entrecruzan continuamente, en una misma oración, un estilo narrativo, uno coloquial indirecto y el soliloquio de los personajes. Así, en *La casa verde* (págs. 11-12):

La Madre Angélica alza la cabeza: que hagan las carpas, Sargento, un rostro ajado, que pongan los mosquiteros, una mirada líquida, esperarían a que regresaran, una voz cascada, y que no le pusiera esa cara, ella tenía experiencia. El Sargento arroja el cigarrillo, lo entierra a pisotones, qué más le daba, muchachos, que se sacudieran. Y en eso brota un cacareo y un matorral escupe a una gallina, el Rubio y el Chiquito lanzan un grito de júbilo, negra, la corretean, con pintas blancas, la capturan, y los ojos de la Madre Angélica chispean, bandidos, qué hacían, su puño vibra en el aire, ¿era suya?, que la soltaran, y el Sargento que la soltaran, pero, Madre, si iban a quedarse necesitaban comer, no estaban para pasar hambres. La Madre Angélica no permitiría abusos, ¿qué confianza podían tenerles si les robaban sus animalitos? Y la Madre Patrocinio asiente, Sargento, robar era ofender a Dios, con su rostro redondo y saludable, ¿no conocía los mandamientos?

Quizá una vertiente distinta la representen García Márquez en Colombia y Ernesto Sábato en la Argentina. La lengua de *Cien años de soledad,* una de las grandes novelas de nuestro tiempo, no puede ser más tradicional y cristalina. García Márquez confiesa (*Insula,* junio de 1968) las dificultades que tuvo para darle a su relato un tono convincente. Había que contar — dice — como contaban los abuelos, con el lenguaje con que contaban los abuelos:

Fue una tarea muy dura la de rescatar todo un vocabulario y una manera de decir las cosas que ya no son usuales en los medios urbanos en que vivimos los escritores, y que están a punto de perderse para siempre. Había que servirse de ellos sin temor, y hasta con un cierto valor civil, porque siempre estaba presente el riesgo de que parecieran afectados y un poco pasados de moda.

Ahora, viendo las cosas con cierta perspectiva, me doy cuenta de que el problema más difícil de resolver en la práctica fue el del lenguaje. Los escritores de lengua castellana, los de aquí y los de allá, no conocemos ya ni siquiera los nombres verdaderos de las cosas. El nuestro es un idioma fabulosamente eficaz, pero también fabulosamente olvidado.

Estamos en condiciones de volver ahora a la pregunta inicial. ¿Puede ser el lenguaje — como afirmaba Rodríguez Monegal — la realidad única de la novela latinoamericana? Ernesto Sábato — en unas declaraciones publicadas en la *Revista Nacional de Cultura,* Caracas, abril-junio de 1968 — contesta:

Creo que es ilusorio, y además pernicioso, separar el lenguaje de lo que ese lenguaje debe expresar. Creo que toda investigación del lenguaje por el lenguaje mismo es una actitud bizantina que ha llevado

siempre a la historia de la literatura, o lleva ahora a quienes así proceden, a una especie de preciosismo verbal, a una suerte de retórica, que no tiene ninguna importancia para la historia de la literatura. También entre el lenguaje y lo expresado hay una relación dialéctica. Una relación dialéctica que no se puede romper. Las innovaciones formales, lingüísticas, técnicas, son legítimas en la medida en que son forzadas por la necesidad de expresar una realidad nueva. Cuando la innovación técnica se hace por la innovación misma, cosa a la que estamos muy habituados, entonces estamos en la decadencia de la literatura. Creo que se puede vaticinar que así como el preciosismo y el bizantinismo de la novelística francesa, después de la guerra mundial fue barrido por la fuerza vital de la literatura norteamericana, del mismo modo ciertos extremos de tipo técnico, formalista —el objetivismo y los otros ismos— van a ser también barridos por una nueva oleada de literatura vital.

Y así nos acercamos —en pleno *boom* de la novela latinoamericana— a la preocupación por la novela futura. La novela social o criollista había sido expresión de la América agrícola y pastoril. Acaso nuestras ciudades —dice hoy Alejo Carpentier (en *Tientos y diferencias,* pág. 12)—, por no haber entrado aún en la literatura, sean más difíciles de manejar que las selvas o las montañas, y cree que «la gran tarea del novelista americano de hoy está en inscribir la fisonomía de sus ciudades en la literatura universal, olvidándose de tipicismos y costumbrismos». Luego (págs. 103-121) es más amplio, y proclama como tema de nuestra novela una revelación privilegiada o milagrosa de la realidad americana, con su caudal de mitologías, lo que llama *lo real maravilloso.*

¡La gran tarea del novelista americano de hoy! He ahí un enigma. Mientras el mundo se estremece hasta sus últimos confines, y el hombre, al que la tierra ya le es estrecha, rebasa sus fronteras milenarias, ¿qué caminos nuevos se abren para que nuestra novela esté a la altura de los tiempos y no quede reducida a un pasatiempo anacrónico?

6. Conclusión

Hemos visto así cómo, paulatinamente, la literatura hispanoamericana ha ido pasando de la sujeción colonial a ocupar un puesto de avanzada, con personalidad propia y original, dentro de la literatura española y del mundo. ¿No ha sucedido lo mismo con la literatura brasileña y la norteamericana? Todavía Alfonso

Reyes podía decir: «Llegamos siempre con cien años de retraso a los banquetes de la civilización.» Hoy Octavio Paz afirma: «Somos por primera vez contemporáneos de todos los hombres.» Esta contemporaneidad — el estar a tono con la literatura mundial —, conquistada, como hemos visto, por el aporte sucesivo de las generaciones, ¿no nos autoriza a concebir grandes esperanzas sobre el porvenir de nuestras letras? ¿No anuncia además la madurez de nuestro mundo hispanoamericano, o iberoamericano, tan subdesarrollado en otros órdenes?

El escritor hispanoamericano, cohibido ante el lenguaje, oscilaba entre el academicismo y el barbarismo. Hoy se ha soltado el pelo. Su lengua es propia, y no subsidiaria de ninguna parte. Y como es propia, procede con ella libremente, combina palabras, inventa palabras, juega con la sacrosanta sintaxis, rehabilita palabras condenadas antes al subsuelo de la lengua — se ponían a veces con la letra inicial y puntos suspensivos —, pero ya no reniega de ella, como en la época de Sarmiento, sino que se siente comprometido con ella y la trata con amor entrañable. Le ha dado así varias obras de primer orden. ¿No hay que esperar mucho más?

Es verdad que voces agoreras anuncian la muerte de la literatura ante el avance de otros medios — el cine, la televisión —, dotados de los recursos cada vez más portentosos de la técnica moderna. Los recursos de la literatura, en cambio, siguen siendo sustancialmente los mismos desde hace unos tres mil años. Sin embargo, nunca se ha escrito tanto, con tal ansia de captar las pulsaciones de la vida y del mundo. Y aunque siempre se ha hablado mucho de universalismo, lo cierto es que por primera vez en la historia se está llegando realmente a él. La literatura se ha vuelto planetaria, como la política, como la técnica. Y ahora todo puede entrar en la literatura y la literatura puede entrar en todo.

¿Y la lengua hablada? La lengua hablada es por naturaleza individual o dual, y se desenvuelve en toda su plenitud entre un yo y un tú. Pero también es por naturaleza — y cada vez más — social. Y la sociedad del hombre es cada día más amplia. El habla familiar o el habla local tienen sus fueros, y era una aberración del viejo purismo haber pretendido someterla a leyes extrañas. También el habla regional o nacional ha ganado prerrogativas, el derecho a sus legítimas diferencias: se está generalizando un consenso a favor de la pluralidad de normas cultas. Pero por encima del habla familiar, local, regional o nacional, con sus inevitables particularidades, nos preside — como arquetipo ideal — una len-

gua hablada y escrita común a todos, que permite que chilenos, mejicanos o españoles nos entendamos plenamente en nuestros escritos y en nuestros coloquios, y nos sintamos, por igual, partícipes de una de las comunidades más grandes y más originales del mundo. Ya se ve que por todos los caminos, los de la lengua hablada y de la lengua escrita, el signo de nuestra época es el universalismo.

Además, también nuestra lengua hablada está perdiendo su viejo complejo de inferioridad. Hace años decía Borges:

> He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valldemosa y uno en Madrid; tengo gratísimos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros...

Cortázar, en *Rayuela,* reaccionaba contra la idea general de que el habla de Buenos Aires es incorrecta y pobre, y exaltaba «nuestro hermoso, inteligente, rico y hasta deslumbrante estilo oral». Ya antes, como hemos visto, Juan Ramón Jiménez se había sentido seducido por el castellano de Buenos Aires. Y hace poco escribía Alejo Carpentier:

> aunque la afirmación puede parecer osada, el latinoamericano habla, por lo general, un castellano mejor que el que se habla en España.

La lengua común nos gobierna a todos. Decía Heidegger: «El hombre se comporta como si fuera el creador y el dueño del lenguaje, cuando es éste, por el contrario, su morada y su soberano. Cuando esta relación de soberanía se invierte, extrañas maquinaciones vienen al espíritu del hombre.»

Yo no sé si entre esas extrañas maquinaciones hemos visto pasar el letrismo — la pretensión de expulsar de la literatura la palabra, precisamente por su significación, considerada impureza —, ciertas formas de surrealismo, que querían además descoyuntar la sintaxis, cierto juego arbitrario con las formas, las significaciones y las imágenes. La revolución romántica había intentado romper todos los moldes, pero tuvo una actitud reverencial hacia la lengua. No ha faltado en los últimos tiempos la tentativa de sobrepasar toda limitación. Pero no parece que haya motivo de alarma. La lengua ha salido no sólo indemne, sino enriquecida, fortalecida. «El lenguaje — decía mi maestro, Don Miguel de Unamuno — ha de ser futurista, y el mejor escritor será el que acierte a acercarse a lo que será el castellano del siglo XXI, o del XXV.»

SARMIENTO Y UNAMUNO ANTE LOS PROBLEMAS DE LA LENGUA

A dos generaciones de distancia, y separados por la inmensidad que va desde el escenario argentino al español, Sarmiento y Unamuno están unidos por una íntima afinidad espiritual. Los problemas de la lengua son, para ambos, problemas de renovación cultural, y por esa renovación libran su batalla contra el casticismo y el academicismo.

I

Sarmiento empezó por ser purista. Confiesa que en muchos años de enseñanza a los niños de escuelas primarias y adultos de la Escuela Normal quiso imponerles la pronunciación de la *z* para guiar la ortografía, y escribió e imprimió a sus expensas métodos de lectura basados en la pronunciación correcta. Confiesa también que se ejercitó en imitar a lo mono el habla de los españoles. Pero pronto el maestro provinciano se transformó en rebelde. Enemigo de la dictadura, se volvió enemigo de toda sujeción: de las normas neoclásicas, que identificaba con la cultura española, y hasta de todo lo español. La independencia política quiso convertirla también en independencia lingüística. En 1841, emigrado en Santiago de Chile, decía:

> Los idiomas, en las emigraciones como en la marcha de los siglos, se tiñen con los colores del suelo que habitan, del gobierno que rigen y las instituciones que las modifican. El idioma de América deberá, pues, ser suyo propio, con su modo de ser característico y sus formas e imágenes tomadas de las virginales, sublimes y gigantescas que su naturaleza, sus revoluciones y su historia indígena le presentan. Una vez dejaremos de consultar a los gramáticos españoles para formular la gramática hispanoamericana.

En este impulso, y a pesar de su admiración por Larra, llegó casi a abjurar de la lengua española. En 1842 escribía: «Tenemos que ir a mendigar a las puertas del extranjero las luces que nos niega nuestro propio idioma.» Y en 1856: «Si fuera posible cambiar idiomas voluntariamente, el hombre de Estado propendería a cambiar el idioma inviable por otro conductor de los conocimientos humanos.» Y en 1866: «Como instrumento de civilización, puede decirse que el idioma castellano es una lengua muerta. Ni en política, ni en filosofía, ni en ciencias, ni en artes es expresión del pensamiento propio ni vehículo de las ideas de nuestra época.» Y en 1870, ya presidente de la República, escribía al Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela: «¿Cree V.E. que se pueden organizar y desenvolver sociedades civilizadas con una lengua que, por bella que sea, no es órgano de transmisión del pensamiento moderno?... Necesitaríamos traducir al español dos mil obras de las que caracterizan y constituyen la civilización moderna...». Y, finalmente, en una carta particular, en 1872, con pesimismo que más tarde se desvanecería, decía de la lengua española: «Es un viejo reloj *rouillé,* que está marcando todavía el siglo XVI. No saldrá de ahí.»

Si ésa era su opinión sobre la lengua misma, es evidente que no podía ser purista. Su violenta polémica con Andrés Bello, o más bien con algunos de sus discípulos, se desencadenó precisamente por sus ideas lingüísticas. Sarmiento, coincidiendo con las concepciones naturalistas de su tiempo, defendía la soberanía del pueblo en materia de lengua, y creía que el desarrollo de los idiomas respondía al imperio de la voluntad popular. Le parecía que Bello era demasiado literato, demasiado conocedor de los arcanos del idioma, y que llevaba a la juventud al culto de las exterioridades, con menoscabo de las ideas. Sarmiento quería que los escritores americanos aprendieran primero a pensar y luego a escribir. El purismo le parecía expresión de un espíritu nacional mezquino, y no sentía ningún apego por las formas viejas «de un idioma exhumado de entre los escombros del despotismo político y religioso». Por el contrario, con palabras que tomaba de Larra, defendía el galicismo y la innovación:

> El que una voz no sea castellana es para nosotros una objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar tal o cual combinación de sílabas para entenderse; desde el momento que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena.

Y exclamaba:

¡En países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto, que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa!

Su programa era el programa del romanticismo americano, que enunciaba, para burlarse después de sus detractores, con palabras de Larra: una literatura nueva, hija de la experiencia y de la historia, «expresión de la sociedad nueva que constituimos; toda de verdad, como es de verdad nuestra sociedad; sin más regla que esa verdad misma; sin más maestra que la naturaleza misma; joven, en fin, como el Estado que constituimos. Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra. El entusiasmo es la gran regla del escritor, el único maestro de lo bello y de lo sublime».

En su impulso innovador, quería reformar la ortografía, unificándola en los signos y adaptándola a la pronunciación americana. Y en el uso de la lengua predicaba la máxima libertad. No es posible — decía — «poner coladeras al torrente.» Los gramáticos son «como el Senado conservador, creado para resistir a los embates populares, para conservar la rutina y las tradiciones»; son «el partido retrógrado, estacionario, de la sociedad habladora». Pero el mismo torrente los empuja, «y hoy admiten una palabra nueva, mañana un extranjerismo vivito, al otro día una vulgaridad chocante». Falta espontaneidad en los escritores, y su imaginación está agarrotada — decía — por el influjo de los gramáticos, el respeto de los moldes y el temor a las reglas. Lanzó entonces — en 1842, y siempre en Santiago de Chile —, lo que se ha llamado su proclama a la juventud:

Cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas de dondequiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época, y cuando sintáis que vuestro pensamiento, a su vez, se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escribid, con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso... En-

tonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá bellezas. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán.

II

Unamuno conocía muy bien la obra de Sarmiento, «el gran Sarmiento» — como lo llamaba —, «gran héroe americano, el más grande acaso de sus héroes por el pensamiento», «aquel genio a quien tantas veces la canalla trató de loco». En el Ateneo de Madrid dio una conferencia para hacerlo conocer en España. Todavía en 1935 lo consideraba «soberano ingenio de la América hispánica», «el hombre genial que más en español, en más castiza habla española, habló mal de España».

Sarmiento había nacido, en su rincón provinciano, en medio de la lucha contra España, y sus ideas sobre la lengua estaban dictadas por el afán de construir, para su Argentina naciente, para las nacientes repúblicas de Hispanoamérica, una cultura nueva, fertilizada por las más diversas corrientes del pensamiento universal. Unamuno, por su parte, vasco de origen, buscó universalidad en su lengua española, que él supo hacer suya en una lucha denodada que abarcó toda su vida de escritor. Y al querer hacerla suya, y que fuese lengua de todo el mundo hispánico, y también del rebelde mundo hispanoamericano, quiso renovarla, descubrir su profunda tradición dormida y ponerla a tono con las nuevas ideas y los afanes nuevos.

También él partía de un descontento. En 1901, en el prólogo a un libro del argentino Manuel Ugarte, decía:

> El viejo castellano, acompasado y enfático, lengua de oradores más que de escritores..., necesita refundición. Necesita, para europeizarse a la moderna, más ligereza y más precisión a la vez, algo de desarticulación, puesto que hoy tiende a la anquilosis; hacerlo más desgranado, de una sintaxis menos involutiva, de una notación más rápida. La influencia de la lectura de autores franceses va contribuyendo a ello, aun en los que menos se lo creen.

Y poco después, en el mismo año, en un ensayo sobre la lengua:

> La manera genuinamente castellana de decir se vierte en una sintaxis que se compadece, por lo común, bastante mal con la viveza y soltura del inquieto pensamiento moderno; es un decir en carreta cuando va

el idear en locomotora. Una construcción sintáctica de garfios, corchetes, lañas y ensambladuras, tan pesada como ese nuestro verso tradicional, tamborilesco y machacón, en que ahoga el compás al ritmo, verso más cadencioso que melódico.

Y explicaba esa marcha de carreta de la frase: «camina a marcha castellana, como entre roderas de camino vecinal, hala, hala, siempre adelante, sin esguinces, ni quiebros, ni arredros, ni saltos. itinerariamente; que pueda el caballero descabezar su siesta al compás de la andadura... Es una pesadez... ¡y qué bien suena!... sobre todo porque no dice nada y adormece. Así ese decir anquilosado, con hinchazones de artritis a las veces, de la sintaxis que pasa por castiza, séalo o no. Séalo o no, porque ¿es realmente tal manera la genuinamente castellana?» Todavía era más duro en 1903, cuando decía del castellano:

Una lengua de conquistadores y de teólogos dogmatizantes, hecha para mandar y para afirmar autoritariamente. Y una lengua pobre en todo lo más íntimo de lo espiritual y abstracto.

Su inconformismo era el de toda su generación, aun antes de la pérdida del último baluarte del imperio colonial. Quería sacar a España de su marasmo («Sobre el marasmo actual de España» se titulaba uno de sus ensayos *En torno al casticismo,* de 1895) y renovar la vida y la cultura: «la regeneración española». El casticismo era una de las rémoras, uno de los signos de la decadencia: el casticismo de lengua y estilo refleja un casticismo de pensamiento, un apego a las doctrinas tradicionales, de vieja cepa. Por eso arremetió contra él, y se burló siempre de «la señora Gramática», de «los hórridos libracos de análisis gramatical y lógico para uso de pedagogos», del «supersticioso y vano respeto a una casticidad empobrecedora», del «infecundo gramaticalismo», del gobierno de los muertos», de «la pesada rumia de los viejos autores consagrados», del «servilismo academicista». El purismo le parecía un «solapado instrumento de todo género de estancamiento espiritual; y lo que es peor, la reacción entera y verdadera». Se rebelaba contra la retórica y la ampulosidad tradicionales, contra «la achatadora uniformidad» de los escritores de su tiempo: «Parece —decía— que las palabras, giros y modismos sobrehechos les agarran y atan las ideas, en lugar de ser éstas las que cojan y moldeen a aquéllos.» Exclamaba: «El castellano ha perdido fecundidad.» Y lo explicaba: «Cuando se secan las ideas, quedan sus coberturas.» Quería, por el contrario, un estilo poderoso, aunque

fuera incorrecto, y no esas «melopeas escritas con el más chinesco artificio gramatical y retórico». La lucha contra el casticismo purista era una forma de su lucha contra la ortodoxia: «Las lenguas, como las religiones, viven de herejías. El ortodoxismo lleva a la muerte por osificación; el heterodoxismo es la fuente de la vida.» En la actitud purista o casticista se encubría, según él, una cuestión teológica.

Su reacción anti-gramatical era la del historicismo de la época: la gramática comparada e histórica frente a la vieja rutina. Como Sarmiento, y en eso prolonga la actitud romántica, que era la de todo el movimiento filológico, veía en el pueblo la fuente de salvación, «el opulento fondo de las tradiciones vivas». Las vicisitudes del teatro español — decía — «son las del popularismo en España; y su decadencia actual, efecto del abismo que separa a nuestros literatos de nuestro pueblo». El habla popular — lo demostró con su obra — era «una fuente estilística viva, un estímulo de liberación frente a los modelos literarios». La tradición era para él «la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia». Y recomendaba: «Hay que chapuzarse en pueblo, plasma germinativo, raíz de la continuidad humana.» Su ideal era escribir como hablaba, que sus libros y todos sus escritos hablaran como hombres. Sarmiento era para él un escritor tan portentoso — decía — «porque escribió siempre de la grosura de su corazón, con ímpetu, hablando lo que escribía». E insistía, en 1913:

> Como he dicho cien veces, prefiero un libro que hable como un hombre a un hombre que hable como un libro. Y quiero sentir vibraciones de voz humana bajo las líneas, tan simétricas y ordenadas, de un impreso.

Porque a Unamuno le interesaba más el hombre que la obra, más Don Quijote que el *Quijote,* más el quijotismo que el cervantismo. Y en su reacción contra los modelos consagrados, le parecía mezquino y pobre hacer del *Quijote* un texto de lengua castellana, y pernicioso imitarlo. Pedía «inspiración y soplo quijotescos» en un estilo y lenguaje que se apartaran de los empleados por Cervantes. Y hasta sostenía que el *Quijote* gana traducido, y que lo han sentido mejor fuera de España, en buena parte porque «no ha podido empañar su belleza la preocupación del lenguaje».

Su brío universalista era incompatible con un casticismo estrecho, y su carácter independiente mal podía avenirse con la ser-

vidumbre académica. Era enemigo de toda acción coactiva o legislativa sobre la lengua, y la existencia misma de la Academia le parecía «un perfecto disparate», «un contrasentido y un absurdo», pues respondía a una concepción «totalmente desatinada» del lenguaje. El academicismo — decía en 1917 — «es la peor enfermedad que puede padecer una lengua». Le molestaba «el estilo de uvas pasadas e higos pasos», y prefería aquel en que hubiera «más brotes y más flores de la venidera cosecha, que no secos frutos de la pasada». El lenguaje ha de ser futurista — decía —, y el mejor escritor será el que acierte a acercarse a lo que será el castellano del siglo XXI o del XXV.

Su admiración por Sarmiento, su interés por todo lo que se escribía y hacía en Hispanoamérica, era expresión de su amor a la lengua. Repetía con frecuencia: «La lengua es la sangre del espíritu.» Escribir en español era para él pensar en español, era ser español: «El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan, y por lo tanto sienten y obran, en español.» O en uno de sus sonetos:

> La sangre de mi espíritu es mi lengua,
> y mi patria es allí donde resuene
> soberano su verbo...

Y al recibir *Babel y el castellano,* de Arturo Capdevila, le contestó en verso:

> Dicen, por decir, amigo,
> que nos separa la mar.
> Pero yo: —Otra mar, les digo,
> de Dios nos viene a juntar,
> y a ofrecernos un abrigo
> y al espíritu un hogar:
> el romance castellano,
> con sus olas y su sal
> y sus abismos, oceano
> de hecho sobrenatural,
> como lo es todo lo humano,
> por humano, divinal.

Quería que su romance castellano se convirtiera realmente en lengua de toda España (pensaba en sus provincias vascongadas, en Galicia, en Cataluña, en el Levante) y de toda Hispanoamérica. Pero para que lo fuera de veras y arraigara en los vastos territorios

por donde estaba esparcida, tenía que modificarse hondamente, tenía que romper con todo casticismo engañoso, tenía que españolizarse, que convertirse en «un sobrecastellano». Por eso ponía el alma en la comunicación literaria entre España y las repúblicas hispanoamericanas («La comunicación asegura la integración») y consideraba que todas debían influir en el progreso de la común lengua española: el sobrecastellano debía resultar de la colaboración de todos los hablantes, de cualquiera latitud, de cualquier origen. En 1901 decía, en el ya mencionado prólogo a Manuel Ugarte:

> Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella la revolución en las ideas no es más que aparente. No caben, en punto a lenguaje, vinos nuevos en viejos odres.

Para eso Unamuno defendía la introducción de vocablos extranjeros y el uso de palabras nuevas: «Meter palabras nuevas, haya o no otras que las reemplacen, es meter nuevos matices de ideas.» Ya lo sostenía en el primero de sus ensayos *En torno al casticismo:* «El barbarismo será tal vez lo que preserve a nuestra lengua del *salvajismo.*» Y alegaba los hebraísmos de fray Luis de León, los italianismos de Cervantes y el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos: «El barbarismo produce al pronto una fiebre, como la vacuna, pero evita la viruela.»

Para renovar la lengua española quería que se estudiara la influencia del habla popular sobre la literaria, y viceversa, «para que los jóvenes que van a bachillerarse — decía — aprendieran a no desdeñar los llamados disparates del pueblo, ni las acepciones que vienen del arroyo, aprendieran que vale más remozar la lengua literaria en la fuente viva del habla popular que en los estanques miasmáticos del arcaísmo». Unamuno se burlaba del erudito «calafateado y embreado contra el aire fresco de la lengua viva de la calle, que busca el idioma en libracos empolvados... El pueblo es el verdadero maestro de la lengua..., que no hay academias, ni gramáticas, ni erudición ni escuelas que valgan contra la ley de vida».

Como Sarmiento, aunque de manera menos radical, era partidario de la reforma ortográfica, de que se escribiera como se pronunciaba. Decía que plantarle una *p* a *septiembre* o escribir *subscriptor* y *obscuro* era «el colmo de la pedantería y de la ignorancia de las leyes biológicas de una lengua.» Y agregaba: «ni aunque me aspen me hacen escribir *inconsciente* o *incognoscible*». Veía en ello un falso afán de distinción, comparable con las largas uñas de los chinos, y quería «quebrantar los cimientos de la pedantería

bachillerescа»: «¡Qué martirio —decía— aquél a que se somete a los pobres niños para que no sean ordinarios, sin que por eso lleguen a extraordinarios jamás!»... Amaba tanto la libertad, que no le asustaba la anarquía:

La anarquía en el lenguaje es la menos de temer... Derrámase hoy la lengua castellana por muy dilatadas tierras... Natural es que en tales circunstancias se diversifique el habla. ¿Y por qué ha de pretender una de esas tierras ser la que dé norma y tono al lenguaje de todas ellas? ¿Con qué derecho se ha de arrogar Castilla o España al cacicato lingüísico? El rápido entrecambio que a la vida moderna distingue impedirá la partición del castellano en diversas lenguas, pues habrán de influirse mutuamente las distintas maneras nacionales, yendo la integración al paso mismo a que la diferenciación dialectal vaya.

El problema de la expresión lo explicaba con una imagen: cortarse un traje a la medida del pensamiento. Y aquí coincidía casi con los términos mismos de Sarmiento:

¿Qué cómo se hace eso? A la buena de Dios, cada cual como mejor se las componga, salga lo que saliere, cada uno con su cadaunada, y luego... ello dirá... ¡viva la libertad!... La libertad, que es la conciencia de la necesidad. Escribe como te dé la real gana, y si dices algo de gusto o de provecho y te entienden, y con ello no cansas, bien escrito está como esté; pero si no dices cosa que valga, o aburres, por castizo que se te repute, escribes muy mal, y no sirve darle vueltas, que es tiempo perdido, en cuanto a lo de aburrir, no olvides que más pesada que un galápago es una ardilla dando vueltas en su jaula.

Y agregaba:

Trato de alentar a los jóvenes a que se dejen de cepilleos y barnizadas de la superficie del lenguaje y se preocupen de decir cosas de sustancia o de gracia, a que no pierdan el tiempo en si tal o cual voz es o no genuina, y sobre todo a que se metan en el idioma más de lo que algunos lo hacen, y lo descoyunten y disloquen si es preciso —si es preciso, entiéndase bien—, antes de alterar su pensamiento para que quepa en el lenguaje hecho.

III

He aquí lo que nos dicen. Sarmiento: Adquirid ideas, nutrid vuestro espíritu, echad miradas observadoras sobre vuestra patria,

y escribid con amor, con corazón, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, será apasionado, agradará al lector. La crítica vendrá a su tiempo y los defectos desaparecerán. Y Unamuno: Escribid cosas de gusto y de provecho, cosas de sustancia o de gracia, a la buena de Dios, como os dé la real gana, descoyuntando y dislocando el lenguaje, si es preciso, para que quepa en él el pensamiento. *Cada uno su cadaunada.*

Porque Sarmiento y Unamuno partían de la misma actitud, arrebatada y noble, ante las cosas. Sarmiento quería, sobre sus hombros de titán, llevar la civilización al desierto. Unamuno quería despertar conciencias, europeizar a España, hispanizar a Europa. Los dos eran hombres de acción, y si cayeron muchas veces en el error, no cayeron jamás en la mentira. Sarmiento dijo de sí mismo en 1852, emigrado de nuevo: «Soldado, con la pluma o con la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento.» Y Unamuno, que buscaba siempre la paz en la guerra y la guerra en la paz, que hizo de toda su vida una lección heroica, sólo escribía por la verdad y para la verdad:

> No mentir nunca, ni por comisión ni por omisión...
> No sólo no decir mentira, sino tampoco callar verdades...
> Decir la verdad, sobre todo cuando más os perjudique
> y cuando más inoportuno lo crean los prudentes.

La verdad de Unamuno era la verdad moral: «Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme a ello.» Así vivió, y así murió, como lo había previsto: «Morirse de ver la verdad.»

Si fuera posible separar verdad y belleza, se podría decir que a Sarmiento y a Unamuno les interesaba más la verdad que la belleza. Pero cuando se busca la verdad con auténtica grandeza de alma, como la buscaron Sarmiento y Unamuno, se llega siempre por la verdad a la belleza: su verdad es su arte. Y como escribieron sus palabras con el corazón encendido, como las fundieron en la llama de un fervoroso apostolado civil y moral, sus palabras fueron nobles y bellas. Porque ¿qué palabras son más nobles y bellas que las palabras de los apóstoles?

EL FUTURO DE NUESTRA LENGUA

Hace unos cincuenta años decía Karl Vossler: «Parece que los idiomas europeos se están helando en el curso de los últimos siglos, hecho notable y asombroso, ya que podría desmentir el optimismo de muchos lingüistas, demasiado presurosos al identificar el proceso de los idiomas con el de la civilización y el pensamiento.» No desconocía Vossler el continuo proceso de transformación que se opera en nuestras lenguas, pero notaba al mismo tiempo un intenso y febril trabajo de conservación, hasta el punto de creer que las tendencias destructoras o renovadoras y las restauradoras o conservadoras se contrapesaban: «El período idiomático actual — decía — es de *movilidad estable,* de solidez elástica... Parece que no hay movimiento lingüístico, y al contrario, el movimiento se ha hecho más intenso, más general y más diverso que en la época bárbara en que tuvieron lugar las transformaciones catastróficas — fonéticas, flexivas y morfológicas —, que dieron lugar al surgimiento de los idiomas románicos y germánicos. He aquí un verdadero progreso lingüístico que sólo se manifiesta como pura fuerza de inercia.»

¿Será verdad tanta belleza? Es indudable que no se puede identificar la renovación social y científica de una época, con la renovación del lenguaje. Son dos mundos de naturaleza distinta. Este objeto alargado que me sirve para escribir y que es una notable realización de la técnica moderna lo llamo *pluma,* aunque nada tiene que ver con el plumaje de las aves. Me desplazo por las *carreteras* (unas carreteras en las que ya no hay carretas) a cien quilómetros por hora en unos vehículos novísimos que en unas partes llaman *coches,* voz de origen húngaro o checo que entró en nuestra lengua en el siglo XVI, y en otras *carros,* algo ale-

jados de los viejos carros de guerra de los celtas. Nos asalta a veces la *melancolía* (del griego), aunque sepamos muy bien que nada tiene que ver con la bilis negra, y el hombre puede padecer de *histeria* (de *υστέρα*, matriz), y es evidente que no será por trastornos uterinos. ¿Qué hay de común entre la *democracia* ateniense del siglo V antes de Cristo, la *democracia* inglesa o norteamericana de hoy y las *democracias populares* de detrás de la cortina de hierro? Desde la *libertas* romana a la *liberté* de la Revolución francesa y a la *libertad* de hoy, ¡qué inmenso recorrido social y político se oculta en una misma palabra! Las cosas cambian y las palabras quedan. ¿Nos encontramos ante una triste limitación del espíritu humano, propenso a la rutina, ante una engañosa usurpación de nombres, o ante un admirable recurso de economía mental? Pareciera como si los hombres se mataran siempre por las mismas palabras («¡Oh libertad, qué de crímenes se cometen en tu nombre!», exclamó Madame Roland). *El sol sale* y *el sol se pone* seguimos diciendo casi invariablemente desde hace varios miles de años, a pesar de Copérnico. Precisamente al analizar la afirmación de que «el sol sale por Oriente», decía Ortega: «Nuestras lenguas son instrumentos anacrónicos. Al hablar somos humildes rehenes del pasado.»

1. Arcaísmo e innovación

Con todo su anacronismo, no puede negarse que la lengua cambia. Muchas voces que parecen de siempre son increíblemente jóvenes. *Sentimental* (del inglés) es del siglo XIX (no entra en el Diccionario de la Academia hasta 1834). *Coqueta, coquetería* y *coquetear* son de fines del XVIII (entran también en la Academia en 1843). *Hacer la corte, hacer el amor, hacerse ilusiones* se criticaban en el siglo XIX como galicismos inaceptables. *Interesante* entra en el Diccionario en 1803, aplicado a las cosas («lo que interesa»), no a las personas. *Intriga, intrigar, intrigante* son de fines del XVIII, y la Academia los adoptó en 1817. *Cursi* es de fines del XIX. Y también de entonces la temible *lata* (*dar la lata*), y el *latoso*. Y la *tomadura de pelo,* que todavía a Juan Valera, en 1896, le parecía achulada y disonante.

Más nueva y numerosa es la terminología científica y la político-social. Hoy todos hablamos de *radar* y de *radiaciones,* de *desintegración* y de *fisión nuclear,* de *electrones, protones* y *neutrones,* de *sincronizar* y *sintonizar,* de *electrónica* y de *cibernética. Interferir*

e *interferencia,* que son nuevos en la terminología científica (*interferir* no entra en la Academia hasta 1956) tienen amplios valores metafóricos hasta en el habla corriente. *Impacto* era un latinismo de la Medicina y se decía *humor impacto, putrefacción impacta,* lo cual ya no se entiende ante el *impacto* de las modernas armas de fuego (la Academia lo recogió en 1899, pero prefería *impacción*), y no hay duda que la palabra ha hecho amplio impacto en nuestros hábitos expresivos. Y son también recientes (entran en la Academia en 1956) los *complejos* de la novísima psicología, que han inundado la expresión de todos, hasta de los niños: «Es un acomplejado.» «No te acomplejes.»

Todo el vocabulario de la política está rehecho desde la Revolución francesa. *Fanatismo* y *propaganda* han pasado de la esfera religiosa a la política, que se ha convertido en la nueva Religión (*fanatismo,* «voz nuevamente introducida», decía la Academia en 1817). *Patria* y *patriota* cobraron valores nuevos. *Intransigente* es una creación española del siglo XIX (es académico desde 1884), y también la acepción política de *liberal,* que se remonta a las Cortes de Cádiz. *Derechas* e *izquierdas* nacen por azar en la Asamblea Nacional francesa en 1791. *Popular* y *social* se vuelven adjetivos para todo servicio. *Individualismo* le parecía «voz salvaje» a Philarète Chasles a mediados del XIX (entra en nuestra Academia en 1869), y *organización* y *organizar,* que encantaban a Saint-Simon y a Comte y a todo el socialismo del siglo XIX, chocaban con el sentimiento tradicional («Sólo el Autor de la naturaleza puede organizar un cuerpo», decía la Academia francesa). *Partidario* era el miembro de una *partida,* y en el siglo XIX se convirtió en miembro de *partido. Proletario* era el que tenía prole, pero del viejo derecho romano se tomó de nuevo la palabra como antítesis del *burgués* insaciable y cruel. Todo nuestro sistema de pesas y medidas (el *metro,* el *gramo,* el *litro*) es creación de la Revolución francesa, y también la *Escuela Normal* y el *Liceo.* Por lo demás, aunque Mirabeau quería derribar todo despotismo, hasta el de la lengua, y forjar voces nuevas, la verdad es que muchas de esas «voces nuevas» venían del viejo latín o del más viejo griego.

Las mayores innovaciones del siglo XIX procedían de las ciencias o procedían del francés. La Física nos ha dado las *masas,* y el francés el *burócrata* y la *burocracia.* Todavía en 1855 a Baralt, en su *Diccionario de galicismos,* le molestaba eso de *conmover a las masas, solevantar las masas* o *dirigirse a las masas,* y consideraba que «con más claridad y propiedad castellana» se podía conmover o solevantar al *pueblo* o a la *plebe,* o dirigirse al *público,*

a la *generalidad,* al *vulgo,* a la *turba* o a la *turbamulta.* Y que en lugar de *burocracia* y de *burócratas* era mejor hablar de *covachuela* y de *covachuelistas:* «El espíritu y los intereses de la covachuela (o de los covachuelistas) se opondrán siempre con tesón a las reformas fiscales.»

Aún más recientes son el *totalitarismo* y la *quinta columna,* y la *inflación,* la *deflación* y la *recesión.* Y mil voces más, de las artes, la medicina, los deportes, la técnica y la política, que rigen la vida de todos y que ahora nos vienen fundamentalmente del inglés, junto con otras que inundan la expresión cotidiana, algunas tan triviales como el *okey,* por ejemplo. Muchas de ellas son igualmente voces viejas que se han llenado de contenido nuevo (vino nuevo en odres viejos). El movimiento político-social y el científico y técnico puede haberse vuelto vertiginoso; el de la lengua es más lento, o es de otro orden. Las palabras, en su vientre fecundo, ocultan o enmascaran muchas veces a las cosas. *Alcohol,* por ejemplo, tiene una acepción técnica muy definida en la Química moderna, y otra, menos general, pero también muy clara, en la expresión corriente (con toda la secuela del *alcoholismo*). Como se sabe, viene del árabe. Pero en árabe y en español antiguo y clásico era un polvo finísimo de antimonio que usaban bastante las mujeres para embellecerse. Se lo pasaban por los ojos para ennegrecer las pestañas y aclarar la vista: la dama del romance de amor llevaba en sus ojuelos garzos «un poco de alcohol». ¿Cómo se pasó de una cosa a la otra, tan distante? En la alquimia medieval se empezó a llamar *alcohol* todo cuerpo fino, tenue, sutil. Luego, la parte más sutil o la quintaesencia de un cuerpo: *alcohol sulphuris* era el ácido sulfúrico. Paracelso, a principios del XVI, usó con ese valor *alcohol vini,* el alcohol o quintaesencia del vino (lo que antes se llamaba más expresivamente *espíritu del vino* o *aguardiente*), y de ahí se impuso el nuevo *alcohol* en los siglos XVII y XVIII. Nuestra Academia no lo aceptó hasta 1813: «Alcohol, seu spiritus vini.» Por otra parte, ¿es concebible que la palabra *gas,* que designa algo tan viejo como el mundo, sea apenas de ayer? La inventó van Helmont en el siglo XVII, inspirado, se cree, en *chaos* y en el neerlandés *geest,* «espíritu». No se encuentra en la Academia hasta 1817.

Hasta ahora nos hemos detenido sólo en las palabras, como reflejo de la transformación de nuestro mundo en las últimas generaciones. Con todo lo que tiene de engañoso, ello representa lo más visible, lo más espectacular en el movimiento del inmenso mar del lenguaje. Si es verdad, como dice Oppenheimer, que el 99

por 100 de nuestros conocimientos los debemos a personas que todavía viven, es decir, son nuevos, se puede afirmar que, por el contrario, el 99 por 100 de nuestro léxico se ha mantenido inalterable. Es decir, a un 99 por 100 de conocimientos nuevos corresponde una renovación de un 1 por 100 del léxico (claro que nuestra apreciación carece de validez estadística, y suponemos que también la de Oppenheimer, quizá más exagerada que la nuestra). No hay que creer, sin embargo, que los cambios del léxico son baladíes. El tesoro total de la lengua no está almacenado automáticamente en los diccionarios, sino que constituye un sistema en constante funcionamiento, y cualquier alteración repercute sobre el conjunto. De todos modos, las alteraciones del léxico son fenómenos de superficie, en gran parte de carácter anecdótico. Las palabras —ya lo señalaba Meillet, en su *Linguistique historique et linguistique générale* — forman a veces familias, pero otras veces viven de manera discontinua, sin relación. Más decisiva, de carácter más profundo, es la estructura gramatical dentro de la cual actúan o funcionan las palabras. ¿No cambia también la estructura gramatical?

La estructura gramatical es mucho más arcaica que el léxico. Señalaba también Meillet que, en contraste con el rápido fraccionamiento del latín, durante muchos siglos se ha mantenido el tipo lingüístico en las islas de Polinesia, separadas por vastas extensiones del Océano, que desde hace un millar de años las hablas turcas han conservado el mismo aspecto o estructura, desde Siberia al Mediterráneo, desde la región de Kazán hasta la meseta irania, y que las hablas árabes de hoy, desde Siria a Marruecos, han permanecido fieles al tipo tradicional más antiguo. «La estabilidad —dice— no es cosa excepcional en las lenguas; se puede hasta pensar que es lo normal.»

Más dramáticamente lo expresaba Nietzsche, también gran filólogo, en *El ocaso de los ídolos* (su *Götzen-Dämmerung*). Nietzsche se revolvía contra las falacias de la razón, momificadora de conceptos, y también contra la vieja y engañosa «razón» en el lenguaje, y decía: «Me temo que no podamos desembarazarnos de Dios porque aún creemos en la gramática.» Es posible que ya no creamos en la gramática, en la gramática de los gramáticos, pero de todos modos somos prisioneros, irremediablemente, de la gramática de la lengua misma. Viejas categorías gramaticales han perdido su sentido, pero conservan la forma. En la forma del masculino y del femenino, por ejemplo, ¿no se mantienen anquilosadas viejas creencias animistas que se remontan a más de cua-

tro mil años? Un mundo en efervescencia ultramoderna como el de Israel ¿no encuentra hoy su plena expresión en los moldes estructurales del hebreo bíblico? ¿No lo logra igualmente el latín del Papado?

Aun así, la estructura gramatical de las lenguas vivas también cambia, aunque de modo menos ostensible. Nuestro sistema verbal ha perdido, en el último siglo, varias piezas importantes. El pretérito anterior (o antepretérito) solo sobrevive como reminiscencia literaria: «Casi hube creído que su conducta era franca y leal, pero al fin se quitó la máscara.» Bello consideraba que *creí* diría sustancialmente lo mismo. Pero con menos encarecimiento. No parece, sin embargo, que nadie se expresara hoy así. «Cuando hubo amanecido, salí» se reemplaza con expresiones nuevas: «Apenas amaneció, salí.» «Luego que amaneció, salí.» ¿No está también en crisis la distinción entre *cantó* y *ha cantado?* El pretérito simple ha hecho grandes avances a expensas del compuesto (el antepresente o pretérito perfecto), especialmente en algunas regiones (Galicia, Asturias, Río de la Plata, Chile, Venezuela, Méjico, etc.). Y el propósito de salvar la diferencia, que ven en trance de desaparición, es uno de los móviles del «Manifiesto a los hablantes en lengua castellana» de Sánchez Ferlosio, Sánchez de Zavala, García Calvo y Piera Gil, publicado en *Cuadernos para el Diálogo,* de de Madrid, en junio-julio de 1966.

Menos vitalidad aún tiene el futuro de subjuntivo en *-re,* que subsiste algo en la lengua literaria (sobre todo en la jurídica, arcaizante por naturaleza), en fórmulas hechas *(sea lo que fuere, dijere lo que dijere;* se oye también, no sé si con más frecuencia, *sea lo que sea, diga lo que diga)* y en alguna copla o refrán («Adonde fueres, haz lo que vieres»). La frase del *Quijote:* «No sabemos quién sea esa buena señora que decís: mostrádnosla; que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad», sin duda se diría hoy de otro modo (... si ella es...»). Y la siguiente, de Lope: «El cielo puede hacer lo que él quisiere», es evidente que se expresaría con con el presente («lo que él quiera»...). Aún más muerto está su tiempo compuesto: «Cuando se hubiere reparado la casa, pasaremos a habitarla.» Hoy diríamos: «Cuando se haya reparado»... En realidad ¿no está en crisis todo el futuro, siempre tan hipotético, aunque sea de indicativo? En el habla cotidiana lo suplanta en gran parte el presente: «El mes que viene me voy de viaje», «Mañana tengo un examen», «En junio estoy en París». O formas perifrásticas: «El día 28 voy a dar una confe-

rencia», «Han de ser las cinco». De todos modos en España me parece más vivo que en Hispanoamérica, si se descartan usos, como los del Ecuador («Daráme unos diez sucres», «Cuidaráste bien») en que tiene puro valor imperativo. En muchos de nuestros países sólo se conserva en el uso literario.

Las preferencias testimonian un movimiento. En lugar del viejo pretérito de subjuntivo en las oraciones optativas («Yo viajara a Europa si tuviera dinero») se prefiere hoy decididamente el llallamado potencial o pospretérito («Yo viajaría»...), salvo en ciertos usos literarios de valor evocativo (se encuentra así a veces en la prosa de Ortega) o en el habla de regiones arcaizantes como Venezuela. También ha retrocedido bastante el uso del pronombre enclítico, hoy limitado a ciertas circunstancias (con imperativo, infinitivo o gerundio). Un venezolano de los Andes, anclado en muchos aspectos en las formas tradicionales, puede decir: «Entusiasméme cuando la vi.» En general uno sonríe ante ese tipo de frases, tanto que es frecuente recurrir al enclítico en remedos humorísticos de la lengua vieja.

Otra serie de hechos quizá correspondan más bien a cierto cambio en el estilo lingüístico, o en el gusto. La adverbialización del adjetivo, por ejemplo, tiene antecedentes en la lengua antigua y clásica, y es recurso del español popular de todas partes («Que te vaya bonito», en la Argentina, Chile, el Ecuador, etc.; «Hable pasito», en Venezuela; «Conversa sabroso», en Colombia, Venezuela, Méjico, etc.; «Escribe fatal, lo pasamos bárbaro», en España), pero en los últimos tiempos ha escalado posiciones: es frecuente en la prosa de Azorín, y a veces lo han considerado recurso del llamado «estilo impresionista». Quizá se deba al moderno afán de brevedad, por evitar las lentas formas en *-mente* (¿no será por eso que se generalizan formas como *a diario* o *de inmediato?*). Lo cual quizá explica también la preferencia por los posverbales (*el cuido, el relajo, el desespero, la contesta,* más o menos regionales) en lugar de los viejos nombres en *-miento* o en *-ción* (Simón Bolívar, por ejemplo, escribía *cambiamientos, pagamentos, comprometimiento, equipamiento, acomodamiento, fascinamiento,* y también *protestaciones*). Hoy se tiende a la palabra más corta, a los modos expresivos, más condensados: de ahí el triunfo de *cine, foto, moto, radio, quilo, chelo* (violonchelo), *bus* (ómnibus o autobús), y en ciertos niveles *la mili, la poli, el dire, la seño, el profe,* etcétera) y de ahí también el triunfo universal de las siglas (O.N.U., O.E.A., O.T.A.N., U.N.E.S.C.O., U.R.S.S. y cien más, pronunciadas como nombres reales, en contraste con un millar de otras, como

F.B.I., M.I.T., etc., que se siguen deletreando), a las que Dámaso Alonso, en un poema, llama «gris ejército esquelético», «legión de monstruos», «fríos andamiajes en tropel». Vivimos efectivamente en «el siglo de las siglas». Voltaire, en época de más prestigio de la razón, decía «C'est le propre des barbares d'abréger les mots». ¿No constituyen un ejemplo más del *tempo impaciente* que Simmel daba como signo de nuestros días?

Quizá quepa también dentro de esa tendencia la adverbialización del nombre («Estuvo fenómeno», «Se divirtieron horrores») y su también frecuente adjetivización (*hombre masa, empresa piloto, villa miseria,* etc.). Hoy hay, indudablemente, mayor libertad en la formación verbal, y también para socavar los cimientos de la gramática tradicional. Cierto desquiciamiento de los moldes lingüísticos que se observa en algunas novelas de la nueva ola, ¿no tendrá sus repercusiones en el léxico y la sintaxis, como en la época del gongorismo?

Cambia también la pronunciación. Los minúsculos desplazamientos articulatorios que se producen de generación en generación son menos perceptibles, pero la *ll* está cediendo su lugar a la *y* (a diversas formas de *y*), aun en gran parte de España, sobre todo en los grandes centros urbanos, y no parece lejano el triunfo general del yeísmo, lo cual ya implica una alteración del sistema fonológico. Otros hechos. Una cantidad muy grande de nombres han cambiado de género: *análisis, énfasis, cutis,* por ejemplo, eran femeninos a mediados del XIX y hoy son masculinos. Otros muchos siguen vacilando hoy. Hace cien años todavía se podía decir: *entre ti y mí, entre Juan y mí, entre María y ti* (Don Quijote decía: «La diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo pecador y peleo a lo humano»). Hoy nos suenan ya extrañísimos (decimos *entre tú y yo,* etc.). Hace un siglo uno decía *yo vacio la copa* hoy *yo la vacío.* Emilio Lorenzo, en un libro reciente (*El español de hoy, lengua en ebullición,* Madrid, 1966), analiza una serie de hechos en que nota un abismo entre la lengua hablada de nuestro tiempo y la gramática tradicional: los tiempos del verbo asumen nuevas funciones, surgen nuevas perífrasis verbales que tienden a gramaticalizarse, se observa una decadencia general del subjuntivo, desaparecen una serie de formas, convergen y se contaminan usos variados, se forman nuevos modos prepositivos y se imponen formas nuevas de economía de expresión. Ya Rafael Lapesa estudiaba hace poco, en la *Revista de Occidente* (noviembre-diciembre de 1963), los cambios producidos en nuestra lengua, en estos últimos cua-

renta años (1923-1963), entre ellos, algunos que afectan a la estructura (desplazamientos de significación en conjunciones, adverbios y locuciones equivalentes, etc.). También en la misma revista (septiembre de 1964) se detenía Fernando Vela en los nuevos *Modos de hablar,* y llamaba la atención sobre la generalización del *tú,* que acorta las distancias («el usted formaba una especie de barrera protectora»). La generalización del tuteo (ya en 1947 anunciaba Dámaso Alonso la muerte del *usted*) es expresión clarísima del igualitarismo social de nuestro tiempo. Pero lo curioso es que con ello se tiende a restablecer el viejo orden latino: el romano de la época clásica no conocía más que el *tú* para dirigirse al padre, al hijo, al emperador, a Dios.

2. Transformación social y transformación lingüística

Ya se ve que la lengua cambia, y que de ningún modo se puede pensar que se esté «helando» en el curso de los últimos siglos. Por el contrario, se observa de modo creciente una penetración en tropel de voces técnicas, una inundación de extranjerismos de toda clase (ayer galicismos, hoy anglicismos), una intensa formación verbal neologista y una serie de transformaciones en el sistema gramatical. No cabe duda de que la profunda renovación científica y técnica de nuestro tiempo repercute sobre la lengua, y que el movimiento histórico del mundo, las relaciones internacionales, la hegemonía de las potencias, el prestigio político, económico, social o cultural de las naciones se reflejan en ella. ¿No influye también la ideología, el movimiento político y la transformación social que se está operando hoy, en una forma u otra, en todos los países?

El problema se suscitó, como es natural, en la lingüística soviética, y condujo, en 1950, a una apasionada polémica que se desarrolló durante más de dos meses en el *Pravda* y a la que puso punto final, con dos amplias intervenciones, el mismo Stalin (véase *The Soviet Linguistic Controversy,* translated from The Soviet Press by John J. Murra, Robert M. Hankin and Fred Holling, N. York, 1951). La doctrina oficial, acatada casi ciegamente, había sido formulada por Nikolai Yakovlevitsch Marr (1864-1934), un lingüista de la vieja escuela que se esforzó, como neófito, por introducir en su disciplina los principios del materialismo dialéctico. Marr era famoso por sus estudios de las lenguas del Cáucaso, que le habían llevado a la construcción de la «familia jafética» (para

complementar la semítica y la camítica), en la que incluía las lenguas caucásicas, una serie de lenguas antiguas de Asia Menor, del Mediterráneo y de los Balcanes, y también el etrusco, el vasco y el ibero. En una primera fase de sus trabajos (1920), esa familia jafética era «el tercer elemento» en la formación de la cultura mediterránea (junto a los semitas y a los indoeuropeos). Pero luego fue encontrando afinidades jaféticas en las más diversas lenguas, y su familia se transformó en etapa de desarrollo del lenguaje humano. De ahí desentrañó un «análisis paleontológico» aplicable a todas las lenguas del mundo, a partir de cuatro raíces elementales *(sal, ber, yon, rosh)* que habían sido nombres totémicos cuatro tribus jaféticas. El etimologismo consistía en encontrar en cualquier palabra la trasmutación de uno u otro de esos cuatro elementos, pues cada lengua era para él un eslabón de un proceso glotogónico común.

Marr aplicaba a la evolución lingüística las siguientes premisas. La lengua es un producto de las distintas clases de la sociedad y cambia con la transformación social e ideológica (hay unidad dialéctica de lengua y pensamiento, y las categorías conceptuales determinan las categorías gramaticales). Por su naturaleza social, la lengua está sometida a las leyes históricas de desarrollo, de carácter universal, y los cambios en las estructuras económica y social determinan cambios en la estructura lingüística: forma y contenido responden a la concepción general de la sociedad. Hay así un tipo lingüístico de la horda primitiva, de la tribu, de la sociedad esclavista, de la feudal, de la capitalista, con sus lenguas nacionales, y habrá un tipo lingüístico de la sociedad sin clases. Los distintos tipos se suceden explosivamente, por mutación brusca, al transformarse la base económica: son *estadios,* diferenciados cualitativamente, de la evolución lingüística. Su doctrina se ha llamado así el «estadialismo» o «doctrina de la estadialidad» del lenguaje.

Arrastrada por Marr y su alegada ortodoxia marxista, la lingüística soviética rechazaba violentamente (como idealista, formalista, racista, seudo-científica, burguesa, reaccionaria) la gramática histórico-comparada, con su idea de las proto-lenguas y la comunidad de origen de las lenguas eslavas, germánicas, románicas, etc. Las afinidades entre las lenguas las explicaba como «convergencias» producidas por la análoga transformación económico-social y por la intercomunicación. Frente a toda esa concepción, que la condujo inevitablemente al estancamiento, hubo muy calificadas voces disidentes, y la polémica del *Pravda* llegó a apasionar a la

opinión pública (el periódico recibió más de doscientos artículos de lingüistas de toda la Unión Soviética e infinitas cartas de lectores). Entonces intervino Stalin (el 20 de junio), quien dio a la doctrina de Marr el golpe de gracia. Sostuvo fundamentalmente dos principios. El primero, que la lengua no es una superestructura correspondiente a determinada base económica (las concepciones políticas, jurídicas, religiosas, artísticas o filosóficas, y sus instituciones, constituyen, en la terminología marxista, la superestructura social). Desde Pushkin, en más de cien años, habían desaparecido en Rusia el régimen feudal y el régimen capitalista y se había instaurado un nuevo sistema de producción, con la superestructura consiguiente, pero la lengua rusa, en el caudal básico de su léxico y en su estructura gramatical, elaborada en el curso de las edades, «carne de la carne y sangre de la sangre de la lengua», continuaba siendo esencialmente la misma. El segundo, que la lengua no tiene carácter de clase. Ha sido creada, a través de la historia, por todas las clases de la sociedad y sirve a todas ellas. Como las máquinas y los instrumentos de producción, puede estar igualmente al servicio del régimen capitalista o del socialista, pero está unida a toda la actividad del hombre, y no sólo a su actividad productiva. No se puede confundir lengua y cultura: las culturas rusa, ucraniana, bielorrusa, etc., son socialistas en el contenido y nacionales en la forma (en la lengua). Destruir la lengua existente (como se hace con la superestructura caduca) para crear una nueva, sería producir el caos o la disgregación social.

Stalin rechazaba también las mutaciones bruscas y la constante hibridación de las lenguas, dos supuestos de Marr. Sostenía que las lenguas cambian lentamente, por acumulación gradual y prolongada de elementos nuevos, y que de la superposición de lenguas emerge siempre una de ellas como victoriosa. Con todo, creía — lo había sostenido en el XVI Congreso del Partido y lo reiteró en el *Pravda* del 2 de agosto de 1950 — que con el triunfo mundial del socialismo, y como consecuencia de la cooperación económica, política y cultural, las lenguas nacionales se fundirían en «lenguas zonales» más ricas y unificadas, y éstas a su vez en una lengua común de carácter universal, que absorbería lo mejor de las lenguas nacionales y zonales. En lo cual venía a coincidir con la concepción de Marr.

Es posible que el interés general de la polémica estuviera en el papel del ruso frente a las otras lenguas eslavas y a los dialectos (el problema del paneslavismo). La intervención de Stalin

significó efectivamente la restauración del indoeuropeísmo y de la gramática comparada e histórica de las lenguas eslavas frente a la paleontología glotogónica de Marr, el reconocimiento de la especificidad del lenguaje y el estudio de las leyes internas de su evolución. En el fondo, como señala Benseler («Sprache und Gesellschaft», en la *Festshritf* dedicada a Lukács), estaba en juego la significación misma de la lengua. Porque puede concebirse como mero utensilio, como «la concreción u objetivación del pensamiento» (es la fórmula de Marx), como producto histórico-social, reflejo de la actividad productiva del hombre (así decía Engels), y también como receptáculo o depósito de toda la tradición y de la vida espiritual, o como vínculo unificador de la comunidad, o como compleja creación, poética o artística, del alma humana. La lengua es todo ello a la vez, y mucho más. Y es además un bien social, colectivo, el más preciado de los bienes sociales, que cada uno puede usar en la medida de su capacidad y de sus necesidades. No se explicaría, de otro modo, que el hombre se deje matar por su lengua, como antes por su religión.

Como bien colectivo, está también expuesta a todas las contingencias de la vida social. Herbert Marcuse nos da una visión inquietante de la lengua de la actual sociedad de masas (*One-dimensional Man,* Londres, 1964). Nuestro mundo, democrático o autocrático, capitalista o socialista, como consecuencia de la industrialización avanzada, la mecanización creciente, la automatización, la *standarización,* genera una sociedad totalitaria (en sentido amplio), o de carácter tecnológico, que rige las necesidades y aspiraciones de todos, una sociedad uni-dimensional, frente a la vieja sociedad de clases, conflictos, antagonismos, contradicciones, «alta cultura» y pensamientos crítico y abstracto. La cultura y la lengua sufren una transformación radical: se esparce por el mundo un lenguaje operativo, de sintaxis abreviada o condensada, que ordena, condena y organiza; que induce a hacer, a comprar, a aceptar; de voces abreviadas y «clichés» que envuelven o absorben conceptos ritualizados, de valor a veces opuesto al que tenían (la *guerra* se llama *paz,* el *despotismo* se llama *democracia);* con fórmulas de carácter mágico, de acción hipnótica, que se sobreponen al espíritu; un lenguaje de imágenes estereotipadas, inmunes a toda contradicción, que no dejan lugar para la distinción y el desarrollo, capaces de bloquear el pensamiento conceptual; un lenguaje «funcional» que sirve de vehículo de subordinación a los imperativos de la sociedad y es radicalmente antihistórico. Ya observaba Roland Barthes, al analizar algunas de las nuevas corrientes poéticas,

que ese lenguaje destruye el viejo sistema proposicional y retrotrae el discurso al estadio de las palabras.

La visión de Marcuse es más bien alarmista, fundada en las fórmulas de cierto periodismo, en los recursos de la publicidad y la propaganda y en las audacias expresivas de la llamada literatura de vanguardia. No le falta razón, y en los Estados Unidos han resonado en el último tiempo insistentes voces de sobresalto acerca de la decadencia general de la lengua, ante unos imperativos prácticos que se enunciaban con una fórmula ambigua: «Educar para la vida.» George Orwell, en un ensayo de 1946 (incluido en *Essays on Language and Usage,* de Dean y Wilson), señalaba un grave deterioro de la lengua inglesa (lo mismo puede decirse sin duda de otras lenguas), una mezcla de ranciedad, vaguedad, inflación e incompetencia, especialmente en la lengua escrita de la política: el pensamiento corrompe el lenguaje y el lenguaje corrompe el pensamiento. Creía, sin embargo, que se podía restablecer el orden de las ideas empezando por el lenguaje. También lo creía Confucio, hace unos dos mil quinientos años, cuando recomendaba, como primera medida de gobierno: «Restablecer la significación verdadera de los nombres.» En realidad en todos los tiempos se han utilizado las palabras como criadas para todo servicio, y en nuestra lengua ya Quevedo denunciaba la hipocresía de los nombres. Claro que en este terreno hemos hecho progresos asombrosos.

Se ve que el movimiento ideológico o politicosocial y el movimiento lingüístico, aunque marchan por cauces distintos y tienen funcionamiento y evolución de naturaleza también distinta, no son del todo independientes. La lengua refleja efectivamente las transformaciones sociales de la época, pero de manera muy compleja y a veces paradójica. En ella las múltiples fuerzas constructivas y destructivas, de conservación y de innovación, se entrecruzan y entretejen de manera fantástica. La lengua es efectivamente un instrumento social (muchas veces un arma social), pero su funcionamiento y transformación no es de ningún modo equiparable al del instrumental técnico. La lengua es efectivamente una institución social (la palabra *institución* es muy engañosa, y claro que tiene otro valor cuando se habla de instituciones jurídicas, religiosas o políticas); pero el inmenso y complejo sistema de sus usos tiene vida propia, una propia cohesión interior y un asombroso poder de adaptación a todas las contingencias y a todos los cambios. Se puede derribar monarquías y repúblicas, transformar los fundamentos del orden social, trastocar las estructuras económi-

cas y políticas y aun así mantenerse la lengua casi invulnerable.

Casi invulnerable, pero no del todo invulnerable. La Revolución francesa no ha afectado sensiblemente el sistema del francés (véase la monumental *Histoire* de Ferdinand Brunot), y hoy leemos las *Confessions* de Rousseau o las *Lettres persanes* de Montesquieu, si no con el mismo deleite de otra época, por lo menos con la misma comprensión. Tampoco se ve que la Revolución rusa haya alterado muy seriamente el ruso (la modernización ortográfica no afecta a la lengua misma), y el lector soviético no parece que tenga dificultades para leer *Ana Karenina* o *Crimen y castigo,* de la oprobiosa época zarista, ni que haya que retraducir para él las viejas obras de Marx o de Lenin. El mismo Stalin decía: «Si la lengua fuese superestructura, ¿cómo se explicaría que la lengua rusa no haya cambiado sustancialmente desde la Revolución?» Y eso que el centro rector se ha desplazado de la moderna Leningrado a la vieja Moscú.

Sin embargo, suenan en el último tiempo voces de alarma sobre un paulatino alejamiento lingüístico entre la lengua de las dos Alemanias. Hans H. Reich, entre otros, estudia detenidamente las tendencias del alemán oriental (*Sprache und Politik,* Munich, 1968). Analiza unas cuatrocientas voces que se han fijado y oficializado con nuevo sentido político (en el «Parteijargon» y en el «Funktionärsjargon». En realidad la mayoría de ellas se remontan a las obras clásicas del marxismo y al movimiento socialista internacional, y tienden a generalizarse, con valoración positiva o peyorativa, en el mundo entero. Una porción pequeña de esas cuatrocientas voces son de origen ruso, o traducen o calcan significaciones del ruso, lo cual tampoco es extraño, ni alarmante. Observa además una mayor tendencia a la composición y a la derivación, cosa que parece hoy general en todas las lenguas del mundo, aun en español, tan reacio por naturaleza a la amalgama de palabras. Tampoco asombra el abuso de las siglas, que ha sido una vieja debilidad del alemán. O ciertas preferencias léxicas, o el olvido o abandono de una serie de palabras, o el dar nombres nuevos a nuevas formas de producción, de propiedad o de consumo. Más importante es algún cambio que afecta a la estructura gramatical; en algunos textos, ciertas construcciones participiales y el uso del infinitivo con valor de imperativo, que atribuye a influencia rusa. De todos modos, hay una sensible diferencia de estilo entre el alemán oriental y el occidental. ¿Tendrá ello consecuencias escisionistas? Salvo catástrofes (¿son previsibles?), que alterarían radicalmente la situación de las dos Alemanias, parece más bien que

las naciones europeas marchan, a pesar de todo, hacia la intercomunicación y la convivencia.

Las revoluciones, por más profundas que sean, no alteran la estructura de la lengua (su régimen constitucional), aunque siempre dejan en ella un sello más o menos indeleble, como todos los acontecimientos históricos. Más decisivas son las invasiones de pueblos, o la superposición de una lengua conquistadora. La actual transformación social que se opera en el mundo se refleja indudablemente en la lengua, pero a través de un enorme proceso de decantación y filtración en que interviene en primer lugar la resistencia o el poder de asimilación del sistema mismo, y en segundo lugar la acción de los sectores cultos, que actúan en todas las clases, y no es raro que el revolucionario sea en materia de idioma más conservador que las Academias. Robert Estienne, en la Francia del siglo XVI, audaz reformador de las ideas, heterodoxo en materia religiosa, fue el campeón del más cerrado tradicionalismo ortográfico, e igualmente en el siglo XIX Berthelot, renovador del espíritu científico. Voltaire, demoledor de la tradición religiosa y nacional de Francia, creía en todos los dogmas del clasicismo, veía un constante peligro de corrupción de su lengua y era intolerante ante cualquier innovación. En nuestro mundo hispanoamericano Juan Montalvo, anticlerical violento, radical en sus principios, temblaba ante un galicismo. Anarquistas he conocido que eran en materia de lenguaje más rígidos que la Real Academia. En cambio fueron ampliamente progresistas en materia de lengua el abate Fénelon y el P. Feijoo.

La lengua cambia constantemente, en primer lugar por el juego de sus fuerzas internas, en equilibrio siempre inestable (el variado juego de la analogía, de la asimilación y disimilación, de las tendencias contrapuestas de economía y de matización o expresividad), que llevan a la transformación paulatina de su fonetismo, de su léxico, de sus paradigmas morfológicos y aun de sus patrones sintácticos. En segundo lugar, por el contacto con otras lenguas, sobre todo lenguas invasoras o hegemónicas. Piensese, por ejemplo, en el castellano de Puerto Rico, o en la actual influencia norteamericana sobre las más diversas lenguas, aun sobre el francés, hasta ahora la más conservadora del mundo (en un libro reciente anunciaba Etiemble, mitad en broma, mitad en serio, el triunfo del *franglés,* una nueva combinación de francés e inglés). Los préstamos son reflejo de la vida internacional, y a pesar de la reacción purista, hay que verlos en principio como signo positivo (una comunidad que se encerrara en un purismo recalcitrante se

estancaría y empequeñecería). En tercer lugar, como expresión de la impresionante revolución científica y técnica de hoy, que acuña expresiones nuevas o incorpora contenidos nuevos a voces patrimoniales. Por último, como reflejo de la profunda revolución social de nuestro tiempo.

Esa profunda revolución social, más que por la ideología que la sustenta y que se formula siempre en los moldes tradicionales de expresión, afecta a la lengua como consecuencia sobre todo de dos movimientos. En primer lugar, la constante irrupción de grandes masas rurales, antes encadenadas a la gleba, que se instalan hoy en la periferia de las grandes ciudades, ¿no producirán una ruralización del lenguaje urbano? Mientras ese movimiento se produzca a ritmo moderado, la escuela y la cultura tienen los medios para canalizarlo. Por lo demás, ello se contrapesa con la creciente «urbanización» de la vida campesina, gracias a la escuela, la prensa, la radio, la televisión. El segundo movimiento — más importante sin duda — es el ascenso de sectores sociales inferiores. Toda lengua está estratificada en niveles (habla vulgar, habla popular, habla de los sectores medios, habla culta, etc., sin contar las hablas profesionales, del hampa, de los soldados, de los marinos, de los estudiantes, etc.), que se diferencian notablemente en los hábitos articulatorios, en las preferencias léxicas y en el sistema morfológico y sintáctico. Si un sector social bajo asciende repentina y violentamente, sus modos expresivos pueden adquirir prestigio e imponerse (es el caso extremo del *créole* haitiano, convertido en lengua común y hasta literaria de la república, aunque el francés sigue siendo la lengua oficial). Aun sin una revolución violenta se ha ido alterando el sistema general de tratamiento (*señor* y *don* eran privilegios de alta clase, y hoy hasta se acumulan gratuitamente; el *usted* es la prolongación del señorial *vuestra merced*) y se van generalizando día a día voces antes consideradas vulgares (*incordio* o *incordiar,* por ejemplo), y aun términos del hampa, que a través de ciertos sectores (los estudiantes, por ejemplo, o los jóvenes en general) cobran prestigio repentino. Y también sin revolución ha penetrado hasta en los sectores universitarios y dirigentes de Puerto Rico la confusión de *r* y *l,* antes descalificadora (la pronunciación *puelto rico,* con una *rr* velar ensordecida que se acerca a la *j*), e igualmente en Murcia, según señala Manuel Muñoz Cortés. Es difícil pensar, sin embargo, en una conmoción más profunda que la producida en Rusia en los últimos cincuenta años, y ya hemos visto que a pesar de ello la lengua sigue siendo sustancialmente la misma.

De todos modos y por distintas vías, la lengua cambia porque la gente que la habla cambia, porque el mundo cambia, porque la vida cambia, y la lengua es expresión de la vida. Tiene su historia, amplia y rica. Las guerras y revoluciones, próximas o lejanas, los inventos, el intercambio de utensilios y de personas, las corrientes filosóficas, científicas y artísticas, todas las conquistas espirituales del hombre, todas sus aventuras históricas, hasta sus modas, se reflejan, a su modo, en la lengua, dejan en ella su impronta. Por eso hablamos de la lengua de los juglares, de la lengua de Alfonso el Sabio, de la lengua del humanismo, de la lengua romántica o de la lengua del 98. En cada uno de esos momentos, la lengua es expresión de la vida material y espiritual de toda la comunidad.

Aun un estructuralista como André Martinet —en sus *Elementos de lingüística general*— ve la evolución de la lengua condicionada por las necesidades expresivas de la comunidad. No sólo en cuanto al léxico: la oración de relativo es una adquisición tardía del indoeuropeo, y las oraciones subordinadas se imponen en diversas lenguas por presión de la cultura occidental. Con la creciente complejidad de las relaciones humanas —dice— aparecerán nuevas funciones, y nuevos indicadores (prepositivos o conjuntivos) para esas funciones. Los cambios de estructura social repercutirán a la larga sobre la estructura de la lengua.

Además, hay que admitir que el movimiento general de la cultura, las necesidades políticas y los medios actuales de comunicación regulan y uniforman hasta cierto punto la marcha de la lengua, la cual debe alcanzar un alto grado de unidad, a expensas de las variedades dialectales, precisamente para poder cumplir su función social. Pero aun así, ¿será esa marcha un continuo vaivén más o menos azaroso, en direcciones divergentes? ¿O será por el contrario una marcha hacia delante, con un sentido o una dirección coherente? Si puede hablarse de progreso científico, político o social, ¿se podrá hablar también de progreso lingüístico? ¿Y qué puede significar progreso en materia de lengua?

3. El progreso lingüístico

En 1922 se celebró en París una reunión internacional convocada por la Société de Philosophie, con lingüistas y filósofos, para discutir este problema. El tema venía del progresismo general del siglo XIX. En 1894 lo había planteado a fondo Jespersen, a la

luz de las conquistas del indoeuropeísmo y del conocimiento lingüístico de su tiempo (recogió luego su trabajo en los *Chapters on English* de 1918, y finalmente en su *Language* de 1922). En 1918 observaba Meillet («Le développement des langues») que el latín y el árabe se habían desarrollado históricamente siguiendo las mismas líneas generales (las lenguas neoárabes y las neolatinas muestran convergencia en muchos aspectos), que hay cierto paralelismo en los cambios generales de estructura y que las condiciones de existencia determinan transformaciones orientadas en cierta dirección. ¿No significa ello que la evolución lingüística tiene un sentido? También la escuela de Marr admitía, a partir de un prototipo común y a través de un proceso dialéctico, una incesante marcha hacia delante, paralela a la del pensamiento y de la sociedad.

De los extractos de la reunión de París recogió Ortega, preocupado siempre por los problemas del lenguaje, el siguiente principio de Meillet: «Toda lengua expresa cuanto es necesario a la sociedad de que es órgano... Con cualquier fonetismo, con cualquier gramática, se puede expresar cualquier cosa...»

El dogma de Meillet — dice Ortega — supone haber medido los pensamientos con las lenguas y haber hallado que coinciden, que toda lengua puede formular el pensamiento de la comunidad y que todas pueden hacerlo con la misma facilidad e inmediatez. Ortega creía, por el contrario, que la lengua pone dificultades a la expresión de ciertos pensamientos, estorba la recepción de otros y paraliza nuestra inteligencia en ciertas direcciones: en toda lengua, al hablar o al escribir, *renunciamos* a decir muchas cosas, porque la lengua no nos lo permite; cada lengua es una ecuación diferente entre manifestaciones y silencios, y cada pueblo calla unas cosas para poder decir otras.

Frente al «igualitarismo lingüístico» de Meillet, Ortega planteaba la diferente idiosincrasia mental de los pueblos, que se manifiesta indudablemente en sus lenguas. Más cerca de Ortega que de Meillet estaba Jespersen: «La creencia común de los lingüistas — dice — de que una forma o una expresión es exactamente tan buena como otra, siempre que las dos se encuentren realmente en uso, y de que toda lengua debe considerarse un vehículo perfecto del pensamiento de la nación que la habla, es en cierto modo la contrapartida de la concepción de los economistas de la escuela manchesteriana de que todo está dirigido a lo mejor en el mejor de los mundos posibles, siempre que no se pongan obstáculos artificiales en el camino del libre cambio, pues la oferta y la demanda

lo regularán todo mejor que cualquier gobierno.» Pero así como los economistas — dice — estaban ciegos ante el hecho de que muchas veces no se satisfacían las necesidades económicas más apremiantes, los lingüistas permanecían sordos ante la frecuencia con que la misma estructura de la lengua crea ambigüedad o contrasentido, y el hablante o el escritor tienen que subrayar, explicar o desarrollar la verdadera significación o intención. Ninguna lengua es perfecta, y por lo tanto hay que admitir el derecho de investigar el valor relativo de las diversas lenguas o de diferentes aspectos de las lenguas. Cuando los lingüistas reaccionaron contra la estrechez de los eruditos que pensaban que el latín y el griego eran los únicos objetos dignos de estudio y destacaron el valor de todas las formas de expresión, aun las dialectales, pensaron en primer lugar en su valor para el hombre de ciencia, pero no tuvieron la intención de comparar el valor relativo de las lenguas desde el punto de vista de los que las usan.

Jespersen partía de la idea de que la lengua es para el hablante, no para el lingüista: la lengua superior es la que es capaz de dar una mayor riqueza de significación con el mecanismo más simple, la que ofrece el máximo de eficiencia con el mismo esfuerzo. Frente a los que idealizaban las lenguas clásicas, sostenían que las modernas están más cerca de la perfección, y que la marcha general de las lenguas (las indoeuropeas, sobre todo, pero también las orientales y africanas), muestra, tomando la suma total de cambios, un predominio de los que considera progresivos.

En primer lugar, un acortamiento general de la materia fónica, con cierta tendencia al monosilabismo (antes se creía que las lenguas monosilábicas representaban la primera etapa de la evolución, hoy parece más bien la última). Así, el gótico *habaidedeima* se ha reducido al inglés *had* (el latín decía *Dominus Johannis,* nosotros decimos *Don Juan*). Las viejas voces largas (*sesquipedalia* las llamaban los latinos) se han ido acortando: el evangelio de San Mateo tiene en griego 39.000 sílabas; en alemán, 33.000; en inglés, 29.000; en chino, 17.000 (en español hemos contado, salvo error u omisión, 38.200). Las formas gramaticales se reducen. El indoeuropeo tenía una declinación con 8 casos, el latín con 6, el alemán con 4, el inglés y las lenguas neolatinas no tienen casos. El indoeuropeo tenía tres géneros (el bantú llegaba 24), el inglés no tiene ninguno. El indoeuropeo tenía singular, dual y plural (hay lenguas indígenas con trial y cuatral) y a nosotros nos basta (y hasta nos sobra) con la distinción entre singular y plural. El complicado sistema verbal se ha ido simplificando (el inglés

cut, por ejemplo, es forma invariable para las tres personas del singular y del plural, tanto del presente como del pretérito, y es además la forma del infinitivo, del imperativo y del participio pasivo, y sirve además de substantivo). Se observa en general una mayor regularización (el triunfo de la analogía, frente a la frecuente anomalía antigua), un mayor empleo de las formas analíticas (la llamada «conjugación sintáctica» o preposicional, frente a los casos latinos; el futuro *cantar-é* frente al *cantabo* latino) y la creciente fijación del orden sintáctico. Son índices de un desarrollo muy desigual, y muy sinuoso, pero observable — dice — en todas las lenguas del mundo. Y lo considera «progresivo» y beneficioso desde el punto de vista práctico y desde el punto de vista espiritual.

La tesis de Jespersen llevaría inevitablemente a la conclusión de que el «basic English», o el esperanto, o el novial (su propia superación del esperanto) son lenguas más perfectas que el griego de Platón, el inglés de Shakespeare o el español de Cervantes. Su ideal de desarrollo lingüístico parece representado por el inglés, con su simplificación gramatical. Pero la complejidad de su fonetismo, ¿no cuenta? El chino, que ha llegado al monosilabismo y carece de aparato flexional (ni casos, ni conjugación, ni distinción entre nombre y verbo, etc.), ¿será el instrumento más sencillo de comunicación a pesar de su variedad tonal? ¿No se pierde por un lado lo que se gana por el otro? El criterio de economía y eficiencia es perfectamente aplicable al instrumental técnico, y de él procede sin duda. Desde la honda para arrojar piedras hasta los actuales proyectiles suprasónicos hay un indudable progreso. Pero en el orden más humano, ¿puede observarse lo mismo desde la despedida de Sócrates o desde el Sermón de la Montaña? Si la lengua fuera sólo instrumento, podría responder a criterios estrictos de economía y eficacia. Pero es la más prodigiosa y rica creación del espíritu humano, y su esencia es más bien el derroche, como expresión de la fantasía y del ímpetu vital.

Jespersen prescindía deliberadamente del aspecto estético. ¿No era ello una mutilación? Vossler, en cambio, veía en el desarrollo de la lengua la acción orientadora de un ideal estético. En su historia del francés *(Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung)* trató de demostrar que la lengua había alcanzado su máxima plenitud en aquellas épocas y en aquellas capas sociales y centros de población en que lograron armonizarse completamente el designio de comprensión y el carácter ornamental. Aun así, no cree que el lenguaje como función vital pueda «progresar». Sólo

le corresponde, con la perpetua uniformidad de su sistema funcional, acompañar los progresos de la vida, que no son los suyos.

Charles Bally, en un trabajo de 1913 que recogió luego en *Le langage et la vie,* discutía, sin mencionarlas expresamente, las ideas de Jespersen. Una lengua puede adquirir voces nuevas para denominar las formas nuevas de la civilización y el pensamiento, pero ¿constituye ello un progreso real, interior? ¿Se ha perfeccionado el chino porque ha aprendido a dar nombre al cañón, al avión, al diputado? Es un prejuicio («un funeste préjugé», dice) creer que una lengua progresa porque su literatura nos da obras maestras. La lengua no persigue un ideal estético ni un ideal lógico; su desarrollo no depende de la voluntad humana y responde más a las necesidades de la vida, al sentimiento y a la acción. Las formas analíticas no son más claras ni más progresivas que las sintéticas, y además se pasa continuamente de un tipo al otro: frente a la tendencia intelectual y analítica, que se ha considerado signo de progreso, obra constantemente la tendencia expresiva, creadora de nuevas formas. La lengua se hace y deshace sin cesar, y las supervivencias del pasado conviven frecuentemente con las creaciones nuevas. El movimiento lingüístico es pendular, como la historia del arte: no se descubre progreso, sino un vaivén rítmico y ondulatorio. (La poesía cambia, decía Gerardo Diego, pero no podemos afirmar que mejora: «la poesía de hoy no vale más que la de hace veintiocho siglos, que la de Homero o la de David».)

La conclusión de Bally es más escéptica que negadora: no encuentra un método propiamente lingüístico para afirmar o negar el progreso de la lengua. Pero reconoce que el afán de perfectibilidad es una aspiración permanente del hombre, a prueba de desengaños y caídas. La fe en el progreso es efectivamente una necesidad vital, y nos repugna o descorazona la idea de un cambio puro y simple. En todo cambio necesitamos ver regresión o progreso. Si no, ¿por qué el cambio?

¿Es esa una fe puramente ilusoria, nada más que una necesidad engañosa del espíritu? El movimiento de la lengua recuerda muchas veces, efectivamente, los *corsi e ricorsi* de Vico. Es verdad que se observa en algunos elementos del sistema un movimiento de rotación, pero la historia interna de la lengua (conocemos por lo menos cuatro mil años de evolución indoeuropea) muestra más bien una continuidad a través de diversos ciclos culturales. El enriquecimiento de la lengua, como consecuencia del desarrollo de la ciencia, ¿no es progreso? La creación del nuevos matices verbales, por una matización y afinamiento de las ideas y de los sentimientos

— a través del desarrollo filosófico y literario —, ¿no es también un progreso? La solución o reducción de los elementos de ambigüedad del sistema, ¿no lo es aún más? ¿O la creación de nuevos recursos expresivos? Entendemos por lengua — de acuerdo con la ortodoxia saussuriana — no el simple esquema funcional, sino el tesoro expresivo entero de una comunidad, formado por las generaciones. Y la creciente riqueza de la vida material y espiritual del hombre, que tiene que reflejarse en la lengua, desde el paleolítico hasta hoy, ¿será sólo el tejer y destejer de la tela de Penélope?

4. ¿Hacia una lengua internacional?

Al plantear el problema del progreso lingüístico, uno se pregunta también: la diversificación del latín, lengua de un gran imperio, en una serie de lenguas nacionales, ¿constituyó un progreso o un retroceso? La cuestión no es de orden lingüístico interno (en realidad las actuales lenguas romances son la continuación ininterrumpida del mismo latín, con las transformaciones consiguientes a veinte siglos de vida histórica), sino cultural y social. Aun después de disgregado el Imperio, el latín fue la lengua común de la ciencia y del pensamiento de Europa durante más de diez siglos. Al ceder su puesto a las lenguas modernas, con el auge de la nacionalismo, ¿no surgió un obstáculo a la difusión de las ideas, a la expansión de las comunicaciones y del comercio, al desarrollo de la ciencia, al nuevo espíritu, al nuevo universalismo? Todo se vuelve hoy universal, planetario, ¿y la lengua seguirá siendo nacional o regional? La marcha del mundo ¿no presupone una nueva unidad lingüística que revoque el confusionismo de Babel?

La idea de crear una lengua internacional al servicio del desarrollo científico y filosófico surgió precisamente en el siglo XVII (Descartes, Leibniz), ante el rápido eclipse del latín. Se pensó que el nuevo simbolismo matemático, de carácter universalista, podía llenar el vacío. Una serie de tentativas (están ampliamente historiadas en *The Loom of Language* de Bodmer) intentaron resolver el arduo problema. ¿No ofrecía el cálculo numérico, con sus claros signos, comprensibles para todo el mundo, un ejemplo aleccionador? La nomenclatura química, con su rico formulismo, ¿no probaba también la posibilidad? ¿Y no lo probaba aún más elocuentemente la escritura ideográfica china, comprensible, no sólo en todas las regiones del Celeste Imperio, con sus diferencias de lengua, sino aun en el Japón, en Corea, en Annam? No llegó a cua-

jar, sin embargo, ninguno de los proyectos, aunque se vuelve a hablar hoy de una lengua internacional de símbolos matemáticos o de una lengua cibernética internacional, apropiada para dialogar con las máquinas electrónicas.

Un impulso enteramente distinto vino del internacionalismo del siglo XIX. Las facilidades de comunicación coincidían con un espíritu nuevo de fraternidad, de compresión y de colaboración entre los pueblos. Ya no se pensaba en una lengua escrita de carácter erudito, sino en una lengua hablada y escrita para todos. La primera tentativa seria la constituyó el volapük (de *vol* = *world* y *pük* = *speech*), que nació en 1880 y naufragó en 1889, en el Congreso de París, cuando los delegados de diversas partes del mundo no pudieron entenderse entre ellos. El ensayo más afortunado hasta ahora — entre un par de centenares — es el esperanto, nacido en 1887. A pesar de sus imperfecciones (lingüistas diversos han analizado implacablemente lo que le sobra y lo que le falta), ha logrado crear un amplio movimiento extendido por todos los países, con más de veinte millones de adherentes y varios miles de publicaciones periódicas. Cuenta ya con la traducción de una serie de obras maestras (la biblioteca de Londres tiene 30.000 títulos), ha celebrado más de cincuenta congresos internacionales (el de 1964 reunió a 2.512 delegados), está dirigido por una gran Asociación internacional y tiene una especie de Academia que regula la admisión de términos nuevos y procura la unidad. Diversas tentativas para perfeccionarlo o para sustituirlo por lenguas aún más fáciles (la verdad es que su manejo como lengua leída se puede adquirir en unas horas, y como lengua hablada en dos semanas) han chocado con la celosa ortodoxia esperantista. ¿Tendrá posibilidades para transformarse en *la* lengua internacional de carácter auxiliar, especie de instrumento de fácil circulación por el mundo? ¿No está expuesto también él al peligro de escisión y fraccionamiento? ¿No tendrá que contar con un poderoso aparato unificador o coactivo?

Otras tentativas de éxito han sido la interlingua, o latín sin flexión, facilísimo para nuestro mundo neolatino, pero sólo para él. Y también el *basic-English,* del que se ha dicho que es una especie de pasaporte de entrada en el mundo de habla inglesa. El esperanto tiene la ventaja de ser un instrumento neutral, supranacional, hablado ya por la comunidad esperantista de los diversos países. Es curioso señalar que el socialismo europeo lo había estimulado y hasta hecho causa común con él, y también la Unión Soviética en sus comienzos. Pero se produjo una reacción en contra:

según noticias que nos proporcionan, está prohibido en Rumania y Alemania Oriental, se ha levantado recientemente la prohibición en la Unión Soviética y en Checoeslovaquia, y se propaga libremente en Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Polonia. El problema ¿no está planteado ahora en otros términos? Para la Unión Soviética, con sus quince repúblicas federales, de diferentes lenguas, ¿no es el ruso la lengua internacional? Para las regiones que están bajo la órbita china, ¿no lo es el chino? Para gran parte de nuestro mundo, ¿no es el inglés? El problema parece que ha entrado en el juego de las grandes potencias. Al dirimirse la hegemonía del mundo, ¿no se resolverá también cuál va a ser la lengua de comunicación universal?

De todos modos, una lengua universal, cualquiera que sea, será siempre, excepto en la metrópoli, la segunda lengua. Por debajo de ella persistirá el babelismo de las lenguas nacionales y regionales. ¿Quiere decir que el mundo seguirá teniendo más de dos mil lenguas? Sin duda muchas naufragarán, como han naufragado algunos centenares en los últimos siglos, por la expansión de las grandes potencias. Las lenguas dominantes tienden a imponerse sobre las dominadas: la segunda lengua, si es imperial, se transforma frecuentemente en la primera. («La lengua es compañera del imperio.») Tienen sin duda asegurada su supervivencia — al menos por siglos, nada es eterno — las grandes lenguas de cultura. Entre ellas ¿cuál será el destino de nuestro español?

5. El español en el mundo

Se da el caso singular de que el español es la lengua de veinte naciones, que en 1965 sumaban más de ciento ochenta millones de habitantes. De ellos, unos ciento cincuenta millones corresponden a Hispanoamérica y unos treinta millones a España [1].

En términos estrictamente lingüísticos — el español como len-

1. Hemos elaborado el siguiente cuadro de la población en 1965: Argentina, 22.352.000; Bolivia, 3.697.000; Colombia, 17.787.000; Costa Rica, 1.433.000; Cuba, 7.631.000; Chile, 8.567.000; República Dominicana, 3.619.000; Ecuador, 5.084.000; El Salvador, 2.929.000; Guatemala, 4.438.000; Honduras, 2.284.000; Méjico, 40.913.000; Nicaragua, 1.655.000; Panamá, 1.246.000; Paraguay, 2.030.000; Perú, 11.650.000; Puerto Rico, 2.542.000; Uruguay, 2.715.000; Venezuela, 8.722.000. Total de Hispanoamérica: 151.294.000.

Agregando la población de España (31.604.000), tenemos un total de 182.898.000 habitantes.

gua materna —, habría que reducir esa cifra. En Hispanoamérica hay unos quince millones de indios (la mitad probablemente no saben español) y varios millones de inmigrantes. En España habría que restar los hablantes de catalán (unos cinco millones), de gallego (unos dos millones) y de vasco (medio millón). Habría que agregar por otra parte los sefarditas (no llegan a un millón, muy dispersos: unos 300.000 en Israel), los hispanohablantes de Filipinas (sumaban apenas 558.634 en el censo de 1960, en unos 30 millones de habitantes, a pesar de ser el español la tercera lengua oficial) y unos cuatro millones de hispanoamericanos de los Estados Unidos (mejicanos, puertorriqueños, cubanos, etc.). Aunque ninguna de esas cifras es muy precisa, y sólo valen a simple título ilustrativo, se puede decir que tienen hoy el español como lengua materna unos ciento sesenta millones de personas. Esa cantidad lo coloca en un tercer lugar en el mundo, después del chino y del inglés [2].

2. Es muy difícil decir cuántos hablantes tiene el chino. Según un manual de 1963, publicado en Pekín, de los 600 millones de habitantes (hay quienes hablan de 700 ó de 800 millones), el 94 por 100 son de la nacionalidad han (nombre de una vieja dinastía imperial). El chino, lengua de esa nacionalidad, tiene una serie de dialectos muy diferentes, hasta el punto de que los hablantes de uno no se entienden con los del otro (el contraste mayor se da entre Shangai y Nankín). Un 70 por 100 habla el dialecto del Norte (su norma es en general el pekinés o la llamada antes lengua mandarina), convertido en lengua general de la república. Si se admiten esas proporciones, hablan el chino común unos 370 millones de personas. Según otros cálculos más de 500 millones.

En cuanto al inglés, lo tienen como lengua oficial los siguientes países (datos de 1965): Gran Bretaña, 54.595.000; Estados Unidos, 196.164.000; Canadá, 19.604.000; Australia, 13.360.000; Nueva Zelanda, 2.640.000; Sudáfrica, 17.867.000. Total: 304.230.000. Hay que restar trece millones de *africaans* de Sudáfrica, los hablantes de francés de Canadá, los indígenas e inmigrantes de los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y los irlandeses, escoceses y galeses de la Gran Bretaña. En cambio es lengua oficial o semioficial en una serie de países de Asia, Africa y Oceanía, y es efectivamente una especie de *lingua franca* en muchos de ellos (en gran parte de Africa, por ejemplo, el inglés — en algunas partes el francés — es más unificador de las nuevas nacionalidades que las propias lenguas africanas, que suman medio millar). Como lengua de relación es sin duda la más hablada del mundo.

La Unión Soviética, según cálculos de 1966, tenía 231.900.000 habitantes en sus quince repúblicas; el ruso era lengua materna de 125 millones. Claro que es la lengua común de toda la Unión.

La India tenía en 1966 unos 475 millones de habitantes. Pero el hindi, que es la lengua oficial, alterna con catorce lenguas regionales, reconocidas oficialmente (sin contar unas doscientas lenguas menores), y no parece que tenga 100 millones de habitantes.

Desde el punto de vista numérico, ya se ve la importancia mundial del español. Se observa hoy, hasta en los países más lejanos, un interés creciente por nuestra lengua, que gana centenares de cátedras en universidades, escuelas y colegios. Ese interés se debe sobre todo a la importancia cada vez mayor de Hispanoamérica, con su potencial demográfico (es una de las zonas de mayor crecimiento del mundo: se calcula que tendrá 480 millones dentro de cincuenta años) y su riqueza, gran abastecedora de materias primas y consumidora de productos elaborados, un mundo además en imprevisible transformación económica y social. Pero es indudable que, salvo para una función subalterna, no cuenta sólo el número. El destino de una lengua está en función de su valor cultural y aún más, en nuestra época, de su valor político.

Desde el punto de vista cultural nos complacemos con nuestros valores tradicionales, que en el XVI y en el XVII dieron proyección universal a nuestra lengua, y con la nueva grandeza de la literatura española, desde el 98, y de la hispanoamericana, que está cobrando ímpetu nuevo, sobre todo en la narrativa. ¿No le asegura ello al español un puesto de primer orden en el mundo? El porvenir de nuestra lengua ¿no es el porvenir de nuestra cultura? Pero el centro de gravedad de la cultura parece que se está desplazando decididamente — quizá de modo alarmante — hacia la ciencia. El paradigma de la grandeza espiritual, que fue en un tiempo el santo, el escritor o el artista, ¿no tiende cada vez más a serlo el científico? Y en este terreno padecemos, sin duda, un déficit notorio: en la actividad científica, y técnica, que está transformando la fisonomía del mundo y el contenido de nuestras vidas, que está gravitando ya hasta sobre las artes plásticas, hasta sobre la música, somos países subdesarrollados que lo recibimos casi todo hecho, y con ello, claro está, un léxico extraño. ¿Cabe tomar la iniciativa o seguiremos diciendo que inventen ellos y resignándonos a un decoroso puesto de retaguardia? Hoy el poderío científico y técnico está casi enteramente monopolizado por las grandes potencias, y parece difícil una competencia eficaz, a no ser en campos limitados. Pero nuestro mundo hispánico, ¿no constituye también una de las grandes potencias?

Indudablemente sí, pero está fragmentado en veinte naciones. La dispersión y el fraccionamiento parece ser nuestro sino, aun en la misma Península. El gran movimiento de integración del mundo nos deja por eso un poco al margen. ¿Tendremos que contentarnos con ser sujetos pasivos de la historia? ¿No podremos aspirar a un papel de protagonistas? ¿No podrá surgir, ante el desarrollo

del mundo, expuesto más que nunca a grandes sacudidas, una nueva fuerza que nos aglutine, como la que hizo pensar, en un momento dramático, en la posible unión de Francia e Inglaterra o en una Confederación de países de Europa? Pero no nos salgamos de nuestro campo lingüístico.

6. El futuro del español

Esa dispersión y fraccionamiento ¿no trabaja también en el campo de la cultura y de la lengua? El desequilibrio numérico entre España e Hispanoamérica ¿no desplazará inevitablemente el centro de gravedad de la lengua? ¿Hay además verdadera unidad entre los distintos países hispanoamericanos?

Desde hace un siglo se augura al español el destino que le cupo al latín en las distintas regiones de la Romania. Aún hoy suenan voces de alarma, el temor de que un siglo de agitaciones convierta las actuales diferencias en abismos insalvables, de que en pocas generaciones no nos podamos entender los unos a los otros.

Es verdad — ya lo hemos visto — que la lengua está en un proceso vertiginoso de transformación. Si en pocos siglos — del quinto al décimo — el latín se transformó en una serie de lenguas nuevas, ¿qué nos espera a nosotros? El tiempo histórico es hoy más vertiginoso que nunca, y cincuenta años del siglo XX tienen sin duda más dinamismo que quinientos de entonces. Pero mucho más vertiginoso aún es el desarrollo de las comunicaciones. El fraccionamiento del latín se produjo en circunstancias especialísimas. Don Ramón Menéndez Pidal, en su Introducción al volumen de la *España visigótica,* relata el hecho siguiente, sin duda muy significativo. El año 587 Recaredo se convirtió al catolicismo romano. El año 589 se reunió en Toledo el Concilio de la España goda, de la Galicia sueva y de la Galia narbonense. El Rey comunicó la conversión de todo el pueblo godo, lo cual cerraba el cisma arriano de varios siglos y las persecuciones religiosas. El obispo Leandro pronunció la homilía congratulatoria: «La Iglesia ha dado a luz un nuevo pueblo para su esposo Cristo...» Con todo, Recaredo tardó un año en anunciar el acontecimiento al Papa, «a causa de los negocios del reino». Una comisión de abades enviada a Roma tuvo que regresar desde Marsella, por el naufragio de la nave. Llevó el mensaje un legado pontificio que se hallaba casualmente en Málaga. El papa Gregorio tardó otro año en contestar. Desde

la conversión habían pasado cuatro años. ¿Cuánto tardaría hoy una noticia semejante en dar la vuelta al mundo?

Estamos ante algo extraordinariamente nuevo: la rapidez de las comunicaciones, la circulación de personas, libros y periódicos, los progresos de la radio, que ya tiene programas de carácter universal, y los de la televisión, que los tendrá muy pronto. Más aún. La cultura medieval mantuvo a todo trance su fidelidad a una lengua latina inmovilizada en sus viejas formas clásicas, sin contacto con el habla viva de la casa o de la calle, que siguió su rumbo propio. Nada de eso se observa hoy. Además, un mundo entero que sabe leer y escribir, ¿no es también un mundo enteramente distinto? Contra todos los vaticinios agoreros, y a pesar de una serie de factores efectivos de disgregación, se puede asegurar que la unidad de la lengua culta en todos nuestros países es hoy mayor que nunca. Una unidad que respeta la legítima e inevitable diversidad de cada región, y hasta de cada persona. Que no puede estar dictada desde un lugar, sino que es y debe ser obra de amplia colaboración de todos los escritores, pensadores y científicos de nuestra lengua.

Estamos entrando en una edad nueva. Jamás había conocido el mundo las fuerzas de unificación que están hoy en juego. Wells, que ya en 1902 escribió unas *Anticipaciones* del porvenir, creía que se había detenido toda nueva diferenciación de las lenguas en España, Francia, Italia, Alemania, los Estados Unidos, que se estaba imponiendo en todas partes una norma centralizadora y que el acento regional tendía a desaparecer. ¿No tenía las mismas raíces el optimismo de Karl Vossler? Es también la idea que ha reiterado en varias ocasiones don Ramón Menéndez Pidal: los actuales medios de comunicación y la acción de los organismos internacionales lograrán suprimir las diferencias dialectales y unificar los neologismos.

Dámaso Alonso, en cambio, ha dejado oír ya varias veces su grave voz de alarma (prefiere un moderado y razonable pesimismo). Ante los peligros futuros, que no coloca en el período histórico actual, sino «en la posthistoria», quiere que vigilemos hoy los fenómenos diversificadores, que luchemos contra el vulgarismo, que vitalicemos las fuerzas cohesivas, que enriquezcamos nuestra vida cultural, «único elemento refrenador de las quiebras fonéticas y sintácticas ya existentes». Pide respecto por las variedades nacionales (tomando como espejo del mejor uso los grupos rectores, intelectuales, académicos, universitarios y literarios de cada país), pero quiere que haya instituciones internacionales de acción urgente

que defiendan la unidad. «Podemos — dice —, obrando sobre el presente, ampliar nuestra proyección histórica sobre el futuro.»

El surgimiento de una lengua argentina, venezolana o mejicana no parece hoy aspiración de nadie, y quizá en serio no lo haya sido nunca. Además, en ese terreno, ¿por qué *una* lengua argentina, y no varias, si se consagran y estimulan todas las variedades regionales? El hispanoamericano de cualquier parte, ¿en nombre de qué va a renunciar a los entrañables lazos de hermandad que lo unen con el inmenso mundo hispanohablante? El signo de los tiempos es evidentemente el universalismo. La vida de una lengua de veinte naciones, celosas de su propia personalidad, pero pendientes de la marcha del mundo y con la legítima aspiración de desempeñar un papel en esa marcha, no puede verse ni con estrecho espíritu de campanario ni tampoco con la visión del viejo purismo, tan pobre y timorato, sino con una perspectiva generosa de amplia unidad. Las lenguas — todas las lenguas — se están volviendo más receptivas, más internacionales, no solo en la terminología científica, económica y política, sino hasta en el repertorio general de imágenes (piénsese, por ejemplo, en el éxito universal del *tigre de papel,* acuñado por los chinos). A favor de ese universalismo, puede afirmarse que se está gestando una amplia y rica unidad de la lengua hispánica, con ventanas abiertas a todos los aires del mundo.

El futuro próximo no parece que nos depare peligros graves. ¿Cabe escrutar más allá, hacia los siglos venideros, eludiendo a la vez deseos y temores, las dos vertientes del sueño, o de la profecía? La lengua es un producto de la historia: ella la hace y ella la deshace. El futuro lejano ¿puede predecirse? Hasta hace poco predominaban las utopías beatíficas (el año 2000 como retorno a la edad de oro). Hoy prevalecen las visiones de pesadilla (Huxley, Orwell, etc.). ¿Está acaso asegurada la supervivencia del hombre o de nuestro planeta? Tampoco está asegurado, para ninguno de nosotros, el minuto próximo. Pero la vida del hombre se sustenta en la fe del mañana, y gracias a ella trabaja y sueña. El ansia humana de inmortalidad se proyecta también sobre la lengua, que anhelamos ver siempre engrandecida y eterna. Cada generación es responsable de la vida de su lengua. ¿No es ella el legado más precioso de los siglos y la gran empresa que nos puede unir a todos?

BIBLIOTECA GENERAL SALVAT

RELACION DE TITULOS APARECIDOS

1 Miguel Angel Asturias, EL PAPA VERDE
2 EL HOMBRE Y LA TIERRA
3 Camilo José Cela, LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE
4 Federico García Lorca, ROMANCERO GITANO - YERMA
5 A. S. Pushkin, LA HIJA DEL CAPITAN
6 Rosalía de Castro. ANTOLOGIA
7 Alberto Moravia, LA MASCARADA
8 Julián Gállego, PINTURA CONTEMPORANEA
9 José Ortega y Gasset, ESTUDIOS SOBRE EL AMOR
10 William Shakespeare, ROMEO Y JULIETA
11 George Gamow, BIOGRAFIA DE LA FISICA
12 Julio Verne, EL FARO DEL FIN DEL MUNDO
13 Miguel Delibes, CINCO HORAS CON MARIO
14 P. A. de Alarcón, EL NIÑO DE LA BOLA
15 André Maurois, BERNARDO QUESNAY
16 Rómulo Gallegos, TIERRA BAJO LOS PIES

Date Due

PC 4095 .R6
Rosenblat, Angel.
Nuestra lengua en ambos mundos
010101 000
0 1163 0163327 1
TRENT UNIVERSITY

PC4095 .R6
Rosenblat, Angel
Nuestra lengua en ambos
mundos /

DATE | ISSUED TO

363012